

Explorando las excelencias de Dios

Por Robert Deffinbaugh

Traducido por Juanita Contesse G

- Introducción
- El poder de Dios
- La Bondad de Dios
- La Sabiduría de Dios
- La Santidad de Dios
- La Justicia de Dios
- La Ira de Dios
- La Gracia de Dios
- La Soberanía de Dios en la Historia
- La Soberanía de Dios en la Salvación
(Romanos 9: 1-24)
- La Cercanía de Dios
(Éxodo 33: 1-16; 34:8-10; Deuteronomio 4: 1-7)
- La Inmutabilidad de Dios
- El Gozo de Dios
- La Invisibilidad de Dios
(Génesis 32:22-30; Éxodo 24:9-11; 1ª Timoteo 1:17)
- El Dios Perdonador
- La Verdad de Dios
- El Amor de Dios
- La Gloria de Dios

Introducción

Recientemente, en la sección religiosa del periódico 'Dallas Morning News', apareció un artículo titulado: "Permitiendo que Dios Crezca"¹_{ftn1}. El Rabino Jack Bemporad, líder en diálogos judío-cristianos, es coautor de un nuevo libro, "Formas Estúpidas, Formas Inteligentes de Pensar Acerca de Dios". Al leer este artículo, pareciera ser que Bemporad intenta decir que debemos olvidar lo que hemos aprendido sobre Dios como niños y pensar en Él, en términos más adultos. Aun cuando estoy de acuerdo con algunas ideas del autor, en general debo diferir con él. Por ejemplo, el artículo nos dice:

"El autor señala: En una gran extensión, los ateos casi nunca rechazan a un Dios creíble; pero por lo general 'rechazan algunas ideas estúpidas que piensan sobre Dios', agregando que existen ideas sobre Dios 'tan ridículas que es difícil creer en ellas'.

Algunas ideas 'infantiles' sobre Dios, están erradas y deben ser rechazadas. Entre ellas, la idea que tenemos que Dios es un 'botones cósmico... listo para servir'. Sin embargo, sin alterarse, el Rabino Bemporad también incluye el concepto de la ira de Dios, como una idea infantil. Creo que esencialmente está diciendo: 'Los hombre creen en el Dios que desean creer y rechazan al Dios que no les satisface'. Pareciera que pone poco énfasis, si es que pone alguno, en la descripción que aparece en las Sagradas Escritura. Parece que Bemporad cree que nuestra teología requiere ajustarse a nuestros deseos, más que reconocer que debemos ajustar nuestra teología a lo que es Dios realmente.

Aunque todo esto apenas me sorprende, ciertamente no estoy de acuerdo con la visión que los no creyentes tienen de Dios. Pero es aun más inquietante la visión superficial e inexacta que cristianos profesantes tienen de Él. En estos días, necesitamos desesperadamente revisar radicalmente lo que pensamos acerca de Dios. El propósito de este estudio, es explorar las excelencias de Dios, para realinear nuestra visión de Dios con aquellas características divinas reveladas en las Escrituras.

Esta lección intenta demostrar la importancia de estudiar los atributos de Dios. En primer lugar, consideraremos el testimonio de algunos grandes hombres de Dios, antes de analizar algunos beneficios prácticos de este estudio, tal como se enseñan en las Escrituras. Finalmente, veremos cómo los atributos de Dios impactaron la vida de dos grandes hombres de la antigüedad: Job y Moisés. Mi esperanza es que esta lección les estimule a comenzar su propio estudio de los atributos de Dios. Es un estudio que puede transformar sus vidas.

Testimonio de Grandes Hombres de Dios

A través de la historia, grandes hombres de Dios se han dedicado al estudio del carácter de Dios y han animado a otros a hacer lo mismo. Consideremos lo que algunos de estos hombres de Dios tienen que decir acerca del estudio de los atributos de Dios.

Hace más de 30 años, A.W. Tozer escribió sobre la perentoria necesidad que tiene la iglesia de revisar su concepto de Dios, debido a la concepción distorsionada que se tiene de Él:

“Opino que el concepto cristiano de Dios que se tiene en esta mitad del siglo veinte, está en un grado de tal decadencia, que se considera en una posición completamente por debajo de la dignidad del Dios Supremo y que actualmente constituye para los creyentes confesos, algo similar a una calamidad moral”²_ftn2

Tozer, continua:

“La obligación mas pesada que yace hoy sobre la iglesia cristiana, es purificar y elevar su concepto de Dios, hasta que sea nuevamente digno de Él — y de ella”³_ftn3.

A.W. Pink, tiene la misma opinión:

“El dios de este siglo ya no se parece al Soberano de las Santas Escrituras, sino el débil flamear de una vela a la gloria del sol del medio día. El dios de quien se habla en los pulpitos, del que se habla en las Escuelas Dominicales, el que se menciona en la mayoría de la literatura en estos días y del que se predica en la mayoría de las llamadas conferencias bíblicas, es una ficción de la imaginación humana; un invento de sentimentalismo excesivo. Los paganos afuera del cristianismo pálido, construyen dioses de madera y piedra, en tanto que millones de paganos dentro del cristianismo, construyen un dios a partir de sus mentes carnales”⁴_ftn4

En una de sus cartas a Erasmo, Martín Lutero dijo: “Tus pensamientos sobre Dios, son demasiado humanos”⁵_ftn5.

Hablando de Dios, el salmista de la antigüedad, escribió lo mismo en estas palabras:

“Estas cosas hiciste, y yo he callado; pensabas que de cierto sería yo como tú, pero te reprenderé, y las pondré delante de tus ojos” (Salmo 50:21).

Sería difícil sobreestimar la importancia del estudio de Dios. Las palabras de Charles Haddon Spurgeon, son citados con frecuencia por aquellos que se embarcan en un estudio sobre los atributos de Dios.

“Nada agrandará más el intelecto, nada magnificará tanto el alma del hombre, como una investigación devota, seria y continua del gran tema de la Deidad. El estudio más excelente para engrandecer el alma, es la ciencia de Cristo, de Él crucificado y del conocimiento de Dios en la gloriosa Trinidad”⁶_ftn6

“El estudio adecuado del cristiano, es la Deidad. La ciencia más alta, la especulación más elevada, la filosofía más poderosa, que puede cautivar la atención de un hijo de Dios, es el nombre, la naturaleza, la persona, los hechos y la existencia del gran Dios, a quien él llama su Padre. Existe algo que excede toda mejoría de una mente en la contemplación de la Divinidad. Es un tema tan amplio, que todos nuestros pensamientos se pierden en su inmensidad; tan profundo, que nuestro orgullo se ahoga en el infinito. Podemos comprender y abordar otros temas; en ellos sentimos algo como una autosatisfacción y seguir adelante con la idea: “Mirad, soy sabio”. Pero cuando llegamos a esta ciencia maestra, viendo que nuestra plomada no toca fondo y que nuestro ojo de águila es incapaz de ver su altura, nos alejamos con este

pensamiento: “Pertenezco al ayer y no sé nada”⁷

El estudio de la naturaleza de Dios y de Su carácter, es el máximo llamado al cristiano y es de gran importancia y valor práctico:

“¿Para qué fuimos hechos? Para conocer a Dios. ¿Qué objetivo debemos establecer en nuestra vida? Conocer a Dios. ¿Cuál es ‘la vida eterna’ que da Jesús? El conocimiento de Dios. “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). ¿Qué es lo mejor de la vida? ¿Tener más gozo, alegría y contentamiento? No, el conocimiento de Dios. “Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme...” (Jeremías 9:23s.). De todos los estados que Dios ve en el hombre, ¿cuál es el que le da más placer? Que el hombre le conozca. “...quiero conocimiento de Dios más que holocaustos” (Oseas 6:6). ...Una vez que tomamos conciencia que la prioridad de estar aquí es conocer a Dios, la mayoría de los problemas de la vida ocupan el lugar que verdaderamente les corresponde... Lo que hace que la vida merezca la pena, es tener un gran objetivo, algo que cautive nuestra imaginación y sostenga nuestra lealtad y esto el cristiano lo tiene más que nadie. Pues, ¿qué meta más alta se puede tener, con más exaltación y mayor compromiso que conocer a Dios?”⁸

La Relevancia Práctica del Carácter de Dios para el Cristiano

Pero el estudio del carácter de Dios, ¿es sólo un tema para predicadores y teólogos? Un estudio como este, ¿tiene realmente un valor práctico? J.I. Packer, formula estas preguntas y rápidamente las contesta:

“¿Por qué alguien debe tomarse el tiempo para este tipo de estudio que usted propone? Seguramente un laico de cualquier naturaleza, puede vivir sin él. Después de todo, estamos en 1972 y no en 1855. ¡Es una pregunta aceptable!... pero creo que existe una respuesta muy convincente. El que pregunta asume claramente que un estudio de la naturaleza y del carácter de Dios, será poco práctico e irrelevante para la vida. Sin embargo, es el proyecto más práctico en el que cualquiera pueda comprometerse. Conocer a Dios es absolutamente importante para vivir nuestras vidas... Descuide el estudio de Dios y se sentenciará a sí mismo y andará a tropezones ciegamente por la vida, sin un sentido de dirección y sin comprender lo que le rodea. De esta forma usted podrá malgastar su vida y perder su alma”⁹_ftn9

Al iniciar un estudio sobre los atributos de Dios, quisiera desafiarles a abrazar esta iniciativa como un compromiso personal. Consideren las siguientes formas de cómo el estudio de los atributos de Dios impactan la vida del cristiano:

(1) La forma de “ver” a Dios, es llegar a conocerle a través de un estudio de Su carácter tal como lo revelan las Escrituras.

“Nadie pede ver a Dios y vivir” (Éxodo 33:20). “A Dios nadie le vio jamás” (Juan 1:18). Hubo hombres que ‘vieron’ a Dios parcialmente varias veces al aparecer Él bajo varias formas (ver Éxodo 24:9-11; 33:17-34:7; Isaías 6:5). En cada una de las instancias en que Dios se manifestó visible a los hombres, sólo hubo una revelación parcial de Su gloria, pues el hombre no puede

mirar todo el esplendor de Dios al igual que no puede mirar al sol directamente. Incluso en la venida de nuestro Señor, quien manifestó al Padre a los hombres (ver Juan 1:18; 14:8-9; Hebreos 1:1-3), la completa revelación de Su gloria fue **'velada'**, permitiendo sólo una mirada ocasional a esa gloria, tal como en Su transfiguración (ver Mateo 17:1-8). No fue la apariencia física de nuestro Señor lo que impresionó a los hombres. En realidad, no sabemos absolutamente nada de Su apariencia física; solamente que no era particularmente atractiva de manera que los hombres se fijaran en Él en base sólo a Su apariencia (ver Isaías 53:2).

Estamos entre aquellos que no han **'visto'** a su Señor (Juan 20:29; 1ª Pedro 1:8). Lo que tenemos a nuestro alcance de la naturaleza de Dios tal como es revelado en Jesucristo, deberá limitarse a lo que las Escrituras enseñan con relación a Sus enseñanzas, ministerio y carácter. En el análisis final, podemos **'ver'** y conocer a Dios a través de las Escrituras, en la medida que ellas nos revelen Su carácter.

(2) El carácter de Dios es la base y el estándar para toda la moral humana. En el último versículo de Jueces, leemos:

“En estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jueces 21:25).

Se podría pensar que la solución para este dilema era un rey humano; pero no lo era. La clase de **'rey'** que Israel deseaba, en realidad era un ídolo. Deseaban un rey a quien pudieran ver, un hombre que fuera delante de ellos en las batallas. Deseaban un rey que fuera como el del resto de las naciones (ver Deuteronomio 17:14-17). Cuando la gente se acercó a Samuel y le solicitó un rey, Dios señaló que en realidad el pueblo lo estaba rechazando como Su rey:

“...y le dijeron: He aquí tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzguela igual que todas las naciones. Pero no agradó a Samuel esta palabra que dijeron: Danos un rey que nos juzgue. Y Samuel oró a Jehová. Y dijo Jehová a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos” (1ª Samuel 8:5-7).

Es así que cuando los israelitas pidieron un rey humano, estaban rechazando a Dios como su rey. Cuando el Libro de los Jueces nos indican que los israelitas no tenían rey, significa que la nación no reconocía ni servía a Dios como su Rey (Éxodo 15:18; Salmo 10:16; 29:10). Y es sin Dios como Rey, que los hombres establecen las normas de su conducta — **“todo hombre hacía lo que bien le parecía”**.

Dios le dio la Ley a la nación de Israel después que Él llegó a ser su **'Rey'** en el éxodo (Éxodo 15:18). Él demostró Su poder y soberanía, incluso sobre Faraón. Y como el **'Rey'** de Israel, Dios estableció la constitución del reino que estaba a punto de constituir. El formato del Pacto Mosaico, como ha sido considerado por los estudiosos, era el mismo de otros tratados de aquellos días entre reyes (o soberanos) sobre su pueblo (o vasallos). Dios fue el estándar de la moral y por lo tanto, Él estableció la norma de conducta para Su pueblo. Las leyes que Dios estableció en el Monte Sinaí, nacieron de Su propio carácter. Dios le dijo a Su pueblo: **“Sed santos, porque yo soy santo”** (Levítico 11:44-45; 19:2; 20:7; ver 1ª Pedro 1:16).

¿Les asombra que “todo hombre hace lo que bien le parece” en el día de hoy? ¿Nos asombramos que la iglesia se muestre tan sin carácter frente a la moral? La Biblia nos dice el motivo: **“Hemos**

dejado de ponderar y apreciar la perfección moral de Dios". Y una vez que nuestra visión de la santidad de Dios ha disminuido, nuestros valores morales declinan en forma proporcional. El estudio del carácter de Dios, establecerá y afirmará la moral.

(3) Pensar erróneamente con respecto a Dios, es el pecado de idolatría y conlleva a un sinnúmero de pecados.

Tozer identifica correctamente visiones de Dios erróneas o distorsionadas, como idolatría:

“Entre los pecados hacia los cuales el corazón del hombre esta más susceptible y el que es lejos el más odiado por Dios, es la idolatría, pues ésta es en sí una difamación de Su carácter. El corazón idólatra asume que Dios es cualquier cosa, menos lo que realmente Él es... Cuidémonos de que en nuestro orgullo, aceptamos erróneamente que la idolatría sólo consiste en arrodillarse ante objetos visibles de adoración y que por lo tanto, la gente civilizada está libre de hacerlo. La esencia de la idolatría es tener pensamientos sobre Dios que no le corresponden a Él”¹⁰_ftn10

Pensar equivocadamente sobre Dios, es idolatría y para Él esto es deshonroso, porque así se tiene una visión de Dios que no es la suya (y es menos de lo que Él es). Pero esta idolatría en la forma equivocada de pensar de Dios, es también la raíz de muchos otros males. Pensar equivocadamente acerca de Dios, conduce al pecado. Tozer escribe:

“Creo que apenas pueda existir un error en doctrina o un error en la aplicación de la ética cristiana que no pueda conducir finalmente a pensamientos imperfectos y miserables acerca de Dios”¹¹_ftn11

Los pensamientos errados acerca de Dios, fueron la raíz de la caída del hombre en el Jardín del Edén. En Génesis 3, el carácter de Dios fue degradado en primer lugar por Satanás. Por medio de la táctica desviada de preguntas y respuestas de Satanás, Dios es retratado como un mentiroso (“¿**Conque Dios os ha dicho...**?” v.1), (“**No moriréis**” v.4). Basada en la creencia que Dios era menos que lo que parecía ser (¡y lo era!), Eva actuó independientemente de Dios y tanto ella como su esposo desobedecieron a Dios, comiendo el fruto prohibido. La visión errada de Dios está en la raíz de muchos pecados.

(4) Nuestro llamado y destino es conocer a Dios íntimamente; como también nuestra esperanza, nuestro gran privilegio y bendición y esto debe ser nuestra gran ambición.

“Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas” (Jeremías 9:23).

“Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido” (1ª Corintios 13:12).

“A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Filipenses 3:10).

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él

es” (1ª Juan 3:2)

“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios” (Efesios 3: 14-19).

(5) El estudio sobre los atributos de Dios, es la base para gozarnos en Él y para nuestro crecimiento espiritual.

Toda relación personal con Dios, requiere que le conozcamos personalmente, como una Persona. Los atributos de Dios, son una descripción de Su carácter y es a través del conocimiento de Su carácter, que llegamos a conocerle íntimamente y a gozarnos de Dios como Persona.

Por fe en Jesucristo, hemos sido salvos, “...**por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina...**” (2ª Pedro 1:4). Hemos llegado a ser parte de la iglesia, el cuerpo de Cristo, que esta creciendo “**a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo**” (Efesios 4:13). Al “**verlo como Él es**” (1ª Juan 3:2), seremos semejantes a Él; conocer el carácter de Dios, es por lo tanto, la base de nuestra propia transformación en Su semejanza.

(6) Los atributos de Dios son fundamento para nuestra fe y esperanza.

Al conocer el carácter de Dios, nos aseguramos que Él puede y hará todo lo que se propone y promete. Tener fe en Dios es confiar en Él y Sus atributos son la base de esa fe, porque Él es capaz y está deseoso de hacer todo lo que ha prometido.

“Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió” (Hebreos 10:23)

“Porque sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (Hebreos 11:6”

“De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien” (1ª Pedro 4:19).

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1ª Juan 1:9).

(7) El estudio de los atributos de Dios, incrementa nuestra adoración.

Adoramos a Dios por lo que Él es. *Los atributos de Dios son una descripción de lo que Él es.* Cuando Dios es adorado en la Biblia, es adorado como una respuesta a Sus atributos. Es adorado como el Único eterno.

“Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir” (Apocalipsis 4:8).

Especialmente en los Salmos vemos que la adoración a Dios esta estrechamente vinculada al reconocimiento de Sus atributos.

“Alabaré a Jehová conforme a su justicia, y cantaré al nombre de Jehová el Altísimo” (Salmo 7:17)

“Alabad a Jehová, porque el es bueno; porque para siempre es su misericordia” (Salmo 107:1)

(8) El estudio de los atributos de Dios, debiera estimular nuestra vida de oración.

Al conocer el carácter de Dios, no sólo nos instruimos en el motivo de nuestras oraciones —que deben estar de acuerdo con Su carácter— sino que también nos aseguramos que Dios es capaz y esta deseoso de contestarlas. No oramos a cualquiera; le oramos a Él quien oye nuestras oraciones y que está deseando y es capaz de responderlas. Una vez más, en el libro de los Salmos podemos ver peticiones de hombres unidos a los atributos de Dios.

“(Para el director del coro; para acompañamiento de flauta. Un Salmo de David). Escucha, oh Jehová, mis palabras; considera mi gemir. Está atento a la voz de mi clamor, Rey mío y Dios mío, porque a ti oraré. Oh, Jehová, de mañana oirás mi voz; de mañana me presentaré delante de ti, y esperaré. Porque tú no eres un Dios que se complace en la maldad; el malo no habitará junto a ti. Los insensatos no estarán delante de tus ojos” (Salmo 5:1/5).

(9) El estudio de los atributos de Dios, debiera estimular nuestra sabiduría.

Los hombres sólo pueden ser salvos cuando llegan a reconocer que están perdidos y *verán su pecado sólo cuando comienzan a reconocer a Dios como el Único que es santo y recto y justo*. La conversión de Pablo es una ilustración dramática de este reconocimiento de la corrupción humana a la luz de la gloria de Dios (ver Hechos 9:1-22). Nuestra tarea principal, no es ganar almas, sino demostrar y promocionar la gloria de Dios.

“Si, pues coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1ª Corintios 10:31).

“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, NACIÓN santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais su pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no HABÍAIS alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia” (1ª Pedro 2:9-10).

Los atributos de Dios son tanto Sus características como Sus **‘excelencias’**. Su naturaleza y carácter, son Sus excelencias. Su perfección, Su gloria. Conocer la excelencia de Dios, es el punto de partida para practicarla y proclamarla entre los hombres. Al hacerlo, algunos serán

salvos; pero Dios será glorificado ya sea que los hombres sean salvos o no. Los elegidos serán salvos para la gloria de Dios (Romanos 9:23) y los que se pierdan, glorificarán a Dios en el día de Su visitación (1ª Pedro 2:11-12).

(10) El buscar conocer el carácter de Dios, nos estimula y enriquece nuestro estudio de las Escrituras.

Las Escrituras son la principal fuente de instrucción con respecto a **los atributos** de Dios.¹² En la medida que buscamos aprender el carácter de Dios, pronto descubriremos que tenemos una nueva perspectiva de las Escrituras. Incluso aquellos textos que alguna vez consideramos aburridos, recobran vida en cuanto comenzamos a ver el carácter de Dios descrito en ellos. Imagínense llegar a un lugar donde, al igual que David, podemos orar estas palabras relacionadas con la ley del Antiguo Testamento:

“En tus mandamientos meditaré; consideraré tus caminos. Me regocijaré en tus estatutos; no me olvidaré de tus palabras. Haz bien a tu siervo; que viva, y guarde tu palabra. Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley” (Salmo 119:15-18).

Porciones aparentemente oscuras y difíciles de la Biblia, recobran vida cuando las miramos de acuerdo al carácter de Dios. Textos proféticos (como el Apocalipsis), tienen mucho que decirnos del carácter de Dios. Tal vez mal gastamos mucho tiempo y esfuerzo intentando resolver misterios que no se pretende que comprendamos (ver Deuteronomio 29:29), en vez de enfocarnos en el carácter de Dios, que con frecuencia está claramente retratado en textos simbólicos u oscuros. Cuando nos acercamos a las Escrituras para saber cómo es Dios, no nos desilusionaremos.

(11) Cuando nos enfocamos en los atributos de Dios, comenzamos a ver la vida desde una nueva perspectiva —la perspectiva de Dios.

Nada cambiará en forma más radical la forma en que miramos la vida y nuestras circunstancias. En el Salmo 73, Asaf confiesa que cuando comenzó a mirar la vida desde la perspectiva de Dios, vio las cosas bajo un espectro completamente diferente. Cuando nuestro deseo es conocer a Dios, conocer Su carácter y Su naturaleza, le damos la bienvenida a aquellas circunstancias que facilitaron una relación más íntima con Dios. Y es así que el apóstol Pablo nos dice que él le da la bienvenida al sufrimiento, si este le permite conocer mejor a Dios:

“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte: (Filipenses 3:8-10).

El deseo de conocer a Dios íntimamente por el conocimiento de Su carácter, pone nuestro servicio en una perspectiva especial y nos protege de lo que algunos llaman ‘quemarse’. Piensen en el pasaje de María y Marta en el Evangelio de Lucas:

“Aconteció que yendo de camino, entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude. Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada” (Lucas 10:38-42).

María escogió ‘una cosa’: la ‘mejor’, para adorar al Señor, sentándose a Sus pies y deleitándose en todo lo que Él es. Marta escogió algo de menor valor y se enojó porque María no estaba trabajando con ella. Cuando conocer a Dios se convierte en nuestra prioridad, servirle se convierte en un trabajo adicional de nuestra devoción y no en un impedimento.

El Testimonio de Hombres en Las Escrituras

Estudiar los atributos de Dios —ver a Dios tal como Él es— es una experiencia que transforma la vida. Ver a Dios en Su grandeza y gloria, ha transformado vidas. Los grandes hombres de la Biblia, fueron aquellos que sintieron pasión por conocer a Dios; eran hombres que llegaron a ‘ver’ a Dios. Enfoquemos nuestra atención en dos hombres cuyas vidas fueron transformadas al lograr una mayor comprensión de los atributos de Dios.

Job, sostenido por Dios, fue “...**un varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal...**” (Job 1:8). Dios permitió una serie de desastres para afligir a Job a través de Satanás. Job fue ‘aconsejado’ por sus amigos, lo que sólo le añadió más sufrimiento. Job se estaba debilitando bajo el peso de sus aflicciones, cuando Dios personalmente, lo reprendió. Dios no le explicó porqué Él había permitido que el sufrimiento rompiera su vida. No le informó a Job que Satanás estaba involucrado o de Su propio propósito para todo lo que había sucedido. Simplemente, le recordó que Él era Dios y algunos de Sus atributos como Dios (Job 38-41). Le recordó a Job su naturaleza finita y su falibilidad. Job se arrepintió. Ya no quiso saber por qué Dios estaba actuando como lo estaba haciendo en su vida. Ya no necesitaba saber. Todo lo que necesitaba saber era que lo que estaba sucediendo era obra de Dios y que Dios, como Dios, quería y podía actuar como lo creyera mejor. Los atributos de Dios hicieron retroceder a Job, espiritualmente hablando, y le aseguró que si conocía a Dios, conocía lo suficiente. Su sufrimiento jamás fue explicado, porque vino de Dios. Observen estas palabras, al final del libro de Job:

“Y aconteció que después que hablo Jehová estas palabras a Job, Jehová dijo a Elifaz temanita: Mi ira se encendió contra ti y tus dos compañeros; porque no habéis hablado de mi lo recto, como mi siervo Job” (Job 42:7).

Estas palabras indican algo muy importante, pues revelan que Dios hizo una diferencia entre Job y su respuesta a su aflicción y sus tres amigos con la respuesta a la aflicción de Job. ¡Los amigos de Job, estaban equivocados! Debían arrepentirse. ¿Su error? No hablaron lo correcto acerca de Dios.

Job había hablado correctamente de Dios; pero, ¿cuándo? Pienso que Job habló correctamente de Dios al comienzo de sus problemas (Job 1:21-22) y después, al final de ellos cuando se arrepintió:

“Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti. ¿Quién es el

que oscurece el consejo sin entendimiento? Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía. Oye, te ruego, y hablaré; te preguntaré, y tú me enseñarás. De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven, por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42: 1-6).

Job está diciendo: “Antes de mi sufrimiento, *sabía* de ti. Pero ahora, después de mi sufrimiento y después de oír tus palabras de reprensión (recordándome Tus atributos), he llegado a *conocerte*”. Job ‘oyó de Dios’ por el sentido de la audición; pero ahora Job ‘ha visto a Dios’. Job llegó a conocer a Dios en forma más completa. Su sufrimiento sirvió a los altos propósitos de Dios, todavía ignorados por Job. Pero también sirvieron al propósito que Dios tenía para Job, que era el hacer que lo conociera completamente y que apreciara Sus atributos y así llegar a conocerlo mejor. Los atributos de Dios hicieron que Job *pensara correctamente* de Dios y así, que *respondiera correctamente* a su sufrimiento.

De la misma forma, Moisés fue cambiado radicalmente como resultado de ir conociendo cada vez más, los atributos de Dios. Considere la secuencia de los eventos en la vida de Moisés, que le revelaron los atributos de Dios lo que tuvo como resultado una intimidad creciente con Él. El primer encuentro de Moisés con Dios, se describe en Éxodo 3:

“Apacentando Moisés las ovejas de Jetro su suegro, sacerdote de Madián, llevó las ovejas a través del desierto, y llegó hasta Orbe, monte de Dios. Y se le acercó el Ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía. Entonces Moisés dijo: Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema. Viendo Jehová que él iba ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es. Y dijo: Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios” (v. 1-6). “Entonces Moisés respondió a Dios: ¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel? Y él respondió: Ve, porque yo estaré contigo; y esto te será por señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte. Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Y respondió Dios a Moisés: Yo Soy el que Soy. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: Yo soy me envió a vosotros. Además dijo Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre; con el se me recordará por todos los siglos” (v. 11-15).

En el primer encuentro de Moisés con Dios, se revelaron varios atributos importantes de Dios, incluso si Moisés no los captó o no creyó en ellos.

Primero: Moisés fue instruido en que el Dios de Israel, es un Dios eterno. La zarza ardiente, no se ‘quemó’, simplemente ‘ardía’. La zarza ardiente fue una manifestación simbólica de Dios, quien es eterno. Él, al igual que el fuego, no tiene fin. Y en ese mismo encuentro, Dios le dijo a Moisés uno de Sus nombres. Dios es el grande y el eterno “**Yo Soy**” (versículo 14). Moisés llegaría a apreciar la eternidad de Dios en el futuro. ¿No es sorprendente que el único Salmo escrito por Moisés (Salmo 90), refleja la eternidad de Dios?

Segundo: A Moisés se le aseguró la presencia continua de Dios cuando fuera a Egipto a llevar a cabo la tarea divina que se le había encomendado (ver versículo 12). Esta presencia sin fin, es celebrada por David en el Salmo 139 y también es prometida por el Señor Jesucristo a Sus discípulos cuando les entregó la Gran Comisión (Mateo 28:18-20; ver también Hebreos 13:5). Muy pronto Moisés estaría clamando a Dios para que Él hiciera según lo prometido (ver Éxodo 33:12-16; 34:8-9).

Tercero: En el encuentro de Moisés con Dios en la zarza ardiente, recibió instrucciones acerca de la santidad de Dios. Se le dijo a Moisés que no se acercara a la zarza y que se sacara el calzado, pues la tierra que rodeaba la zarza era santa (Éxodo 3:5-6). La santidad de Dios, llegaría a ser un tema de suma importancia en el ministerio de Moisés.

Si en Éxodo 3, se deja a Moisés a una distancia dada de Dios, en el resto del libro de Éxodo, se describe el intenso deseo suyo de acercarse a Dios y conocerlo más. Cuando Dios liberó a Israel de Egipto, Él se apareció en la forma de una nube, separándolos de los egipcios y conduciéndolos a la tierra prometida (Éxodo 14:19-20). En el Monte Sinaí, donde Dios entregó la Ley a los israelitas, se manifestó a Sí mismo delante de la nación, como fuego, humo, una nube, trueno, relámpago y terremoto (Éxodo 19:21-25). El pueblo y los sacerdotes fueron tenidos a distancia impidiéndoles siquiera echar una mirada a Dios (19:21-25).

En Éxodo 24, sucede algo muy poco común. A Moisés, junto con Aarón y sus dos hijos, Nadab y Abiú, acompañados por 70 de los ancianos del pueblo, se les otorga una manifestación especial de la gloria de Dios:

“Y subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, setenta de los ancianos de Israel; y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando esta sereno. Mas no extendió su mano sobre los príncipes de los hijos de Israel; y vieron a Dios, y comieron y bebieron”.

Así y todo, después de esta asombrosa revelación de Dios a los líderes de la nación, en ausencia de Moisés, tomaron parte en la fabricación de un ídolo contradiciendo las instrucciones precisas que Dios les había dado:

“Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos” (Éxodo 20:2-6).

“Viendo el pueblo que Moisés tardaba en descender del monte, se acercaron entonces a Aarón, y le dijeron: Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido. Y Aarón les dijo: Apartad los zarcillos de oro que están en las orejas de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestras hijas, y traédmelos. Entonces todo el pueblo apartó los zarcillos de oro que tenían en sus orejas, y los trajeron a Aarón; y él los tomo de las manos de ellos, y le dio forma con buril, e hizo de ello un becerro de fundición. Entonces dijeron: Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto. Y viendo esto Aarón, edificó un altar delante del becerro; y pregonó Aarón, y

dijo: Mañana será fiesta para Jehová. Y al día siguiente madrugaron, y ofrecieron holocaustos, y presentaron ofrendas de paz; y se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a regocijarse” (Éxodo 32: 1-6).

¡Qué sorprendente! Estos israelitas habían sido testigos del triunfo de Dios sobre los ‘dioses’ de Egipto durante el éxodo. Le cantaron a Él alabanzas después de haber cruzado el Mar Rojo (Éxodo 15: 1-18). Vieron las manifestaciones espectaculares de la presencia de Dios en la montaña. Aarón y sus hijos y 70 de los líderes de la nación, se vieron privilegiados al comer delante de la presencia de Dios. Y aun así, en la breve ausencia de Moisés, quisieron hacer un ídolo, desobedeciendo abiertamente lo que se les había ordenado.

Dios amenazó con destruir a esta gente rebelde. Ofreció formar una nueva nación a partir de la descendencia de Moisés (Éxodo 32:9-10). Moisés intercedió delante de Dios por el pueblo para que Él tuviera misericordia de ellos y así cumplir con la promesa dada a Abraham y atraer gloria a Sí mismo entre las naciones (ver Éxodo 32: 11-13). Dios contuvo Su ira y prometió estar con Moisés mientras condujera al pueblo a la tierra prometida. Pero Él mantendría Su distancia de esta gente tan obstinada.

“Jehová dijo a Moisés: Anda, sube de aquí, tú y el pueblo que sacaste de la tierra de Egipto, a la tierra de la cual juré a Abraham, Isaac y Jacob, diciendo: A tu descendencia la daré; y yo enviaré delante de ti el ángel y echaré fuera al cananeo y al amorreo, al heteo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo (a la tierra que fluye leche y miel); pero yo no subiré en medio ti, porque eres pueblo de dura cerviz, no sea que te consuma en el camino: (Éxodo 33: 1-3).

Mientras Dios mantuvo Su distancia de los israelitas duros de cerviz, se acercó más a Moisés de manera que disfrutó solo una intimidad con Él que no se veía desde el Jardín del Edén:

“Y Moisés tomó el tabernáculo, y lo levantó lejos, fuera del campamento, y lo llamó el Tabernáculo de Reunión. Y cualquiera que buscaba a Jehová, salía al tabernáculo de reunión que estaba fuera del campamento. Y sucedía que cuando salía Moisés al tabernáculo, todo el pueblo se levantaba, y cada cual estaba en pie a la puerta de su tienda, y miraban en pos de Moisés, hasta que él entraba en el tabernáculo. Cuando Moisés entraba en el tabernáculo, la columna de nube descendía y se ponía a la puerta del tabernáculo, y Jehová hablaba con Moisés. Y viendo todo el pueblo la columna de nube que estaba a la puerta del tabernáculo, se levantaba cada uno a la puerta de su tienda y adoraba. Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero. Y él volvía al campamento; pero el joven Josué hijo de Nun, su servidor, nunca se apartaba de en medio del tabernáculo” (Éxodo 33: 7-11).

Se podría pensar que Moisés estaba satisfecho con la intimidad que había logrado con Dios; pero no lo estaba. Quería más y más de Dios. Como quería conocer a Dios más íntimamente, hizo esta petición:

“Y dijo Moisés a Jehová: Mira, tú me dices a mí: Saca este pueblo; y tú no me has declarado a quién enviarás conmigo. Sin embargo, tú dices: Yo te he conocido por tu nombre, y has hallado también gracia en mis ojos. Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo. Y él dijo: Mi presencia irá contigo, y te daré descanso. Y Moisés respondió: Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí. Y en qué se conocerá aquí que he

hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra? Y Jehová dijo a Moisés: También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre. El entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria” (Éxodo 33:12-18).

La respuesta a la solicitud de Moisés, esta registrada en los siguientes versículos:

“Y le respondió: Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti, y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente. Dijo más: No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre y vivirá. Y dijo aun Jehová: He aquí un lugar junto a mí, y tú estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; más no se verá mi rostro. Y Jehová dijo a Moisés: Alístate dos tablas de piedra como las primeras, y escribiré sobre esas tablas las palabras que estaban en las tablas primeras que quebraste. Prepárate, pues, para mañana, y sube de maraña al monte de Sinaí, y preséntate ante mí sobre la cumbre del monte. Y no suba hombre contigo, ni parezca alguno en todo el monte; ni ovejas ni bueyes pazcan delante del monte. Y Moisés alisó dos tablas de piedra como las primeras; y se levantó de mañana y subió al monte Sinaí, como le mandó Jehová, y llevó en su mano las dos tablas de piedra. Y Jehová descendió en la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación. Entonces Moisés, apresurándose, bajo la cabeza hacia el suelo y adoró” (Éxodo 33:19-34:8).

Este incidente en la vida de Moisés, ciertamente debiera ser de enseñanza para nosotros; pero también debe motivarnos a seguir sus pasos. Encontramos varias lecciones de este texto:

(1) **Vivir cerca de Dios es peligroso para aquellos que están en pecado y no son rectos.** Dios ha dejado bien en claro que el hombre pecador debe mantener su distancia (Éxodo 19:21-24). Si Dios estuviera presente entre Su pueblo y estos persistieran en su pecado, Él les destruiría (Éxodo 33:3). El pecador no puede convivir con Dios.

(2) **Dios desea convivir con los hombres y Él provee los medios para ello.** Dios se reveló a Sí mismo a los israelitas, a sus líderes y especialmente a Moisés. Dios quiso manifestar Su gloria a los hombres. Se glorificó a Sí mismo en Egipto, al derrotar a Faraón y a los egipcios. Se glorificó a Sí mismo al conducir a la nación de Israel y manteniendo las promesas dadas a Abraham y a sus descendientes.

Dios manifiesta Su gloria a Sus escogidos, de manera que le adoren y le sirvan. Los hombres no pueden convivir con Dios, debido a su pecado. Moisés le solicitó a Dios que les acompañara a la tierra prometida y también que les perdonara sus pecados (Éxodo 34:9). Debido al pecado del hombre, Dios proveyó para que Su pueblo pudiera convivir con Él. Primero, Dios apartó a Su pueblo de manera que le adoraran (ver Éxodo 4:22-23). A continuación, a Su pueblo le entregó la Ley, que diferenciaba a los santos de los que no lo eran. La Ley definió aquello que es

desagradable y detestable a los ojos de Dios. También proveyó barreras que mantenían ciertos límites entre Él y los hombres. El tabernáculo fue una de esas barreras. Sólo un hombre podía entrar al lugar santo y sólo una vez al año. Y, finalmente, Dios proveyó sacrificios de sangre de modo que los hombres pecadores pudieran ser perdonados y por ende, poder tener una comunión con Él. *Cuando el Señor Jesucristo fue crucificado en el Calvario, se convirtió en último y completo sacrificio, habiendo muerto por el pecado una sola vez y para siempre, por lo tanto ya no existen barreras entre los hombres y Dios, para aquellos que fueron perdonados y justificados en Cristo* (ver Hebreos 9 y 10).

(3) El haber conocido a Dios, fue el incentivo para Moisés de desear conocerle aun más íntimamente. Cuando Dios se le apareció por primera vez a Moisés, este tuvo miedo de mirarlo por lo que escondió su rostro (Éxodo 3:6). En Éxodo 33, leemos que Moisés le ruega a Dios que le muestre Su gloria. ¿Qué pudo haber sucedido para que Moisés cambiara de opinión? Creo que fue el mayor conocimiento de Dios que fue adquiriendo con el tiempo. Nadie ha tenido el privilegio de convivir con Dios de la manera como Moisés lo hizo. Dios se encontraba con él en forma regular y hablaba con él “cara a cara, como habla cualquiera a su compañero” (Éxodo 33:11). Y aun así, Moisés quería más de Dios. Mientras más conocemos a Dios, más desearemos conocerle. El conocimiento de Dios origina tanto la motivación y los medios para conocerle más.

(4) Si no conocemos a Dios íntimamente, estaremos alejados de Dios y finalmente, llegaremos a la idolatría —creando un ‘dios’ a nuestro gusto. Esto es lo que aprendemos del pueblo de Israel. Fueron instruidos a mantener una distancia con Dios y así lo querían ellos. Dejemos que Moisés interceda ante Dios. Dejemos que él viva en peligro acercándose a Dios. Mantenían la distancia. Y es así como vemos que prontamente estaban fabricando y adorando a un ‘dios’ hecho por ellos mismos, un ‘dios’ que estaba cerca de ellos. Pero este no era el Dios que les había dado Su Ley, ni el que perdonó su idolatría y su inmoralidad. Era un ‘dios’ a quien podían adorar y servir mientras seguían pecando. Y así lo hicieron, para su propia destrucción. Cuando no nos preocupamos de conocer a Dios, vemos que cada vez estamos mas lejos de Él y eventualmente fabricándonos un ‘dios’ a nuestro gusto.

(5) La motivación de Moisés, fue que Dios le conocía completamente y por ello, él deseaba conocer a Dios en forma más completa.

“Sin embargo, tú dices: Yo te he conocido por tu nombre, y has hallado también gracia en mis ojos. Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo” (Éxodo 33:12b-13).

Existe una relación muy estrecha entre ser conocido por Dios y querer conocerle a Él (ver 1ª Corintios 8:3; 13:12; Gálatas 4:9).

(6) Moisés deseaba conocer a Dios en una forma más completa, para servirle mejor. El deseo de Moisés de conocer en forma más completa a Dios, no era para autosatisfacerse. Buscaba un conocimiento más íntimo de Dios para ser capaz de cumplir su llamado como líder de la nación de Israel:

“Y dijo Moisés a Jehová: Mira, tú me dices a mí: Saca este pueblo; y tú no me has declarado a quién enviarás conmigo. Sin embargo, tú dices: Yo te he conocido por tu nombre, y has hallado

también gracia en mis ojos. Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo. Y él dijo: Mi presencia irá contigo, y te daré descanso” (Éxodo 33:12-13).

A Moisés se le ordenó llevar al pueblo de Israel a la tierra de la promesa. ¿Cómo podía hacerlo si no conocía a Aquel que le acompañaría? Conocer más a Dios, le permitiría servirle mejor.

(7) Moisés deseaba conocer mejor a Dios, no sólo por sí mismo, sino que también por los demás. A Moisés ya se le había asegurado la presencia de Dios con él (Éxodo 3:12; 33:14). Moisés busca tanto una mayor revelación de la gloria de Dios y Su presencia entre Su pueblo, Israel (Éxodo 33:15-16; 34:9). A través de todo el texto de Éxodo 33 y 34, vemos a Moisés intercediendo por la nación de Israel. Su requerimiento personal para ver la gloria de Dios, está vinculado a su petición de que Él estuviera presente entre Su pueblo.

(8) Conocer a Dios, es saber cuáles son Sus ‘caminos’; conocer Su carácter. Moisés argumentó con Dios:

“Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo. Y él dijo: Mi presencia irá contigo, y te daré descanso” (Éxodo 33:13).

No podemos conocer íntima y personalmente a Dios, sin conocer Su carácter, Sus ‘caminos’. Esta es la razón porqué Moisés argumentó con Dios para conocer Sus **caminos**; para poder llegar a conocerle completamente.

(9) La gracia de Dios es tanto la base como el objetivo de conocer a Dios. Observemos una vez más, las palabras de Moisés:

“Ahora, pues, *si he hallado gracia en tus ojos*, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y *halle gracia en tus ojos*; y mira que esta gente es pueblo tuyo” (Éxodo 33:13 - palabras en itálicas, del autor).

¿Lo ve? La expresión “**he hallado gracia en tus ojos**”, se repite en este versículo. Habiendo encontrado gracia a los ojos de Dios, Moisés puede pedirle que desea conocerlo más. Y se busca conocer más completamente a Dios, para encontrar Su gracia. La gracia es tanto la base como el resultado de conocer a Dios —y todo es la gracia de Dios.

(10) El carácter de Dios es Su gloria. Finalmente, observemos que la revelación de la gloria de Dios es la revelación de Su carácter.

“Y Jehová descendió en la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34:5-7).

¿Qué constituye la gloria de Dios? Ningún hombre puede ver la gloria de Dios completa; ni siquiera un hombre como Moisés. Sería algo como intentar mirar directamente al sol. Pero Dios le reveló a Moisés, alguno de Sus atributos. El esplendor y el brillo de la manifestación física de Dios en aquel monte, no fue sino un símbolo visual de Su gloria; Su carácter. La gracia de Dios y la compasión, son Su gloria, Su amorosa misericordia, es Su gloria. Su lealtad, es Su gloria. Su santidad y justicia, es Su gloria.

Conclusión

Mi sincera esperanza es que cada uno de nosotros pudiésemos unirnos a Moisés y decir con él: “Déjame ver Tu gloria”. *No existe mayor gozo y privilegio en la vida, que ver la gloria de Dios.* El cielo estará gozando la gloria de Dios por la eternidad —y podemos comenzar ahora. *Pero si viéramos la gloria de Dios, debemos estudiar Sus atributos.* Y no nos atrevamos a estudiarlos sólo como cualidades académicas. Estas son las características de Dios como Persona. Y el resultado de nuestro estudio, debería ser el de Moisés. Deberíamos responder con adoración y servicio, que es la expresión de conocerle (ver Éxodo 34:8-9). No sólo busquemos ver la gloria de Dios personalmente, sino que también llevemos a otros a Su presencia, a Su gloria.

El estudio de los atributos de Dios, no admite espectadores casuales. O respondemos en adoración y servicio, o nos alejamos de Dios, creando en Su lugar, un ‘dios menor’ de nuestra propia factura; un ‘dios’ en cuya presencia nos sentimos cómodos, aun si pecamos. Al comenzar este estudio, hagámoslo con gran celo, con nuestros ojos bien abiertos a lo que este estudio requiera de nosotros.

¹ “Permitiendo que Dios Crezca” por George W. Cornell, *The Dallas Morning News*, Sábado, Marzo 5, 1994, p. 44^a.

² A.W. Tozer, *El Conocimiento de lo Santo* (New York: Harper and Row, Publishers, 1961), p. 10.

³ Ibid., p. 12

⁴ Arthur W. Pink, *Gleanings in the Godhead*, pp. 28-29.

⁵ Citado por Arthur W. Pink, *Gleanings in the Godhead*, (Chicago: Moody Press, 1975), p.28

⁶ C.H. Spurgeon, citado por Pink, *The Attributes of God*, p.80

⁷ Sermón sobre Malaquías 3:6, por C.H. Spurgeon, según cita de Pink, *The Attributes of God*, p. 80.

⁸ J.I. Packer, *Knowing God* (Downers Grove: Inter-Varsity Press, 1973), pp. 29-30.

⁹ Ibid., pp. 14-15.

¹⁰ A.W. Tozer, *The Knowledge of the Holy*, p. 11.

¹¹ *Ibid.*, p. 10.

¹² Sabemos que existen tres fuentes de revelación con respecto al carácter de Dios: la creación de Dios (Salmo 19:1-6; Romanos 1:18-20), el Hijo de Dios (Juan 1:14-18; Hebreos 1:1-3) y la Palabra de Dios (Salmo 19:7-14; 2^a Pedro 1:3-4). Es sólo en la Palabra de Dios, que se describe al Hijo de Dios (ver Juan 20:30-31; 1^a Juan 1:1-4).

[Previous Page](#)

[TOC](#)

[Next Page](#)

El poder de Dios

Introducción

Siglos atrás, Dios le prometió a Abraham y a Sara que tendrían un hijo de cuya descendencia el mundo sería bendecido. Pero hubo problemas. Abraham y Sara tenían ya sus años y Sara era estéril. Cuando se le dijo que sería la madre del hijo de Abraham, el hijo de la promesa, Sara se rió. Como respuesta a su risa, Dios le dijo lo siguiente a Abraham:

“Entonces Jehová dijo a Abraham: *¿Por qué se ha reído Sara diciendo: Será cierto que he de dar a luz siendo ya vieja? ¿Hay para Dios alguna cosa difícil?* Al tiempo señalado volveré a ti, y según el tiempo de la vida, Sara tendrá un hijo” (Génesis 18:13-14 –palabras en cursiva, del autor).

Cuando Dios rescató a la nación de Israel de su esclavitud en Egipto, les condujo por el desierto, donde el ‘menú’ fue una provisión milagrosa de maná. Pero los israelitas comenzaron a murmurar porque no podían disfrutar de la variedad de alimentos que habían comido en Egipto. En respuesta a sus murmuraciones, Dios le prometió a esta gran compañía, una dieta de carne por un mes completo. Si alimentar a los 5.000 fue difícil, imagínense alimentar a ese inmenso grupo. Moisés tuvo los mismos pensamientos y expresó su preocupación a Dios:

“Entonces dijo Moisés: Seiscientos mil de a pie es el pueblo en medio del cual yo estoy; y dices: ¡Les daré carne, y comerán un mes entero! ¿Se degollarán para ellos ovejas y bueyes que les basten? ¿O se juntarán para ellos todos los peces del mar para que tengan abasto? (Números 11:21-22).

Pero Dios formuló otra pregunta como respuesta a Moisés; una pregunta de vital importancia para todo creyente en el día de hoy:

“Entonces Jehová respondió a Moisés: *¿Acaso se ha acertado la mano de Jehová? Ahora verás si se cumple mi palabra o no*” (Números 11:23).

La respuesta a esta pregunta es fundamental y la respuesta que la Biblia nos da es clara e inequívoca:

“Nuestro Dios esta en los cielos. Todo lo que quiso ha hecho” (Salmo 115:3).

“¡Oh Señor Jehová! ¡He aquí que tu hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti!” (Jeremías 32:17).

“Y mirándolos Jesús, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible” (Mateo 19:26)

“Jehová de los ejércitos juró diciendo: Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado, y será confirmado como lo he determinado; que quebrantaré al asirio en mi tierra, y en mis

montes lo hollaré; y su yugo será apartado de ellos, y su carga será quitada de su hombro. Este es el consejo que está acordado sobre toda la tierra, y está, la mano extendida sobre todas las naciones” (Isaías 14:24-26).

El Poder de Dios en la Creación

La primera manifestación del poder de Dios, se ve en la creación del mundo en el que vivimos:

“Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Romanos 1:20).

A través de las Escrituras, la creación del mundo se cita como un testimonio preciso del poder de Dios.

(Al músico principal. Salmo de David) “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje ni palabras, ni es oída su voz. Y hasta el extremo del mundo sus palabras. En ellos puso tabernáculo para el sol; y éste, como esposo que sale de su tálamo, se alegra cual gigante para correr el camino. De un extremo de los cielos es su salida, y su curso hasta el término de ellos; y nada hay que se esconda de su calor” (Salmo 19:1-6)

“Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca. Él junta como montón las aguas del mar; Él pone en depósitos los abismos. Tema a Jehová toda la tierra; teman delante de él todos los habitantes del mundo. Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió. Jehová hace nulo el consejo de las naciones, y frustra las maquinaciones de los pueblos. El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones. Bienaventurada la nación cuyo Dios es Jehová. El pueblo que él escogió como heredad para sí” (Salmo 33:6-12).

En el Salmo 33, los cielos testifican la existencia de Dios y Sus atributos, proclamando así, Su gloria (Salmo 19:1-6). David continúa con el tema de la proclamación de la creación del carácter de Dios, en el Salmo 33, donde se resalta el poder de Dios. En el versículo 6, se deja manifiesto el poder de Dios al crear el mundo, enfatizando que todo eso se llevó a cabo sólo con la palabra (ver Génesis 1:3ss; Hebreos 11:3; 2ª Pedro 3:5). En el versículo 7, David indica que Dios no sólo creó los cielos. También los controla. Y en los versículos 10 y siguientes, David sigue contándonos que de la misma forma, Dios controla el quehacer del hombre; Dios está en control de la historia.

(Al músico principal. Salmo de David, siervo de Jehová, el cual dirigió a Jehová las palabras de este cántico el día que le libró Jehová de mano de todos sus enemigos, y de mano de Saúl. Entonces dijo:) “Te amo, oh Jehová, fortaleza mía. Jehová, roca mía y castillo mío, y mi libertador; Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré; mi escudo, y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio. Invocaré a Jehová, quien es digno de ser alabado, y seré salvo de mis enemigos. Me rodearon ligaduras de muerte, y torrentes de perversidad me atemorizaron. Ligaduras del Seol me rodearon, me tendieron lazos de muerte. En mi angustia invoqué a Jehová, y clamé a mi Dios. Él oyó mi voz desde su templo, y mi clamor llegó delante de él, a sus oídos. La tierra fue conmovida y tembló; se conmovieron los cimientos de los montes, y se estremecieron, porque se

indignó él. Humo subió de su nariz, y de su boca fuego consumidor; carbones fueron por él encendidos. Inclino los cielos, y descendió; y había densas tinieblas debajo de sus pies. Cabalgó sobre un querubín, y voló; voló sobre las alas del viento. Puso tinieblas por su escondedero, por cortina suya alrededor de sí; oscuridad de aguas, nubes de los cielos. Por el resplandor de su presencia, sus nubes pasaron; granizo y carbones ardientes. Tronó en los cielos Jehová, y el Altísimo dió su voz; granizo y carbones de fuego. Envió sus saetas, y los dispersó; lanzó relámpagos, y los destruyó. Entonces aparecieron los abismos de las aguas, y quedaron al descubierto los cimientos del mundo, a tu reprehensión, oh Jehová, por el soplo del aliento de tu nariz. Envió desde lo alto; me tomó, me sacó de las muchas aguas. Me libró de mi poderoso enemigo, y de los que me aborrecían; pues eran más fuertes que yo. Me asaltaron en el día de mi quebranto, mas Jehová fue mi apoyo. Me sacó a lugar espacioso; me libró, porque se agradó de mí” (Salmo 18: 1-19).

El Salmo 18 es una alabanza a Dios por Su fuerza, una fuerza en la que David puede refugiarse (ver versículos 1 y 2). En los versículos 3 al 7, le alaba por el rescate que le ha otorgado de la mano de su enemigo Saúl (ver versículo 1). David estaba muy afligido y Dios lo rescató. En los versículos 7 al 15, David retrata poéticamente, la respuesta de Dios a su llamado de ayuda, como si Dios llamara a todas las fuerzas de la naturaleza para lograrlo. En una palabra, David le cuenta a sus lectores, por así decirlo, que Dios moverá cielo y tierra para rescatar a Sus hijos de la aflicción. Debemos confiar en Dios y encontrar en Él un lugar de refugio, pues Él es el único Dios verdadero cuyo poder incluye el control de todas las fuerzas de la naturaleza.¹³

El Poder de Dios Demostrado en el Éxodo

Después de haber desplegado todo Su poder, la segunda demostración del poder de Dios, lo podemos ver en Éxodo:

“Después Moisés y Aarón entraron a la presencia de Faraón y le dijeron: Jehová el Dios de Israel dice así: Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto. Y Faraón respondió: *¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel.* (Éxodo 5: 1-2 – palabras en itálicas del autor).

La terquedad que demostró Faraón, fue un designio divino. Mientras Faraón endurecía su propio corazón, al mismo tiempo Dios se lo endurecía más aún de manera que se le resistiera, proveyéndole a Él la oportunidad de demostrar Su poder a los egipcios, a los israelitas y a las naciones que les rodeaban:

“Y yo endureceré el corazón de fe Faraón, y multiplicaré en la tierra de Egipto mis señales y mis maravillas. Y Faraón no os oirá; mas yo pondré mi mano sobre Egipto, y sacaré a mis ejércitos, mi pueblo, los hijos de Israel, de la tierra de Egipto, con grandes juicios. Y sabrán los egipcios que yo soy Jehová, cuando extienda mi mano sobre Egipto, y saque a los hijos de Israel de en medio de ellos” (Éxodo 7: 3-5).

“Así salvó Jehová aquel día a Israel de mano de los egipcios; e Israel vio a los egipcios muertos a la orilla del mar. Y vio Israel que aquel grande hecho que Jehová ejecutó contra los egipcios; y el pueblo temió a Jehová, y creyeron a Jehová y a Moisés su siervo” (Éxodo 14: 30-31).

“¿Quién como tú, oh Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnifico en santidad, terrible en

maravillosas hazañas, hacedor de prodigios? Extendiste tu diestra; la tierra los tragó. Condujiste en tu misericordia a este pueblo que redimiste; lo llevaste con tu poder a tu santa morada. Lo oirán los pueblos, y temblarán; se apoderará dolor de la tierra de los filisteos. Entonces los caudillos de Edom se turbarán; a los valientes de Moab les sobrecogerá temblor; se acordarán todos los moradores de Canaán. Caiga sobre ellos temblor y espanto; a la grandeza de tu brazo enmudezcan como una piedra; hasta que haya pasado tu pueblo, oh Jehová. Hasta que haya pasado este pueblo que tú rescataste” (Éxodo 15: 11-16)

La nación de Israel alabó a Dios por el poder que desplegó al rescatarlos de la esclavitud en Egipto. Confesaron que su salvación comprobó que Dios era Dios y que el conocimiento de su rescate provocaría el terror en el corazón de las demás naciones. Vieron el rescate como una prueba del poder de Dios y como la seguridad de su entrada a la tierra que Dios les había prometido. Realmente, el éxodo fue una demostración de la omnipotencia de Dios.

Más tarde, Moisés recordaría a la segunda generación de israelitas, este gran evento y el gran poder de Dios, del cual había testigos:

“Porque pregunta ahora si en los tiempos pasados que han sido antes de ti, desde el día que creó Dios al hombre sobre la tierra, si desde un extremo del cielo al otro se ha hecho cosa semejante a esta gran cosa o se haya oído otra como ella. ¿Ha oído pueblo alguno la voz de Dios, hablando de en medio del fuego, como tú la has oído, sin perecer? ¿O ha intentado Dios venir a tomar para sí una nación de en medio de otra nación, con pruebas, con señales, con milagros y con guerra, y hechos aterradores como todo lo que hizo con vosotros Jehová vuestro Dios en Egipto ante tus ojos? A ti te fue mostrado, para que supieses que Jehová es Dios, y no hay otro fuera de él. Desde los cielos te hizo oír su voz, para enseñarte; y sobre la tierra te mostró su gran fuego, y has oído sus palabras de en medio del fuego. Y por cuanto él amó a tus padres, escogió a su descendencia después de ellos, y te sacó de Egipto con su presencia y con su gran poder” (Deuteronomio 4: 32-37).

Y así, en los últimos libros del Antiguo Testamento, la creación del mundo y la creación de la nación de Israel (por medio del éxodo), se convierte en el gran tema. En el libro de Salmos, estos eventos y el poder de Dios, del cual ellos son testigos, llegan a ser el fundamento de la esperanza de Israel, para su adoración y alabanza:

“Porque yo sé que Jehová es grande, y el Señor nuestro, mayor que todos los dioses. Todo lo que Jehová quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos. Hace subir las nubes de los extremos de la tierra; hace los relámpagos para la lluvia; saca de sus depósitos los vientos. Él es quien hizo morir a los primogénitos de Egipto, desde el hombre hasta la bestia. Envió señales y prodigios en medio de ti, oh Egipto, contra Faraón, y contra todos sus siervos. Destruyó a muchas naciones, y mató a reyes poderosos; a Sehón rey amorreo, a Og rey de Basán, y a todos los reyes de Canaán. Y dio a la tierra de ellos en heredad, en heredad a Israel su pueblo” (Salmo 135: 5-12).

Los profetas protagonizaron muchos de estos eventos y fueron testigos del poder de Dios, el cual daban a conocer. Lo hacen porque están haciendo un llamado a Israel para confiar en Dios y poner sus esperanzas en Él. Lo hacen porque hablan incluso de eventos mayores que Dios hará y que involucrarán una **“nueva creación”** y por lo tanto, necesita el poder que sólo Dios, el Creador tiene:

“Así dice Jehová Dios, Creador de los cielos, y el que los despliega; el que extiende la tierra y sus productos; el que da aliento al pueblo que mora sobre ella, y espíritu a los que por ella andan: Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz a las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas. Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas” (Isaías 42:5-8).

“Así dice Jehová, tu Redentor, que te formó desde el vientre: Yo Jehová, que lo hago todo, que extendiendo solo los cielos, que extendiendo la tierra por mí mismo” (Isaías 44:24). “Yo hice la tierra, y creé sobre ella al hombre. Yo, mis manos, extendieron los cielos, y a todo su ejercito mandé” (Isaías 45:12).

“¿Por qué cuando vine, no hallé a nadie, y cuando llamé, nadie respondió? ¿Acaso se ha acortado mi mano para no redimir? ¿No hay en mí poder para liberar? He aquí que con mi reprensión hago secar el mar; convierto los ríos en desierto; sus peces se pudren por falta de agua, y mueren de sed. Visto de oscuridad los cielos, y hago como cilicio su cubierta” (Isaías 50:2-3).

Mientras Jeremías estaba en prisión en Jerusalén, fue instruido por Dios para que comprar una propiedad en Judá que le pertenecía a un familiar suyo, aún cuando ya se había iniciado el período de la cautividad de la nación en Babilonia. La oración de Jeremías en respuesta a esta acción, nos revela la conciencia que tenía del poder de Dios, demostrado en la creación y en el éxodo:

“¡Oh Señor Jehová! He aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti; que haces misericordia a millares, y castigas la maldad de los padres en sus hijos después de ellos; Dios grande, poderoso, Jehová de los ejércitos es su nombre; grande en consejo, y magnífico en hechos; porque tus ojos están abiertos sobre todos los caminos de los hijos de los hombres, para dar a cada uno según sus caminos, y según el fruto de sus obras. Tu hiciste señales y portentos en tierra de Egipto hasta ese día, y en Israel y entre los hombres; y te has hecho nombre, como se ve en el día de hoy. Y sacaste a tu pueblo, Israel de la tierra de Egipto con señales y portentos, con mano fuerte y brazo extendido, y con terror grande; y les diste esta tierra, de la cual juraste a sus padres que se la darías, la tierra que fluye leche y miel; y entraron, y la disfrutaron; pero no oyeron tu voz, ni anduvieron en tu ley; nada hicieron de lo que les mandaste hacer; por tanto, has hecho venir sobre ellos todo este mal. He aquí que con arietes han acometido la ciudad para tomarla, y la ciudad va a ser entregada en mano de los caldeos que pelean contra ella, a causa de la espada, del hambre y de la pestilencia; ha venido pues, a suceder lo que tú dijiste, y he aquí lo estas viendo” (Jeremías 32:17-24).

El Poder de Dios en el Nuevo Testamento

Las profecías del Antiguo Testamento, relacionadas con el Mesías que había de venir, incluyen el poder de Dios. Fue llamado el “**Dios Poderoso**” (Isaías 9:6). Cuando el nacimiento del Mesías fue anunciado a María, se le dijo que este milagroso nacimiento virginal se llevaría a efecto, mediante el poder de Dios:

“Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón. Respondiendo el ángel,

le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios. Y he aquí tu parienta Elisabet, ella también ha concebido hijo en su vejez; y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril; porque nada hay imposible para Dios” (Lucas 1:34-37).

El poder de nuestro Señor, se evidenció a través de muchos milagros que llevó a efecto (ver Hechos 2:32; Juan 3:2). El pueblo estaba anonadado por la evidencia de Su poder:

“Y todos se maravillaban de la grandeza de Dios” (Lucas 9:43a).

Cuando Juan el Bautista, comenzó a tener pensamientos encontrados con respecto a Jesús, nuestro Señor le envió estas palabras:

“Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres les es anunciado el Evangelio; y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí” (Marcos 11:4-6).

Jesús dejó bien en claro que Su poder se extendía más allá del reino físico. Usó Su poder de sanidad, para demostrar que Su poder se extendía al del perdón de los pecados (Lucas 5:17-26; ver también Mateo 9:1-8; Marcos 2:1-12). La mayor demostración del poder de nuestro Señor, fue Su capacidad de resucitar a los muertos.

“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Juan 10:17-18).

“Entonces respondieron algunos de los escribas y de los fariseos, diciendo: Maestro, deseamos ver de ti señal.. Él respondió y les dijo: La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches” (Mateo 12:38-40).

“...que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos” (Romanos 1:4).

En Su primera venida, a unos pocos se les dio la oportunidad de vislumbrar el completo poder de nuestro Señor (ver Marcos 9:1-8; 2ª Pedro 1:16-19). Pero deja muy en claro, que en Su segunda venida, todos le verán llegar con poder:

“Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (Mateo 24:30).

“Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo” (Mateo 26:64).

El último libro de la Biblia, enfatiza el poder del Señor Jesucristo:

“Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos, y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (Apocalipsis 5:11-12).

El Poder de Dios en la Vida de Sus Santos

Dios es omnipotente, lo creamos o no. Pero es de suma importancia que creamos que Él es omnipotente. Estar conscientes en forma personal del poder de Dios, transformará nuestro pensamiento y nuestras acciones. Consideremos estas ilustraciones de la manera cómo el poder de Dios transformó las vidas de varios hombres de la Biblia.

Primero, fijémonos en Abraham. Aquí tenemos a un hombre que al comienzo de su vida, tenía grandes dudas del poder de Dios. Pero al final, la firme creencia en Su poder, le permitió actuar de una forma tal que hace de él un modelo de fe para todos los cristianos.

En los primeros años de su vida, Abram carecía de confianza en el poder de Dios. Partió hacia la tierra de Canaán, obedeciendo la revelación que recibió de Dios (ver Génesis 12:1-3). Pero cuando llegó una gran hambruna a la tierra, Abram se dirigió a Egipto; una decisión que pareciera no haber sido tomada por fe en el poder de Dios o en Sus promesas. Cuando él y Sarai llegaron allí, se comportaron como lo hacían habitualmente la mayoría de los matrimonios (ver Génesis 20:30) —engañaron a los demás con respecto a la relación que tenían entre ellos. Llevó a su esposa a una tierra extraña. Porque “no hay temor de Dios en este lugar” (Génesis 20:11), creyó que el poder de Dios estaba en alguna manera anulado. Pareciera ser que Abram pensó que el poder de Dios sólo era suficiente para protegerlo cuando se encontraba en el lugar correcto y cuando la gente de aquel lugar tenía temor de Dios.

Qué necio consideramos ahora el pensamiento de Abram. Dios no sólo lo protegió a él, sino que también protegió a Sarai, su esposa. Abram sobrevivió y Sarai no fue la mujer de ningún otro hombre. Abram también prosperó en aquellos lugares extranjeros, no sólo sobreviviendo sino que también adquiriendo una mayor riqueza (ver Génesis 12:20-13:2; 20:14-16). De hecho, Dios fue lo suficientemente poderoso como para cerrar toda matriz de las mujeres que vivían en el reino de Abimelec, en Gerar (Génesis 20:17-18).

Abram no creyó que el poder de Dios era suficiente como para permitirle a él y a su esposa Sarai, tener un hijo porque ya eran ancianos y además, Sarai era estéril. Por lo que Abram pensó en engendrar un hijo en una forma más fácil; primero adoptando a uno de sus siervos como hijo (Génesis 15:2) y después tener un hijo tomando como concubina a una sierva de su mujer, Agar (Génesis 16). Dios tenía el propósito de darle a Abram un hijo en una forma tal de demostrarle Su poder, haciendo en forma milagrosa que Sarai, una mujer ya anciana y que había sido estéril toda su vida, concibiera un hijo.

La gran prueba en la vida de Abraham vino cuando Dios le ordenó llevar a su hijo —aquel hijo en quien descansaban todas sus esperanzas— a sacrificarlo en el monte Moriah (Génesis 22:1-19). Aquí, Abraham se vio obligado a obedecer a Dios y el Nuevo Testamento nos dice claramente cómo lo pudo hacer —se convenció del poder de Dios que le permitió resucitar a su hijo de la

muerte:

“Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia, pensando que *Dios es poderoso* para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir” (Hebreos 11:17-19 – énfasis del autor).

Las palabras claves aquí, son “**Dios es poderoso**”. Lo que Abraham creía de las palabras “**Dios es poderoso**”, era su creencia del poder de Dios de resucitar a los muertos. Abraham tuvo un fe resucitada, al igual que la tendremos todos nosotros (ver Romanos 10:9). El crecimiento de la fe de Abraham, va en forma paralela a la creencia en el poder de Dios —ya fuera el poder de darle a dos personas “**cuyos cuerpos estaban ya como muertos**” con respecto a engendrar un hijo (Romanos 4:18-21)— o el poder para resucitar a un hijo de la muerte.

Abraham, quien comenzó con un fe pequeña en el poder de Dios, creció hasta tener una fe enorme en Su poder. En alguna forma, la fe de David en el poder de Dios, disminuyó con el tiempo. Cuando recién conocemos a David, él está preparado para luchar contra Goliat, el gigante que arrogantemente dijo blasfemias en contra de Dios. David tenía confianza, no en sus habilidades naturales, sino en la habilidad de Dios para silenciar al pagano, matándole a través de Goliat y su honda:

“Dijo Saúl a David; No podrás tú ir contra aquel filisteo, para pelear con él; porque tú eres muchacho, y él un hombre de guerra desde su juventud” (1 Samuel 17:33). “Fuese león, fuese oso, tu siervo lo mataba, y este filisteo incircunciso será como uno de ellos, porque ha provocado al ejército del Dios viviente. Añadió David: Jehová, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él también me librará de la mano de ese filisteo. Y dijo Saúl a David: Ve, y Jehová esté contigo” (1 Samuel 17:36-37).

El problema de David era que él, al igual que la nación de Israel, comenzó a tomar crédito por lo que Dios hizo con Su poder. Dios había advertido a los israelitas acerca de este falso orgullo:

“Cuidate de no olvidarte de Jehová tu Dios, para cumplir sus mandamientos, sus decretos y sus estatutos que yo te ordeno hoy; no suceda que comas y te sacies, y edifiques buenas casas en que habites, y tus vacas y tus ovejas se aumenten, y la plata y el oro se te multipliquen, y todo lo que tuvieres se aumente; y se enorgullezca tu corazón, y te olvides de Jehová tu Dios, que te sacó de tierra de Egipto, de casa de servidumbre” (Deuteronomio 8:11-14). “...y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza. Sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas, a fin de confirmar con su pacto que juró a tus padres, como en este día” (Deuteronomio 8:17-18).

Creo que esto es precisamente lo que ocurrió con David. Tomar demasiado crédito por lo que Dios ha hecho, parece haber sido la razón de dos de los pecados más serios y devastadores de David. Dos veces en la vida biografía de David, leemos que se ausentó de la guerra, en circunstancias que entonces, era costumbre que los reyes fueran a ella:

“Aconteció al año siguiente, en el tiempo que *salen los reyes a la guerra*, que David envió a Joab, y con él a sus siervos y a todo Israel, y destruyeron a los amonitas y sitiaron a Raba; *pero David se quedó en Jerusalén*. Y sucedió un día, al caer la tarde, que se levantó David de su lecho y se

paseaba sobre el terrado de la casa real; y vio desde el terrado a una mujer que se estaba bañando, la cual era muy hermosa. Envió David a preguntar por aquella mujer, y le dijeron: Aquella es Betsabé hija de Eliam, mujer de Urías heteo. Y envió David mensajeros, y la tomó; y vino a él, y él durmió con ella. Luego ella se purificó de inmundicia, y se volvió a su casa” (2 Samuel 1-4 – palabras en itálicas del autor).

“Aconteció a la vuelta del año, en el tiempo que *suelen los reyes salir a la guerra*, que Joab sacó las fuerzas del ejército, y destruyó la tierra de los hijos de Amón, y vino y sitió a Raba. Mas David estaba en Jerusalén; y Joab batió a Rabá, y la destruyó” (1 Crónicas 20: 1 – palabras en itálicas del autor). “Pero Satanás se levantó contra Israel, e incitó a David a que hiciese censo de Israel. Y dijo David a Joab y a los príncipes del pueblo: Id, haced censo de Israel desde Beerseba hasta Dan, e informadme sobre el número de ellos para que yo lo sepa. Y dijo Joab: Añada Jehová a su pueblo cien veces más, rey señor mío; ¿no son todos estos siervos de mi señor? ¿Para qué procura mi señor esto, que será para pecado de Israel? Mas la orden del rey pudo más que Joab. Salió, por tanto, Joab, y recorrió todo Israel, y volvió a Jerusalén y dio la cuenta del número del pueblo a David” (2 Crónicas 21: 1-4 - palabras en itálicas del autor).

Bien pueden ser estos dos hechos —cuyas descripciones en las Escrituras, están separadas la una de la otra— el resultado del mismo error por parte de David: el no haber ido a la guerra con sus tropas. En ambos casos, Israel estaba en guerra con Rabá. En ambos casos, en la primavera, cuando por lo general los reyes iban a la guerra, David no lo hizo. Se quedó en casa. Y el resultado fue que terminó en la cama con la esposa de un soldado fiel y eventualmente se convirtió en un aliado secreto del ejército enemigo para asesinar al soldado Urías, y así ‘esconder’ su pecado. En el segundo caso, David hizo un censo de las tropas, hecho que dio como resultado que la ira divina cayera sobre la nación de Israel.

Los resultados del pecado de David, están notoriamente expuestos en estos textos del Antiguo Testamento. Mi propósito aquí es considerar el porqué David prefirió quedarse en casa, en vez de ir a la guerra, como lo hacían normalmente los reyes y como debió David haberlo hecho. Podría sugerir que David comenzó a tomar crédito de las victorias que Dios había obtenido con Su poder. Parece que David estaba tan confiado en la fuerza que tenía sobre sus adversarios, que ni siquiera era necesario ir a la guerra con sus tropas. Igual podía cumplir como comandante y jefe, mientras estaba entre las sábanas y es aquí, entre las sábanas, donde David perdió la mayor de las batallas de su vida. Así es que también instruyó a Joab y a los príncipes de Israel, hacer un censo del ejército de Israel. Aún cuando Joab le advirtió enérgicamente que no lo hiciera, David insistió, con un gran costo para los israelitas.

Pero, ¿por qué necesitaba hacer un censo a los israelitas? Por la misma razón que muchos de nosotros llevamos un registro de las ‘decisiones que hacemos por Cristo’ o ‘de las veces que le atendemos en la semana’ (que en sí no es malo). Muchos de nosotros necesitamos y queremos los números, porque creemos que hay fuerza en ellos. Pareciera que David censó a los israelitas, para tener más confianza y triunfar en las batallas que debía librar en contra de los enemigos de la nación de Israel. Los 300 hombres de Gedeón, no le habrían dado confianza a David en ese momento de su vida. Al parecer, David consideró las victorias de Israel como suyas y la fuerza de Israel en números, como su fuerza. Estaba equivocado. David nunca fue más fuerte que en su debilidad juvenil, cuando se paró al frente de Goliat, en el poder de Dios y no en sus propias fuerzas.

La vida de Daniel y de sus tres amigos, registrada en el libro de Daniel, nos entrega otro ejemplo

de la forma en que la fe en el poder de Dios, hace de los hombres de fe, héroes de la fe. Cuando Daniel se negó a dejar de orar a su **“Dios”**, el rey Darío se vio forzado con renuencia, a echarlo a un foso con leones. Las últimas palabras de Darío antes de dejar a Daniel en el foso de los leones, expresaron su esperanza en que el Dios de Daniel, lo librara:

“Entonces el rey mandó, y trajeron a Daniel, y le echaron en el foso de los leones. Y el rey dijo a Daniel: El Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, el te libre” (Daniel 6: 16).

El rey estaba en lo correcto y las palabras que dijo como respuesta a la liberación divina de Daniel, dan crédito, en lo que estos pueden dar, a Dios, mediante cuyo poder Daniel fue liberado **“del poder de los leones”**:

“De parte mía es puesta esta ordenanza: Que en todo el dominio de mi reino todos teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel; porque él es el Dios viviente y permanece por todos los siglos, y su reino no será jamás destruido, y su dominio perdurará hasta el fin. Él salva y libra, y hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra; él ha librado a Daniel del poder de los leones” (Daniel 6: 26-27).

Asimismo, fue a través de la fe de los tres amigos de Daniel en el poder de Dios, que Nabucodonosor, hizo una confesión similar. Nabucodonosor había hecho erigir una gran estatua de oro, delante de la cual todos los hombres debían inclinarse para adorarle cuando los músicos del rey, lo ordenaban. Sadrac, Mesac y Abed-nego se negaron a inclinarse frente a esta imagen, enfureciendo con esto al rey, quien les amenazó, como sigue:

“Habló Nabucodonosor y les dijo: ¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que vosotros no honráis a mi dios, no adoráis la estatua de oro que he levantado? Ahora, pues, ¿estáis dispuestos para que al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua que he hecho? Porque si no la adorareis, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiendo; y *¿qué dios será aquel que os libre de mis manos?*” (Daniel 3: 14-15 – palabras en itálica, del autor).

¡Qué desafío al poder de Dios! Observen la respuesta de los tres amigos de David. Su respuesta es, primero que nada, una expresión de fe en el poder de Dios capaz de hacer cualquier cosa que Él desee. Segundo, es una expresión de sumisión por parte de estos hombres a la voluntad de Dios, que podría librarlos *del* fuego o conducirlos *a través* de éste a una muerte feroz (comparar con Filipenses 1: 19-24):

“Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo: No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro rey a quien servimos, puede libranos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos libra. Y si no, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (Daniel 3: 16-18).

De hecho, Dios libró a estos tres hombres de una forma que jamás se lo hubieran imaginado. Más que tenerlos apartados del fuego, los sacó de él vivos y sin ni siquiera olor a humo en sus vestimentas (ver 3: 27). Nabucodonosor prontamente aprendió otra lección relacionada al poder de Dios, comparándolo con el ‘suyo’. Descubrió que su ‘poder’ le había sido dado por el Dios de todo poder. Después que Dios lo humilló y le quitó el poder, tomó conciencia y decretó lo

siguiente:

“Nabucodonosor rey, a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. Conviene que yo declare las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo. ¡Cuán grandes son sus señales, y cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno, y su señorío de generación en generación” (Daniel 4: 1-3). “Mas al fin del tiempo, yo Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta’ y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga ¿Qué haces? En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, y la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí, y mis gobernadores y mis consejeros me buscaron; y fui restablecido en mi reino, y mayor grandeza me fue añadida. Ahora yo, Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia” (Daniel 4: 34-37).

Conclusión

Nadie que tome la Biblia seriamente, puede negar el poder de Dios. Él es omnipotente; Él es Todopoderoso. Esta verdad transformó la vida de muchos hombres en el pasado y puede transformar las nuestras hoy día. Permítanme sugerirles varias maneras en que el poder de Dios se cruza con nuestras vidas.

(1) Lo primero que haremos, a la luz del poder de Dios, es temer, honrar y servir a Dios y sólo a Dios.

“Y habló Dios todas estas palabras, diciendo: Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, no las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos” (Éxodo 20: 1-6; ver también Josué 4: 23-24; Salmo 115: 1-15).

(2) Reconocer que la Biblia nos enseña acerca de Dios, que es infinitamente poderoso y debiera eliminar la palabra ‘imposible’ de nuestro vocabulario.

Con cuánta frecuencia excusamos nuestro pecado, apelando a nuestra inhabilidad humana. “Pero si soy humano”, decimos. Así es; pero Dios no sólo nos ha salvado con Su poder. También obra en nosotros para santificarnos por ese mismo poder.

“Y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Romanos 8: 8-11).

“[Oro para que Él esté] alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándolo de los muertos y sentándolo a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero” (Efesios 1:18-21).

“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, lo longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros” (Efesios 3:14-20).

“Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz” (Colosenses 1:9-12).

“...para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí” (Colosenses 1:29).

(3) Nuestra debilidad no es una barrera para el poder de Dios.

Mas bien, el reconocer nuestra debilidad, es la base para volvernos a Dios, dependiendo de Su poder que obra en nosotros. Así, Dios recibe toda la gloria:

“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros” (2ª Corintios 4:7).

“Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un agujón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2ª Corintios 12:7-10).

Cuando ministramos en el poder de Dios, no necesitamos confiar en nuestras propias fuerzas ni

en los métodos humanos. En realidad, ni nos atrevamos a hacerlo. Por medio de la ‘debilidad’ de la cruz, Dios trajo salvación al hombre y por medio de éste, proclamó Su evangelio. A través de métodos débiles y poco impresionantes, el evangelio es proclamado confiando en el poder de Dios, para convencer y convertir a los pecadores. De esta forma, los hombres deben dar la gloria a Dios y deben confiar en Él y en Su poder; no en los hombres:

“¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios” (1ª Corintios 1:20-24).

“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia. Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, glorié en el Señor” (1ª Corintios 1:26-31).

“Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no este fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (1ª Corintios 2:2-4).

No es esta la forma en que hoy día actúa la iglesia. Cuando predicamos, empleamos los métodos de marketing de nuestros días, que han probado ser exitosos en los resultados obtenidos. Empleamos las mismas técnicas persuasivas del que vende jabón y cereales para el desayuno. Cuando intentamos entrenar y desarrollar líderes, más bien los entrenamos para ser líderes siguiendo el modelo y método de la cultura secular y no les enseñamos a ser siervos. La iglesia, cada vez más se conduce en base a los principios de ‘buenos negocios’, que en los principios bíblicos. Y ofrecemos ‘terapia’ en una versión pobre de la psicología y psiquiatría secular, más que desafiar a los hombres y mujeres a pensar de acuerdo a lo que la Biblia dice y a obedecer la Palabra de Dios. ¿No les parece que la evangelización se parece bastante al estado de la iglesia que Pablo tristemente describe como la iglesia de los últimos días?

“Tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita” (2ª Timoteo 3:5).

Si Realmente Creyéramos en el Poder de Dios

Primero, acudiríamos a Él en oración

Si realmente creyéramos en la omnipotencia de Dios, primero acudiríamos a Él en oración y no como un último recurso después de haber agotado todos nuestros métodos y haber fallado. Nos olvidaríamos poner nuestra confianza en los ídolos de nuestros días y confiaríamos en Él.

Humildemente reconoceríamos que todas las bendiciones que tenemos son un regalo de Su gracia y el resultado, de la obra de Su poder. Nuestras oraciones estarían llenas de alabanza y acciones de gracias, considerando a Dios como la Fuente de toda bendición.

Estaríamos llenos de fe y esperanza, sabiendo que ningún propósito de Dios puede ser perverso (2 Crónicas 20:6) y que toda promesa que Dios ha hecho, ha sido cumplida en Su tiempo y exactamente en la forma en que Él la ha prometido.

No le daríamos tanto crédito a Satanás

Si realmente comprendiéramos el poder de Dios, no le daríamos tanto crédito a Satanás. No le veríamos tanto como si él y Dios fueran rivales cercanos que han luchado durante siglos. No consideraríamos que al final, Dios vencerá a este, nuestro enemigo a muerte. Consideraríamos que Dios es el Creador y Satanás no es más que una criatura. Sabríamos que el poder de Dios es infinito, mientras que el de Satanás es finito. No minimizaríamos el poder de Satanás; pero tampoco exageraríamos su poder. Dios no está luchando con Satanás, con la esperanza de vencerlo; Satanás ya es un enemigo vencido, cuyo deceso final es una realidad (Juan 12:31; 16:11; Lucas 10:18). Mientras tanto, Dios está usando a Satanás y su rebeldía, para lograr Sus propósitos (ver 2ª Corintios 12:7-10).

No creeríamos las mentiras de los ‘evangelistas de buena vida’

Si verdaderamente comprendiéramos y creyéramos en el poder de Dios, no creeríamos las mentiras de los ‘evangelistas de buena vida’, aquellos mercachifles que arreglan sus bolsillos, asegurándoles a los dadores que Dios está allí con todo Su poder, ansioso por cumplir sus requerimientos. Exigen, basados en el poder de Dios ‘por fe’, ciertas posesiones, como dinero y sanidad. Dicen: “Dios no quiere que suframos, sino que prosperemos”. Si realmente creyeran en el poder de Dios, sabrían que ese poder también nos puede sostener a través del sufrimiento y de la aflicción, de la misma manera que puede evitar ese sufrimiento o esa aflicción. Se niegan a aceptar que Dios, con frecuencia, obra a través del sufrimiento para sostener y purificar a los santos y para mostrarnos Su gracia y poder sobre el mundo perdido y desfallecientes. (ver nuevamente, 2ª Corintios 12:7-10).

No estaríamos tan reacios a obedecer

Si verdaderamente creyéramos en el poder de Dios, no estaríamos tan reacios a obedecer aquellos mandamientos de Dios, que aparentemente nos dejan vulnerables (como: “vende todas tus posesiones y entrégaselas a los pobres”; lea 1ª Corintios 7:29-30, para tener una versión más general). Y no nos excusaríamos a nosotros mismos por no obedecer esos mandamientos ‘imposibles’ como: “ama a tu enemigo” Viviríamos nuestras vidas en una forma muchos más arriesgada si realmente creyéramos que Dios es omnipotente.

“[Oro para que Él esté] alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza” (Efesios 1:18-19). “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra,

para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, lo longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios” (Efesios 3:16-19).

Pensamientos Adicionales sobre el Poder de Dios

Lo que el Nuevo Testamento nos Enseña Acerca del Poder de Dios

- (1) La creación es testigo del poder de Dios (Romanos 1:20)
- (2) El evangelio es poderoso; el poder de Dios puede salvar y cambiar a los hombres radicalmente (Romanos 1:16)
- (3) Los santos, son salvados, sostenidos y constantemente se les da poder para la vida y el ministerio, mediante el poder de Dios (Romanos 15:13; 18-19; 1ª Corintios 1:18; 6:4; Efesios 3:7; Colosenses 1:11, 29)
- (4) La resurrección de Cristo y consecuentemente la de todo cristiano, se realiza a través del poder de Dios. (Romanos 1:4; 1ª Corintios 15:43).
- (5) Incluso la incredulidad y la rebelión del hombre, son usadas por Dios para demostrar Su poder (Romanos 9:17),
- (6) El retraso de Dios en castigar a quienes hacen el mal, no indica Su inhabilidad para manejar la situación, sino una indicación de Su intención para demostrar Su poder (Éxodo 9:13-18; Romanos 9:22).
- (7) La elección y la utilización que Dios hace de los cristianos, como vasos de arcilla necios, débiles y carnales, es para demostrar Su poder (1ª Corintios 1:18-2:5).
- (8) El poder de Dios es ministrado al hombre a través de su humanidad, más que a través de las fuerzas naturales del hombre:

“Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo” (2ª Corintios 12:8-9).

“Porque aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios. Pues también nosotros somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para con vosotros” (2ª Corintios 13:4).

Lo que el Poder de Dios le Permite Hacer

- (1) Todo el poder le pertenece a Dios —**“Tuyo es el poder...”** (Mateo 6: 13)
- (2) Él puede hacer todas las cosas. (Mateo 19:26; Marcos 14:36)
- (3) Nada es imposible para Dios. (Lucas 1:34-37)
- (4) Él es capaz de hacer lo que se ha propuesto. (Job 42: 1-2; Isaías 14:27)
- (5) Él es capaz de hacer lo que ha prometido. (Romanos 4L21)
- (6) Él es capaz de juzgar porque puede salvar y destruir. (Santiago 4: 12)
- (7) Él es capaz de destruir el cuerpo y el alma en el infierno. (Mateo 10:28)
- (8) Él es capaz de perdonar los pecados. (Mateo 9:6)
- (9) Él es capaz de salvarnos (Isaías 63: 1; Salmo 54: 1; Romanos 1:16) para siempre (Hebreos 7:25)
- (10) Él es capaz de defendernos, de vencer a nuestros enemigos (Salmo 59:9-11)
- (11) Él es capaz de librarnos (Daniel 3-4)
- (12) Él es capaz de protegernos (Salmo 79: 1; 91: 1) o rescatarnos (Salmo 79:11)
- (13) Él es capaz de levantarnos (Romanos 14: 4)
- (14) Él es capaz de venir en nuestra ayuda cuando somos tentados (Hebreos 2: 18)
- (15) Él es capaz de hacernos Sus santos (Romanos 16:25)
- (16) Él es capaz de mantenernos como cristianos (Juan 10:29; Romanos 8:31-39), para evitar que caigamos (Judas 1:24-25)
- (17) Él es capaz de mantener lo que hemos depositado en Él hasta el día en que venga (2^a Timoteo 1:12)
- (18) Él es capaz de resucitar a los muertos (Hebreos 11: 17-19)
- (19) Él es capaz de proveer todo para la vida y la santidad (Mateo 28: 18-20)
- (20) Él es capaz de darnos poder para llevar a cabo la Gran Comisión (Mateo 28: 18-20)

¿Cómo se Ejercita o Demuestra el Poder de Dios?

(1) En debilidad (2ª Corintios 12:9-10; 13:4)

(2) En simplicidad y claridad, más que en la sofisticación humana y la persuasión (1ª Corintios 1 y 2ª Corintios 2:14-17; 4:1-6)

(3) En la simple proclamación del evangelio (Romanos 1:16)

(4) Por el ejercicio de los dones espirituales (Efesios 3:7)

(5) Por la oración (Efesios 3:14-21)

(6) Muriendo diariamente y así siendo conformados a la muerte de Cristo (Filipenses 3:10)

“¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción?” (Romanos 9:22).

“Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Romanos 15:13).

“Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras, con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios; de manera que desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Írico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo” (Romanos 15:18-19)

“Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios” (1ª Corintios 1:18).

“...mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios” (1ª Corintios 1:24).

“Pero iré pronto a vosotros, si el Señor quiere, y conoceré, no las palabras, sino el poder de los que andan envanecidos. Porque el reino de Dios no consiste en palabras sino el poder” (1ª Corintios 4:19-20).

“En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo” (1ª Corintios 5:4).

“Y Dios, que levanto al Señor, también a nosotros nos levantara con su poder” (1ª Corintios 6:14).

“Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia” (1ª Corintios 15:24).

“Se siembra en deshonra, resucitara en gloria; se siembra en debilidad, resucitara en poder” (1^a Corintios 15: 43).

“En azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos” (2^a Corintios 6: 5).

“...en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero” (2^a Corintios 6: 6).

“...en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra” (2^a Corintios 6: 7).

“...y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero” (Efesios 1: 19-21).

“...del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder” (Efesios 3: 7).

“...a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (Filipenses 3: 10).

“...el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3: 21).

“Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros” (1^a Tesalonicenses 1: 5).

“...los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (2^a Tesalonicenses 1: 9).

“Para lo cual asimismo oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder” (1^a Tesalonicenses 1: 11).

“Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio. Por lo tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sin participar de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios” (2^a Timoteo 1: 7-8).

“...que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficiencia de ella; a estos evita” (2^a Timoteo 3: 5).

(7) Dios nos salva mediante Su poder.

(8) El reino de Dios y Su poder:

“Pero iré pronto a vosotros, si el Señor quiere, y conoceré, no las palabras, sino el poder de los que andan envanecidos. Porque el reino de Dios no consiste en palabras sino en poder” (1^a Corintios 4: 19-20).

(9) El poder de Dios y el evangelio:

“Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios” (1^a Corintios 1: 18)..

“...mas para los llamaos, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios” (1^a Corintios 1:24).

(10) El poder de Dios y la resurrección de Cristo

(11) El poder de Dios y las Escrituras

(12) El poder de Dios y el Espíritu Santo

“Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Romanos 15:13).

“Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras, con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios; de manera que desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Írico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo” (Romanos 15: 18-19).

(13) El poder de Dios y la debilidad humana

(14) El poder de Dios y aquellos que se oponen a Dios y a Sus siervos

“¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción?” (Romanos 9: 22).

“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego” (Romanos 1: 16).

“Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Romanos 1:20).

“Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra” (Romanos 9: 17)

13 Mientras David habla en este salmo poética y figurativamente, podemos ver muchas instancias en las Escrituras en las que Dios convocó las fuerzas de la naturaleza para liberar a Su pueblo. Por ejemplo: Éxodo 9:18-33; Deuteronomio 7:20; Josué 10:12-15; 2 Reyes 1:9-14.

[Previous Page](#)

[TOC](#)

[Next Page](#)

La Bondad de Dios

Introducción

Mo, un interno de una prisión de máxima seguridad, donde dirigí un seminario, era un tipo muy importante en aquel lugar. Aún cuando Mo no cumplía precisamente con los requerimientos de un luchador de sumo, estaba lo suficientemente cerca como para concertar mucho respeto a su alrededor. A pesar de su fuerza y tamaño, había perdido prácticamente todos sus dientes delanteros. Cuando voluntariamente, ofreció música especial para el seminario, a mi amigo Dick Plowman, quien había sido miembro de nuestra iglesia y ahora ministro de la prisión, presentó a Mo a la audiencia, diciendo lo siguiente: “Ahora bien, veamos. ¿Qué es lo que Mo nos va cantar? ¡Muy bien! ¡Lo que él quiera!”

Aquí tenemos a un hombre con una gran fuerza, un hombre a quien la mayoría de los internos no querían ofender o desafiar. Debido a su fuerza, podía hacer cualquier cosa que quisiera, dentro de los límites del sistema penitenciario. El poder y la fuerza física bruta de un hombre ruin, es una realidad que atemoriza. El poder de un hombre bueno, es un consuelo. Pero el resto de los atributos que un hombre posee, determina cómo es considerado su poder.

En sí, el poder de Dios no consuela tanto como cuando es visto a la luz de varios de los demás atributos que Él posee. Dos de estos atributos son: la ‘bondad’ y la ‘sabiduría’ de Dios. El Dios todopoderoso es el mismo Dios que es bueno y sabio; el poder de Dios se convierte en una fuente de gran consuelo y ánimo para el cristiano. Esta lección considera el atributo de la bondad de Dios y la siguiente, la sabiduría de Dios. Para demostrar la importancia de estudiar la bondad de Dios, nos ayudará hacer una breve revisión de las verdades importantes acerca de la bondad de Dios.

La Bondad de Dios es Uno de Sus Atributos

“Alabad a Jehová, porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia” (Salmo 107:1)

“¡Cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen, que has mostrado a los que esperan en ti, delante de los hijos de los hombres!” Salmo 31:19).

“Después volverán los hijos de Israel, y buscarán a Jehová su Dios, y a David su rey ; y temerán a Jehová y a su bondad en el fin de los días” (Oseas 3:5).

La Importancia de la Bondad de Dios

La bondad no sólo es un atributo de Dios, sino una verdad fundamental que todo cristiano debería abrazar. Consideremos algunas de las razones de la importancia de la bondad de Dios para nosotros.

(1) La ‘bondad’ de Dios es prominente en los primeros capítulos de la Biblia.

Reiteradamente, Dios dijo **'es bueno'**, cada vez que terminó de crear algo (ver Génesis 1:4, 10, 18; 1ª Timoteo 4:4). En el Capítulo 2, Dios vio que **'no era bueno'** que Adán estuviera solo, por lo que creó una esposa para él (2:18-25). En el jardín del Edén, donde Dios ubicó a Adán y a Eva, existía **'el árbol de la sabiduría del bien y del mal'**. El hombre y la mujer tenían prohibición de comer de este árbol único. Regresaremos a este asunto de la 'bondad' en el jardín, pues es una verdad de vital importancia. Por el momento, sólo diremos que la 'bondad' y el 'mal', tienen preeminencia al comienzo de la Biblia.

(2) Aparentemente, la bondad de Dios es la suma total de Sus atributos. Es así que la bondad de Dios puede ser vista como una faceta de Su gloriosa naturaleza y también como la suma global de Su naturaleza y carácter.

“Y le respondió: Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente con el que seré clemente” (Éxodo 33:19; ver también Éxodo 34:5-7).

(3) No podemos separar lo que es bueno de Dios. No podemos tener la bondad sin Dios, de la misma manera que no podemos tener a Dios sin la bondad Sólo Dios es bueno:

“Oh alma mía, dijiste a Jehová: Tú eres mi Señor; no hay para mí bien fuera de ti: (Salmo 16:2).

“Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? Él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mateo 18:16-17).

Ningún hombre es bueno.

[Al músico principal, Salmo de David]. “Dice el necio en su corazón: No hay Dios. Se han corrompido, hacen obras abominables; no hay quien haga el bien” (Salmo 14:1; ver Salmo 53:1; Romanos 3:9-18).

Dios es la fuente de todo lo que es bueno:

“Toda buena dadiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17).

Dios no le quita nada que sea verdadero, a Sus hijos:

“Porque sol y escudo es Jehová Dios; gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que andan en integridad” (Salmo 84:11).

Sencillamente, no podemos separar lo 'bueno' de 'Dios'. Es aquí donde es mejor que nuestra sociedad y especialmente nuestro sistema educacional, tomen nota. No podemos enseñar valores, no podemos enseñar moral, sin enseñar sobre Dios. Él dijo: **“Sed santos porque yo soy santo”**. (Ver 1ª Pedro 1:16; Levítico 11:44s.).

(4) El destino eterno del hombre, esta determinado por la decisión que tome con respecto a cómo puede ser verdaderamente bueno a los ojos de Dios. (Ver Juan 5:28-29; Romanos 3:1-26; Tito 3:3-7).

(5) Aparte de la divina revelación de las Escrituras, no podemos reconocer la verdadera bondad, pues ésta no se puede comprender sin conocer a Dios y sin ver la vida bajo Su perspectiva. Esto es precisamente el punto de vista del Salmo 73 que ahora consideraremos, pues nos da una definición radicalmente distinta de lo que es ‘bueno’.

Definición de Dios en el Salmo 73

Asaf, un levita que era jefe de los músicos en el tiempo de David (1 Crónicas 16:4-7, 37), compuso el Salmo 73. Estoy convencido que el tema central del Salmo 73, es la bondad de Dios. El primer y último versículos del salmo, contienen la palabra **‘bueno’**. A través del curso del tiempo y del salmo, Asaf experimenta un cambio radical en la comprensión del significado del termino **‘bueno’**. Por cuanto la incomprensión de Asaf del significado de la palabra **‘bueno’**, es prácticamente la misma de los cristianos evangélicos en el día de hoy, debemos comprender el mensaje de este salmo y del significado del termino **‘bueno’**.

Asaf describe un período en su vida, cuando sufrió serias luchas espirituales. Su premisa fue la bondad de Dios, especialmente Su bondad hacia Su pueblo: Israel. “Ciertamente es bueno Dios para con Israel, para con los limpios de corazón” (versículo 1).

Para Asaf, esta afirmación de la verdad, significó que debido a que Dios fue **‘bueno’** con Israel, Sus bendiciones serian constantemente vertidas sobre aquellos judíos que fueran rectos. Por otro lado, los que no eran rectos, podían esperar muchas dificultades. Pues bien, existe un elemento de verdad en esto, según lo podemos ver de las bendiciones y maldiciones de Deuteronomio 28-30. Pero no es completamente verdadero y esto es evidente en el libro de Deuteronomio:

“Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos. Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná, comida que no conocías tú, ni tus padres la habían conocido, para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre” (Deuteronomio 8:2-3).

Asaf admite ante sus lectores que se desvió bastante de su curso. Estaba tan lejos de la verdad, que llegó cerca de su destrucción. En sus palabras: **“casi se deslizaron mis pies”** (versículo 2). Parece que está confesando estar considerando abandonar su fe y olvidar el camino de la rectitud, suponiendo que ya no le brinda beneficio alguno.

El problema de Asaf se debía casi en su totalidad a su perspectiva distorsionada. *Primero* que todo, sentía envidia de los malvados. No odiaba el pecado de ellos; envidió su éxito (versículo 3). *Segundo*, se sentía recto. Se consideraba a sí mismo, mejor de lo que en realidad era. Creía que era merecedor de las bendiciones de Dios y concluyó que su forma recta de vivir, había sido en vano:

“Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia; pues he sido azotado todo el día y castigado todas las mañanas” (Salmo 73:13-14).

Estos versículos también sugieren que Asaf veía que sus sufrimientos venían de Dios. Él le estaba castigando, suponía, por ser piadoso. *Tercero*, al parecer Asaf estaba siendo consumido por la autocompasión. Es realmente difícil ver claramente la vida cuando la miramos con ojos llenos de lágrimas. Y estas lágrimas, eran lágrimas de autocompasión.

Creo que las palabras de Asaf en los versículos 4-9, que describen a los malvados, son una descripción de aquellos a quienes él veía en la congregación de israelitas que venían a adorar. Asaf está hablando más de malvados judíos que de paganos gentiles. También creo que el análisis de Asaf es muy distorsionado e inexacto.

Asaf hace algunas generalizaciones en la primera mitad del salmo, implicando que todos los malvados prosperan y que los rectos —que por cierto lo incluían a él— sufrían. Supone erróneamente que los malvados son siempre sanos y con riquezas y cree que ninguno de ellos experimentan las dificultades de la vida. Incluso en su muerte, no tienen incomodidades. De la misma forma cree que quienes prosperan son todos arrogantes, que blasfeman contra Dios, haciendo que Él se preocupe por lo que los impíos están haciendo.

Hay algo de verdad en esto. Algunos de estos impíos ricos, son tal cual Asaf los ha descrito. Pero Asaf ha generalizado en extremo, haciendo parecer que Dios bendice a todos los malvados y que castiga a todos los rectos. Los malvados ostentan de su maldad y además, son bendecidos. Los rectos practican su rectitud y son castigados por hacerlo. En lo que a Asaf se refiere, existe una buena razón para considerar unirse a los malvados más que luchar en contra de ellos (ver versículos 10-14).

Pero Asaf estaba equivocado y esto él lo confiesa en varios puntos del salmo:

“En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos. Porque tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos” (versículos 2-3).

“Si dijera yo: Hablaré como ellos, he aquí, a la generación de tus hijos engañaría” (versículo 15).

“Se llenó de amargura mi alma, y en mi corazón sentía punzadas. Tan torpe era yo, que no entendía; era como una bestia delante de ti” (versículos 21-22).

El punto de regreso del salmo, es el versículo 15. Hasta este punto, Asaf tuvo una visión de la vida desde una perspectiva humana. Para él, la bondad de Dios significaba salud y riquezas, igual que la que tienen los ‘evangelistas de buena vida’ de nuestra época. Pero como él mismo lo admite, estaba equivocado. En los versículos 15-28, explica los motivos de su error, terminando con una definición completamente diferente de los que es **‘bueno’**.

Cuando Asaf entró al **‘santuario de Dios’**, fue capaz de **‘comprender el final de ellos’** (versículo 17). Ahora Asaf vio la prosperidad de los malvados a la luz de la eternidad, más que desde el punto de vista de la posición ventajosa del tiempo. Ahora vio el gran peligro en que estaban aquellos que aparentemente lo estaban haciendo tan bien en su maldad. Sus pies se

apoyaban en tierra resbaladiza. En poco tiempo más, estarían enfrentando el juicio de Dios. Es posible que el día de pago por el pecado, no llegara en esta vida; pero con certeza llegaría en la eternidad.

“Ciertamente los has puesto en deslizaderos; en asolamientos los harás caer. ¡Cómo han sido asolados de repente! Perecieron, se consumieron de terrores. Como sueño del que despierta, así, Señor, cuando despertares, menospreciarás su apariencia” (versículos 18-20).

Qué necio, incluso detestable, fue Asaf al pensar que los malvados podían seguir adelante con su pecado y que no habría para ellos un día de arreglo de cuentas. Qué necio haber concluido que Dios le estaba castigando por haber estado evitando los caminos ruines de los malvados. Asaf ahora ve su relación con Dios, en la luz verdadera. La eternidad tiene para él la esperanza brillante de la gloriosa presencia de Dios. Pero además de esta futura bendición, Asaf tiene el placer de tener la presencia de Dios en su vida.

“Con todo, yo siempre estuve contigo; me tomaste de la mano derecha. Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre” (versículos 23-26).

Asaf ahora ve que la prosperidad de los malvados, ha endurecido sus corazones hacia Dios. Se han vuelto orgullosos, arrogantes e independientes de Él. Asaf también ve su ‘aflicción’, cualquiera que ésta sea, como fuente de gran bendición. Su sufrimiento y agonía le acercaron a Dios; la prosperidad de los impíos, le alejaron de Dios. Sus pruebas fueron en realidad, un don de Dios para su bien. Sus luchas le condujeron a tener una intimidad mas profunda con Él y es así que éstas fueron la agonía y la aflicción de su alma. Confiando en Dios y viviendo una vida santa, no sólo son los medios para recibir bendiciones eternas, sino que son también el camino para recibir bendiciones temporales.

Ahora, Asaf comprende la ‘bondad’ de Dios de un modo diferente. Tiene una nueva definición para el vocablo ‘bueno’. En el versículo 1, ‘bueno’ significa ausencia de dolor, dificultad, problema, pena, enfermedad o pobreza. En el versículo 28, ‘bueno’ significa algo mucho mejor que la prosperidad física:

“Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en Jehová el Señor mi esperanza, para contar todas tus obras” (versículo 28).

La cercanía con Dios —el tener una relación íntima con Él— es nuestro gran bien. Entonces podemos decir que cualquier cosa que interfiera con nuestra proximidad con Dios, con nuestra comunión con Él, es esencialmente malo. Y cualquier cosa que nos conduzca a tener una comunión aún más profunda con Dios, es fundamentalmente ‘buena’. Cuando Dios nos da sufrimiento o adversidad, nuestra confianza en Su bondad, no debería debilitarse. Por el contrario, estas circunstancias deberían asegurarnos de Su bondad para con nosotros.

Al final, el sufrimiento de Job le llevó más cerca de Dios; por lo tanto esos sufrimientos fueron buenos y Dios fue bueno al afligirlo. El sufrimiento de Pablo le llevó más cerca de Dios y él lo consideró como una bendición (Filipenses 3: 10). La medida disciplinaria que Dios impone a la vida de los cristianos, no sólo es una evidencia del hecho que somos Sus hijos, es la obra Suya

actuando en nosotros para bien (Hebreos 12: 1-3; ver Romanos 8:28),

La Importancia de la Bondad de Dios

La bondad de Dios es una verdad que transforma vidas. Concluyamos considerando las formas en que la bondad de Dios debería interceptar nuestras actitudes y nuestras acciones:

(1) La bondad de Dios es un rasgo de su carácter que se aplica al resto de Sus atributos. La ira de Dios es buena. La santidad de Dios es buena. Dios es bueno en Su integridad. No hay nada en Él que no sea bueno. No hay ningún propósito de Dios para con Sus hijos que no sea bueno. Dios le da a Sus hijos sólo aquello que es bueno. Y Él no obtiene nada bueno de nosotros. Dios es bueno y Él está obrando en nuestras vidas para bien. Nada de lo que Dios crea, nada de lo que Dios cumple, es malo.¹⁴

Debemos llevar esta verdad de la bondad de Dios un paso adelante. Dios no permite que nada le pase al cristiano que no es bueno. Todos conocemos muy bien este pasaje:

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28).

Podemos estar convencidos de la bondad de Dios y aún así dudar que todo lo que nos sucede es bueno. Con mucho cuidado evitamos culpar a Dios, porque sabemos que Él es bueno. Por lo tanto, culpamos a Satanás de nuestros problemas y tribulaciones. O, siempre podremos culpar a los demás. Permítanme recordarles el ‘**aguijón en la carne**’ de Pablo, que fue puesta por un ‘**mensajero de Satanás**’ (2^a Corintios 12:7); sin embargo, Dios lo permitió de manera que Su poder se manifestara en la debilidad de Pablo. (2^a Corintios 12:7-10). Y el ‘**mal**’ que los hermanos de José intentaron en contra suyo, Dios lo transformó en ‘**bueno**’ (Génesis 50:20). Cualquier cosa que le suceda en la vida a un cristiano, es parte del propósito de Dios para desarrollar en él su bien y Su gloria.

(2) Debemos concluir que aquellos maestros que nos dicen que Dios sólo quiere bendecirnos con sanidad y prosperidad en la vida, son en verdad, falsos maestros. Su enseñanza conduce a los cristianos a la misma conclusión que llegó equivocadamente Asaf; una conclusión que, después de haber reflexionado, confiesa estar errada y distorsionada. Ahora sabemos que Dios no es el camino a una ‘vida buena’, como lo enseñan los ‘evangelistas de buena vida’. De hecho, tal como lo indica Asaf, junto con muchos otros en la Biblia, a menudo el sufrimiento es el medio por el cual llegamos a conocer mas íntimamente a Dios.

“Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; mas ahora guardo tu palabra” (Salmo 119:67). “Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos, y que conforme a tu fidelidad me afligiste” (Salmo 119:75).

“A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejantes a él en su muerte” (Filipenses 3:10),

“Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca

sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2ª Corintios 12:7-10).

Años atrás, cuando estaba en el seminario, uno de mis profesores, el Dr. J. Dwight Pentecost, le pidió a nuestra clase que oráramos por su esposa. Ella iría a consultar al médico debido a algunos síntomas que podrían indicar que tuviera cáncer. Mas tarde, el Dr. Pentecost nos contó que los análisis resultaron ser negativos y que la enfermedad de su esposa no era maligna. Todos respiramos aliviados.

Pero no era todo lo que el Dr. Pentecost nos dijo con relación al resultado de los análisis. Continuó desafiándonos con relación a nuestra definición de lo que es ‘bueno’. Nos señaló que varias personas, después de conocer el resultado, exclamaron: “Dios es bueno”. El profesor nos dijo: “Sí, es bueno; pero les digo que si el informe del médico hubiera expresado que mi esposa padecía de cáncer, Él sigue siendo bueno”. Él sabía lo que nosotros también debemos saber, si lo que pretendemos es tener pensamientos bíblicos acerca de la bondad de Dios —Dios *es siempre bueno*, ya sea que nos envíe prosperidad o dolor, salud o enfermedad.

(3) La bondad de Dios es evidente en el evangelio de Jesucristo. El evangelio es “**buenas nuevas**” (Isaías 40:9; 41:27; 61:6; Lucas 1:19; 2:10; Hechos 8:12; 13:32; Hebreos 4:2, 6) y, ¡es bueno! Dios es bueno con todos los hombres en Su gracia común, impartiendo bendiciones tanto sobre los débiles como sobre los rectos (Mateo 5:43-45; Hechos 14:16-17). Pero Dios es particularmente bueno con aquellos que creen en el evangelio.

El evangelio es predicado sobre la verdad que el hombre es un pecador que merece la eterna ira de Dios (ver Romanos 1:18-3:23). Estas son las malas noticias de nuestra condición pecadora; que merece la eterna ira de Dios. Pero las ‘buenas noticias’ es que Dios en Su divinidad ha establecido una sola vía por medio de la cual los hombres pueden escapar al juicio, obtener el perdón de sus pecados y pasar a la eternidad en la bendita presencia de Dios. Esa vía es a través de la venida de Jesucristo a vivir una vida perfecta, morir en la cruz del Calvario en el lugar que le corresponde al pecador y levantarse de los muertos, ascendiendo al cielo.

En ninguna parte se hace más evidente la bondad de Dios, que en la persona de nuestro Señor. En Su bondad, Dios proveyó un camino de perdón para los pecadores y que éstos fueran declarados rectos. No logramos esta declaración de rectitud, haciendo buenas obras, sino en base a la bondad de nuestro Señor Jesucristo (ver Romanos 3:19-26; Tito 3:4-7). Si usted nunca ha confiado en Su obra redentora, tengo palabras para exhortarle:

“Gustad, y ved que es bueno Jehová; dichoso el hombre que confía en él” (Salmo 34:8).

Con esta oferta de salvación por fe en Jesucristo, también debo precisar palabras de advertencias. La bondad de Dios va dirigida a nuestro arrepentimiento (Romanos 2:4). Si rechazamos la bondad de Dios en Cristo, si rechazamos el evangelio, traeremos sobre nosotros la divina ira de Dios:

“Porque tuve vergüenza de pedir al rey tropa y gente de a caballo que nos defendiesen del enemigo en el camino; porque habíamos hablado al rey, diciendo: La mano de nuestro Dios es para bien sobre todos los que le buscan; mas su poder y su furor contra todos los que le abandonan” (Esdras 8:22).

“Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado” (Romanos 11:22).

(4) La bondad de Dios es una verdad fundamental que le da forma a nuestra perspectiva de Dios y a Su obra en nosotros en esta vida. La bondad de Dios es un hecho del que la Biblia testifica con frecuencia. Es un hecho que todo cristiano debería creer y abrazar. Pero más que esto, es una *perspectiva* a través de la cual deberían considerarse todas las experiencias de la vida.

En la narración bíblica de la caída de Adán y Eva, es muy significativo que el ataque de Satanás estaba en esta dimensión del carácter de Dios. Es verdad que Satanás virtualmente llamó a Dios mentiroso; pero el primer ataque de Satanás, fue dirigido en contra del atributo de Su bondad. Fue un ataque sutil; pero uno que debería ser muy obvio para el cristiano que lea estas palabras:

“Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Génesis 3:1-5).

Dios es bueno y todo lo que Él creó, es bueno. Pero lo único que había en el jardín que no era **‘bueno’** para comer, era **‘el árbol del conocimiento del bien y del mal’**. La pregunta aparentemente inocente de Satanás, tenía la intención de destruir la confianza que Eva tenía en la bondad de Dios. Al momento que Satanás terminó de formularla, Eva vio a Dios como el que ya no es bueno y el fruto prohibido como lo que era bueno. *En el momento que Eva dudó de la bondad de Dios, fue mucho más fácil para ella desobedecerle.* Si Dios no era bueno y no estaba obrando para su bien, ¿por qué debía obedecerle? En realidad, ¿por qué no actuar independientemente de Dios y buscar su propio bien —el fruto prohibido?

En primer lugar, Satanás cambió la visión que Eva tenía de Dios entonces para él fue posible persuadirla a que desobedeciera a Dios, comiendo el fruto prohibido. La bondad de Dios es una perspectiva desde la cual podemos y debemos ver todos Sus mandamientos, incluyendo Sus prohibiciones. Aparentemente, de lo que sucedió como resultado de haber comido el fruto prohibido, es que Dios excluyó aquel fruto para el bien del hombre. La prohibición fue una expresión de la bondad de Dios. Ella no comprendió la razón de tal prohibición; pero sabiendo que Dios era bueno, no era necesario comprender, sino obedecer. Lo que Dios prohíbe, es porque debe ser malo y lo que Él ordena, es bueno. Debemos conocer la verdad que se encuentra en la Palabra de Dios para evitar a Satanás, cuando intenta cambiar nuestra perspectiva de Dios. A menudo lo hace impulsándonos a dudar de Dios y de Su Palabra.

Mi querido amigo desde los días del seminario, Tony Emge, me telefoneó la semana pasada para contarme que su esposa había muerto de cáncer. Volé a California para asistir al funeral y estar con Tony y sus hijos. No pretendo comprender todo lo que Dios se propuso a través del trágico deceso de Cathie; pero Su bondad me entrega una perspectiva desde la cual puedo ver en fe, dándole gracias por todo lo que hace (ver 1ª Tesalonicenses 5:18).

En medio de la pena y de preguntas sin respuestas, existen ciertas verdades que sé que son verdaderas. *Dios es bueno*. Sé que para los cristianos este Dios bueno hace todas las cosas para bien, para todos aquellos que Él ha llamado y que han puesto su fe en Él (Romanos 8:28). Sé que la muerte de Cathie Emge vino de la mano de nuestro buen Dios y que Él está usando este hecho para bien. Incluso puedo reflexionar en algunas formas en que esta tragedia esta siendo usada para bien.

Primero, ya sé que la muerte de Cathie es para su bien. El apóstol Pablo miraba la posibilidad de su muerte, sabiendo que estar con Cristo es mucho mejor (Filipenses 1:23), porque estar ausente del cuerpo significa que el cristiano está con el Señor (2ª Corintios 5:6-8). *Segundo*, la muerte de Cathie tiene un buen propósito para quienes no son salvos. Es un recordatorio de la certeza de la muerte, algunas veces mucho antes de lo que esperamos. Ha provisto a los cristianos, la oportunidad de demostrar la realidad de su fe en las horas más oscuras de la experiencia humana. Da la oportunidad de comunicar el evangelio con toda claridad en el funeral. Y al parecer, al menos una persona ha llegado a la fe como resultado de la muerte de Cathie.

Mientras pensaba en la muerte de Cathie y en mi amigo Tony, se me ocurrió que su muerte también fue buena para ella. Nunca había pensado así con respecto a la muerte; pero creo que es legitimo aplicar este texto:

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:19-21).

Mientras pensaba en su muerte, antes del funeral, se me ocurrió que estábamos enviando un tesoro en la ceremonia fúnebre. Cathie fue atesorada por sus amigos y por todos quienes la amaron, mucho más que el dinero. Si hubiera permanecido en la tierra, hubiera estado sujeta a corrupción (ver 2ª Corintios 4:16). Estar presente con el Señor significa estar libre de toda corrupción (ver 1ª Corintios 15:42-53). Y pensar que Cathie está ahora en el cielo, hace que quienes la aman y extrañan, estén deseosos de ir al cielo también. ¡Qué bueno es Dios, aún en la muerte de los amados!

Que Dios haga que Su bondad sea una verdad que no sólo aceptemos, sino que también la abracemos, de manera que sea la perspectiva desde la cual observemos todos los eventos de nuestras vidas.

“Hay una perfección tan absoluta en la naturaleza de Dios y en Su ser, que nada defectuoso podemos encontrar en Él y nada se le podría agregar para que fuera mejor. ‘Él es originalmente bueno, bueno en Sí mismo, como nadie lo es, pues todas las criaturas son buenas sólo en la medida que participen y tengan una comunión con Dios. Él es esencialmente bueno; no sólo

bueno, sino que es la bondad misma; la bondad de una criatura, es un calidad agregada, en Dios es Su esencia. Él es infinitamente bueno; la bondad de una criatura no es sino una gota; pero en Dios hay un océano infinito de bondad. Él es bueno eterna e inmutablemente, pues no puede ser menos bueno de lo que es; por cuanto nada se le puede añadir y tampoco nada se le puede sacar'. (Thos. Manton). Dios es el '*summum bonum*', la mayor de las bondades".¹⁵_ftn2

Dios es '*summum bonum*', la bondad más grande... "Todo lo que emana de Dios —Sus decretos, Su creación, Sus leyes, Sus providencias— no pueden ser sino buenas: como está escrito: **"Y vio Dios todo lo que había hecho, y he que era bueno en gran manera"** (Génesis 1:31).¹⁶

¹⁴ Habrá algunos que señalaran textos tales como: "Y él le dijo: Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado. ¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos? En todo esto no pecó Job con sus labios" (Job 2:10). Hay ocasiones en la Biblia donde 'bueno' se refiere a éxito o prosperidad y 'malo' se usa como referencia para expresar fracaso, adversidad o sufrimiento. En forma soberana, Dios elige enviar prosperidad a algunos y adversidad y sufrimiento a otros. Pero nunca es Dios el autor de ese mal (ver Santiago 1:13-17).

¹⁵ A.W. Pink, *The Attributes of God*, p. 52

¹⁶ Ibid, pp. 52, 53.

[Previous Page](#)

[TOC](#)

[Next Page](#)

La Sabiduría de Dios

Introducción

Recientemente, varios miembros de nuestra iglesia asistimos a la Conferencia de los Ligonier de 1994, en Dallas. Entre los oradores estaba Charles Colson y R.C Sproul. Mi orador preferido era mi antiguo profesor del seminario, el profesor Dr. Bruce Waltke, quien habló sobre el tema: “Lo que Dios Necesita”, basado en el texto de Miqueas 6:8. Después de una exposición excelente, el Dr. Waltke dio la oportunidad para formular preguntas. Una de ellas estuvo relacionada con las palabras especiales empleadas en el texto original de Miqueas 6:8. Cuando oyó la pregunta, el Dr. Waltke, se dio unos golpecitos en la cabeza echándola hacia atrás, cerró los ojos y se preparó para contestar.

Sentado detrás de mí, estaba mi y amigo y colega en el ministerio, Mark Sellers, quien estaba oyendo al Dr. Waltke por primera vez. Muy impresionado, especialmente por la forma en que el Dr. Waltke se preparó para responder, Mark dijo: “Cuando cerró sus ojos, estaba mentalmente leyendo el texto, ¿no es cierto?” “Sí”, le contesté, “y algo más... estaba mentalmente analizando el texto de *Hebreos* “. Estoy convencido que eso fue lo que sucedió.

El Dr. Waltke es uno de mis expositores bíblicos favoritos y lo primero que siempre me impresiona de él, es el gran amor que tiene por el Señor. Lo segundo, es el amor y el compromiso que tiene con las Escrituras. Aquí tenemos a un hombre cuyo conocimiento del Antiguo Testamento, es asombroso.

Es un gozo observar en un hombre su sabiduría y conocimientos. Cuánto mayor es entonces, encontrar en Dios sabiduría y conocimientos insuperables e infinitos. La belleza del carácter de Dios es que cada uno de Sus atributos se complementan entre sí. Ya hemos considerado el infinito poder de Dios —Su omnipotencia— que le permite hacer lo que le plazca. A continuación, estudiamos la bondad de Dios, que motiva cada una de Sus acciones hacia aquellos que creen, como asimismo Su gracia común tanto para aquellos que no creen y como para los que creen. Ahora nos dedicaremos a estudiar Su sabiduría infinita. Cuando consideramos estos atributos juntos —la bondad de Dios, Su sabiduría y Su poder— sentimos un gran consuelo y fuerza.

Si hay algo que la Biblia nos enseña acerca de Dios, es que es sabio:

“Con Dios está la sabiduría y el poder; suyo es el consejo y la inteligencia” (Job 12:13).

“¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance” (Isaías 40:28).

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Romanos 11:33; ver también Job 9:1-4; 36:5; Isaías 31:1-2).

Dios completamente sabio, infinitamente sabio:

“He aquí que Dios es grande, pero no desestima a nadie; es poderoso en fuerza de sabiduría” (Job 36:5).

“Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; y su entendimiento es infinito” (Salmo 147:5).

La sabiduría de Dios es ampliamente superior a la sabiduría del hombre:

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:8-9; ver también Job 28:12-28; Jeremías 51:15-17).

Sólo Dios es sabio:

“Y al que puede confirmarnos según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre Amén” (Romanos 16:25-27; ver también 1ª Timoteo 1:17; Judas 1:25).

Dios es la fuente de la sabiduría:

“Para entender proverbio y declaración, palabras de sabios, y sus dichos profundos” (Proverbios 2:6)

“Y Daniel habló y dijo: Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría” (Daniel 2:20).

“Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (Santiago 1:5).

¿Qué es la Sabiduría?

Se podría sumar el significado del término ‘**sabiduría**’, con las palabras: ‘saber cómo’. La sabiduría está basada en el conocimiento. A menudo, la sabiduría y el conocimiento se mencionan juntos (ver Jeremías 10:12; 51:15; Lucas 1:17; Romanos 11:33; 1ª Corintios 1:24; Colosenses 2:3; Apocalipsis 5:12; 7:12). La sabiduría no puede existir sin el conocimiento de todos los hechos pertinentes a algún propósito o plan. Por ejemplo, aparentemente haber construido Disneylandia en Europa, fue un desastre. Si esta empresa fracasa, como parece ser, se debe a que fue planificada y construida sin el conocimiento de algunos datos muy importantes. Se hicieron muchos cálculos en forma equivocada, que podrían ser fatales en este negocio. El Dios que es sabio, también es el Dios que todo lo sabe.

Dios lo sabe todo. Los teólogos emplean el término ‘omnisciente’, cuando hablan del conocimiento infinito de Dios. Dios sabe absolutamente todo. Él sabe lo que los hombres están pensando (ver Ezequiel 11:5; Lucas 5:21-22). Él sabe todo lo que va a suceder. Incluso sabe todo lo que podría suceder bajo cualquier circunstancia (ver por ejemplo 1 Samuel 23:10-12; 2 Reyes 8:10). Dios no puede trazar un plan malo, o que pueda hacer fracasar sus propósitos y promesas, porque Él lo sabe todo. Su omnisciencia refuerza Su sabiduría.

La sabiduría no es sólo sabiduría, sino ‘saber cómo’. Su sabiduría le permite a Dios ‘saber cómo’ hacer cualquier cosa (ver 2ª Pedro 2:9). La sabiduría causa que la habilidad formule un plan y desarrollarlos de la forma más efectiva. Bezaleel era un artesano, un hombre con una sabiduría increíble en el arte de hacer el mobiliario para el tabernáculo (ver Éxodo 31:1-5). A Josué se le dio sabiduría para que supiera cómo conducir a la nación de Israel (Deuteronomio 34-9), Salomón pidió sabiduría y conocimiento para reinar sobre Israel y los recibió (2 Crónicas 1:7-12).

A.W. Tozer y J.I. Packer, han definido la sabiduría, como sigue:

“En las Sagradas Escrituras, la sabiduría —cuando es usada por Dios y por hombres buenos— siempre lleva una connotación moral fuerte. Se concibe como algo puro, llena de amor y buena... La sabiduría, entre otras cosas, es la habilidad de trazar metas perfectas y lograrlas por los medios más perfectos y efectivos. Es capaz de ver el final desde el principio, por lo que no hay necesidad de adivinar o conjeturar. La sabiduría ve todo en su real dimensión, cada cosa en relación adecuada a un todo y así ser capaz de trabajar hacia las metas prefijadas con una precisión perfecta”.¹⁷

“La sabiduría es el poder de ver y la inclinación de elegir la mejor meta y la más alta, junto con los medios más seguros de lograrla. De hecho, la sabiduría es el lado práctico de la bondad ética. De esta forma, la sabiduría sólo la encontramos en Dios. Sólo Él es sabio en forma natural, completa e invariable”.¹⁸

La Sabiduría de Dios en la Biblia

Cuando llegamos a la sabiduría de Dios, una foto es más útil que cien palabras. Mientras miramos unos pocos pasajes de la Escritura, que habla de la sabiduría de Dios, intentaremos definir la sabiduría de Dios y mostrar su relevancia para nuestras vidas.

La Sabiduría en la Caída del Hombre: Génesis 2 y 3; Proverbios 3

Debo confesarles que nunca había considerado la caída en el Génesis, a la luz de la sabiduría de Dios. Sin embargo, está claro que el deseo de sabiduría por parte de Eva, contribuyó a su caída.

“Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. *Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para*

alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella” (Génesis 3: 1-6; palabras en itálica, del autor).

El versículo 6 informa al lector cómo Eva llegó a percibir el árbol del conocimiento del bien y del mal. Percibió que el árbol era bueno, bueno para comer. Llegó a percibirlo como algo hermoso para contemplar y muy deseable, porque ahora ella supo que el fruto de este árbol le daría la sabiduría.

Seamos muy claros: la forma como Eva percibió el fruto prohibido de aquel árbol, no era la realidad. Eva ahora veía al fruto de ese árbol, de la forma como Satanás quería que lo percibiera. Ella veía deseable al árbol, porque estaba engañada:

“Porque Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión. Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación, con modestia” (1ª Timoteo 2: 13-15).

El fruto del árbol no era bueno para comer, porque Dios se lo había prohibido a Eva y a su esposo. Y tampoco ese fruto era el que daba sabiduría. El árbol era bueno para lo que su nombre indicaba. No se le llamó ‘el árbol de la sabiduría’, sino **‘el árbol del conocimiento del bien y del mal’**. Al haber comido del fruto de este árbol, Adán y Eva se vieron imposibilitados de ‘conocer el bien y el mal’.

La sabiduría no consiste en ‘conocer el bien y el mal’. *La sabiduría consiste en diferenciar el bien del mal*. El hecho de haber comido el fruto del árbol prohibido, hizo que Adán y Eva conocieran el mal. Conocieron el mal por experiencia propia.¹⁹ Lo peor de esto es que Adán y Eva llegaron a una nueva conciencia del ‘bien y del mal’; pero observen lo que sucedió en el proceso. El mal llegó a ser ‘bueno’ a sus ojos. Dios había prohibido comer el fruto de aquel árbol. Comerlo, fue hacer lo malo. Y aún así, con un poco de engaño por parte de Satanás, Eva llegó a ver este ‘mal’ (de acuerdo a la definición dada por Dios), como algo ‘bueno’ (en su percepción, de acuerdo a lo sugerido por Satanás).

Después de haber comido el fruto prohibido, aquello que era ‘bueno’ llegó a ser considerado como ‘malo’. Cuando Dios hizo a Adán y más tarde a su mujer (como todo el resto de la creación de Dios), eran buenos ante Sus ojos. Fueron creados desnudos y ellos no sentían vergüenza. Su desnudez era buena en su estado de inocencia. Pero una vez que hubieron pecado al comer el fruto de aquel árbol, se avergonzaron de su desnudez e intentaron cubrirse. Su desnudez ya no era ‘buena’, sino ‘mala’. Y la compañía que gozaron junto a Dios, era ciertamente muy buena. Pero una vez que le desobedecieron, trataron de esconderse de Su presencia, más que gozar con ella. ¿Por qué? Porque esto que era ‘bueno’ (gozar de la compañía de Dios), ahora era ‘malo’. Conocían el bien y el mal; pero ahora las etiquetas habían sido cambiadas. ¿No es culpable Satanás de haber hecho aquello que Dios había prometido?

“¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz’ que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!” (Isaías 5: 20).

Satanás le aseguró a Eva que al comer el fruto del árbol prohibido, ella sería **“como Dios, conociendo el bien y el mal”** (versículo 5). El pecado de Satanás fue intentar ser **“como Dios”** de una forma competitiva y con su propio esfuerzo (Isaías 14: 14). Temo que la

motivación de Eva pudo haber sido similar. La verdad fue que al comer **“del árbol del conocimiento del bien y del mal”**, no haría que Eva fuera **“como Dios”**. El hacerlo fue desobediencia; fue pecado. Dios es justo y es imposible hacernos como Él, pecando. Ella fue engañada, muy engañada, tal como Pablo lo indica en 1ª Timoteo 2: 14.

Pero, ¿fue malo para Eva desear ser sabia? Por supuesto que no puede ser malo desear ser sabios, ¿no es cierto? Cuando el ‘conocimiento’ es el conocimiento del mal, entonces la ignorancia es la felicidad completa. Pero, ¿quiso Dios mantener a Adán y a Eva en la ignorancia? ¿Les prohibió ser sabios? ¡De ninguna manera! Dios quería que Adán y Eva fueran sabios en lo que concierne al bien e ignorantes con respecto al mal.

“Porque vuestra obediencia ha venido a ser notoria a todos, así que me gozo de vosotros; pero quiero que seáis sabios para el bien, e ingenuos para el mal” (Romanos 16: 19).

La ‘sabiduría’ de Satanás, fue un conocimiento del ‘bien’ y del ‘mal’. Y al conocer el mal, Adán y Eva se alienaron del gozo del ‘bien’.

Adán y Eva recibieron todas las oportunidades y el ánimo de parte de Dios para conocerle, de ser como Él, de ser sabios con respecto a todo lo que era bueno. Veamos algunas de las formas cómo Dios hizo esto posible. *Primero*, podían ser sabios con respecto al bien, siendo conocedores de la creación:

“¡Cuán innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría; la tierra está llena de tus beneficios. He allí el grande y anchuroso mar, en donde se mueven seres inmensurables, seres pequeños y grandes. Allí andan las naves; allí este leviatán que hiciste para que jugase en él” Salmo 104:24-26.

“Al que hizo los cielos con entendimiento, porque para siempre es su misericordia” (Salmo 136:5).

“Jehová con sabiduría fundó la tierra; afirmó los cielos con inteligencia. Con su ciencia los abismos fueron divididos, y destilan rocío los cielos” (Proverbios 3: 19-20).

“Jehová me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras. Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra.. Antes de los abismos fui engendrada; antes que fuesen las fuentes de las muchas aguas. Antes que los montes fuesen formados, antes de los collados, ya había sido yo engendrada; no habían aún hecho la tierra, ni los campos, ni el principio del polvo del mundo. Cuando formaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo; cuando ponía al mar su estatuto, para que las aguas no traspasasen su mandamiento; cuando establecía los fundamentos de la tierra, con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo. Me regocijo en la parte habitable de su tierra; y mis delicias son con los hijos de los hombres” (Proverbios 8:22-31).

“El que hizo la tierra con su poder, el que puso orden en el mundo con su saber, y extendió los cielos con su sabiduría” (Jeremías 10: 12).

“Él es el que hizo la tierra con su poder, el que afirmó el mundo con su sabiduría, y extendió los cielos con su inteligencia. A su voz se producen tumultos de aguas en los cielos, y hace subir las nubes de lo último de la tierra; él hace relámpagos con la lluvia, y saca el viento de sus depósitos” (Jeremías 51:15-16).

¿Querían Adán y Eva ser sabios? Permitamos entonces que estudien la creación de la que formaban parte. ¿Querían ellos conocer el bien? Permitamos entonces que lo conozcan en la creación:

“Luego dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su genero, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie. Y fue así. E hizo Dios animales de la tierra según su género, y ganado según su género, y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno” (Génesis 1:24-25).

¿Deseaban Adán y Eva conocer el ‘bien’ y llegar a ser sabios, como Dios? Entonces, dejémosles que tomen todas las ventajas que Dios les ha dado de estar con Él en dulce compañía y comunión. Al parecer, diariamente Dios caminaba con ellos por el jardín (Génesis 3:8). Y en el momento en que pecaron desobedeciéndole, intentaron evitar Su presencia. ¡Cuánto hubieran aprendido de Él!

¿Querían Adán y Eva ser sabios y entendidos? Entonces, debieron haber obedecido a Dios:

“Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta” (Deuteronomio 4:6)

“El principio de la sabiduría es el temor de Jehová; buen entendimiento tienen todos los que practican sus mandamientos; su loor permanece para siempre” (Salmo 111:10).

Satanás engañó a Eva, al hacerle creer que la desobediencia era el paso a la sabiduría, en circunstancias que era la verdad y aún lo es. La sabiduría no es la causa de la desobediencia, sino el resultado. Obedecemos a Dios, no porque seamos lo suficientemente sabios para hacerlo, sino porque confiamos en Él y en la sabiduría que nos revela en Sus mandamientos. Al desobedecer a Dios, Adán y Eva evidenciaron su desconfianza en Dios y en Su infinita sabiduría.

Finalmente, Adán y Eva podrían haber llegado a ser sabios comiendo los frutos de ese otro árbol, situado en un lugar prominente; tal vez más prominente, en el centro del jardín —el árbol de la vida. Nuestra comprensión de Génesis 3 se verá incrementada al considerar Proverbios 3:

“Hijo mío, no te olvides de mi ley, y tu corazón guarde mis mandamientos; porque largura de días y años de vida y paz te aumentarán. Nunca se aparten de ti la misericordia y la verdad; átalas a tu cuello, escríbelas en la tabla de tu corazón; y hallarás gracia y buena opinión ante los ojos de Dios y de los hombres. Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas. No seas sabio en tu propia opinión; teme a Jehová, y apártate del mal; porque será medicina a tu cuerpo, y refrigerio para tus huesos. Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos; y serán llenos tus graneros con abundancia, y tus lugares rebosarán de mosto. No menosprecies, hijo

mío, el castigo de Jehová, ni te fatigues de su corrección; porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere. Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría, y que obtiene la inteligencia; porque su ganancia es mejor que la ganancia de la plata, y sus frutos más que el oro fino. Más preciosa es que las piedras preciosas; y todo lo que puedes desear, no se puede comparar a ella. Largura de días está en su mano derecha; en su izquierda, riquezas y honra. Sus caminos son caminos deleitosos, y todas sus veredas paz. Ella es *árbol de vida* a los que de ella echan mano, y bienaventurados son los que la retienen. Jehová con sabiduría fundó la tierra; afirmó los cielos con inteligencia. Con su ciencia los abismos fueron divididos, y destilan rocío los cielos” (Proverbios 3: 1-20, palabras en itálicas del autor).

Al estudiar este texto, se hacen evidentes varias verdades y son un comentario de gran ayuda para Génesis 3 y la caída del hombre. *Primero*, se nos estimula a desear la sabiduría como algo del valor más grande (ver los versículos 13-18). La sabiduría divina, debe ser muy deseada. Satanás desvió los deseos de Eva en una dirección completamente opuesta —la que la llevó de la sabiduría a la insensatez— de la vida a la muerte. *Segundo*, se nos ha dicho que la sabiduría divina es evidente en la creación (versículos 19-20). Adán y Eva tenían toda la creación al frente de ellos, que les enseñaba la sabiduría de Dios. *Dios no estaba escondiendo Su sabiduría de ellos, sino que la había desplegado al frente*. *Tercero*, la sabiduría no se opone a la disciplina, sino que la reconoce como una evidencia del amor a Dios (versículos 11-12). Eva fue conducida a creer en absolutamente lo contrario. Satanás sugirió que Dios les prohibió aquel fruto porque Él era egoísta y no les amaba. *Cuarto*, la sabiduría es el resultado de la obediencia (versículos 1-2). Satanás convenció a Eva que la sabiduría sería el resultado de su desobediencia. *Quinto*, para tener una verdadera sabiduría, debemos dejar de creer en nosotros mismos y en nuestra evaluación de lo que es ‘bueno’; más bien debemos confiar en la sabiduría de Dios y en Sus mandamientos. *Sexto*, deberíamos ver que la sabiduría es **“el árbol de la vida”** (versículos 2, 18). No creo que esta imagen del **“árbol de la vida”**, sea accidental. El comer del **“árbol de la vida”**, es el camino hacia la sabiduría, que es la razón por la que Satanás cambió el enfoque y el deseo que tenía Eva de este árbol, por el del árbol prohibido.

La caída de Adán y Eva nos podría parecer un evento lejano de la historia antigua y sin relación alguna con nosotros en el día de hoy; pero no se engañen con esta percepción falsa. Tenemos mucho que aprender de Eva y mucho que aplicar en nuestras propias vidas. Tal como Pablo nos sugiere, debemos tratar de ser sabios sobre lo que es bueno e ignorantes con todo lo que se relacione al mal: **“...pero quiero que seáis sabios para el bien, e ingenuos para el mal”** (Romanos 16: 19b). Debemos aprender a enfocar nuestros deseos en lo que es bueno y a disciplinar aquellos que nos llevan a nuestra destrucción:

“Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron” (1ª Corintios 10: 6).

“Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1ª Pedro 2: 11).

“Como el ciervo brama por las corrientes del agua, así clama por ti, oh Dios, el alma mía” (Salmo 42: 1).

“Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones, desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis

para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor” (1ª Pedro 2: 1-2).

En el día de hoy, los cristianos quieren ser sabios; pero con mucha frecuencia no es la sabiduría de Dios la que buscan. Pareciera que no saben que existe una sabiduría falsa que debe ser rechazada:

“¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz” (Santiago 3: 13-18).

“Porque nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad de Dios, no con sabiduría humana, sino con la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo, y mucho más con vosotros” (2ª Corintios 1: 12).

“Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne” (Colosenses 2: 23).

La sabiduría de Dios y la ‘sabiduría’ del hombre no son iguales; no son compatibles. En realidad, se oponen:

“Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios. Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres” (1ª Corintios 1: 18-25).

“Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen. Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria” (1ª Corintios 2: 1-7).

A veces, oímos: “Toda verdad, es verdad de Dios”. Creo que en algún aspecto, esto puede ser verdad; pero la única ‘verdad’ que debemos conocer, es la ‘verdad’ que está en Cristo, la verdad revelada en la Palabra de Dios (Juan 17: 17). Todas las otras ‘verdades’, son demandas de

verdades que pueden ser verdaderas o no. Lo único que sabemos acerca de estas otras 'verdades', es que no son esencialmente verdades, pues Dios nos ha revelado todas las cosas **“para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina...”** (2ª Pedro 1:3-4).

La verdadera sabiduría que es **“árbol de vida”**, no viene de abajo; viene de arriba, de Dios. Demasiados cristianos tratan de llegar a ser sabios, leyendo fuentes seculares (no quiere decir que evitemos este tipo de lectura; pero no hacerlo para llegar a ser sabios). E incluso más cristianos aún, están leyendo libros y trabajos escritos por “expertos cristianos”, quienes apenas mascullan pensamientos seculares bautizados con terminología religiosa. Deseemos la sabiduría de Dios como un **“árbol de vida”** y busquémosla en la Palabra de Dios y perseveremos en ella, guardando Sus mandamientos. No persistamos en aquello que produjo la caída.

“Yo, la sabiduría, habito con la cordura, y hallo la ciencia de los consejos. El temor de Jehová es aborrecer el mal; la soberbia y la arrogancia, el mal camino, y la boca perversa, aborrezco. Conmigo está el consejo y el buen juicio; yo soy la inteligencia; mío es el poder. Por mí reinan los reyes, y los príncipes determinan justicia. Por mí dominan los príncipes, y todos los gobernadores juzgan la tierra. Yo amo a los que me aman, y me hallan los que temprano me buscan. Las riquezas y la honra están conmigo; riquezas duraderas, y justicia. Mejor es mi fruto que el oro, y que el oro refinado; y mi rédito mejor que la plata escogida. Por vereda de justicia guiaré, por en medio de sendas de juicio, para hacer que los que me aman tengan su heredad, y que yo llene sus tesoros” (Proverbios 8:12-21).

La Sabiduría de Dios en Cristo y en Su Iglesia: Efesios 1 y 3

“En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra” (Efesios 1:7-10).

“A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor, en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él; por lo cual pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, la cuales son vuestra gloria” (Efesios 3:8-13).

La Sabiduría de Dios Revelada a Través de Israel: Romanos 9-11

Dios prometió a Abraham que en él, en su descendencia, todas las naciones de la tierra serían bendecidas (Génesis 12:1-3). Al parecer esto debió haber sucedido a través de toda la nación; pero la historia nos muestra claramente que la nación no estaría sujeta a Dios y que le resistirían y se rebelarían continuamente contra Dios. No fue a través de la descendencia plural) de Abraham que Dios bendijo al mundo, sino que a través de la descendencia (singular) de Abraham —Jesucristo.

“Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo” (Gálatas 3:16).

Y los **“hijos de Abraham”** no son solamente la descendencia física de Abraham (ver Romanos 9:6-13), sino que su descendencia espiritual:

“Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gálatas 3:26-29; ver también Romanos 4).

No fue a través de la obediencia de la nación de Israel, que los gentiles llegaron a poseer las bendiciones de la descendencia de Abraham, sino que a través de su desobediencia:

“Pues como vosotros también en otro tiempo erais desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos, así también éstos ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia concedida a vosotros, ellos también alcancen misericordia. Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia. Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos” (Romanos 11:30-32).

Mirando hacia atrás a la salvación que Dios proveyó en Cristo, a pesar y debido a la desobediencia de Israel, Pablo sólo puede asombrarse de la sabiduría de Dios para planificar tal cosa y llevarla a cabo:

“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque, ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Romanos 11:33-36).

La sabiduría de Dios excede a la del hombre e incluso a la imaginación del hombre. Dios provee aquello que ha prometido de las formas en que jamás nos imaginaríamos o incluso creeríamos si lo supiéramos de antemano. La sabiduría de Dios se puede ver en el tratamiento que le da a Israel.

La Sabiduría de Dios Revelada a la Iglesia, en Cristo: Efesios 1

En Efesios 1, Pablo señala el eterno propósito de Dios de reunir todas las cosas en Cristo. En el Antiguo Testamento, la venida de Cristo como el Mesías prometido, fue revelado en forma progresiva y con gran detalle. Esto comenzó con la promesa de salvación del pecado y la derrota a Satanás a través de la simiente de Eva (Génesis 3:15). Se hizo más evidente aún, en los pactos abrahámico (Génesis 12:1-3) y davídico (2 Samuel 7:14). En los Salmos (ej. Salmo 22) y en los profetas (ej. Isaías 52:13-53:12)., se dijo mucho más acerca del Mesías, hasta llegar a Miqueas 5:2, donde se nos dice Su lugar de nacimiento.

Dios prometió dar la salvación y promesas, no sólo a los judíos, sino que también a los gentiles. Prometió un Mesías: Un hombre, la simiente de Eva, de Abraham y de David; pero también Uno que fue el divino Hijo de Dios. Él profetizó la venida de Cristo, en quien Él sería rechazado y quien sufriría por los pecados de los hombres (Salmo 22; Isaías 52: 13-53: 12) y la llegada triunfal del Mesías para vencer a Sus enemigos (Salmo 2: 7-9; 110). Estas promesas aparentemente contradictorias, hacen que todo el asunto del propósito de Dios, sea un misterio (por ejemplo, ver 1ª Pedro 1: 10-12). Pero con la primera venida de Cristo, el misterio ha sido revelado Y ahora, tal como lo señala Pablo en Efesios 1, el asunto ha llegado a ser el enfoque que ha puesto en Cristo. *Todo el propósito de Dios y Sus promesas, culminan en Cristo. Y ahora, en lugar de maravillarnos con el misterio del pasado, nos sobrepasa el asombro con la sabiduría de Dios para cumplir todo esto.*

La Sabiduría de Dios se está Revelando a Través de la Iglesia: Efesios 3

El eterno propósito de Dios, es revelar Su sabiduría a los seres celestiales y también a Su iglesia. Todavía Dios está cumpliendo Su propósito, el que culminará con la segunda venida de Su Hijo y con el establecimiento de Su reino sobre la tierra. Cuando este propósito y programa se complete, se revelará todo el alcance de la sabiduría de Dios y esta sabiduría se revelará en una extensión tal, que proveerá el combustible para alabar y adorar a Dios por toda la eternidad.

¿No es una maravilla que la base para la alabanza eterna de toda criatura (terrenal y celestial), se haya estado formando durante miles de años? No nos sorprende que Dios se esté tomando Su tiempo para revelar y completar Su maravilloso plan decretado en la eternidad del pasado, el que en su culminación pone al descubierto Su sabiduría infinita.

Al pensar en este texto de Efesios 3, de pronto se me ocurre que Dios es similar a un asombroso escritor, productor y director, aún cuando no llevaría esta analogía tan lejos. En la eternidad pasada, se escribió el documento original y no ha habido otras ediciones. Su plan eterno fue formulado en Su bondad y en Su sabiduría. Los israelitas y los santos del Antiguo Testamento, fueron los actores del pasado y los santos (para no mencionar a todo el resto), son los actores de hoy. Incluso las huestes celestiales, incluido Satanás, están involucrados en este gran drama. Cada uno de sus actos, es una dispensación o, para los no dispensacionalistas, un trabajo adicional del plan de Dios. El Acto I comenzó con la creación de los huestes angelicales y terminó con la caída de Satanás. El Acto II comenzó con la creación del mundo y de la humanidad, comenzando con Adán y Eva. El Acto III comenzó con el llamado a Abraham. El Acto IV con el nacimiento de la nación de Israel en el Éxodo y el Acto V, con la primera venida de Cristo. El gran acto final, comienza con la segunda venida de Cristo.

El propósito de este largo drama, es la demostración de la gloria de Dios. En Efesios, Pablo habla del propósito de Dios como si Él estuviera trabajando en ese momento para desarrollar Su sabiduría a través de la iglesia. Cuando este acto o capítulo finalice, toda la creación, incluyendo a las criaturas celestiales, tendrán toda la eternidad para maravillarse de Su sabiduría y para alabarle y glorificarle.

¿No nos admiramos del porqué Dios se toma tanto tiempo en cumplir Sus promesas y en contestar nuestras oraciones? Se debe a que Su drama es bastamente mayor que nosotros y Él ha escogido tomarse miles de años para presentarlo a la audiencia cósmica. ¿Nos extrañamos del porqué no podemos comprender exactamente lo que Dios está haciendo, de cómo está usando

las circunstancias menos comunes (incluyendo el pecado del hombre y su rebelión, la enfermedad, la muerte, la pena) para lograr Sus propósitos? Dios deja todo esto en el misterio, porque Él está creando y sosteniendo el interés de Su audiencia. Él, el gran autor, productor y director, está creando el suspenso adecuado para el momento de la gran conclusión del acto final. No se atreve a darnos más información porque al hacerlo disiparía la intensa curiosidad que tienen todos aquellos que están en el cielo, con viva atención (ver 1ª Pedro 1:12; 1ª Corintios 11:10).

¿No nos asombramos a veces del porqué Dios nos está sometiendo a pruebas de una forma tan privada y personal, de una forma tal que al parecer nadie se da cuenta, sino nosotros? ¡Nuestro pensamiento está errado! Existe, tal como el escritor de Hebreos nos informa, una **“gran nube de sabiduría”** (Hebreos 12:1) observándonos atentamente, incluso en este momento. Cuando soportamos las pruebas y desafíos de esta vida, sin saber como Job, por ejemplo, que se nos ha dejado con sólo una cosa en que confiar —Dios mismo. Cuando la vida simplemente no tiene sentido, debemos mirarlo a Él quien es el Autor y el Final de nuestra fe; a Él quien tiene un gran plan cósmico, un plan para revelar Su gloria y para cumplir con aquello que es bueno para Su pueblo. Debemos confiar en Él quien es absolutamente sabio y quien es también todopoderoso.

¡Que privilegio el nuestro de ser parte de este gran drama y de tener una parte en darle gloria a nuestro sabio Dios! Este asunto es hermosamente resumido por A.W. Tozer.

“Con la bondad de Dios para desear nuestro mejor bienestar, la sabiduría de Dios para planificarlo y con el poder de Dios para lograrlo, ¿qué nos falta? Ciertamente, somos los más favorecidos de todas las criaturas”²⁰

¹⁷ A.W. Tozer. *The Knowledge of the Holy* (San Francisco: Harper and Row, Publishers, 1961), p. 66.

¹⁸ J.I. Packer, *Knowing God*, p. 80.

¹⁹ En Génesis 4:1, se nos dice que Adán ‘conoció’ a su mujer. Esto no habla del conocimiento intelectual, sino que un conocimiento personal, íntimo y experimental. Creo que ‘conocer’ el bien y el mal, es el conocimiento del mal que llega al experimentarlo.

²⁰ A. W. Tozer, *The Knowledge of the Holy* (San Francisco, Harper and Row, Publishers, 1961), p.70.

La Santidad de Dios

Introducción

Mucha gente asiste a la iglesia el Domingo de Resurrección como primera o segunda vez en el año (también asisten en la Navidad). Al parecer, existe algo positivo, algo estimulante y de ayuda en esta fecha. Está el énfasis de la resurrección de Cristo y la esperanza para todos los hombres, aunque para los no creyentes, esta esperanza no tiene fundamento.

La crucifixión de Cristo comenzó como una celebración festiva, como una victoria sobre Sus opositores y una derrota asombrosa por Cristo. Pero a medida que los eventos que condujeron a la muerte de nuestro Señor se manifestaron, todo cambió. La muchedumbre se atemorizó con lo que vieron y quedó estremecida:

“Y toda la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, viendo lo que había acontecido, se volvían golpeándose el pecho” (Lucas 23:48).

Después que nuestro Señor se levantó de los muertos y ascendió al Padre, los discípulos comenzaron a proclamarle como el Mesías prometido y como el Señor resucitado (ver Hechos 2:22-36; 3:11-26). Esto provocó una gran consternación en aquellos que creyeron que lo habían silenciado para siempre (ver Hechos 4:1-2).

Para el cristiano, la resurrección de nuestro Señor de la tumba, es una verdad que consuela y que también debería inspirar reverencia y asombro, pues la resurrección de Cristo de los muertos, es una prueba de Su santidad. Pero esta misma resurrección debería infundir una clase de temor diferente en los corazones de quienes lo han rechazado, pues cuando Él regrese a la tierra, derrotará a Sus enemigos. Si ellos verdaderamente comprendieran todo lo que la resurrección implica, ésta no debería consolar a los no creyentes. Sin embargo, puede motivarlos a arrepentirse y a dirigirse a Él para recibir el perdón de los pecados y la vida eterna, así como lo fue para miles en el día de Pentecostés (ver Hechos 2:37-42).

De la misma manera como estudiamos la santidad de Dios y del Hijo de Dios (sin olvidarnos del Espíritu Santo de Dios), consideremos la respuesta que esta verdad produce en nuestras vidas en la medida que busquemos adorarle y servirle.

La Importancia de la Santidad de Dios

En la medida que nos acercamos al tema de la santidad de Dios, recordemos la importancia de este atributo divino. R.C. Sproul hace esta observación basándose en Isaías 6:

“La Biblia dice que Dios es santo, santo, santo No dice que Dios es simplemente santo, ni siquiera santo, santo. Él es santo, santo, santo. La Biblia nunca dice que Dios es amor, amor, amor o misericordia, misericordia, misericordia o ira, ira, ira o justicia, justicia, justicia. Dice que Él es santo, santo, santo y que toda la tierra esta llena de Su gloria”.²¹_ftn1

Definición de la Santidad

El término ‘santo’, con frecuencia se comprende más bien en su uso contemporáneo más que en el verdadero significado, según las Escrituras. Por esta razón, nuestro estudio debe comenzar con la revisión de varias dimensiones de la definición de santidad:

(1) Ser santo es ser distinto, separado en la categoría de uno mismo. Como lo expresa Sproul:

“El primer significado de *santo* es ‘separado’. Viene de la antigua palabra cuyo significado era: ‘cortar’, o ‘separar’. Tal vez la frase ‘cortar sobre algo’, sería más precisa. Cuando encontramos una prenda de vestir u otra mercadería que es superior, que tiene una excelencia superior, usamos la expresión que este artículo ‘está cortado sobre el resto’”.²²_ftn2

Esto significa que quien es santo, es santo en sí mismo, sin rivales o competencia.

“Cuando la Biblia dice que Dios es santo, básicamente significa que Dios está trascendentalmente separado. Está tan por encima y tan lejos de nosotros, que pareciera que fuera totalmente extraño para nosotros. Ser santo es ser ‘otro’, ser diferente de una forma especial. Este mismo significado básico se usa cuando la palabra *santo* se aplica a las cosas terrenales”.²³_ftn3

“No hay santo como Jehová; porque no hay ninguno fuera de ti, y no hay refugio como el Dios nuestro” (1 Samuel 2:2).

“Oh Señor, ninguno hay como tú entre los dioses, ni obras que igualen tus obras. Todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu nombre” (Salmo 86:8-10; ver también Salmo 99:1-3; Isaías 40:25; 57:15).

(2) Ser santo es ser moralmente puro:

“Cuando las cosas son hechas santas, cuando son consagradas, se apartan en pureza. Son para ser usadas de una forma pura. Deben reflejar tanto pureza como el hecho de estar apartadas. La pureza no se excluye de la idea de lo santo; esta contenida en ello. Pero lo que debemos recordar es la idea que lo santo nunca es sobrepasado por la idea de la pureza. Incluye la pureza; pero es mucho más que eso. Es pureza y trascendencia. Es una pureza trascendental”.²⁴_ftn4

“¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño. Él recibirá bendición de Jehová, y justicia del Dios de salvación” (Salmo 24:3-5).

“Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6:3-5).

“Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio [con indulgencia]” (Habacuc 1: 13a).

(3) Para Dios, ser santo es serlo en relación con cada uno de los aspectos de su naturaleza y carácter:

“Cuando usamos la palabra *santo* para describir a Dios, nos enfrentamos con otro problema. A menudo describimos a Dios, con una lista de cualidades o características a las que llamamos atributos. Decimos que Dios es espíritu, que Él lo sabe todo, que Él es amor, justo, misericordioso, que tiene gracia, etc. Tenemos la tendencia de agregar la santidad a esta larga lista de atributos, como uno más entre muchos. Pero cuando la palabra *santo* es aplicada a Dios, no significa un solo atributo. Por el contrario, Dios es llamado santo en un sentido general. La palabra es usada como un sinónimo de Su deidad. Es decir, la palabra *deidad* va dirigida a todo lo que es Dios. Nos recuerda que Su amor es santo, que Su justicia es una justicia santa, que Su misericordia es una misericordia santa, que Su conocimiento es un conocimiento santo, que Su espíritu es un espíritu santo”.²⁵_ftn5

¿Cuán Importante es la Santidad?

La santidad de Dios no es solamente un tema teológico apropiado para estudiosos con interés y vigor para conseguir comprenderla. En realidad, la santidad de Dios es un tema de gran importancia para todas las almas vivientes. El cristiano debiera preocuparse en forma especial de la santidad de Dios. Muchos incidentes en el Nuevo Testamento, acentúan la importancia de la santidad, a los creyentes. Estos ejemplos son sólo algunos de los tantos que aparecen en las Escrituras, relacionados con la santidad de Dios y su impacto sobre los santos.

Moisés y la Santidad de Dios (Números 20:1-13; 27:12-14)

“Llegaron los hijos de Israel, toda la congregación, al desierto de Zin, en el mes primero, y acampó el pueblo en Cades; y allí murió María, y allí fue sepultada. Y porque no había agua para la congregación, se juntaron contra Moisés y Aarón. Y habló el pueblo contra Moisés, diciendo: ¡Ojalá hubiéramos muerto cuando perecieron nuestros hermanos delante de Jehová! ¿Por qué hiciste venir la congregación de Jehová a este desierto, para que muramos aquí nosotros y nuestras bestias? ¿Y por qué nos has hecho subir de Egipto, para traernos a este mal lugar? No es lugar de sementera, de higueras, de viñas ni de granadas; ni aún de agua para beber. Y se fueron Moisés y Aarón de delante de la congregación a la puerta del tabernáculo de reunión, y se postraron sobre sus rostros; y la gloria de Jehová apareció sobre ellos. Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Toma la vara, y reúne la congregación, tú y Aarón tu hermano, y hablad a la peña a vista de ellos; y ella dará su agua, y les sacarás aguas de la peña, y darás de beber a la congregación y a sus bestias. Entonces Moisés tomó la vara de delante de Jehová, como él le mandó. Y reunieron Moisés y Aarón a la congregación delante de la peña, y les dijo: ¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña? Entonces alzó Moisés su mano y golpeó la peña con su vara dos veces; y salieron muchas aguas, y bebió la congregación, y sus bestias. Y Jehová dijo a Moisés y a Aarón: por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado. Estas son las aguas de la rencilla, por las cuales contendieron los hijos de Israel con Jehová, y él se

santificó en ellos” (Números 20: 1-13).

“Jehová dijo a Moisés: Sube a este monte Abarim, y verás la tierra que he dado a los hijos de Israel. Y después que la hayas visto, tú también serás reunido a tu pueblo, como fue reunido tu hermano Aarón. Pues fuisteis rebeldes a mi mandato en el desierto de Zin, en la rencilla de la congregación, no santificándome en las aguas a ojos de ellos. Estas son las aguas de la rencilla de Cades en el desierto de Zin” (Números 27”12-14).

Moisés tenía una buena razón para estar enojado con los israelitas. Eran en realidad **“un pueblo duro de cerviz”**, tal como Dios mismo lo dijo (ver Éxodo 33:5). Los israelitas llegaron a Cades, un lugar cuyo nombre significa ‘santo’. Allí, María murió y fue sepultada. En Cades no había agua para que el pueblo bebiera. El pueblo se comportaba de manera hostil y una multitud contendió con Moisés y con Aarón, deseando estar muertos, o incluso mejor, que lo estuvieran Moisés y Aarón. Protestaron que no habían sido ‘conducidos’ por Moisés, sino que ‘mal llevados’ por él a una tierra muy distinta a la que se les había prometido. Y el hecho que allí no hubiera agua, era lo último que les podía suceder.

Moisés y Aarón se dirigieron a la puerta del tabernáculo de reunión y allí la gloria de Jehová se les apareció. Entonces Dios le ordenó a Moisés que tomara su vara y le hablara a la roca, de la cual manaría agua para el pueblo. Moisés estaba furioso con ellos mientras los reunía delante de la roca. Más tarde, Pablo identificaría **“la roca espiritual”**, con Cristo (1ª Corintios 10:4). En lugar de hablarle tan sólo a la roca, como se le había ordenado, en su ira, Moisés la golpeó dos veces. Las consecuencias fueron realmente graves.

¿Quién no ha perdido su temperamento y hecho cosas peores que golpear dos veces una roca con una vara? Pero esta acción fue tan seria a los ojos de Dios, que le prohibió a Moisés entrar a la tierra prometida. Moisés nunca vio la tierra a de la que ya estaba tan cerca. ¿Por qué? Dios le dijo y lo registró para nosotros: **“por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel..”** (Números 20: 12). Y al tratar Dios severamente a Moisés por su transgresión, se dice que Dios **“se santificó a sí mismo”** (versículo 13).

En un momento de ira, Moisés pecó y por ese pecado se le negó la entrada a la tierra prometida. La causa, haber golpeado la roca. Pero fue mucho más que eso. Golpear la roca fue un acto de desobediencia, no siguió las instrucciones de Dios. Aún más, Dios lo consideró como un acto de incredulidad.

“Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado” (versículo 12).

Siempre pensé que el pecado de Moisés había sido simplemente golpear la roca, que de alguna manera, como la zarza ardiente de años anteriores (ver Éxodo 3), era una manifestación de la presencia de Dios. La raíz del pecado fue la irreverencia y ésta la causa de la desobediencia de Moisés²⁶ por haber golpeado la roca. La ira de Moisés con el pueblo, sobrepasó su temor de Dios. El temor de Dios debió haber superado su ira con los israelitas. Dios consideró la irreverencia de Moisés, como algo muy grave.

Uza y la Santidad de Dios (2 Samuel 6:1-11)

“David volvió a reunir a todos los escogidos de Israel, treinta mil. Y se levantó David y partió de Baala de Judá con todo el pueblo que tenía consigo, para hacer pasar de allí el arca de Dios, sobre la cual era invocado el nombre de Jehová de los ejércitos, que mora entre los querubines. Pusieron el arca de Dios sobre un carro nuevo, y la llevaron de la casa de Abinadab, que estaba en el collado; y Uza y Ahío, hijos de Abinadab, guiaban el carro nuevo. Y cuando lo llevaban de la casa de Abinadab, que estaba en el collado, con el arca de Dios, Ahío iba delante del arca. Y David y toda la casa de Israel danzaban delante de Jehová con toda clase de instrumentos de madera de haya; con arpas, salterios, panderos, flautas y címbalos. Cuando llegaron a la era de Nacón, Uza extendió su mano al arca de Dios, y la sostuvo; porque los bueyes tropezaban. Y el furor de Jehová se encendió contra Uza, y lo hirió allí Dios por aquella temeridad, y cayó allí muerto junto al arca de Dios. Y se entristeció David por haber herido Jehová a Uza, y fue llamado aquel lugar Perez-uza, hasta hoy. Y temiendo David a Jehová aquel día dijo: ¿Cómo ha de venir a mí el arca de Jehová? De modo que David no quiso traer para sí el arca de Jehová a la ciudad de David; y la hizo llevar David a casa de Obed-edom geteo. Y estuvo el arca de Jehová en casa de Obed-edom geteo tres meses; y bendijo Jehová a Obed-edom y a toda su casa” (2 Samuel 6: 1-11).

Los filisteos habían capturado el arca de Dios y pensaron dejárselo como trofeo de guerra. Pronto se les hizo evidente que el arca era la fuente de muchos sufrimientos para ellos. La hicieron circular y finalmente, decidieron deshacerse del ella devolviéndola a Israel. La transportaron de la forma en que los sacerdotes y adivinos filisteos lo recomendaron. Pusieron sobre ella una ofrenda de oro de expiación por sus faltas y la colocaron en un carro nuevo tirado por dos vacas recién separadas de sus terneros (ver 1 Samuel 6).

Si los filisteos no pudieron estar en la presencia del Dios Santo de Israel, tampoco lo podía hacer el pueblo de Bet-semes, donde llegó el arca:

“Entonces Dios hizo morir a los hombres de Bet-semes, porque habían mirado dentro del arca de Jehová; hizo morir del pueblo a cincuenta mil setenta hombres. Y lloró el pueblo, porque Jehová lo había herido con tan grande mortandad. Y dijeron los de Bet-semes: ¿Quién podrá estar delante de Jehová el Dios santo? ¿A quién subirá desde nosotros? Y enviaron mensajeros a los habitantes de Quiriat-jearim, diciendo: Los filisteos han devuelto el arca de Jehová; descended, pues, y llevadla a vosotros” (1 Samuel 6: 19-21).

Los hombres de Quiriat-jearim vinieron y tomaron el arca de Jehová y la condujeron a la casa de Abinadab y consagraron a su hijo Eleazar para que la cuidara, donde permaneció durante 20 años (1 Samuel 7: 1-2). Finalmente, David, acompañado por 30.000 israelitas fueron a Quiriat-jearim para llevar el arca a Jerusalén.

El arca era el símbolo de la presencia de Dios, un objeto muy santo (ver 2 Samuel 6: 2), que debía estar escondida en el lugar más santo del tabernáculo, el **“el lugar santísimo”**. De acuerdo a las instrucciones de Dios, debía ser transportada por los hijos de Coat, quienes la llevaron sosteniéndola sobre varas insertados en anillos (ver Éxodo 25: 10-22; Números 4: 1-20). Nadie debía mirar dentro del arca, o morirían.

El día en que el arca fue transportada a Jerusalén, fue de gran gozo y alegría. Pero habían olvidado cuán santa era el arca, porque era el lugar donde habitaba la presencia de Dios. En

lugar de transportar el arca de acuerdo a lo que la ley instruía, ésta fue ubicada en un carro nuevo tirado por bueyes. Era una procesión llena de júbilo. Qué momento tan feliz. Pero cuando los bueyes tropezaron y parecía que el carro se daría vuelta, Uza se acercó para afirmarla. En forma instantánea, fue muerto por Dios.

La primera respuesta de David fue frustración e ira en contra de Dios. ¿Por qué Dios había sido tan severo con Uza? Al parecer, David había olvidado las instrucciones dadas por Dios en la Ley con respecto a cómo debía transportarse el arca. También parece que olvidó cuántos más habían muerto previamente al no haber demostrado la reverencia necesaria en la presencia de Dios. Él había arruinado la celebración y David se disgustó. Sólo después de haber reflexionado, David consideró la gravedad del error. Y con relación a Uza, Dios le hizo morir debido a su irreverencia (2 Samuel 6: 7).

La irreverencia es una enfermedad peligrosa. Incluso cuando nuestros motivos son sinceros y nos vemos activamente involucrados en la adoración a Dios, debemos recordar constantemente Su santidad y ser reverentes hacia Él, lo que se manifiesta por medio de la obediencia a Sus instrucciones y mandamientos.

Isaías y la Santidad de Dios (Isaías 6:1-10)

“En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos. Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpió tu pecado. Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién ira por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí. Y dijo: Anda, y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad” (Isaías 6: 1-10).

Pareciera ser que la muerte de Uzias marcó el fin de una era, una era dorada para Judá. Los ‘buenos tiempos’, se acabaron y estaban por iniciarse los ‘tiempos difíciles’, como lo indican los versículos 9 y 10. El ministerio de Isaías se inicia desde el punto de vista humano, en la peor época posible. Su ministerio no sería considerado exitoso (como lo fueron muchos de los demás profetas de la antigüedad). Se vio envuelto en esto, con una recepción fría. Él y su mensaje serían rechazados. ¿Qué necesitó Isaías para tener una perspectiva apropiada y resistencia para perseverar en tan duros momentos? La respuesta: una visión de la santidad de Dios.

Esto es precisamente lo que Dios le dio a Isaías —una revelación dramática de Su santidad. Él vio al Señor sentado en Su trono, en lo alto mientras era exaltado. Los ángeles que estaban bajo Él, eran magníficos y hablaban los unos con los otros, diciendo: **“Santo, santo, santo, Jehová**

de los ejércitos; toda la tierra esta llena de su gloria” (versículo 3). La tierra tembló y el templo fue lleno de humo. Fue una visión dramática de Dios y de Su santidad, tal como deseáramos verla.

La respuesta de Isaías, está lejos de lo que oímos en nuestros días de muchos que dicen enseñar la verdad bíblica. No se dejó impresionar por lo que él ‘significaba’. Su ‘autoestima’ no fue realizada. Sucedió todo lo contrario. La visión de la santidad de Dios, le hizo ver su pecado al máximo y lamentarse de ello. Si Dios era santo, Isaías tomó plena conciencia que él no lo era. Isaías confesó su propia impiedad y la de su pueblo.

Lo más importante es que Isaías ve su maldad (y la de su pueblo), evidenciada en sus ‘labios’. Isaías confesó que era un hombre **“de labios impuros”** y que vivía entre un pueblo con el mismo mal. ¿Cómo fue capaz Isaías de estar tan conciente de su pecado incluso en su forma de hablar? Otros textos de las Escrituras dicen mucho acerca de la lengua y de la forma en que el pecado se hace evidente en nuestro hablar (ver, por ejemplo, muchos Proverbios, también Mateo 12:32-37; Romanos 3:10-14; Santiago 30:1-12).

Observen que la maldad que Isaías reconoció estaba en sus labios y hacia ellos fue dirigida la curación. Uno de los serafines tocó la boca de Isaías con un carbón encendido, limpiando simbólicamente su boca y a él mismo. ¿Qué intenta Dios para cumplir con la vida de Isaías en esta visión? Creo que Dios quería que la visión de Su santidad, tuviera un gran impacto en lo que Isaías diría y en cómo lo diría.

Creo que el mensaje y el significado de Isaías 6, es mucho más fácil de comprender a la luz de las enseñanzas de Pablo en 1ª Corintios 1-3 y 2ª Corintios 2-6. Al parecer, Pablo fue acusado de haber sido torpe al hablar, mientras que otros (especialmente los falso apóstoles que buscaban seguidores entre los corintios —ver 2ª Corintios 11:12-33), fascinaban a la gente empleando técnicas persuasivas y entretenidas. Pero la intención de Pablo era complacer a Dios y no a los hombres (2ª Corintios 2:15-16; 4:1-2). Prefirió hablar la verdad en los términos más simples y claros, de manera que los hombres de convencieran y convirtieran en forma natural, más que persuadirlos con la inteligencia humana (1ª Corintios 2:1-5).

Al comienzo de la revelación dada al apóstol Juan (registrado como el Libro de Apocalipsis), él vio una visión del Señor exaltado y santo. Esta visión precedió el mandato de registrar lo que había visto:

“Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas” (Apocalipsis 1:19).

No nos ha de extrañar que al final de este último libro de la Biblia, encontremos estas palabras recalando la importancia de perseverar en este registro, tal como había sido revelado:

“Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro” (Apocalipsis 22:18-19).

Isaías debía servir como profeta, en un día en que su mensaje sería rechazado y resistido. La disposición del hombre al pecado, es evitar el dolor y la persecución y así, alterar si es posible, el mensaje y el método de Dios manifestado a Isaías en Su santidad para motivarlo a ser fiel a su llamado y al mensaje que se le iba a entregar. Isaías nunca perdió la visión de Aquel a quien servía y a quien debía tanto temer como agradar.

La gloria de su mensaje y de su ministerio, estaba en Aquel quien se los dio —Aquel a quien servía. En alguna medida, Pablo tuvo una experiencia similar al inicio de su ministerio: en su conversión, él vio la gloria de Dios y nunca la olvidó. La gloria de su mensaje y de su ministerio, le sostuvo incluso en medio de sufrimientos, adversidad y rechazo (incluso por el de uno de los santos). Pablo fue fiel a su llamado y al mensaje que se le dio para ser entregado, incluso hasta la muerte (ver 2ª Corintios 3-6).

La Santidad de Jesucristo

Las promesas de la venida del Mesías en el Antiguo Testamento, se fueron haciendo cada vez más específicas hasta que se hizo evidente que este no sólo sería un ser humano, sino que además un ser divino (ver Isaías 9:6-7; Miqueas 5:2). Como tal, debía ser santo. Y así, cuando el ángel le dijo a María del niño que milagrosamente nacería de ella, una virgen, dijo: **“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios”** (Lucas 1:35, palabras en itálica, del autor).

A través de la vida y del ministerio del Señor en la tierra, se hizo muy evidente que no era un hombre ordinario, sino que Él era más que un profeta y más que un simple hombre. Era el Hijo de Dios. Incluso los demonios tuvieron que reconocerlo como **“el Santo de Dios”** (Marcos 1:24; Lucas 4:34). Las cosas que Jesús dijo e hizo, le marcaron como Aquel cuya cabeza y hombros sobrepasaban a cualquier otro ser (humano). Pedro era un pescador profesional; pero cuando obedecía las instrucciones del Señor Jesús, los resultados eran asombrosos. La respuesta de Pedro fue adecuada:

“Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí Señor, porque soy hombre pecador” (Lucas 5:8)

Cuando Jesús sano al hombre mudo que estaba poseído por un demonio, las multitudes maravilladas, dijeron:

“Nunca se ha visto cosa semejante en Israel” (Mateo 9:33b).

Cuando Jesús le dijo al paralítico que sus pecados habían sido perdonados y después procedió a sanarle, la gente no pudo resistir hacer comentarios:

“Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados. Estaban allí sentados algunos de los escribas, los cuales cavilaban en sus corazones: ¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios? Y conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos, les dijo: ¿Por qué caviláis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o

decirle: Levántate, toma tu lecho y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa. Entonces él se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos, de manera que todos se asombraron y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa” (Marcos 2:5-12).

Cuando el hombre que nació ciego fue sanado por Jesús, los escribas y los fariseos estaban reacios a admitir que se había logrado aquel milagro. El ciego podía ‘ver’ las implicaciones de lo que había sucedido y presionó a quienes le interrogaban:

“Respondió el hombre, y les dijo: Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de donde sea, y a mí me abrió los ojos. Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ese oye. Desde el principio no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego. Si este no viniera de Dios, nada podría hacer” (Juan 9:30-33).

Los milagros y señales llevados a cabo por Jesús en la primera etapa de Su ministerio en la tierra, indicaron Su santidad como asimismo los eventos ocurridos alrededor de Su muerte. La oscuridad sobrenatural que se produjo durante tres horas y la rasgadura del velo del templo (Lucas 23:44-45) junto con otros factores, provocaron que la multitud se alejara sobrecogida por lo que habían visto y oído (Lucas 23:46-48). Uno de los criminales crucificado al lado de Jesús, dio testimonio de Su inocencia en los últimos momentos de su vida y le pidió a Jesús que le recordara cuando Él entrara en *Su* reino (Lucas 23:36-43). Uno de los soldados al pie de la cruz, dio testimonio de la singularidad de Jesús (¿debiéramos decir de la ‘santidad’ de Jesús?):

“Cuando el centurión vio lo que había acontecido, dio gloria a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo” (Lucas 23:47).

“Mas Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó su espíritu. Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos. El centurión, y los que estaban con él guardando a Jesús, visto el terremoto, y las cosas que habían sido hechas, temieron en gran manera, y dijeron: Verdaderamente este era Hijo de Dios” (Mateo 27:50-54).

Las palabras dichas burlescamente por la multitud, cuando Jesús colgaba en la cruz, tuvieron aún más impacto después de Su resurrección:

“A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, **descienda ahora de la cruz**, y creeremos en él. **Confió en Dios; libréle ahora si le quiere**; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios” (Mateo 27:42-43; énfasis del autor).

La palabra ‘**ahora**’ me fascina. Desafiaron a Jesús a bajar de la cruz inmediatamente evitando así la muerte. Si Él lo hiciera, dijeron, le creerían. ¡Cuánto más asombroso es que se levantara de los muertos! ¿Cuál fue el acto más grande, bajar de la cruz o levantarse de la sepultura? Jesús hizo la más grande y algunos creyeron.

Las deducciones de esta resurrección son señaladas enfáticamente por los apóstoles, según se han registrado en el Libro de los Hechos, ya fuera por Pedro o por Pablo:

“...a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella. Porque David dice de él: Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, y aún mi carne descansará en esperanza; porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción” (Hechos 2:23-27, énfasis del autor).

“Y nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús; como está escrito también en el salmo segundo: Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy. Y en cuanto a que le levantó de los muertos para nunca más volver a corrupción, lo dijo así: Os daré las misericordias fieles de David. Por eso dice también en otro salmo: No permitirás que *tu Santo* vea corrupción” (Hechos 13:32-35; énfasis del autor).

Pedro y Pablo, no sólo proclamaron la resurrección de Jesús de los muertos como el cumplimiento de la profecía del Salmo 16:10; también proclamaron que es **“el Hijo Único”** de Dios, a quien Dios lo haría pasar de la corrupción, porque Él era santo. La resurrección de Jesús de los muertos, no sólo justifica la afirmación que hiciera Jesús de ser el Mesías de Israel. También demuestra que es el prometido **“Hijo Único”** de Dios. La resurrección es el sello de aprobación de la santidad de Jesucristo.

Con mucha frecuencia nos vemos a nosotros mismos pensando en Jesús como cuando Él caminaba por este mundo durante Su ministerio de tres años. En realidad, Su resurrección de los muertos le cambió, de modo que ya no posee un cuerpo terrenal, sino que ahora está glorificado por Su cuerpo transformado. Su gloria y santidad ya no están encubiertas, por lo que la descripción que se hace de Jesús en el Libro del Apocalipsis, es la descripción que corresponde a como es Él ahora y siempre. El Juan que alguna vez caminó con nuestro Señor y que incluso se reclinó en Su pecho (ver Juan 13:23), ahora cae delante de Él como un hombre muerto, sobrepasado por Su santidad y gloria.

“Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, ví siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que le llegaba hasta los pies y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas. Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza. Cuando le ví, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades. Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas” (Apocalipsis 1:12-19).

La Santidad de Dios y la Iglesia
(Hechos:1-16; 1ª Corintios 11:17-34)

La historia de Ananías y Safira, es familiar para los cristianos. En los primeros días de la iglesia, existía una gran preocupación por los pobres. Cuando surgía la necesidad, los santos vendían algunas de sus posesiones y llevaban el producto de estas ventas a los pies de los apóstoles, para su distribución (ver Hechos 2:44-45; 4:34-37). Ananías y Safira así lo hicieron; pero con un corazón dividido y en una forma engañosa. Vendieron una parte de su propiedad; pero se dejaron para ellos una parte del producto de la venta. Dieron una parte del dinero a los apóstoles, como si fuera todo lo que habían percibido de aquella venta. Cuando su pecado quedó expuesto frente a Pedro, éste los confrontó y ambos murieron. Gran temor sobrevino en toda la iglesia, sin mencionar el que tuvo el resto de la comunidad.

Siempre me he concentrado en el hecho que esta pareja mintió, lo que realmente hicieron. Pero en el contexto del estudio de la santidad de Dios, parecieran más importantes dos detalles sobre los cuales ya había reflexionado antes. Primero, ambos mintieron al Espíritu *Santo*. Su engaño fue una ofensa a la santidad de Dios. También fue un acto que pudiera haber tenido sobre la iglesia, un efecto de emulación (ver también 1ª Corintios 5:6-7). Del mismo modo que la generosidad de Bernabé estimuló a otros a dar de la misma forma, la acción engañosa y de corazón dividido de Ananías y su mujer, podría haber afectado adversamente a otros en la iglesia, animándoles a hacer lo mismo. Recordemos que ahora es la iglesia el lugar donde mora Dios en la tierra. Dios es santo y por lo tanto Su iglesia debe ser santa también. El pecado de Ananías y Safira fue una afrenta a la santidad de Dios y a Su iglesia.

Aún más, Lucas incluye un comentario sobre el efecto que la muerte de Ananías y Safira tuvo sobre la iglesia y la comunidad. Un gran temor sobrevino sobre toda la iglesia y sobre todos quienes oyeron de esto (Hechos 5:11, 13). Los no creyentes temerosos, prefirieron mantenerse alejados de la iglesia y los santos fueron motivados a mantener distancia del mundo (en lo que se refiere a sus pecados).

El temor es la respuesta de los hombres a la santidad de Dios. Así, el pecado de Ananías y de su mujer, fue un pecado de irreverencia, un pecado en contra de la santidad de Dios. Pero el arrebató de ira de la santidad de Dios que se manifestó en la muerte de esta pareja, también originó temor en aquellos que habían oído de este incidente.

En 1ª Corintios 11, encontramos un texto relacionado, donde Pablo reprende y amonesta a la iglesia por la mala conducta que algunos de ellos manifestaron durante la Cena del Señor. La iglesia recordaba al Señor, con una comunión como parte de una comida, tal como vemos la Última Cena descrita en los Evangelios. Algunos tenían la posibilidad de llevar mucha comida y vino a esta cena, mientras que otros podían llevar muy poco o nada. Algunos podían darse el lujo de llegar muy temprano y otros tenían que llegar más tarde. Aquellos que traían mucho y que llegaban temprano, no deseaban esperar o compartir con el resto, por lo que comían y bebían en exceso. En el proceso, algunos se emborrachaban y hacían desorden, por lo que la conmemoración de la muerte del Señor era vergonzosa, muy parecida a las celebraciones paganas de sus vecinos en Corinto.

Pablo reprendió a los corintios, no debido a que tomaban la comunión en un estado indigno, sino por hacerlo en una forma que no correspondía. **“Indigno”**, tal como aparece en la versión King James, en la versión NASB, se señala **“en una forma indigna”**. Ambas versiones son una representación precisa del adverbio empleado en el texto original —no es un adjetivo. La mayor parte de los cristianos, supone que Pablo reprende a los corintios por compartir el pan y el vino

como aquellos que son ‘indignos’ (adjetivo), más que considerar que está prohibiéndoles compartir el pan y el vino de una forma impropia —‘**indigna**’ (un adverbio). Nadie es digno del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor; pero podemos recordarlo de una forma que sea digna y adecuada.

Más adelante, Pablo dice que cuando los corintios comieron el pan y bebieron de la copa “**en forma indigna**”, fueron culpables tanto del cuerpo como de la sangre del Señor (1^a Corintios 11:27) y al hacerlo, no “**disciernen el cuerpo del Señor**” (versículo 29). Continúa explicando que esta clase de conducta en la mesa del Señor, ha causado enfermedades en unos y muerte en otros (versículo 30).

De acuerdo a como yo entiendo las palabras de Pablo, el pecado de los corintios en la mesa del Señor, fue irreverencia. El cuerpo de nuestro Señor —Su cuerpo físico y Su sangre— son santos. Él hizo un sacrificio sin tener pecado al morir por nosotros. El cuerpo de nuestro Señor, también es la iglesia por lo que ella también es santa. Al comportarse la iglesia en forma indebida, con exceso de vino y desordenadamente en la mesa del Señor, demostró tener un descuido por el cuerpo físico y espiritual de Cristo; es decir, la iglesia. La irreverencia ofendió a Dios en tal manera, que Él provocó enfermedades en algunos y muerte en otros. La irreverencia en la adoración es tanto un fracaso en la comprensión de la santidad de Dios como una afrenta a Su santidad. La irreverencia es un pecado de gran magnitud, con consecuencias espantosas. La santidad de Dios requiere que tomemos la adoración muy en serio y que no participemos de ella con frivolidad. Esto no significa que nuestra adoración no se haga con gozo, solemne o sombría. Simplemente significa que debemos observar seriamente la presencia de Dios y ser muy cautos en no ofender Su presencia con nuestra irreverencia.

La Santidad de Dios y el Cristianismo Contemporáneo

La santidad de Dios no es simplemente una doctrina a la que demos nuestro consentimiento. Más bien, la doctrina de la santidad de Dios debería guiarnos y gobernar nuestras vidas.

(1) La santidad de Dios debería guiarnos y gobernar nuestro pensamiento sobre la “aceptación de Dios”

Con frecuencia oigo a cristianos emplear la expresión ‘aceptación incondicional’. Pareciera ser que este término, es aplicado primero a Dios y después a los santos. Razonan de la siguiente manera: ‘Dios nos acepta incondicionalmente, por lo que nosotros debemos aceptar a los demás incondicionalmente’. La dificultad que tengo es que no es una expresión bíblica. Incluso peor, al parecer no es un concepto bíblico. Dios no nos acepta ‘sin tomar en cuenta lo que hagamos’. Observemos a la nación de Israel. Debido a su pecado reiterado, Dios dijo que ya no eran Su pueblo (ver Oseas 1). Dios no aceptó a Caín ni a su ofrenda (Génesis 4:5). *Dios sólo nos acepta a través de la sangre derramada de Jesucristo*, de manera que incluso los cristianos no son aceptados incondicionalmente, sin considerar sus actitudes y acciones. La santidad de Dios indica que Él no acepta lo que no es santo. En realidad, todo lo que Dios acepta de nosotros es lo que Él produce en y por medio nuestro. Hablar en una forma demasiado irreflexiva, al parecer estimula una vida descuidada y desobediente.

La iglesia no puede ‘aceptar’ a aquellos que profesan ser cristianos; pero que viven como paganos (1^a Corintios 5:1-13). Debemos disciplinar y echar a quienes se rehúsan vivir como

cristianos. La iglesia debe ser santa y esto significa que debe eliminar la 'levadura' que hay en ella. Dejemos que aquellos que enfatizan la aceptación incondicional, examinen estas palabras:

“Y escribe el ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Apocalipsis 3:14-16).

(2) La doctrina de la santidad de Dios debe considerarse al hablar de a quién debemos dar cuentas.

El concepto de 'dar cuenta' ha sido, en mi opinión, importada del mundo secular. No estoy en completo desacuerdo con el hecho de a quién debemos 'dar cuenta', excepto que la iglesia a veces habla de tomar más de dar cuentas a los hombres que a Dios. No nos olvidemos a quién debemos dar cuenta:

“Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio” (Mateo 12:36).

“Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes *han de dar cuenta*; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no es provechoso” (Hebreos 13:17; énfasis del autor; ver también 1ª Corintios 3:10-15).

“De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí” (Romanos 14:12).

“A éstos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan; pero ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos” (1ª Pedro 4:4-5).

(3) La santidad de Dios debería gobernar nuestros pensamientos y nuestra autoestima.

Me sentí conmovido con la declaración hecha por un sicólogo de principios del siglo XIX, tan diferente de lo que hoy se nos enseña:

“Esta reverencia ha sido significativamente definida por el sicólogo William McDougall, como: ‘la emoción religiosa *por excelencia*; pocos poderes humanos son capaces de provocar la reverencia, esta mezcla de prodigios, temor, gratitud y de autoestima negativa’”.²⁷_ftn7

¿Por qué hablamos de encontrar nuestra autoestima en Cristo, cuando el encuentro que tuvo Isaías con la santidad de Dios, le hizo decir:

“Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6:5)?

Temo que toda nuestra orientación está equivocada y vamos a Cristo más para sentirnos mejor

con nosotros mismos que por caer delante de Él humillados y ver Su santidad. Nuestros corazones debieran sentirse llenos de gratitud y alabanza por la gracia que Él ha derramado sobre nosotros. El que esta delante de Él, es el que se cree justo, confiado en lo que él es y no los santos que confían en quién es Dios (ver Lucas 9: 14).

“Observad el temor y asombro con los cuales, tal como en forma reiterada lo indican las Escrituras, los hombres fueron conmocionados y trastornados cada vez que contemplaron la presencia de Dios... Los hombres nunca son tocados ni impresionados debidamente con una convicción verdadera, hasta que no se hayan visto enfrentados con la majestad de Dios”²⁸_ftn8

(4) La santidad de Dios debiera prevenirnos de lo que aceptamos y practicamos del movimiento “crecimiento de la iglesia” contemporáneo.

El movimiento contemporáneo “crecimiento de la iglesia” podría recomendarse en algunos aspectos.²⁹ Sin embargo, pareciera ser que en su intento por evangelizar, los ‘buscadores’ comportándose como ‘buscadores amistosos’, no toman con la seriedad suficiente, la santidad de Dios. Mencionaré sólo algunas de mis preocupaciones al respecto. ¿Cómo puede una iglesia dedicar el servicio principal (Domingos en la mañana) al evangelismo cuando su tarea fundamental es otra, tal como se señala en Hechos 2:42 (específicamente la enseñanza de los apóstoles, la comunión, partir el pan y la oración)? Pongámoslo de otra forma, ¿cómo puede la iglesia dedicarse al evangelismo en su servicio principal, cuando la tarea más importante es adorar y edificar? Más aún, ¿cómo se puede invitar a un no creyente a participar en la adoración siendo lo que es? La Biblia enseña que no existe este tipo de ‘buscadores’ (Romanos 3:10-12). Aquellos que serán salvos, son los escogidos cuyos corazones serán tocados por el Espíritu Santo, cuyas mentes serán iluminadas por Él. Para los que están muertos en sus pecados, Él es el único capaz de hacer que vivan (Efesios 2:1-7).

Nadie a quien Dios haya elegido y en quien el Espíritu está haciendo Su obra, deja de ir a Él, por lo tanto, ¿por qué la necesidad que los no creyentes asistan a la iglesia? Los que eran salvos se unieron a la iglesia, según el Libro de los Hechos y los que no creyeron, se mantuvieron alejados. Con todo ese énfasis puesto en el crecimiento de la iglesia, pareciera que se pone poca atención a la iglesia que disminuye debido a la falta de disciplina y a la poca devoción en proclamar y practicar la santidad de Dios. Cuando Dios hizo que Ananías y Safira se desplomaran muertos, los no creyentes no se acercaron en masa a la iglesia, sino que todos llegaron a temer a Dios, lo que fue bueno. Si el temor del Señor es el comienzo de la sabiduría, entonces la santidad de Dios no debe ser ignorada. La santidad de Dios hará que algunos se alejen; pero conducirá a los elegidos a la cruz.

Mientras estudiaba Isaías 6 y 2ª Corintios 2-7, entre otros textos, vi que tanto Isaías como Pablo estaban muy concientes de la santidad de Dios. Este conocimiento hizo que estuvieran más interesados en complacer a Dios que a los hombres (ver Gálatas 1:10). Pablo no suavizó su mensaje ni usó métodos inadecuados o irreverentes en su evangelio, en relación con la santidad de Dios. Los hombres elegidos y salvados por Dios, no necesitan ser salvados por medio de métodos de marketing. *La iglesia que está conciente de la santidad de Dios, proclamará, practicará y protegerá un evangelio puro.*

(5) La conciencia de la santidad de Dios, debiera cambiar nuestra actitud y nuestra conducta en la adoración.

En el Antiguo Testamento, la adoración estaba muy reglamentada. Al parecer, en el Nuevo Testamento había más libertad. El sacerdocio de unos pocos en el Antiguo Testamento, se transformó en el sacerdocio de todos los creyentes en el Nuevo Testamento. Pero Hechos 5 y 1ª Corintios 5 y 11, nos advierten con vigor acerca de la adoración que no se realiza con la seriedad necesaria. La irreverencia es una ofensa muy seria, tal como la podemos ver tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Y la adoración es un área donde la irreverencia es una preocupación constante. Siento una gran aflicción por aquellos que, en el entusiasmo y excitación de su adoración, transgreden claramente las instrucciones dadas a la iglesia con respecto a la adoración. Uno de los puntos en esta situación, es la enseñanza bíblica sobre el rol que la mujer puede desempeñar en las reuniones de la iglesia. También Uza aparentemente fue celoso y sincero en su trabajo de conducir el arca de Dios a Jerusalén y sin embargo, Dios hizo que muriera debido a su irreverencia. A Moisés se le impidió llegar a la tierra prometida, por su irreverencia y por desobedecer a Dios en lo que se le había instruido con precisión. Esto nos lleva a la próxima observación.

“Adorad a Jehová en la hermosura de la santidad; temed delante de él, toda la tierra” (Salmo 96:9).

(6) La respuesta adecuada a la santidad de Dios, es el temor (reverencia) y el del temor es la obediencia.

Mientras leía los textos de las Escrituras que hablan de la santidad de Dios y del temor que produce en los corazones de los hombres, encontré una fuerte relación entre el temor (o reverencia) y la obediencia. Por ejemplo, la esposa debe respetar (literalmente, temer) a su marido, en Efesios 5:33. La sumisión de la mujer a su marido, con frecuencia se expresa en que debe obedecerle (ver 1ª Pedro 3:5-6). El temor o reverencia, conduce a la obediencia. La misma relación se observa en 1ª Pedro 2:13-25 y en Romanos 13:1-7, con respecto a los ciudadanos y sus autoridades y a los esclavos y a sus amos.

El temor del Señor es el resultado de estar concientes de Su santidad. Por lo tanto, también es la fuente de todo lo que es bueno. El temor es el comienzo del conocimiento (Proverbios 1:7). Hace que odiemos el pecado (8:13; 16:6). También es la base para tener una confianza firme (14:26). Es fuente de vida (14:27). La santidad de Dios es la raíz de muchos frutos maravillosos, que manan de un corazón que ha llegado a reverenciar a Dios como el Santo Único.

(7) La santidad de Dios es la base y la necesidad apremiante para nuestra santificación.

La santidad de Dios es la razón por la que también a nosotros se nos ordena vivir vidas santas:

“Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo. Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1ª Pedro

1:14-19).

Porque Dios es santo, nosotros que somos Su pueblo, también debemos ser santos. Nuestro llamado es la santidad (Efesios 1:4; Romanos 8:29; 1ª Tesalonicenses 4:3). Debemos practicar y proclamar al mundo Sus excelencias (1ª Pedro 2:9) y lo prominente entre las excelencias de Dios, es Su Santidad.

(8) La santidad de Dios hace que el evangelio sea una gloriosa necesidad.

Al pensar en la santidad de Dios y en la del Señor Jesucristo (sin excluir al Espíritu Santo), me siento más y más estremecido por la cruz del Calvario. A menudo pienso en la agonía de nuestro Señor en el Jardín de Getsemaní. Generalmente, pienso en Su agonía en términos de enfrentar la ira del Padre, la ira que merecemos nosotros. Pero este estudio de la santidad de Dios, me ha impresionado con la aversión que tiene un Dios santo hacia el pecado —hacia nuestro pecado. Y, sin embargo, a pesar del desprecio hacia el pecado que un Dios santo tiene, el Señor Jesucristo tomó todos los pecados del mundo sobre Sí mismo y fue al Calvario. Jesús no sólo estaba agonizando sobre la ira del Padre. Estaba agonizando sobre el pecado que Él tenía que llevar por cuenta nuestra. ¡Qué Salvador tan maravilloso!

De lo que comprendo de la historia de la iglesia, los reavivamientos han sido muy asociados con una conciencia renovada y aumentada de la santidad de Dios, acompañada por una convicción intensificada del pecado personal. Si la santidad de Dios consuma en nuestras vidas lo que hizo en la vida de aquellos hombres como Isaías, de quien leímos en la Biblia, tomaremos más conciencia de la profundidad de nuestros pecados y de nuestra desesperada necesidad de perdón. Sin santidad, no podremos entrar al cielo de Dios. *En Su santidad, Dios proveyó para nuestros pecados. Por Su muerte de sacrificio en la cruz del Calvario, Jesucristo pagó la penitencia por nuestros pecados y por lo tanto, hizo posible que compartamos Su santidad.* Cuando reconocemos nuestro pecado, nuestra injusticia y confiamos en la muerte de Cristo por nosotros, volvemos a nacer. Nuestros pecados son perdonados. Nuestra impiedad es limpiada. Llegamos a ser hijos de Dios.

El Domingo de Resurrección, es el día en el que celebramos la resurrección de Jesucristo de los muertos. Puede ser el momento en que también pasemos de la muerte a la vida, si ponemos nuestra confianza en Él.

“Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aún estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Efesios 2:1-7).

²¹ R.C. Sproul, *The Holiness of God* (Wheaton, Illinois: Tyndale House Publishers, Inc., 1985), p. 40.

²² Ibid., p. 54.

²³ Ibid., p. 55.

²⁴ Ibid., p. 57.

²⁵ Ibid., p. 57.

²⁶ La relación entre el temor (o reverencia) y la desobediencia, se señala tanto en el Nuevo Testamento como en el Antiguo Testamento. En 1^a Pedro 1, él hace un llamado a los santos de vivir en el temor de Dios (1:17). En el Capítulo 2, el temor (reverencia o respeto), es la raíz de la obediencia a los reyes, a los crueles dueños de esclavos y obediencia a los esposos rudos (3:1-6; ver también las palabras de Efesios 5:33). La irreverencia es la raíz de la desobediencia.

²⁷ William McDougall, *An Introduction to Social Psychology* (New York: Methuen, 1908), p. 132, citado por Kenneth Prior, *The Way of Holiness* (Downers Grove: Inter-Varsity Press, rev. ed. 1982), p. 20.

²⁸ Juan Calvino, citado por R.C. Sproul en *The Holiness of God*, p. 68.

²⁹ Os Guinness, *Dining UIT The Devil* (Grand Rapids: Baker Book House, 1993), pp. 21-24, Algunas contribuciones positivas del movimiento. El resto del libro trata sus deficiencias críticas.

[Previous Page](#)

[TOC](#)

[Next Page](#)

La Justicia de Dios

Introducción

La justicia de Dios, uno de los atributos más notables de Dios en las Escrituras, es también uno de los más evasivos. Para empezar, separar la rectitud de Dios de Su santidad o de Su bondad, pareciera ser difícil. Además, la rectitud de Dios, es virtualmente un sinónimo de Su justicia:

“Aún cuando la palabra más común para justo en el Antiguo Testamento significa ‘recto’ y en el Nuevo Testamento, la palabra significa ‘igual’, en un sentido ético ambas significan ‘recto’. Al decir que Dios es justo, estamos diciendo que Él siempre hace lo que está correcto, lo que debe hacerse y en forma consistente, sin parcialidad ni prejuicios. La palabra justo y la palabra recto, son idénticas tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento. A veces, los traductores le dan preferencia a la palabra ‘justo’ y otras a la palabra ‘recto’, sin razón aparente (cf. Nehemías 9:8 y 9:33, donde es usada la misma palabra). Pero cualquiera sea la palabra que usen, esencialmente significan lo mismo. Está relacionada con las acciones de Dios. Su significado siempre es recto y justo.

La rectitud (o justicia), es la expresión natural de Su santidad. Si Él es infinitamente puro, quiere decir que debe oponerse a todo pecado y esa oposición debe demostrarse en el tratamiento que Él da a Sus criaturas. Cuando leemos que Dios es recto o justo, se nos está asegurando que Sus acciones hacia nosotros, están en completo acuerdo con Su naturaleza santa”³⁰_ftn1

Estas palabras de Richard Strauss, nos llevan muy cerca de una definición concisa de la justicia. La justicia en relación con los hombres, es el sometimiento que tienen hacia un estándar. Contrariamente, Dios no está sujeto a nada fuera de Él. Nadie declara esto mejor que A.W. Tozer:

“A veces, se dice: ‘La justicia necesita que Dios haga esto’, refiriéndose a alguna acción que sabemos que Dios llevará a cabo. Esto es un error, tanto en la forma de pensar como en la de hablar, pues esto postula un principio de justicia fuera de Dios, que le exige actuar de una determinada forma. Por supuesto que no existe tal principio. Si existiera, éste sería superior a Dios, pues sólo un poder superior puede exigir obediencia. La verdad es que no existe tal cosa y jamás existirá algo fuera de la naturaleza de Dios que lo mueva en el más mínimo grado. Todas las razones de Dios, provienen de adentro de Su ser no creado. Nada ha entrado en el ser de Dios de la eternidad; nada ha sido removido y nada ha sido cambiado.

Cuando la justicia es usada por Dios, es un nombre que damos a lo que Dios es, nada más y cuando Dios actúa con justicia, Él no lo está haciendo para ajustarse a un criterio independiente, sino que simplemente actúa en Sí mismo en una situación dada... Dios es Su propio principio auto-existente de equidad moral y cuando Él sentencia a los impíos o recompensa a los rectos, simplemente Él actúa como Él mismo, de adentro; sin ninguna influencia que no sea Él mismo”³¹_ftn2

Entonces, debemos decir que la rectitud de Dios es evidente en la forma que Él actúa

consecuentemente con Su propio carácter. Dios siempre actúa en forma recta. Cada uno de Sus actos es consecuente con Su carácter. Dios es siempre ‘divinamente’ consecuente. Dios no se define con el término ‘recto’ más bien este término es definido por Dios. Él no es medido por el estándar de la rectitud; Dios establece el estándar de la rectitud.

Abraham y la Rectitud de Dios (Génesis 18:16-33)

“Y se acercó Abraham y dijo: ¿Destruirás también al justo con el impío? Quizá haya cincuenta justos dentro de la ciudad: ¿destruirás también y no perdonarás al lugar por amor a los cincuenta justos que estén dentro de él? Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío; nunca tal hagas. El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo? Entonces respondió Jehová: Si hallare en Sodoma cincuenta justos dentro de la ciudad, perdonaré a todo este lugar por amor a ellos. Y Abraham replicó y dijo: He aquí ahora que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza. Quizá faltarán de cincuenta justos cinco; ¿destruirás por aquellos cinco toda la ciudad? Y dijo: No la destruiré, si hallare allí cuarenta y cinco”.

La rectitud de Dios es introducida en la Biblia, en los primeros capítulos del Libro de Génesis. Este atributo es la base de la súplica que Abraham le hace a Dios, por las ciudades de Sodoma y Gomorra. Aquí, Dios es descrito antropomórficamente (en términos humanos), como alguien que ha oído **“el clamor contra Sodoma y Gomorra”** (versículo 20). Me pregunto de dónde vino ese clamor. Una posibilidad muy viable, es **“...libró al justo Lot... quien afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos”** (ver 2ª Pedro 2:6-8).

En la terminología judicial de nuestros días, Dios no deseaba actuar sólo sobre la base de lo que se decía. Su intención fue **“ir”** a esos lugares y ver por Sí mismo si estas acusaciones eran verdaderas. Ahora bien, sabemos que Dios es omnisciente. Lo sabe todo. No necesitaba ‘hacer un viaje a Sodoma y Gomorra’ para ver si estas ciudades eran realmente perversas. Sabía que lo era. Pero desde nuestro punto de vista, Dios quiere que sepamos que Él actúa justamente. Él actúa en base de la información que ya conoce personalmente. Así, cuando Dios juzga a las ciudades, lo hace con plena justicia, pues eran verdaderamente perversas.

Me parece muy interesante que los versículos 17-21 preceden a la intercesión de Abraham por estas ciudades. Dios sabía lo que haría. Lo que se proponía hacer, era recto y justo. Pero quería que Abraham tomara parte en ello. Si Dios iba a actuar justamente, simplemente lo estaba haciendo consecuentemente con Su carácter. Pero involucrar a Abraham, también era ser consecuente con el pacto que había suscrito con él y con la meta de este pacto. El propósito de Dios de haber llamado a Abraham y de haber hecho un pacto con él, está escrito en los versículos 17-19:

“Y Jehová dijo: ¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer, habiendo de ser Abraham una nación grande y fuerte, y habiendo de ser benditas en él todas las naciones de la tierra? Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, *haciendo justicia y juicio*, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él” (Génesis: 17-19; palabras en itálica, del autor).

El propósito de Dios de llamar a Abraham y de hacer un pacto con él, fue para Abraham, mantener los métodos de Jehová haciendo lo recto y justo en aquellas ciudades y enseñar a su

descendencia hacer lo mismo. La rectitud es el propósito divino de Abraham y de su descendencia.

Cuando Dios le informó a Abraham que pensaba destruir las ciudades de Sodoma y Gomorra, éste comenzó a interceder por ellas. Su preocupación era por los justos que podrían vivir en esas ciudades. ¿Cómo Dios podría destruirlas si en ellas vivían hombres y mujeres rectos? Si Dios destruyera tanto a los impíos como a los rectos sin distinción, entonces Él no estaría actuando con rectitud o justicia. Y ciertamente, Dios, como “el Juez de toda la tierra”, debe actuar con justicia (versículo 25).

Abraham comienza a interceder con Dios, a favor de los rectos. Empezando con 50 justos, Abraham le pide a Dios que no destruya estas ciudades si en ella se pudieran encontrar a 50 rectos. Eventualmente, Abraham se vio capacitado (aparentemente así fue) para rebajar el número requerido de justos, hasta llegar a diez (versículo 32). Pero Dios en Su justicia, no actuaría en contra de los impíos de una forma tal que perjudicara a los rectos también. No se compadeció de Sodoma y Gomorra; pero sí lo hizo con Lot y su familia rescatándolos de la ciudad de Sodoma, ante que los ángeles la destruyeran.

Vemos en el Libro de Génesis, el propósito de Dios de llamar a Abraham y a su descendencia: formar un pueblo cuya característica fuera la rectitud y la justicia. Dios no sólo se mostró a Sí mismo recto y justo. También trabajó en la vida de Abraham para demostrar que él era un hombre que amaba la rectitud y la justicia.

La Rectitud de Dios y la Nación de Israel

La rectitud de Dios se observó en todo Su relación con la nación de Israel.

“Entonces Samuel dijo al pueblo: Jehová que designó a Moisés y a Aarón, y sacó a vuestros padres de la tierra de Egipto, es testigo. Ahora, pues, aguardad, y contendereé con vosotros delante de Jehová acerca de todos los hechos de salvación que Jehová ha hecho con vosotros y con vuestros padres” (1 Samuel 12:6-7).

La rectitud de Dios en Su relación con la nación de Israel, tiene varias manifestaciones:

(1) Dios revela Su rectitud, dando a conocer Su voluntad y Su palabra al mundo, a través de la nación de Israel.

“Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta. Porque, ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?” (Deuteronomio 4:5-8; ver también Salmo 33:4).

Dios se relaciona con los hombres sobre la base de lo que Él les ha revelado. A menudo le dice a

los hombres lo que hará antes del evento, de manera que supieran que Dios es Dios y que Él ha cumplido con lo que ha prometido:

“Proclamad, y hacedlos acercarse, y entren todos en consulta; ¿quién hizo oír esto desde el principio, y lo tiene dicho desde entonces, sino yo Jehová? Y no hay más Dios que yo; Dios justo y Salvador; ningún otro fuera de mí” (Isaías 45:21).

Lo que Dios no ha revelado, no requiere ser conocido (ver Deuteronomio 29:29). Todo lo que es necesario para **“participar de la naturaleza divina”** nos ha sido revelado (ver 2ª Pedro 1:4), por lo que estamos completamente equipados (2ª Timoteo 3:14-17).

(2) Dios revela Su rectitud, instruyendo a los hombres en Su palabra.

“Bueno y recto es Jehová; por tanto, él enseñará a los pecadores del camino” (Salmo 25:8).

A menudo esta instrucción a través de los sacerdotes levitas (Levítico 10:11; Deuteronomio 24:8; Nehemías 8:9; 2 Crónicas 17:7-9), o a través de profetas como Moisés (Deuteronomio 4:1, 5, 14; Éxodo 18:20).

(3) Dios revela Su rectitud, cumpliendo Sus promesas.

“Y hallaste fiel su corazón delante de ti, e hiciste pacto con él para darle la tierra del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del jebuseo y del gergeseo, para darla a su descendencia; y *cumpliste tu palabra, porque eres justo*” (Nehemías 9:8; énfasis del actor).

(4) Dios revela Su rectitud, juzgando a los enemigos de Israel.

“Entonces Faraón envió a llamar a Moisés y a Aarón, y les dijo: He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos” (Éxodo 9:27).

“Delante de Jehová que vino; porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad” (Salmo 96:13).

De la misma manera, Dios se muestra a Sí mismo como recto, cuando juzga a la nación de Israel debido a su pecado y desobediencia:

“Cuando Roboam había consolidado el reino, dejó la ley de Jehová, y todo Israel con él. Y por cuanto se habían rebelado contra Jehová, en el quinto año del rey Roboam subió Sisac rey de Egipto contra Jerusalén, con mil doscientos carros, y con sesenta mil hombres de a caballo; mas el pueblo que venía con él de Egipto, esto es, de libios, suquienos y etíopes, no tenía número. Y tomó las ciudades fortificadas de Judá, y llegó a Jerusalén. Entonces vino el profeta Semaías a Roboam y a los príncipes de Judá, que estaban reunidos en Jerusalén por causa de Sisac, y les dijo: Así ha dicho Jehová: Vosotros me habéis dejado, y yo también os he dejado en manos de Sisac. Y los príncipes de Israel y el rey se humillaron, y dijeron: Justo es Jehová” (2 Crónicas 12:1-6)

“Oh Jehová Dios de Israel, tú eres justo, puesto que hemos quedado un remanente que ha escapado, como en este día. Hemos aquí delante de ti en nuestros delitos; porque no es posible estar en tu presencia a causa de esto” (Esdras 9:15).

“Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra confusión de rostro, como en el día de hoy lleva todo hombre de Judá, los moradores de Jerusalén, y todo Israel, los de cerca y los de lejos, en todas las tierras adonde los has echado a causa de su rebelión con que se rebelaron contra ti. Oh Jehová nuestra es la confusión de rostro, de nuestros reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres; porque contra ti pecamos” (Daniel 9:7-8).

(5) Dios revela Su rectitud, en la forma que gobierna.

“Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; cetro de justicia es el cetro de tu reino” (Salmo 45:6).

“Justicia y juicio son el cimiento de tu trono; misericordia y verdad van delante de tu rostro” (Salmo 89:14; ver también Salmo 97:2).

(6) Dios revela Su rectitud, en Su odio y en Su ira.

“Jehová prueba al justo; pero al malo y al que ama la violencia, su alma los aborrece” (Salmo 11:5).

“Dios es juez justo, y Dios está airado contra el impío todos los días” (Salmo 7:11).³²

(7) Dios revela Su rectitud, en la protección entregada a los pobres y a los afligidos.

“Yo sé que Jehová tomará a su cargo la causa del afligido, y el derecho de los necesitados” (Salmo 140:12; ver también Salmo 12:5; 82; 116:6ss.).

(8) Dios revela Su rectitud, cuando muestra Su misericordia y compasión.

“Clemente es Jehová, y justo; sí, misericordioso es nuestro Dios” (Salmo 116:5).

“Por tanto, Jehová esperará para tener piedad de vosotros, y por tanto, será exaltado teniendo de vosotros misericordia; porque Jehová es Dios justo; bienaventurados todos los que confían en él” (Isaías 30:18).

(9) Dios revela Su rectitud, al salvar a los pecadores.

“Jehová ha hecho notoria su salvación; su diestra lo ha salvado, y su santo brazo. Jehová ha hecho notoria su Salvación; a vista de las naciones ha descubierto su justicia. Se ha acordado de su misericordia y de su verdad para con la casa de Israel; todos los términos de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios” (Salmo 98:2-3).

“Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos” (Isaías 53:11).

Creo que este es un aspecto muy significativo de la rectitud de Dios. Él es recto cuando salva a los pecadores. Con tanta frecuencia pensamos que la rectitud de Dios se revela en Su juicio a los pecadores y en Su misericordia al salvarlos. Las Escrituras enseñan que la rectitud de Dios es la causa de ambas: la condenación y la justificación. Es tanto justo al salvar a los pecadores como misericordioso y compasivo. Dios es recto en todas las relaciones que sostiene con los hombres; en realidad en todo Su quehacer.

La rectitud y la justicia de Dios, no son un asunto secundario, sino de vital importancia. La rectitud y la justicia de Dios, es el principio que guía al pueblo de Dios. Cuando los profetas del Antiguo Testamento, intentaron resumir la esencia de la enseñanza del Antiguo Testamento, con relación a la conducta del hombre, concluyeron que los hombres deberían practicar la rectitud o justicia:

“Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas. Y si me ofreciereis vuestras solemnidades y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni miraré las ofrendas de paz de vuestros animales engordados. Quitá de mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus instrumentos. Pero corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo”. (Amós 5:21-24).

“¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agradará Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miqueas 6:6-8).

Al resumir lo que era la misma esencia de la Ley del Antiguo Testamento, Amós y Miqueas hablan primero de la justicia y de la rectitud de Dios. Dios no está interesado en que haya un obediencia legalista de la Ley, aunque haciéndolo se pudiera hacerse recto a sí mismo. Dios tiene interés en que el hombre busque conocer Su corazón y agradarle haciendo aquello en lo cual Él se deleita y que Él hace.

La Justicia de Dios en el Nuevo Testamento

Si la rectitud y la justicia son el corazón de la Ley del Antiguo Testamento, también son el corazón de la disputa entre Jesús y los escribas y fariseos.³³ En el principio mismo de Su ministerio terrenal, Jesús comenzó a contrastar Su interpretación de las enseñanzas del Antiguo Testamento sobre la rectitud con la que impartían los escribas y los fariseos. En realidad, Jesús no dio una ‘nueva’ interpretación de la justicia o de la Ley, más bien quiso reestablecer la comprensión adecuada de la justicia, tal como la Ley y los profetas la enseñaba. De esta manera, Jesús usó la fórmula reiteradamente: “Oísteis que fue dicho...” (Lo que los escribas y fariseos enseñaban...). “Pero yo os digo...” (Lo que el Antiguo Testamento pretendía enseñar, es...).

Los escribas y los fariseos creían que ellos determinaban el estándar de la rectitud. Creían que ellos, entre todos los hombres, eran justos. Jesús los impactó en gran manera, cuando dijo:

“Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (Marcos 5:20).

Estaba claro que si los escribas y fariseos no eran capaces de mostrar justicia suficiente por sí mismos, nadie podría. El estándar de la justicia que la Ley presentaba, era aún mayor que la de los escribas y fariseos. Nadie era lo suficientemente justo para llegar al cielo. Qué golpe para los que se creen santos, que pensaban que ya tenían sus sillones preparados en el reino.

Si Jesús impactó a Su audiencia al decir que quienes eran aparentemente los más rectos, no entrarían en el reino con esa clase de rectitud, Él también los impactó al decirles quienes serían ‘bendecidos’ con la entrada al reino: aquellos que tanto los escribas como los fariseos pensaban que eran indignos del reino. Los bendecidos no eran los escribas y fariseos, sino los ‘pobres de espíritu’, ‘los que lloran’, ‘los mansos’, ‘los que tienen hambre y sed de justicia’, ‘los misericordiosos’, ‘los de limpio corazón’, ‘los pacificadores’ y ‘los que padecen persecución por causa de la justicia’; es decir por causa de su relación con Jesús (Mateo 5:3-12).

Jesús enseñó que la justicia verdadera, no es la que el hombre considera como tal en relación con su apariencia externa, sino la que hace Dios basado en la evaluación del corazón:

“Entonces les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominable” (Lucas 16:15).

Los escribas y fariseos, quienes pensaban que eran sabios debido a la rigurosa preocupación que daban a asuntos externos, comprobaron lo que creían se oponía completamente a los juicios de Jehová:

“Así también vosotros por fuera, a la verdad. Os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas. Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno? Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificareis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar” (Mateo 23:28-35).

En el Sermón del Monte, Jesús hizo advertencias sobre las cosas externas y el ceremonialismo.

“Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 6:1).

De acuerdo a Jesús, la rectitud verdadera es absolutamente diferente de la rectitud de los escribas y fariseos. La rectitud falsa, es medida por los hombres basados en lo externo. La

rectitud es juzgada como tal, por Dios de acuerdo a Su Palabra. Por lo cual, los hombres deben tener cuidado al intentar juzgar la rectitud de los demás (ver Mateo 7: 1). Aquellos cuyas obras indican que eran rectos, eran aquellos a quienes Dios no los reconoció como hijos Suyos (Mateo 7: 15-23). Aquellos que aparentemente eran rectos, no lo eran y aquellos que no parecían serlo según el judaísmo de esos días, bien pudieron haberlo sido.

No es de sorprender entonces, que Jesús no fue considerado como recto por muchos judíos, sino como un pecador.

“Entonces algunos de los fariseos decían: Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el día de reposo. Otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer esas señales? Y había disensión entre ellos” (Juan 9: 16).

“Entonces volvieron a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador. Entonces él respondió y dijo: Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo” (Juan 9: 24-25).

La gran división que se produjo entre los judíos, estaba por sobre si Jesús era o no un hombre pecador (ver Juan 10: 19-21).

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, no dejan duda alguna en nuestras mentes sobre si el Señor Jesús era justo. El profeta Isaías hablo del Mesías que habría de llegar, como “El Justo”, quien “justificará a muchos” (Isaías 53: 11). Jeremías hablo de Él, como “el Renuevo Justo” (Jeremías 23: 5). Cuando Jesús fue bautizado, fue para “cumplir toda justicia” (Mateo 3: 15). Tanto la mujer de Pilatos (Mateo 27: 19), como el soldado al pie de la cruz (Lucas 23: 47), reconocieron Su justicia en el momento exacto en que los hombres le estaban condenando.

De la misma manera los apóstoles fueron testigos de la justicia de Cristo.

“Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1ª Juan 2: 1).

“Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él” (1ª Juan 2: 29).

La justicia de Dios es particularmente importante en relación con la salvación. En Romanos 3, Pablo señala que Dios no sólo justifica a los pecadores (esto es, Él los declara justos); sino que también se demuestra que es justo (recto) en el proceso:

“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto en su paciencia los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús. ¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No,

sino por la ley de la fe. Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin obras de la ley” (Romanos 3:21-28).

Los hombres han fracasado en vivir según el estándar de justicia establecido por la Ley (Romanos 3:9-20). Dios es justo al condenar a todos los hombres a la muerte, pues todos sin excepción, han pecado y están destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23). Todos los hombres merecen la muerte, debido a que “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Dios es justo al condenar a los impíos.

Pero Dios también es justo cuando salva a los pecadores. Como lo expresa Pablo, Él es “justo y justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 6:26). ¿Cómo es esto? Dios es justo porque Su ira justa ha sido satisfecha. La justicia se cumplió en la cruz del Calvario. Dios no rebaja los cargos contra los hombres; Él no cambió el estándar de la rectitud. Dios vertió toda de Su ira justa sobre Su Hijo en la cruz del Calvario. En Él, se cumplió la justicia. Todos los que en Él creen por fe, son justificados. Sus pecados son perdonados, porque Jesús pagó el precio en totalidad; Él sufrió toda la ira de Dios, en lugar del que pecó. Y los que rechazan la bondad y misericordia de Dios en el Calvario, deben pagar el precio de sus pecados, porque no aceptaron el pago que Jesús hizo por ellos.

La cruz del Calvario, cumplió una salvación justa para todos los que la recibieron. Pero también sabemos que sólo aquellos a quien Dios ha elegido —los ‘elegidos’— se arrepentirán y creerán en la muerte de Cristo por ellos. Esto origina otra pregunta con relación a la justicia divina. Después de haber enseñado claramente la doctrina de la elección divina, Pablo pregunta cómo se concilia la elección con la justicia divina y después da la respuesta:

“No que la palabra de Dios haya fallado; porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por descendientes de Abraham, son todos hijos; sino: en Isaac te será llamada descendencia. Esto es: no los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes. Porque la palabra de la promesa es esta: Por este tiempo vendré, y Sara tendrá un hijo. Y no sólo esto, sino también cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre (pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jehová amé, mas a Esaú aborrecí. ¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra. De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece. Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? Porque ¿quién ha resistido a su voluntad? Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? ¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria, a los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros, no sólo a los judíos, sino también a los gentiles?” (Romanos 9:6-24).

Se asume que la elección divina ha sido enseñada por Pablo, como un hecho bíblico. Si no fuera

así —tan claro como lo es— Pablo no se hubiera referido al tema. Y si la elección no existiera, simplemente él se hubiera sacado de encima la pregunta, considerándola ilógica e irrazonable. Pero Pablo asume la verdad de la elección y la posibilidad que algunos pudieran objetar considerando que ésta haría que Dios fuese injusto. Lo primero que hace Pablo, es censurar a los que se atrevan a juzgar a Dios y pronunciarse sobre su justicia. ¿Cuán presuntuoso puede ser el hombre? ¿Puede Dios pararse frente al estrado para ser juzgado por el hombre? ¡Por supuesto que no!

Como se ve en el Capítulo 3, Dios ha actuado justamente al condenarnos a todos y en Cristo, aquellos que fueron justificados han sido castigados y después elevados a una novedad de vida. También es Dios recto al juzgar a todos aquellos que han rechazado Su oferta de salvación en Cristo. Dios sería injusto, sólo si dejara de lado la justicia sin que ésta sea cumplida en Cristo, ya sea por Su muerte sacrificial en Su primera venida o por Su juicio al mundo no creyente en Su segunda venida.

La gracia divina, la gracia por medio de la cual Dios salva a los hombres de sus pecados, no se alcanza sobre la base de los méritos de los hombres, sino a pesar de los pecados del hombre. La gracia, como después la analizaremos en otros mensajes, es conferida soberanamente. Dios sería injusto, sólo si no derramara Sus bendiciones sobre los hombres que la merecieran. Por cuanto Dios es libre para otorgar bendiciones no merecidas a cualquier pecador. Él puede elegir; Dios no es injusto al salvar al peor de los pecadores y al no elegir para salvación a otros pecadores. Dios no le debe la salvación a nadie y por tanto, Él no es injusto por salvar a algunos y no elegir a otros.

Las buenas nuevas del evangelio, es que la salvación por la gracia se ofrece a todos los hombres y por medio de la justicia de Jesucristo, los hombres pueden ser perdonados de sus pecados y ser considerados rectos:

“Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2ª Corintios 5:20-21).

Conclusión

Si el pecado es la manifestación de nuestra injusticia y sólo podemos ser salvos a través de una justicia que no es nuestra —la rectitud de Cristo— entonces el pecado extremo es la auto-justicia. Jesús no rechazó a los pecadores que vinieron a Él buscando misericordia y salvación; Él rechazó a aquellos que eran demasiado rectos (a sus propios ojos), para necesitar justicia. Jesús vino para salvar a los pecadores y no a los que eran justos a sus propios ojos. Nadie está demasiado perdido como para no ser salvo. En los Evangelios, aquellos que creían ser los más rectos, fueron los con nuestro Señor juzgó como malvados e impíos.

Si nos encontramos entre quienes han reconocido su pecado y confiaron en la rectitud de Cristo para nuestra salvación, la rectitud de Dios es una de las verdades más grandes y consoladoras que debiéramos abrazar. La justicia de Dios significa que cuando Él establezca Su reino en la tierra, será un reino caracterizado por la justicia. Él juzgará a los hombres en rectitud y reinará en rectitud.

No necesitamos preocuparnos por los malvados de nuestros días, que al parecer salen adelante con el pecado. Si amamos la rectitud, ciertamente no nos atreveremos a envidiar a los malvados, cuyo día del juicio les espera (ver Salmo 37; 73). Su día del juicio, les está llegando rápidamente y la justicia prevalecerá.

Si estamos concientes que la verdadera rectitud no debe ser juzgada de acuerdo a los estándares externos y legalistas y que el juicio le pertenece a Dios, no nos atreveremos a preocuparnos de juzgar a los demás (Mateo 7:1). También debemos considerar que el juicio comienza en la casa de Dios y por lo tanto, debemos estar prontos a juzgarnos a nosotros mismos sin obviar aquellos pecados que son una ofensa a la rectitud de Dios (ver 1ª Pedro 4:17; 1ª Corintios 11:31).

La doctrina de la rectitud de Dios, significa que nosotros, como Sus hijos (si es usted cristiano), debemos buscar imitar a nuestro Padre celestial (5:48). No debemos buscar la venganza en contra de aquellos que pecaron en contra nuestra; debemos dejar la venganza a Dios (Romanos 12:17-21). Más que buscar quedar igualados, suframos la injusticia del hombre, al igual que nuestro Señor Jesús, que Dios pueda llevar a nuestros enemigos al arrepentimiento y a la salvación (Mateo 5:43-44; 1ª Pedro 2:18-25). Y oremos, tal como nos lo instruyó, para que en el día cuando la rectitud reine, sea posible:

“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10).

³⁰ Richard L. Strauss, *The Joy of Knowing God*, (Neptune, New Jersey: Loizeaux Brothers, 1984), p. 140.

³¹ A.W. Tozer, *The Kingdom of the Holy*, pp. 93-94.

³² Cuando Dios está enojado, también es justo. La Biblia no enseña: “No te enojas y pecas”. Más bien enseña que hay momentos en que debemos enojarnos (al igual que Dios); pero no dejemos que la ira nos conduzca al pecado. Existe una ira santa, que no es pecado. A veces pecamos por no enojarnos contra el pecado.

³³ Ver, por ejemplo Mateo 23; Lucas 16:15; Filipenses 3:1-11.

La Ira de Dios

Introducción

Más de 400 motoristas se reunieron para dar sus últimos respetos al ‘Abuelo Bob’. Bob Shields, uno de los miembros fundadores de la alguna vez temida pandilla de motociclistas, llamados como los Bandidos, murió de cáncer a la edad de 78 años. Motoristas de mediana edad y mayores, se reunieron para beber cerveza y recordar historias de los buenos viejos tiempos de consumo de drogas, asaltos, terrorismo y asesinato, sin mencionar algunos pecados legales. Lo que me llamó la atención, fue la manera ‘a lo macho’ en que consideraron la muerte y la realidad de un futuro juicio:

“Abuelo, démosles el infierno”, dijo un motorista de barba gris. “En estos momentos, el diablo está en el lado de los desempleados” Se reportó que Lamont, otro motorista miembro de la pandilla y lleno de tatuajes, dijo: “Donde él se ha ido, allí es donde todos iremos algún día, Él sólo nos está esperando”

“No deseo que ningún predicador despotriquee ni desvaríe sobre mí”, escribió. “Además, sé que estoy muy abajo, tomando whisky y... en el diablo”³⁴

Desconozco si estos motoristas creen en la existencia del infierno; pero ciertamente no tienen una visión correcta de la ira de Dios. A la mayoría de la gente, no le gusta pensar en absoluto en la ira de Dios, prefiriendo penar y hablar del amor de Dios. Aquellos que sí creen que Dios es tanto un Dios de ira como un Dios de amor, prefieren pensar de Su ira en tiempo pretérito. Al parecer muchos creen que la ira de Dios es una verdad del Antiguo Testamento y que con la venida de Cristo, ahora estamos liberados y sólo podemos hablar en términos del amor de Dios. Esto es un pensamiento erróneo acerca de Dios. A.W. Pink, hace la siguiente observación:

“Es triste encontrar tantos cristianos profesantes, que consideran la ira de Dios como algo sobre lo cual se sienten obligados a hacer una apología o por lo menos, pensar que aquella ira no existe. Aunque algunos no llegan tan lejos como para admitir abiertamente que consideran una vergüenza el carácter Divino, están lejos de mirarlo con deleite; no les gusta meditar en ello y raramente oyen hablar de ella sin un resentimiento secreto que se eleva de sus corazones en su contra. Incluso con aquellos que son más sobrios en su juicio, no pocos se imaginan que existe una severidad acerca de la ira de Dios, que es demasiado aterradora como para considerarla como un tema de contemplación útil. Otros, albergan la ilusión que la ira de Dios no es consecuente con Su bondad y por lo tanto, tratan de hacerla desaparecer de sus pensamientos.

Sí, hay muchos que se alejan de la visión de la ira de Dios, pues piensan que fueron llamados a mirar alguna mancha en el carácter Divino, o alguna tacha en el gobierno Divino. Pero, ¿qué dicen las Escrituras? A medida que nos volvemos a ellas, vemos que Dios no ha hecho intento alguno para ocultar Su ira. Él no está avergonzado de dar a conocer que la venganza y la ira le pertenecen”³⁵

La ira de Dios, no sólo se enseña en la Biblia, también es señalada como una verdad de gran

importancia en las Escrituras, tal como A. W. Pink, lo establece en su libro:

“Un estudio de la concordancia, nos mostrará que hay en ella más referencias en las Escrituras a la ira, furia y rabia de Dios, que a Su amor y ternura”³⁶

La ira de Dios es uno de Sus atributos tanto como parte de Él, al igual que muchos de los demás atributos; un atributo que sin el cual Dios sería menos que Dios:

“Ahora bien, la ira de Dios es una de las perfecciones divinas, tanto como Su fidelidad, poder o misericordia. Debe ser así, pues en el carácter de Dios no existe mancha alguna; no existe ni la más mínima imperfección y la habría, ¡si la ‘ira’ estuviera ausente de Él!”³⁷

Si hemos de discutir la ira de Dios, primero debemos definirla. Pink, uno de los estudiosos de los atributos de Dios, define la ira de Dios, de la siguiente manera:

“La ira de Dios es Su repudio eterno a todo lo que no es recto. Es el desagrado y la indignación de la equidad divina en contra del mal. Es la santidad de Dios que se ve convulsionada hacia el pecado. Es la causa en movimiento de esa sentencia que Él hace recaer sobre los impíos. Dios se enoja con el pecado, porque éste se rebela en contra de Su autoridad, un mal que se hace a Su soberanía inviolable. Las insurrecciones en contra del gobierno de Dios, originan el conocimiento que Dios es el Señor. Éstas hacen sentir cuán grande es la Majestad que desprecian y cuán espantosa es aquella ira amenazada que las insurrecciones no tomaron en consideración. No significa que la ira de Dios sea una venganza maligna y maliciosa, infligiendo dolor por su causa o por el dolor recibido. No, aún cuando Dios vengará Su dominio como Gobernador del universo, Él no será un vengador”³⁸

J.I. Packer, nos lleva al diccionario para ver la definición de la ira:

“La ‘ira’ es una antigua palabra que se define como: ‘una rabia e indignación profunda’. ‘Rabia’, es definida como: ‘un desagrado que conmueve y ofende, con un fuerte antagonismo, por un sentimiento de dolor o insulto’. ‘Indignación’, se define como: ‘una rabia recta, provocada por la injusticia y la vileza’. Esa es la ira. Y la Biblia nos dice que la ira es un atributo de Dios”³⁹

Tal vez, la definición más concisa que basta para el propósito de nuestro estudio, sea esta: La ira divina es la ira justa y el castigo de Dios, provocada por el pecado.

La Ira de Dios en el Antiguo Testamento

El Antiguo Testamento no sólo habla de la ira de Dios como uno de Sus atributos, también habla de la ira de Dios como parte de Su gloria:

“Él entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Y le respondió: Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente. Dijo más: No podrá ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá. Y dijo aún Jehová: He aquí un lugar junto a mí, y tú estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis

espaldas; mas no se verá mi rostro. Y Jehová dijo a Moisés: Alísate dos tablas de piedra como las primeras, y escribiré sobre esas tablas las palabras que estaban en las tablas primeras que quebraste. Prepárate, pues, para mañana, y sube de mañana al monte de Sinaí, y preséntate ante mí sobre la cumbre del monte. Y Moisés alisó dos tablas de piedra como las primeras; y se levantó de mañana y subió al monte Sinaí, como le mandó Jehová, y llevó en su mano las dos tablas de piedra. Y Jehová descendió en la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová ¡ ¡Jehová! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta tercera y cuarta generación” (Éxodo 33: 18-34: 7).

Para Dios, Su ira no es una vergüenza. Él no necesita sentirse avergonzado, como los hombres, por perder su temperamento. La ira de Dios está unida inseparablemente de Su gloria. Dios trae gloria a Sí mismo, cuando ejercita Su ira.

La ira de Dios es provocada cuando los hombres se rebelan en contra de Su Palabra. Dios sacó a los israelitas de Egipto; les entregó leyes para guiarles y gobernar su comportamiento de manera que fueran un pueblo santo en medio del cual Él pudiera morar. En Deuteronomio 28: 1-14, Dios describe las bendiciones que hubieran resultado de la obediencia al pacto que El hizo con ellos en el monte Sinaí. Entre los versículos 15-68, se nos entrega una descripción más extensa y gráfica de Su juicio como consecuencia de haber quebrado este pacto. En el contexto de Deuteronomio 28, vemos claramente que Israel no cumplirá con su parte de este pacto y que serán juzgados. Dios no tolerará el pecado entre Su pueblo más que lo tolerará en otros. Los israelitas estaban destinados a beber de o profundo de la copa de la ira de Dios.

En el Antiguo Testamento, se pueden ver varias instancias en las que se demuestra la ira de Dios. En Números 16, la ira de Dios es vertida sobre Coré, Datán y Abiram y sobre otros 250 que se rebelaron en contra de Moisés, como el líder señalado por Dios (versículos 1-3). Cuando fueron convocados, no asistieron y sus palabras indican que su rebelión era tanto contra Moisés, como contra Dios:

“Y envió Moisés a llamar a Datán y Abiram, hijos de Eliab; mas ellos respondieron: No iremos allá. *¿Es poco que nos hayas hecho venir de una tierra que destila leche y miel, para hacernos morir en el desierto, sino que también te enseñorees de nosotros imperiosamente? Ni tampoco nos has metido tú en tierra que fluya leche y miel, ni nos has dado heredades de tierras y viñas. ¿Sacarás los ojos de estos hombres? No subiremos*” (Números 16: 12-14; palabras en itálica, del autor).

Dios prometió sacar a los israelitas fuera de los límites de Egipto y conducirlos a una tierra **“en que fluyera leche y miel”** (Éxodo 13: 5; ver también Números 13: 27). Estos rebeldes vieron a Egipto, su antiguo lugar de residencia, como la tierra de “leche y miel” y la tierra prometida como un desierto estéril. También rechazaron el liderazgo de Moisés y propusieron una forma de gobierno más democrática. Parecía que Dios estaba listo para destruir a toda la nación (Números 16: 20-21); pero Moisés y Aarón tenían un mejor conocimiento de Dios, por lo que le solicitaron no derramar Su ira en todos, sino que sólo sobre quienes que eran culpables de rebeldía.

Entonces, Moisés declaró un medio por el cual todos conocerían a quién había nombrado Dios

para conducirles:

“Y dijo Moisés: En esto conoceréis que Jehová me ha enviado para que hiciese todas estas cosas, y que no las hice de mi propia voluntad. Si como mueren todos los hombres, murieron éstos, o si ellos al ser visitados siguen la suerte de todos los hombres, Jehová no me envió. Mas si Jehová hiciere algo nuevo, y la tierra abriere su boca y los tragare con todas sus cosas, y descendieren vivos al Seol, entonces conoceréis que estos hombres irritaron a Jehová. Y aconteció que cuando cesó él de hablar todas estas palabras, se abrió la tierra que estaba debajo de ellos. Abrió la tierra su boca, y los tragó a ellos, a sus casas, a todos los hombres de Coré, y a todos sus bienes. Y ellos, con todo lo que tenían, descendieron vivos al Seol, y los cubrió la tierra, y perecieron de en medio de la congregación. Y todo Israel, los que estaban en derredor de ellos, huyeron al grito de ellos; porque decían: No nos trague también la tierra. También salió fuego de delante de Jehová, y consumió a los doscientos cincuenta hombres que ofrecían el incienso” (Números 16:28-35).

Coré, Datán, Abiram y todos quienes les siguieron, primero fueron quemados hasta morir y después se les dio un funeral indigno, de una forma que nunca había sucedido en la historia —la tierra se abrió tragándolos y después los cubrió. De este modo, Jehová dejó claro que Moisés y Aarón eran los líderes señalados por Él y al mismo tiempo, demostró Su ira justa sobre quienes se habían rebelado en Su contra y en contra de los líderes que Él había nombrado.

En tiempos del Antiguo Testamento, Dios no sólo desplegó Su ira hacia los israelitas rebeldes. También demostró Su ira en contra de los paganos malvados. Destruyó la tierra habitada por medio del diluvio (Génesis 6-9). También destruyó a los impíos de las ciudades de Sodoma y Gomorra (Génesis 19). Y después del éxodo, empleó a la nación de Israel para destruir a los malvados cananitas por su pecado, tal como previamente se lo había señalado a Abraham:

“Mas a la salida del sol sobrecogió el sueño a Abram, y he aquí que el temor de una grande oscuridad cayó sobre él. Entonces Jehová dijo a Abram: Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años. Mas también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza. Y tú vendrás a tus padres en paz, y serás sepultado en buena vejez. Y en la cuarta generación volverán acá; porque aún no ha llegado a su colmo la maldad del amorreo hasta aquí” (Génesis 15:12-16).

“Cuando Jehová tu Dios te haya introducido en la tierra en la cual entrarás para tomarla, y haya echado de delante de ti a muchas naciones, al heteo, al gergeseo, al amorreo, al cananeo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo, siete naciones mayores y más poderosas que tú, y Jehová tu Dios las haya entregado delante de ti, y las hayas derrotado, las destruirás del todo; no harás con ellas alianza, ni tendrás de ellas misericordia. Y no emparentarás con ellas; no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo. Porque desviará a tu hijo de en pos de mí, y servirán a dioses ajenos; y el furor de Jehová se encenderá sobre vosotros, y te destruirá pronto. Mas así habéis de hacer con ellos: sus altares destruiréis, y quebraréis sus estatuas, y destruiréis sus imágenes de Asera, y quemaréis sus esculturas en el fuego” (Deuteronomio 7:1-5).

“Y consumirás a todos los pueblos que te da Jehová tu Dios; no los perdonará tu ojo, ni servirás a sus dioses, porque te será tropiezo” (Deuteronomio 7:16; ver también 20:16-18).

Dios le indicó a Abraham que sus descendientes serían perseguidos en Egipto, durante 400 años

(aunque Dios no nombró el lugar) y después Él les llevaría a poseer la tierra. La razón por la demora, por lo menos en parte, fue permitir la iniquidad de los amorreos. Los israelitas debían ser el instrumento de la ira de Dios hacia estos cananeos. No debían mostrar misericordia. Deberían impedir que vivieran. Esto fue para el propio beneficio de Israel. Si se les permitía vivir, con toda certeza se casarían con los israelitas y les enseñarían a pecar, duplicando aquellos pecados por los que Dios estaba derramando Su ira sobre ellos.

Con frecuencia, en el Antiguo Testamento Israel experimentó la ira de Dios, como asimismo los gentiles. Pero hay varios textos en el Antiguo Testamento que hablan de una ira verdadera incluso mayor que la que se había visto hasta ese momento:

“Aullad, porque cerca está el día de Jehová; vendrá como asolamiento del Todopoderoso. Por tanto, toda mano se debilitará, y desfallecerá todo corazón de hombre, y se llenarán de terror; angustias y dolores se apoderarán de ellos; tendrán dolores como mujer de parto; se asombrará cada cual al mirar a su compañero; sus rostros, rostros de llamas. He aquí el día de Jehová viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir la tierra en soledad, y raer de ella a sus pecadores. Por lo cual las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; y el sol se oscurecerá al nacer, y la luna no dará su resplandor. Y castigare al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad, y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes. Haré más precioso que el oro fino al varón, y más que oro de Ofir al hombre. Porque haré estremecer los cielos, y la tierra se moverá de su lugar, en la indignación de Jehová de los ejércitos, y en el día del ardor de su ira. Y como gacela perseguida, y como oveja sin pastor, cada cual mirará hacia su pueblo, y cada uno huirá a su tierra. Cualquiera que sea hallado será alanceado; y cualquiera que por ellos sea tomado, caerá a espada. Sus niños serán estrellados delante de ellos; sus casas serán saqueadas, y violadas sus mujeres” (Isaías 13:6-16).

Si es usted un estudioso de las Escrituras, deberá haber notado que este gran oráculo de maldición está pronunciado en contra de Babilonia, sobre la cual **“el día del Señor”** vendrá. Podría parecer que esta profecía se cumple en los tiempos del Nuevo Testamento. Babilonia es juzgada por el celo con el cual esta nación castigó a la nación de Israel. Aún así, este juicio inminente sobre Babilonia, no es sino una sombra del gran **“día del Señor”**, que es el futuro para la nación de Israel y para todas las naciones que se han rebelado en contra de Dios.

La Ira de Dios en el Nuevo Testamento

Aquellos que aceptan que Dios es un Dios de ira, a veces están ansiosos por ver la ira de Dios como un asunto principalmente del Antiguo Testamento y que ya no es una amenaza para nuestros días. Quieren pensar que con la venida de nuestro Señor Jesucristo, el tema de la ira es en gran manera un asunto de la historia. Pero no es así.

Por cuanto Juan el Bautista fue el último de los profetas del Antiguo Testamento, casi esperamos que hable de la ira divina. Pero cuando Juan habló de la ira que vendría, lo hizo en relación con la venida de Cristo. De acuerdo a la enseñanza de Juan, la ira divina estaba relacionada con la venida del Mesías, de dos formas: *Primero*, habló del Mesías que venía a experimentar la ira de Dios. *Segundo*, habló del Mesías como Aquel que ejecutaría la ira de Dios.

Jesús, el Mesías: El que Experimentaría la Ira de Dios

Cuando Juan el Bautista vio por primera vez a Jesús y lo reconoció como el Mesías, habló de Él como “el que cargaba el pecado” y quien debería experimentar la ira de Dios como el **“Cordero de Dios”**.

“El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

La expresión: **“Cordero de Dios”**, a la que Juan se refiere tiene un fuerte respaldo en el Antiguo Testamento. Tenemos el **“Cordero de la Pascua”**, sacrificado en tiempos del éxodo de Israel desde Egipto (Éxodo 12), que fue un prototipo de nuestro Señor (ver 1ª Corintios 5:7). Tenemos otros sacrificios de corderos que fueron parte de la adoración de Israel (ver Génesis 22:8; Éxodo 13:13; 29:39-41; Levítico 3:7; etc.). En particular, tenemos el **“Cordero de Dios”**, descrito por Isaías que hace una clara referencia al Mesías, el Señor Jesucristo:

“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido” (Isaías 53:4-8).

“Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos” (Isaías 53:10-11).

Esta profecía habla del sufrimiento del Mesías como el que lleva todo el pecado; Aquel en quien se depositan todos los pecados del mundo y por lo tanto, en quien se derrama la ira de Dios. Esto nos permite comprender porqué nuestro Señor estaba tan preocupado al saber que el tiempo de Su sufrimiento y muerte estaba cerca.

“Ahora está turbada mi alma; ¿y qué dice? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez. Y la multitud que estaba allí, y había oído la voz, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado. Respondió Jesús y dijo: No ha venido esta voz por causa mía, sino por causa de vosotros. Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir” (Juan 12:27-32).

Aquí tenemos la razón de por qué el Señor pudo decir en el jardín de Getsemaní: **“Mi alma está muy triste, hasta la muerte...!”** (Mateo 26:38) y por qué Lucas pudo contarnos que el sudor de nuestro Señor en el Jardín, fue **“como gotas de sangre”** (Lucas 22:44). ¿Quién más que nuestro Señor conocía la ira de Dios por el pecado y los pecadores? Aún así, fue obediente a la voluntad del Padre: sufrir por esa ira en el lugar que le correspondía al pecador.

El mayor sufrimiento de nuestro Señor se evidenció debido a que fue el objeto de la ira del Padre. La mayor agonía de nuestro Señor, se observa en las palabras registradas en la profecía mesiánica del Salmo 22 y después expresadas por Él mismo mientras estaba en la cruz:

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Salmo 22: 1; Mateo 27:46).

Una de las verdades más hermosas de la Biblia para el pecador que merece la ira de Dios, se resume en el término teológico: *propiciación*. La propiciación habla de la santificación de la santa ira de Dios.

“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:24-26).

“Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1ª Juan 2:2).

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1ª Juan 4: 10).

En un capítulo titulado “El Corazón del Evangelio”, J.I. Packer dice lo siguiente acerca de la propiciación en el contexto de sus comentarios sobre la enseñanza de Pablo en Romanos 3 y 5:

“La ira de Dios hacia nosotros, tanto presente como la venidera, se ha extinguido. ¿Cómo fue esto? Por medio de la muerte de Cristo. “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Romanos 5:10). La ‘sangre’ —esto es, la muerte sacrificial— de Jesucristo, abolió la ira de Dios hacia nosotros y nos asegura que el tratamiento que Él tendrá con nosotros para siempre, será propicio y favorable. De aquí en adelante, en lugar de mostrarse Él en contra nuestra, se mostrará a Sí mismo favorable en nuestra vida y experiencia. Entonces, ¿qué expresa la palabra ‘propiciación... por Su sangre? En el contexto del argumento de Pablo, expresa precisamente este pensamiento: que por Su muerte sacrificial por nuestros pecados, Cristo pacificó la ira de Dios”.⁴⁰

La propiciación significa que la ira de Dios ha sido apaciguada por todos los que han confiado en Jesucristo. Las buenas nuevas del evangelio, es que aquellos que han puesto su fe en el Señor Jesús como el **“Cordero de Dios”**, ya no están bajo la sentencia de la ira divina:

“Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aún estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos

resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:1-10).

“Porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera” (1ª Tesalonicenses 1:9-10).

“Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1ª Tesalonicenses 5:9).

Jesús el Mesías: El que Ejecuta la Ira Divina

Juan el Bautista fue el último profeta del Antiguo Testamento y el que tuvo el privilegio de presentar a Jesús como el Mesías de Israel. Cuando Juan habló del Mesías que vendría, habló del que vendría como Aquel que ejecutaría la ira divina:

“Y salía a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán, y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados. Al ver él que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: ¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haces, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos de Abraham aún de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por lo tanto, todo árbol que no de buen fruto es cortado y echado en el fuego. Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará” (Mateo 3:5-12).

Aún cuando el propósito principal de la venida de nuestro Señor, no era ejecutar la ira de Dios, Jesús manifestó ira (la de Dios), en varias ocasiones. Se enojó por la forma en que los líderes religiosos judíos habían comercializado la adoración en el templo, por lo que Él sacó a los cambistas de ese lugar, tanto en el principio de Su ministerio público (Juan 2:13-17) como al final (Mateo 21:12-13). También tuvo algunas palabras muy severas de reproche para los escribas y fariseos. Las ‘maldiciones’ de este texto, son una manifestación de la ira divina:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas. Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno? Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha

derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar. De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación. ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta. Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor” (Mateo 23:28-39).

Hay algo especialmente significativo con relación a las palabras de Jesús en estos versículos, que nunca había notado anteriormente. Los hombres no sólo serán el objeto de la ira de Dios por su propio pecado al rechazar a Cristo como el Mesías, sino que también serán culpables de los pecados de sus antecesores. ¿Cómo es esto? Los santos del Antiguo Testamento, esperaban la venida del Mesías a través de quien Dios expiaría el pecado (ver Juan 8:56). Los profetas del Antiguo Testamento hablaron de la venida del Mesías (ver Deuteronomio 18:15; Isaías 52:13-53-12; Malaquías 4). Los escribas y fariseos decían honrar a estos santos de la antigüedad y sin embargo, negaban a Aquel en quien los santos depositaban su fe. Es así que aquellos que rechazan a Cristo como el Mesías, se disocian de los santos de la antigüedad y se identifican con los que rechazaron, persiguieron y mataron a los santos y profetas de la antigüedad. Al rechazar a Jesús como el Mesías, se identifican con los que mataron a los justos y así se hicieron culpables tanto de los pecados pasados de los judíos incrédulos como de los propios. Aquí tenemos un pensamiento digno de reflexión.

Jesús advirtió a quienes se inclinaban a juzgar en base a las apariencias externas (Lucas 16:15). Les sugiere que no consideren todas las calamidades terrenales como manifestación de la ira divina y de que aquellos que sufren demasiado deben ser culpables de grandes pecados:

“En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilatos había mezclado con los sacrificios de ellos. Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13:1-5)

Los desastres no son necesariamente manifestaciones de la ira divina (a no ser que se especifique como tal), de la misma manera que la prosperidad no debe interpretarse como una prueba de la piedad. Los sufrimientos de los hombres en esta vida, no son necesariamente proporcionales a sus bendiciones o a sus sufrimientos en la eternidad, tal como lo deja claramente establecido, la historia del hombre rico y de Lázaro.

“Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lea entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes. El que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa. Mas, ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo; porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá, Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados” (Mateo 24:15-22).

“Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo en un día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y lo castigará duramente, y pondrá su parte con

los hipócritas; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 24:48-51; ver también el Capítulo 25).

“Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado. Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; y los que en medio de ella, váyanse; y los que estén en los campos, no entren en ella. Porque estos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. Mas ¡ay de las que están encintas, y de las que críen en aquellos días! porque habrá gran calamidad en la tierra, e ira sobre este pueblo. Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan. Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria. Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lucas 21:20-28).

Esta gran ira futura de Dios es necesaria y cierta, debido a los hombres rechazan la provisión que Dios ha hecho para los pecadores en la muerte sacrificial de Cristo en el Calvario:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios” (Juan 3:16-21).

“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3:36).

La solución al problema del pecado y al juicio, es el arrepentimiento, reconocer el pecado de cada uno confiar en el Señor Jesucristo quien ha recibido la ira de Dios en lugar del pecador.

“Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer. Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo. Porque Moisés dijo a los padres: El señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable; y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo” (Hechos 3:18-23).

Si los hombres desean evitar la ira de Dios, deben arrepentirse y confiar en el que llevó la ira de Dios en el monte Calvario. Los que rechazan la provisión de Dios para el perdón y salvación,

deberán enfrentar la ira de Dios, un juicio mucho más grande que el que se ha visto nunca. Esta es la ira de la cual habla el Libro del Apocalipsis:

“Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio, y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudido por un fuerte viento. Y el cielo se desvaneció como un pergamino que se enrolla; y todo monte y toda isla se removió de su lugar. Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?” (Apocalipsis 6: 12-17).

“Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios. Fue el primero, y derramó su copa sobre la tierra, y vino un úlcera maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen. El segundo ángel derramó su copa sobre el mar, y éste se convirtió en sangre como de muerto; y murió todo ser vivo que había en el mar. El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos, y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre. Y oí al ángel de las aguas, que decía: Justo eres tú, oh Señor, el que eres y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas. Por cuanto derramaron la sangre de los santos y de los profetas, también tú les has dado a beber sangre; pues lo merecen. También oí a otros, que desde el altar decía: Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos. El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, al cual fue dado quemar a los hombres con fuego. Y los hombres se quemaron con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria. El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia; y su reino se cubrió de tinieblas, y mordían de dolor sus lenguas, y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras” (Apocalipsis 16: 1-11).

“Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: El Verbo de Dios. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores” (Apocalipsis 19: 11-16).

La ira de Dios con los impíos es grande. Los hombres la merecen. Y no hay escapatoria. Los hombres saben que la ira que cae sobre ellos, viene de Dios; un juicio sobre sus pecados. Y aún así, nadie se arrepiente. El tiempo para arrepentirse, ya pasó. Aquellos que eligieron rechazar el sacrificio de Cristo por sus pecados, ahora deben ser juzgados según sus obras. Es un sino terrible; pero es el que estos pecadores merecen absolutamente. La ira divina no es sólo un fenómeno del Antiguo Testamento; es una certeza de profecía bíblica. A los hombres se les conmina a tener prisa y a arrepentirse mientras todavía haya tiempo para escapar de la ira de Dios, teniendo fe en Cristo.

“Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2: 38).

“Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hechos 17:30-31).

Conclusión

Deducciones de la Ira Divina

La deducción más obvia de la doctrina bíblica de la ira divina, es que los pecadores necesitan arrepentirse de su pecado en forma desesperada y depositar su fe en Cristo, quien recibió la ira de Dios por sus pecados en el Calvario. Permítanmelo hacerlo más personal. Sus pecados, ¿han sido perdonados o su destino es sucumbir ante la ira de Dios? La solución es tan simple como reconocer su pecado en confiar en la muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo en su lugar.

“Pero la justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo); o, ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación. Pues la Escritura dice: Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado” (Romanos 10:6-11).

Una vez que hemos puesto nuestra fe en Jesucristo para nuestra salvación, tenemos esto para confiar:

“Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Romanos 5:9).

La doctrina bíblica de la ira de Dios, debe ser una motivación para evangelizar; advertir a los perdidos de la inminente ira de Dios e instarlos a ser salvos.

“Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lucas 24:44-47).

“Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres; pero a Dios le es manifiesto lo que somos; y espero que también lo sea a vuestras conciencias” (2ª Corintios 5:11).

“A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvado, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aún la ropa contaminada por su carne” (Judas 1:22-23).

Al evangelizar, no tratemos de hacer lo que algunos hacen: mostrar el evangelio más agradable.

No evitemos los aspectos negativos del evangelio. Proclamemos el evangelio en su totalidad, buscando más agradar a Dios que a los hombres (ver 2ª Corintios 2:14-17; 4:1-2; 5:11; Gálatas 1:6-10). Sabemos que Él prometió **“convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio”** (Juan 16:8-11) y de esta manera enfocar nuestro mensaje en el pecado, en la justicia y en el juicio, tal como lo hizo Pablo (ver Hechos 17:30-31; 24:25).

La doctrina de la ira de Dios es un incentivo para que los cristianos vivan una vida santa. Nuestro máximo deseo debería ser agradar a Dios (ver 2ª Corintios 5:9) y esto lo podremos hacer en la medida que nuestro objetivo sea la santidad y alejarnos del pecado:

“Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aún se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia” (Efesios 5:3-7).

“Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo. Y si invocáis al Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1ª Pedro 1:14-19).

“Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz” (2ª Pedro 3:10-14).

La ira de Dios es un recordatorio de Su santidad y una medida del odio que siente Dios por el pecado. La ira de Dios es vertida sobre los impíos que la provocan. La inmensidad de la ira de Dios hacia el pecado, es un índice de Su santo odio por el pecado. Nosotros también debiéramos sentir lo mismo.

La ira de Dios debiera hacernos sentir incómodos frente al pecado. Además, nunca debiéramos olvidar que nuestro pecado tuvo como resultado el sufrimiento y la agonía de nuestro Señor en quien Dios derramó Su ira. Pensar livianamente sobre el pecado, es considerar livianamente el sufrimiento de Cristo. Pecar voluntariamente, es llegar peligrosamente cerca de crucificar nuevamente al Hijo de Dios (Hebreos 6:6).

La doctrina de la ira de Dios, nos instruye en que no debemos rozar a los impíos. Mientras ellos aparentemente se sienten bien en su maldad, están cayendo bajo la ira de Dios.

“Cuando pensé para saber esto, fue duro trabajo para mí. Hasta que entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos. Ciertamente los has puesto en deslizadores; en asolamientos los harás caer. ¡Cómo han sido asolados de repente! Perecieron, se consumieron de terrores. Como sueño del que despierta, así, Señor, cuando despertares, menospreciarás su apariencia” (Salmo 73: 16-20).

“No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Romanos 12: 17-21).

“Sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio” (2ª Pedro 2: 9).

Tomemos seriamente la doctrina de la ira de Dios. No seamos negligentes con ella ni la escondamos. Mirémosla como una parte de la bondad y de la gloria de Dios. Que esta doctrina de la ira de Dios, sea un incentivo para el evangelismo y para la proclamación de la pureza del evangelio, que incluye el pecado, la justicia y el juicio. Para la gloria de Dios y para nuestro bien, que esta doctrina sea la base para una vida santa para todos nosotros.

“Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados; no sea que haya algún fornicario o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura. Porque ya sabéis que aún después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas. Porque no os habéis acercado el monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, al sonido de la trompeta, y a la voz que hablaba, la cual los que la oyeron rogaron que no se les hablase más, porque no podían soportar lo que se ordenaba: Si aún una bestia tocara el monte, será apedreada, o pasada con dardo; y tan terrible era lo que se veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando; sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel. Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparan aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos. La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido diciendo: Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo. Y esta frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las inconmovibles. Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12: 14-29).

Apéndice

Características de la Ira Divina

(1) La ira divina es muy diferente de la ira del hombre (Santiago 1: 20)

(2) La ira de Dios, siempre está de acuerdo con los estándares establecidos en la Escritura para el comportamiento del hombre y de las advertencias que Dios ha dado a la desobediencia (Deuteronomio 29:26-28; 30:15-20; 2 Samuel 12:9-10; 2 Reyes 22:10-13; 24:2; 2 Crónicas 19:8-10; 34:18-28; 36:15-16; Jeremías 22:11-12; 44:2-6).

(3) La ira de Dios está de acuerdo con las obras de los hombres. La ira de Dios está siempre en proporción directa con el pecado del hombre. (Salmo 28:4; Isaías 59:18; Jeremías 17:10; 25:14; Ezequiel 20:44; 24:14; 36-19).

(4) La ira de Dios es lenta y controlada; no es repentina ni explosiva. (Éxodo 34:6; Números 14:18).

(5) La ira de Dios viene después de la advertencia de juicio (ver por ejemplo, las advertencias dadas a los hombres en los días de Noé [Génesis 6-9] y en los días de Sodoma y Gomorra [Génesis 19] y en todo el Antiguo Testamento, por medio de los profetas).

(6) La ira de Dios siempre es provocada por el pecado del hombre (Deuteronomio 4:25; 9:18; Jeremías 25:6-7; 32:32)

(7) La ira de Dios no se ejercita en el pecado, sino en la justicia (Romanos 2:5; Santiago 1:19-20)

³⁴ “Despedida de los motoristas a los co-fundadores de la pandilla Bandido”, *The Dallas Morning News*, Abril 17, 1994, p. 12D.

³⁵ A.W. Pink, *The Attributes of God*, (Swengel Pa.: Reiner Publications, 1968 [Reprint]), p.75.

³⁶ Ibid, p. 75.

³⁷ Ibid., p. 75.

³⁸ Ibid., p. 76.

³⁹ J.I. Packer, *Knowing God* (Downers Grove, Illinois: Inter-Varsity Press, 1973), p. 134.

⁴⁰ Ibid. P. 165.

La Gracia de Dios

Introducción

Para ilustrar la gracia de Dios, a menudo narro la historia verdadera de mi amigo que compró un Jaguar convertible último modelo, después de regresar como veterano de Viet Nam. Una mañana temprano, aún usando su uniforme de la armada, se dirigía en su automóvil por una estrecha calle de Oklahoma. Decidió averiguar cuánta velocidad podría sacarle a su automóvil, por lo que lo aceleró al máximo. Justo cuando llegó a la cima de una pequeña loma, alcanzó la velocidad máxima. Y allí, justo en la cima, sin ser visto hasta que ya era demasiado tarde, se encontraba el policía con un radar. Mi amigo supo de inmediato que todo se había acabado aún cuando le tomó una milla o más poder detener su automóvil y quedó allí sentado esperando que el policía lo alcanzara.

El policía detuvo su auto y lentamente procedió a acercarse a mi amigo quien estaba con su licencia de conducir en la mano. ‘¿Tiene idea de lo rápido que estaba conduciendo?’, le preguntó. ‘No exactamente’, le replicó mi amigo un tanto avergonzado. ‘Ciento sesenta y tres millas por hora’, contestó el policía. ‘Eso me suena bastante bien’, replicó mi amigo.

Mi amigo no esperaba lo que el policía diría a continuación: ‘¿Le importaría que le echara una mirada al motor?’, preguntó. ‘De ninguna manera’, dijo mi amigo. Más o menos media hora más tarde, los dos hombres terminaron bebiendo café en un negocio cercano, antes que el policía se retirara, ¡sin haberle entregado la papeleta a mi amigo!

Solía decir que si el oficial pagó por el café, eso era gracia. Pero en realidad, no es el tipo de gracia que nos habla la Biblia. En respuesta a la solicitud de Moisés de ver la gloria de Dios (Éxodo 33: 18), Dios le permitió a Moisés ver una parte de ella:

“Y Jehová descendió de la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34: 5-7).

La gloria de Dios es vista en parte, por Su gracia. Él es misericordioso y piadoso (versículo 6). Pero además, Dios no deja sin castigo a los malvados (versículo 7). La gracia de Dios no pasa por alto al pecado; castiga el pecado pero de una forma que perdona a quienes son culpables.

Por lo tanto, debo revisar mi ilustración, agregando un poco de ficción para describir con más precisión la gracia de Dios. Cuando mi amigo llegó a la cima de aquel cerro a 163 millas por hora, presionó los frenos a fondo provocando así que el automóvil siguiera su curso fuera de control, estrellándose en el carro policial casi destruyéndolo y golpeando severamente al policía. En vez de dejar ir a mi amigo sin su parte, el oficial debió haberlo escrito y haber pagado él mismo la multa. No debió haber permitido que mi amigo pagara nada —incluso el café. Ahora

bien, eso sí sería gracia, la clase de gracia que la Biblia nos cuenta, la gracia de Dios para los que son salvos.

Nuestra lección considera la gracia de Dios, como un tema tan inmenso que podría estar una eternidad intentando de comprenderla. En consecuencia, intentaré resumir algunos de los elementos principales de la gracia de Dios, llamando su atención a tres historias de la Biblia que describen la gracia de Dios. La primera historia es la de Jacob y la gracia de Dios (Génesis 25-32; Oseas 12:2-6); la segunda es la de Jonás y la gracia de Dios y la última es la de Jesús y la mujer sorprendida en adulterio (Juan 8:1-11). En estas tres historias, encontraremos a un hombre que finalmente termina de luchar con Dios y los hombres y se somete a sí mismo a la gracia de Dios (Jacob). Consideraremos a un hombre que es profeta y sin embargo, odia la gracia de Dios (Jonás), Y veremos a una mujer que es recipiente de la gracia de Dios, mientras está allí de pie condenada por algunos de sus pares auto denominados justos (la mujer de Juan 8:1-11).

Jacob y la Gracia de Dios⁴¹_ftn1

Jacob no es el primer ejemplo de la gracia de Dios; pero es uno de los ejemplos más impresionantes del Antiguo Testamento. Parece que le tomó 130 años comenzar a tomar conciencia de lo que significaba vivir por la gracia de Dios (ver Génesis 47:9). Existe un punto crucial en la vida de Jacobo en el cual él comienza a descansar en la gracia de Dios. Es en ese punto, registrado en Génesis 32:22-32 e interpretado con mayor cuidado en Oseas 12:2-6, sobre el cual me gustaría que enfocáramos nuestra atención.

Incluso antes de su nacimiento, Jacob fue un hombre que peleó con otros:

“Y oró Isaac a Jehová por su mujer, que era estéril; y lo aceptó Jehová, y concibió Rebeca su mujer. Y los hijos luchaban dentro de ella; y dijo: Si es así, ¿para qué vivo yo? Y fue a consultar a Jehová; y le respondió Jehová: Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas; el un pueblo será más fuerte que el otro pueblo, y el mayor servirá al menor. Cuando se cumplieron sus días para dar a luz, he aquí había gemelos en su vientre. Y salió el primero rubio, y era todo velludo como una pelliza; y llamaron su nombre Esaú. Después salió su hermano, trabada su mano al calcañar de Esaú; y fue llamado su nombre Jacob. Y era Isaac de edad de sesenta años cuando ella los dio a luz” (Génesis 25:21-26).

Cuando los niños crecieron, Jacob intentó salir adelante luchando con su hermano:

“Y crecieron los niños, y Esaú fue diestro en la caza, hombre del campo; pero Jacob era varón quieto, que habitaba en tiendas. Y amó Isaac a Esaú, porque comía de su caza, mas Rebeca amaba a Jacob. Y guisó Jacob un potaje; y volviendo Esaú del campo, cansado, dijo a Jacob: Te ruego que me des a comer de ese guiso rojo, pues estoy muy cansado. Por tanto fue llamado su nombre Edom. Y Jacob respondió: Véndeme en este día tu primogenitura. Entonces dijo Esaú: He aquí yo me voy a morir; ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura? Y dijo Jacob: Júramelo en este día. Y él juró, y vendió a Jacob su primogenitura. Entonces Jacob dio a Esaú pan y del guisado de las lentejas; y él comió y bebió, y se levantó y se fue. Así menospreció Esaú la primogenitura (Génesis 25:27-34).

El punto final de las relaciones entre Jacob y Esaú, sucedió cuando Jacob engañó a su padre al

hacerle pensar que él era Esaú, obteniendo así la bendición de su padre (Génesis 27). En realidad, era Jacob quien debía gobernar por sobre Esaú. Al parecer, Isaac estaría intentando revertir el hecho que Jacob tomara el lugar del que nació primero, tal como Dios lo había señalado (Génesis 25:23). Pero Rebeca y Jacob estaban equivocados en cuanto al procedimiento que usaron para obtener la bendición de Isaac. Una vez más, Jacob estaba peleando con los hombres y no en la forma que se le encomendó.

Como resultado del engaño, Esaú estaba furioso con Jacob por lo que sus padres enviaron a este último a Padan-aram para que buscara una esposa (Génesis 27:41-28:5). Fue un gran incentivo para Jacob para regresar y permanecer en Padan-aram. Después de su dramática visión, Jacob hizo un pacto con Dios, lo que demuestra que aún está luchando y no descansa en la gracia de Dios:

“E hizo Jacob voto, diciendo: Si fuere Dios conmigo y me guardare en este viaje en que voy, y me diere pan para comer y vestido para vestir, y si volviere en paz a casa de mi padre, Jehová será mi Dios. Y esta piedra que he puesto por señal, será casa de Dios; y de todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para ti”.

Algunos podrían considerar la promesa de Jacob, como una ‘plegaria de fe’. Lo veo de otra manera. Observe todos los ‘si’. El compromiso de Jacob hacia Dios, está basado en el comportamiento que Dios tenga para satisfacer las necesidades de Jacob, tal como éste las define. Si Dios: (1) le protege en su viaje; (2) le provee la comida y la vestimenta adecuada y (3) le permite regresar al hogar de su padre sano y salvo, entonces Jacob haría de Jehová su Dios y entonces le entregaría el diezmo. El orden está absolutamente opuesto a los que Dios requiere de nosotros. Debemos **“primero buscar el reino y Su justicia”** y después **“todas las cosas”** (como comida y vestimenta) se nos añadirán (Mateo 6:33). Considere cómo la oferta de Jacob contrasta con estas palabras, pronunciadas por nuestro Señor:

“Por tanto os digo: No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de ver; no por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?” (Marcos 6:25).

El ‘trato’ que hizo Jacob con Dios, es uno con el cual incluso Satanás hubiera estado de acuerdo:

“Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: ¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene? Al trabajo de sus manos has dado bendición; por tanto, sus bienes han aumentado sobre la tierra. Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia” (Job 1:9-11).

Y así encontramos al viejo Jacob en Padan-aram, ‘sirviendo’ a su tío Labán. Una vez más está peleando con los hombres, buscando salir adelante a expensas de otros. Finalmente, sólo después que Jacob abandona la casa de Labán y la tierra de Padan-aram, se encuentra con la gracia. Cuando Jacob está por entrar a la tierra de Canaán, sabe que debe enfrentarse con su hermano Esaú y esto pone un desafío considerable a su seguridad. Al parecer, la pelea con el ángel de Jehová, fue el momento que le hizo cambiar:

“Y se levantó aquella noche, y tomó sus dos mujeres, y sus dos siervas, y sus once hijos, y pasó el vado de Jaboc. Los tomó, pues, e hizo pasar el arroyo a ellos y a todo lo que tenía. Así se

quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba. Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba, y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices. Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob. Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido. Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Declárame ahora tu nombre. Y el varón respondió: ¿Por qué me preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel; porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma. Y cuando había pasado Peniel, le salió el sol; y cojeaba de su cadera. Por esto no comen los hijos de Israel, hasta hoy día, del tendón que se contrajo, el cual está en el encaje del muslo; porque tocó a Jacob este sitio de su muslo en el tendón que se contrajo” (Génesis 32:22-32).

Si sólo consideramos este pasaje, sería posible llegar a una conclusión equivocada. Podríamos suponer erróneamente que Jacob sobrepasó al ángel (¡un hecho asombroso!) y que debido a la perseverancia de Jacob en pelear con los hombres (y con Dios) a lo largo de los años, finalmente prevaleció. Dios está ahora a disposición de Jacob.

Pero no fue así. De esta historia concluimos que este “**ángel**” fue realmente Dios (versículo 30). ¿Podría Jacob haber sobrepasado a Dios en una pelea? Sabemos que más adelante que cuando aparentemente la lucha parecía estar igualada, el ángel golpeó a Jacob provocándole un dislocamiento de la cadera (versículo 25). Jacob no está ahora en condiciones de pactar con Dios. La interpretación de esta historia, fue dada siglos después, por el profeta Oseas cuando le hablaba a la nación de Israel, personificada por Jacob:

“Efraín se apacienta de viento, y sigue al solano; mentira y destrucción aumenta continuamente; porque hicieron pacto con los asirios, y el aceite se lleva a Egipto. Pleito tiene Jehová con Judá para castigar a Jacob conforme a sus caminos; le pagará conforme a sus obras. En el seno materno tomó por el calcañar a su hermano, y con su poder venció al ángel. Venció al ángel, y prevaleció; lloró, y le rogó; en Bet-el le halló, y allí habló con nosotros. Mas Jehová es Dios de los ejércitos; Jehová es su nombre. Tú, pues, vuélvete a tu Dios; guarda misericordia y juicio, y en tu Dios confía siempre” (Oseas 12: 1-6).

Por su desobediencia, Israel está siendo reprendido por el profeta Israel. Están a punto de ser desechados por Dios durante un período de tiempo, el tiempo de los gentiles. No han confiado en Dios ni han obedecido el pacto que tenían con Él. Ellos, al igual que Gomer la ramera, están cosechando lo que sembraron. Pero hay una vuelta atrás, una forma de conseguir las bendiciones de Dios, de entrar en la gracia de Dios. Esta forma es buscar humildemente a Dios por la gracia. Esto es lo que Oseas le dice a la nación de Israel, lo que Jacob debe hacer (recuerden que el nombre de Jacob fue cambiado a “**Israel**” en Génesis 32:27-28). Durante toda su vida, había estado luchando contra Dios y con los hombres. Había estado intentando seguir adelante por su propia astucia, engaños y esfuerzo. Pero cuando el ángel le dislocó la cadera, ya no tenía manera alguna de ‘forzar’ al ángel para que lo bendijera. Todo lo que podía hacer, era llorar y suplicar misericordia (en el nombre de Dios). Finalmente, Jacob aprendió cómo las bendiciones de Dios son dadas a los hombres —sin apropiarse de ellas, sino que por gracia.

Jonás y la Gracia de Dios (Jonás 3 y 4)

La gracia fue la base del trato de Dios con Israel, como lo fue también en su trato con los

gentiles. Cuando la Ley se comprende correctamente, fue un don de la gracia divina. La entrada de Israel a las bendiciones del pacto de Dios, tendría que ser por medio de la gracia (Deuteronomio 30: 1-14). Los otros profetas hablaron de la gracia de Dios, como la base del trato que tenía con Su pueblo y la base para la esperanza y la alabanza de Israel (Isaías 30: 18-19; Jeremías 3: 12; Joel 2: 12-14; Amós 5: 15). Como profeta de Dios, se podría esperar que Jonás se hubiera gozado en la gracia de Dios. Pero, simplemente no fue el caso.

En Jonás 1, los marineros paganos le demuestran gracia a Jonás tratando desesperadamente de salvar su vida con el riesgo de perder las suyas. Oran a Dios, preocupados por la posibilidad de quitarle la vida a un inocente. Pero Jonás no demuestra gracia alguna hacia ellos. Da la impresión que poco le ha preocupado poner en peligro la vida de los marineros, a causa de su rebelión en contra de Dios. Virtualmente tienen que arrancarle la verdad: que él es realmente un profeta del único Dios verdadero, el Dios que hizo los cielos y la tierra.

En Jonás 2, Dios perdona la vida de Jonás por un medio que aparentemente era su destrucción —un pez gigante. Jonás se estaba ahogando. Sólo le restaban pocos momentos de vida. Repentinamente, fue envuelto por la oscuridad, A su alrededor habían paredes viscosas de carne. El olor debió haber sido espantoso. ¡Había sido tragado por un pez! Era una muerte muy lenta la que esperaba a Jonás. Y después debió haberse dado cuenta que en realidad el pez era su salvación. Mientras estaba dentro del pez, Jonás compuso una oración que está registrada en el Capítulo 2 de Jonás. Si analizamos cuidadosamente la oración de Jonás, se nos revela que en realidad es un poema. Con más precisión, es un salmo. Al mirar las referencias marginales en nuestra Biblia, nos damos cuenta que es un salmo en el cual Jonás emplea muchos términos y expresiones que vemos en los salmos.

Sin embargo, este ‘salmo’ es como los salmos del Libro de los Salmos, sólo en la forma y en el vocabulario. No se parece a ninguno de los salmos de la Biblia, en términos de énfasis o de teología. Jonás habla demasiado de sí mismo, de su experiencia, de su peligro, de su agonía. Dice demasiado poco de Dios. Habla de mirar y orar dirigiéndose hacia el templo santo (versículo 4, 7). Habla de una forma desdeñosa de los paganos y en comparación con ellos, se eleva a sí mismo:

“Los que siguen vanidades ilusorias, su misericordia abandonan. Mas yo con voz de alabanza te ofreceré sacrificios; pagaré lo que prometí, la salvación es de Jehová” (Jonás 2:8-9).

Lo que está faltando es alguna referencia a su propio pecado o algún indicio de arrepentimiento. Esto es especialmente interesante en que Jesús está en ‘cautiverio’, como resultado de su pecado y hace referencia al templo de Dios. Sin embargo, consideremos este texto que perfila en forma muy precisa cómo un israelita se arrepiente:

“Si pecaren contra ti (pues no hay hombre que no peque), y te enojares delante contra ellos, y los entregares delante de sus enemigos, para que los que los tomaren los lleven cautivos a tierra de enemigos, lejos o cerca, y ellos volvieren en sé en la tierra donde fueron llevados cautivos; si se convirtieren, y oraren a ti en la tierra de su cautividad, y dijeren: **Pecamos, hemos hecho inicualmente, impiamente hemos hecho**; si se convirtieren a ti de todo su corazón y de toda su alma, en la tierra de su cautividad, donde los hubieren llevado cautivos, y oraren hacia la tierra que tú diste a sus padres, hacia la ciudad que tú elegiste, y hacia la casa que he edificado a tu nombre; tú oirás desde los cielos, desde el lugar de tu morada, su oración y su ruego, y

ampararás su causa, y perdonarás a tu pueblo que pecó contra ti” (2 Crónicas 6:36-39, énfasis del autor).

Salomón no sólo indica que un israelita que está en un país distante puede dirigirse hacia el templo santo de Dios y orar pidiendo perdón, también entrega las palabras que un judío arrepentido debe decir para expresar dicho arrepentimiento:

“...y ellos volvieren en sé en la tierra donde fueren llevados cautivos; si se convirtieren, y oraren a ti en la tierra de su cautividad, y dijeren: Pecamos, hemos hecho inicuaemente, impiamente hemos hecho” (2 Crónicas 6:37).

Cuando miramos la historia de Israel, aquellos que verdaderamente se arrepintieron de sus pecados y de los pecados de su nación, siguieron este patrón establecido por Salomón:

“Esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos para oír la oración de tu siervo, que hago ahora delante de ti día y noche, por los hijos de Israel tus siervos; y confieso los pecados de los hijos de Israel que hemos cometido contra ti; sí, yo y la casa de mi padre hemos pecado. En extremo nos hemos corrompido contra ti, y no hemos guardado los mandamientos, estatutos y preceptos que diste a Moisés tu siervo” (Nehemías 1:6-7).

“Pero tú eres justo en todo lo que ha venido sobre nosotros; porque rectamente has hecho, mas nosotros hemos hecho lo malo. Nuestros reyes, nuestros príncipes, nuestros sacerdotes y nuestros padres no pusieron por obra tu ley, ni atendieron a tus mandamientos y a tus testimonios con que les amonestabas” (Nehemías 9:33-34).

“Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas” (Daniel 9:5).

¿Se atrevería alguien a decir que el ‘salmo’ de Jonás es una expresión de arrepentimiento? Habla de los gentiles como pecadores y de sí mismo (y por inferencia, de todos los judíos), como justo (Jonás 2:8-9). Basándonos en Jonás 1, esto es difícil de defender. Jonás el profeta, está actuando como un pagano mientras que los marineros están adorando al Dios de Israel.

Algunos han señalado las últimas palabras del pseudo salmo de Jonás, como la última expresión de arrepentimiento:

“La salvación es de Jehová” (Daniel 9:9)

Creo que no, aunque sólo recientemente he llegado a esta conclusión. La expresión: **“La salvación es de Jehová”**, también es una cita de los Salmos. Consideremos la expresión más completa de esto en el Salmo 3:

“No temeré a diez millares de gente, que pusieren sitio contra mí. Levántate, Jehová; sálvame, Dios mío; porque tú heriste a todos mis enemigos en la mejilla; los dientes de los perversos quebrantaste. La salvación es de Jehová; sobre tu pueblo sea tu bendición. *Selah*” (Salmo 3:6-8).

Observemos en forma especial, las últimas palabras del versículo 8, las palabras que Jonás no incluyó; pero que creo ver implícitas. Jonás quería que Dios salvara a *Su pueblo* Israel y que condenara a los gentiles al infierno (en el Capítulo 4, se hace muy evidente). Sus palabras en el Salmo 2, expresan más alivio que alabanza; se enfoca más en Jonás que en Dios y dan esperanza para la liberación de los judíos; pero no de los gentiles. Recuerden que Jonás había sido enviado a predicar al pueblo de Nínive y, ¡se había rehusado a hacerlo! No quería que esos gentiles impíos fueran salvos; sólo los judíos rectos.

¿No suena esto algo duro? Lo es y también es verdad. De esto se trata el Libro de Jonás. Jonás, el profeta rebelde y sin arrepentimiento, es un cuadro de la nación de Israel. Ilustra el rechazo que tuvieron los judíos, de ser **“luz para los gentiles”**, de tomar las buenas nuevas de la gracia de Dios hacia los paganos. Los judíos pensaban que Dios les había elegido porque eran mejores, más merecedores y que Él había rechazado a los gentiles, condenándole al infierno eterno porque no eran merecedores de Sus bendiciones.

Si Jonás se hubiera arrepentido, hubiera sufrido un vuelco; su corazón y sus acciones, hubieran cambiado, de acuerdo a o que implica la palabra arrepentimiento. Esto significa que se hubiera dirigido en forma inmediata hacia Nínive, donde Dios le había ordenado ir. En vez de ello, el Capítulo 3 comienza con una reiteración de este mandato. Jonás no irá a Nínive hasta que Dios se lo ordene nuevamente. Y es así, que con muy pocos deseos finalmente va a Nínive, donde proclama el mensaje que Dios le ha entregado.⁴²

Si queremos ver un genuino arrepentimiento, no miremos a Jonás; fijémonos en los ninivitas. La gente de la ciudad creyó en Dios (versículo 5) y comenzaron a ayunar. Toda la población se arrepintió y lo demostraron, ayunando. Es más, el ganado también fue incluido en el ayuno. De la misma manera, el rey también se arrepintió y ayunó, lo que hizo aparentemente sin haber oído personalmente a Jonás; pero habiendo escuchado su mensaje de segunda mano (ver versículo 6). El rey llamó al ayuno y condujo a la nación al arrepentimiento, con un cierto grado de confianza en que Dios era misericordioso y que Él pudiera aplacarse y evitar la destrucción si se arrepentían. Esto tiene una buena base bíblica:

“Entonces vino a mí palabra de Jehová, diciendo: ¿no podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel?, dice Jehová. He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel. En un instante hablaré contra pueblos, y contra reinos, para arrancar, y derribar, y destruir. Pero si esos pueblos se convirtieren de su maldad contra la cual hablé, yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles” (Jeremías 18:5-8).

Por eso pues, ahora, dice Jehová, convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y llo y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová vuestro Dios; porque misericordioso es y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y que se duele del castigo. ¿Quién sabe si volverá y se arrepentirá y dejará bendición tras de él, esto es, ofrenda y libación para Jehová vuestro Dios?” (Joel 2:12-14).

Y así Dios cedió y no hizo el mal con el que los había amenazado a través de Jonás y la ciudad fue perdonada (3:10). Este es el momento en el que Jonás realmente se enfada con Dios. Imagínense esto: Jonás el profeta, advierte a los hombres de la ira santa de Dios hacia los pecadores y este pecador —Jonás— está enojado con Dios y mal dispuesto a desahogar su ira hacia Dios. Pienso que la gracia que Dios otorgó a los ninivitas no fue tan asombrosa como la

que le demostró a Jonás. En estos momentos, Jonás no debió haber sido más que un montoncito de cenizas; sin embargo, ahí lo tenemos agitando su puño cerrado frente a la cara de Dios. Y Dios se dirige gentilmente a él, diciéndole: **“¿Haces tú bien en enojarte tanto?”** (versículos 4, 10).

La oración de Jonás en el Capítulo 4, es absolutamente asombrosa. Protesta en contra de Dios en base a Su gracia, compasión, clemencia, piadoso y que se arrepiente del mal (versículo 2). Este es el único lugar de la Biblia en que una persona protesta en contra de Dios y no le alaba a Él por sus atributos. Tales atributos son la esencia de la gloria de Dios, de acuerdo a Éxodo 34:6. Son la base para la intercesión del hombre, pidiendo el perdón divino para los pecadores (Números 14:18). Son la base para el arrepentimiento de los hombres (Deuteronomio 4:31; Joel 2:12-14) y la razón por la que Dios persevera con este pueblo duro cerviz (Nehemías 9:17, 31). Son la base de las obras de Dios para la salvación (Salmo 116:5) y el perdón (Salmo 103:8-10). Son la motivación y la base para que los hombres adoren a Dios (Salmo 111:4; 145:8). Pero Jonás encuentra que estos atributos son repulsivos y repugnantes – la base para protestarle a Dios.

Mientras se desarrolla la historia, finalmente encontramos a un Jonás feliz. A pesar del hecho que Dios ha perdonado a los ninivitas y ha suspendido el día de la destrucción, Jonás construye una enramada fuera de la ciudad, aún pensando que Dios la va a destruir y que tendrá el placer de ver cómo se transforma en humo. En el calor intenso que hacía allí donde él estaba (y que no tenía razón alguna para sufrir por él), Dios en Su misericordia le entrega una planta para que tenga sombra. Y después, Dios se la quita lo que hizo que Jonás se enfadara aún más. Dios le pregunta si es justo que esté enojado por lo que le ha sucedido a la planta y éste le asegura a Dios que tiene todo el derecho.

Durante mucho tiempo creí que el pecado de Jonás era el del egoísmo y preocuparse en demasía de sí mismo. Finalmente, he llegado a ver lo que creo que es el mensaje entre líneas de este libro. Jonás estaba enojado con la gracia de Dios. Estaba enojado porque Dios mostró Su gracia a los ninivitas. Se alegró cuando Dios le mostró Su gracia al regalarle la planta que le daría sombra; pero se puso furioso cuando Dios la destruyó. Jonás no se merecía esa planta y ciertamente tampoco se la ganó. Fue un regalo de la gracia de Dios y Dios podía dársela o no y de la misma manera, quitársela.

Jonás deseaba las bendiciones de Dios. Las esperaba. Y se enojó cuando Dios le quitó esas bendiciones o se las entregó a otros. Jonás deseaba la gracia de Dios; pero no como gracia. Quería los beneficios y las bendiciones de Dios; pero mereciéndolas y no como un pecador no merecedor de ellas. Esto es lo que enojó a Jonás con relación al trato que Dios tuvo con los ninivitas. Tuvo que admitir que aquello fue gracia; pero él detestaba la gracia. La gracia humilla al receptor de las bendiciones de Dios. La gracia señala la impiedad del recipiente. Jonás deseaba ser bendecido; pero no en el terreno de la gracia.

El problema de Jonás es precisamente el mismo de los judíos, tanto entonces como ahora. Jonás se consideraba justo por sí mismo. Las personas que así se consideran, no quieren confesar sus pecados e implorar la gracia de Dios. Piensan que son merecedores de las bendiciones de Dios y sólo se enojan cuando Dios no satisface sus deseos. Jonás, al igual que los israelitas de sus días y como los judíos de los días de Jesús, eran pecadores que se consideraban justos en sí mismos y se enojaban cada vez que Dios demostraba Su gracia a los pecadores. Jonás, como muchos hombres de nuestros días, detestan la gracia de Dios.

La Gracia de Nuestro Señor Jesucristo

“Y por la mañana volvió al templo, y todo el pueblo vino a él; y sentado él, les enseñaba. Entonces los escribas y los fariseos le trajeron a una mujer sorprendida en adulterio; y poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo del adulterio. Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices? Mas esto decían tentándole, para poder acusarle. Pero Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo. Y como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. E inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra. Pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros; y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio. Enderezándose Jesús, y no viendo a nadie sino a la mujer, le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más” (Juan 8:2-11).

Sabemos que cuando nuestro Señor vino a la tierra, Él fue la personificación de la gracia y de la verdad (Juan 1:14). Un incidente en la vida y ministerio de nuestro Señor, nos dice mucho acerca de la gracia que Él demuestra a los hombres. Mientras estaba enseñando en el templo, los escribas y fariseos idearon tentarle trayéndole a una mujer que había sido sorprendida en acto de adulterio⁴³ —en **“el acto mismo”** (versículo 4). Estos hipócritas, al considerarse a sí mismos justos, no estaban preocupados de la ira de Dios hacia su propio pecado, porque se fijaban en los demás —como en esta mujer— como pecadores. Debido a que Jesús demostraba tal compasión por los pecadores y Él pasaba tanto tiempo con ellos, los escribas y fariseos quisieron poner a Jesús en una situación imposible. Pretendían que Él optara por mostrarse suave con el pecado o en una línea dura y así perder popularidad frente al pueblo, dando Su anuencia para matar a esta mujer.

Le recordaron que la Ley requería que esa mujer muriera. Por supuesto que estaban en lo correcto; pero también era necesaria la muerte del hombre (ver Levítico 20:10ss.; Deuteronomio 22:22ss.). Entonces le pidieron Su opinión con respecto a lo que debía hacerse con aquella mujer. ¿Se atrevería Jesús a desafiar la Ley de Moisés?

Jesús estaba más interesado en la hipocresía de los escribas y de los fariseos que someter a muerte a la mujer. Si los pecadores debían morir (pues la paga del pecado es la muerte—el alma que pecare deberá morir), entonces que los que no tienen pecado, tiren la primera piedra. Nadie podía tener el coraje de asumir que no tenían pecado. Nadie se atrevió a afirmar que era lo suficientemente justo como para pronunciar un juicio y comenzar la ejecución. Y es así que todos los que acusaban a esta mujer, desaparecieron uno por uno, desde el más anciano al más joven.

Entonces, Jesús le habló a la mujer, preguntándole dónde estaban los que la habían acusado. Ella contestó que nadie había quedado para acusarla. Jesús entonces, le dijo: **“Ni yo te condeno; vete, y no peques más”**. De estas palabras se deduce claramente que la mujer había pecado. ¿Por qué entonces nuestro Señor no la condenó? Solo Él **“no tenía pecado”**. Sólo Él podía haber tirado la primera piedra. En vez de ello, le dijo que Él no la condenaba y que debía seguir su camino; pero no su vida de pecado.

¿Por qué el Señor Jesús podía hacer y decir estas cosas? ¿Por qué Jesús no obedeció la ley, arrojándole una piedra a la mujer? La razón es simple y puede resumirse en una sola palabra:

gracia. El propósito de Jesús en Su primera venida, no es la condenación sino la salvación. Él vino a buscar y a salvar a los pecadores. Legítimamente podía negarse a arrojarle a una piedra a esta mujer, no porque la Ley estuviera errada, sino porque Su propósito al venir fue sufrir Él mismo la sentencia a muerte. Vino a morir por los pecados de aquella mujer y es así que Él ciertamente no le arrojaría una piedra. No estaba minimizando su pecado, o sus consecuencias; sino anticipando aquel día cuando Él cargaría el castigo por los pecados en la cruz del Calvario. Eso, amigos míos, es la gracia de Dios; la gracia que nuestro Señor vino a proveer a través de Su muerte por sustitución en el lugar que le pertenece al pecador.

Conclusión

No existe palabra más dulce para los oídos del pecador, que la palabra *gracia*. Y no hay nada más repulsivo para el hombre que se autoconsidera justo, que la gracia, pues este tipo de hombres, niegan sus pecados y exigen de Dios Sus bendiciones, como que lo merecieran.

¿Ha pensado alguna vez que ha sido demasiado pecador, para que Dios lo salve? Entonces, la gracia es para usted la buena nueva que Dios le tiene. *Vuestra salvación no está basada en lo bueno que usted puede ser y su salvación no está prohibida por lo pecador que ha sido.* Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores y el apóstol Pablo nos dice que gana el primer premio por ser el **“jefe de los pecadores”** (1ª Timoteo 1:15). Usted deberá ponerse en la fila, detrás de Pablo (y de mí), si piensa de usted mismo como demasiado pecador. Nunca será usted demasiado pecador para ser salvo, ni tan bueno, ni tan justo en sí mismo, ni tan autosuficiente. En ninguna parte la gracia es más elocuente, más gloriosa, más preciosa que cuando se contrasta con el pecado —nuestro pecado.

Antes que nos volvamos demasiado presumidos en nuestra condenación a los hombres como Jonás, permítanme preguntarles si alguna vez se han enojado con Dios. Me aventuro a decir que ha sido así, lo reconozca y lo admita o no. Y, ¿porqué se enojó con Dios? Porque sintió que Él no le dio lo que merecía. Se enojó porque Dios no le estaba tratando sobre la base de otra cosa, que no fuera la gracia. No es obligatorio dar gracia a los pecadores. Y los pecadores impíos no tienen derecho a protestar si Dios no les da Su gracia, pues ésta no es algo que pueda merecerse o ganarse bajo ningún concepto.

La gracia es una noticia tan maravillosa, una oferta tan gloriosa para aquellos que se reconocen como pecadores, porque ellos saben que no merecen otra cosa que la ira de Dios. La gracia sólo es repugnante para los que se creen justos en sí mismos. La gracia también es la base de la humildad. La gracia declara que todos los hombres en su condición de perdidos, son iguales. **“...por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”** (Romanos 3:23). Todos merecemos el sufrimiento eterno del infierno. Todo pecador está perdido y condenado y pronto a ser sentenciado a destrucción, destituido de la gracia de Dios. La gracia no sólo declara que todos están igualmente perdidos; también declara que todos los que son salvos, son iguales. No somos salvos por nuestras obras, por nuestros esfuerzos o por nuestros méritos. Somos salvos por la obra de nuestro Señor Jesucristo, en la cruz del Calvario, por la muerte de sustitución, en el lugar que nos correspondía a nosotros y Su resurrección y Su ascensión a los cielos para sentarse a la diestra del Padre. La gracia pone a todos los hombres en el nivel del suelo. No hay lugar para la arrogancia con respecto a la gracia, excepto jactarnos en Aquel que nos ha otorgado Su gracia.

La gracia es la regla de vida y también es el tema que predomina en nuestras vidas mientras vivimos aquí en este mundo sirviendo a Dios y a Su iglesia. Debemos demostrar esta gracia a los demás, de la misma manera que Dios lo ha hecho con nosotros. La gracia está también siendo atacada por aquellos como Jonás y como los líderes religiosos del Nuevo Testamento. Siempre debemos estar en guardia en contra de aquellos que tratan de destruirla insidiosamente.

De todas las verdades que agitan vuestra alma, que provocan la adoración y el servicio y que originan en usted humildad y gratitud, está la verdad que Dios es un Dios de gracia y que esa gracia se ha manifestado en la persona de Jesucristo. *Si usted recibiera la gracia de Dios, debe hacerlo aceptando el don misericordioso de la salvación que Dios ha provisto en y a través de Cristo.* Que nuestros corazones y mentes estén continuamente sacudidos con “la maravillosa gracia de Jesús”.

Citas Citables

En Dios, la gracia y la misericordia son una sola cosa; pero en la medida que nos llegan, son considerados como dos atributos, relacionados ; pero no idénticos.

“Así como la misericordia es la bondad de Dios confrontada con la miseria humana, de la misma forma la gracia es Su bondad dirigida hacia la deuda y el desmerecimiento humanos. Es por Su gracia que Dios imputa mérito allí donde no existía previamente y declara que no existe deuda alguna donde sí existía.

La gracia es el gozo de Dios que le inclina a conferir beneficios sobre aquellos que no los merecen. Es un principio auto-existente inherente a la naturaleza divina y se nos aparece como una inclinación auto-provocada a tener piedad de los impíos, a perdonar a los culpables, a dar la bienvenida a los desechados y a favorecer a quienes estaban desaprobados. La utilidad que tiene para nosotros, hombres pecadores, es salvarnos y conducirnos a sentarnos juntos en los lugares celestiales para demostrar a todas las épocas, las riquezas extraordinarias de la bondad de Dios para con nosotros, en Jesucristo”⁴⁴

“Es el favor eterno y absoluto de Dios, manifestado en la dispensación de las bendiciones espirituales y eternas a los culpables y pecadores”⁴⁵

“La gracia es una provisión para los hombres que están tan caídos que son incapaces de levantar el eje de la justicia, tan corruptos que son incapaces de cambiar su propia naturaleza, tan adversos a Dios que son incapaces a volverse a Él, tan ciegos que son incapaces de verle, tan sordos que son incapaces de oírle y tan muertos que Dios mismo tiene que abrir sus tumbas y levantarlos en resurrección”⁴⁶

“Por cuanto la humanidad fue erradicada del Jardín del oriente, nada ha vuelto a tener el favor divino, excepto a través de la maravillosa misericordia de Dios. Y dondequiera que la gracia fue vista en un hombre, siempre ha sido a través de Jesucristo. Ciertamente, la gracia vino por causa de Jesucristo; pero no esperó Su nacimiento en el pesebre o Su muerte en la cruz, para ser operativa. Cristo es el Cordero herido de muerte desde la fundación del mundo. El primer hombre en la historia de la humanidad en ser reintegrado a la compañía de Dios, vino por su fe en Jesucristo. En la antigüedad, los hombres miraban adelante a la obra redentora de Cristo; en

los últimos tiempos, miran hacia atrás; pero siempre vinieron y vienen por la gracia, por medio de la fe”⁴⁷

“Pero nada enfada más al hombre natural y hace surgir en él su enemistad innata e inveterada en contra de Dios, que presionar sobre él la eterna, libre y soberanía absoluta de la gracia divina. Que Dios haya construido Su propósito desde la eternidad, sin haber consultado previamente a la criatura, es demasiado humillante para el corazón quebrantado. Que la gracia no pueda ser ganada o merecida con esfuerzos propios, es dejar al hombre justo en sí mismo demasiado ocioso. Y que la gracia individualiza a quien le plazca para ser objeto de sus favores, levanta fuertes protestas de los rebeldes presuntuosos”⁴⁸ .

⁴¹ Otros textos del Antiguo Testamento que son adecuados para un estudio de la gracia de Dios, son: Génesis 6:8; Deuteronomio 8:11-20; Nehemías 9 (completo); Salmo 6:1-3; 103:6-18; Isaías 30; 15-18; Joel 2:11-17; Zacarías 12:10-13:1.

⁴² Dudo mucho que Jonás hizo esto con un gran celo o con gozo. Probablemente hizo lo que se le había ordenado, de la peor forma posible, con sólo el mínimo de obediencia. Puedo asegurar esto con bastante certeza, basándome en el Capítulo 4.

⁴³ Qué interesante es observar que el hombre no fue llevado hasta donde estaba el Señor. Con seguridad, conocían al hombre, por cuanto ella fue sorprendida en el acto mismo. ¡Qué hipocresía!

⁴⁴ A.W. Tozer, *The Knowledge of the Holy*, p. 100.

⁴⁵ Abraham Booth, *The Reign of Grace* (de acuerdo a lo citado por Pink, *The Attributes of God*, p. 60).

⁴⁶ G.S. Bishop, de acuerdo a lo citado por Pink, *Attributes*, p. 64.

⁴⁷ Tozer, *Knowledge of the Holy*, p. 102.

⁴⁸ Pink, *Attributes of God*, p. 61.

[Previous Page](#)

[TOC](#)

[Next Page](#)

La Soberanía de Dios en la Historia

Introducción

“Todos en mi familia están convencidos que Dios condujo a un collie llamado Levi a nuestra puerta. Su nombre estaba grabado en el rótulo que colgaba alrededor de su cuello, cuando llegó. ¿Pueden imaginarse a un perro llamado Levi encontrado en la casa de los Strauss? Nuestro hijo menor había estado orando por un perro por cerca de tres años; pero le habíamos indicado algunos requerimientos muy estrictos. Tenía que ser un perro bien estrenado. Tenía que ser gentil, aseado, dócil por cuanto tenía que vivir en el hogar de un pastor en el cual entraban regularmente muchos visitantes.

Cuando mi esposa devolvió al perro a su dueño, cuya dirección también estaba grabada en el rótulo, le dijo: “Si alguna vez desean deshacerse del perro, por favor háganmelo saber”. La sorprendente respuesta fue: “La verdad es que sí quiero hacerlo. Estoy buscando un buen hogar para él en estos momentos”. Mi esposa le dijo que si nos permitía pensarlo por esa noche. Para nuestro deleite, Levi abandonó su casa y encontró el camino a la nuestra a la mañana siguiente. Esta vez decidimos que se podía quedar. Cuando el dueño nos trajo sus papeles, supimos que Levi había sido concebido más o menos en el mismo tiempo que nuestro hijo había comenzado a orar por un perro; había nacido el mismo día del cumpleaños de mi esposa y que era un graduado con honores en la escuela de obediencia. Nunca nadie nos convencería que la llegada de Levi no fue otra cosa que la obra de gracia de nuestro Dios soberano. Además, cumplía con todo el resto de los requerimientos”⁴⁹

Virtualmente, todos los cristianos dan por lo menos un consentimiento oral a la soberanía de Dios. Existen demasiados textos que nos enseñan esta verdad, como para negarla:

“Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todos” (Salmo 103:19).

“Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho” (Salmo 115:3).

“Porque yo sé que Jehová es grande, y el Señor nuestro, mayor que todos los dioses. Todo lo que Jehová quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos” (Salmo 135:5-6).

El significado de la soberanía, puede resumirse así: *Ser soberano es poseer un poder y una autoridad suprema de manera que se está en completo control y puede hacer lo que se quiera.*

En libros que tratan los atributos de Dios, podemos encontrar un número similar de definiciones de la soberanía:

“Los diccionarios nos dicen que *soberanía* significa lo principal o lo más alto, supremo en poder, superior en posición, independiente e ilimitado por nadie”⁵⁰

“Aún más, Su soberanía requiere que Él sea absolutamente libre, lo que simplemente significa que Él debe ser libre para hacer lo que quiera, en cualquier lugar y en cualquier tiempo, para el desarrollo de Su propósito eterno en cada ínfimo detalle sin ninguna interferencia. Si Él fuera menos que libre, Él sería menos que soberano.

Tomando la idea de una libertad no calificada, ésta requiere un esfuerzo vigoroso de la mente. No estamos psicológicamente en condiciones de comprender la libertad, excepto en una forma imperfecta. El concepto que tenemos de ella, ha sido formado en un mundo donde no existe la libertad absoluta. Aquí, cada uno de los objetos naturales es dependiente de muchos otros y esa dependencia limita su libertad”⁵¹

“Se dice que Dios es absolutamente libre porque nadie ni nada puede ser un obstáculo para Él u obligarlo a hacer algo, o a detenerlo. Él es capaz de hacer lo que le plazca siempre, en cualquier lugar y para siempre. Ser así de libre, también significa que Él debe tener una autoridad universal. Por las Escrituras sabemos que Él tiene un poder ilimitado y podemos deducirlo de otros de Sus atributos”⁵²

“Sujeto a nada, sin influencias de nadie, absolutamente independiente; Dios hace lo que le place, sólo de la manera en que Él desea y siempre como Él quiere. Nadie puede contrariarlo u obstaculizarlo. De manera que Su propia Palabra lo declara expresamente: **“Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero”** (Isaías 46:10b). “...y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano...” (Daniel 4:35b). La soberanía divina significa que Dios es un Dios de hecho, al igual que en Su nombre, Él está en el Trono del universo, dirigiendo todas las cosas, obrando en todas las cosas, **“...según el diseño de su voluntad”** (Efesios 1:11b)”⁵³

“La supremacía de Dios en las obras de Sus manos, se representa vívidamente en las Escrituras. Los asuntos inanimados, las criaturas irracionales, todo se desarrolla al mandato del Hacedor. A Su placer, el Mar Rojo se dividió y sus paredes se levantaron como paredes (Éxodo 14); y la tierra abrió su boca y cayeron dentro rebeldes culpables (Números 14). Cuando Él lo ordenó, el sol se detuvo (Josué 10); y en otra ocasión hizo regresar la sombra diez grados en el reloj de Acaz. Para ejemplificar Su supremacía, él hizo que los cuervos le llevaran alimento a Elías (1 Reyes 17), hierro que flotó sobre las aguas (2 Reyes 6:5); leones que no abrieron sus fauces cuando Daniel fue echado en el foso; fuego que no quemaba cuando los tres hebreos fueron arrojados a las llamas. Es así que, **“Todo lo que Jehová quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos”** (Salmo 135:6)”⁵⁴

En un mundo mal dispuesto a reconocer la existencia de Dios, no debiéramos esperar que los incrédulos abracen la doctrina de la soberanía de Dios:

“El ‘dios’ del siglo veinte, no se parece más a la Soberanía Suprema de las Sagradas Escrituras que la llama desfalleciente de una vela, frente al sol del mediodía. El ‘dios’ del cual se habla en estos días en la media de nuestros púlpitos, del que se habla en las Escuelas Dominicales, del que se menciona en la mayoría de la literatura de este tiempo y del que se predica en la mayoría de las llamadas Conferencias Bíblicas, es una invención de la imaginación humana, una invención de un sentimentalismo excesivo... Un ‘dios’ cuya voluntad es resistida, cuyos designios son frustrados, cuyo propósito es puesto en jaque y que no posee un título de Deidad y tan lejos de ser el objeto apropiado de adoración, nada de méritos sino sólo descatos”⁵⁵

En una iglesia, podríamos esperar que el cristiano abrace la doctrina de la soberanía de Dios, tanto por ser una doctrina bíblica como una verdad. Esto puede observarse en teoría; pero no en la práctica. Nuestros problemas con la soberanía de Dios, a menudo llegan cuando ‘la rueda se encuentra con el pavimento’.

“Dios es verdadera y perfectamente soberano. Esto significa que Él es lo más alto y lo más grande que existe. Él controla todo, Su voluntad es absoluta y hace todo lo que desea. Cuando oímos estas afirmaciones, las podemos comprender razonablemente bien y por lo general las podemos manejar hasta que Dios permite que nos suceda algo que no nos gusta. Entonces nuestra reacción normal es resistir la doctrina de Su soberanía. Más que encontrar consuelo en ello, nos enojamos con Dios. Si Él puede hacer todo lo que desea, ¿por qué permite que suframos? Nuestro problema es una incomprensión de la doctrina y un conocimiento inadecuado de Dios”⁵⁶

Es de vital importancia para todo cristiano comprender la doctrina de la soberanía de Dios. He decidido considerar este tema, en dos lecciones. La primera, considera la Soberanía de Dios sobre las naciones del mundo a través de la historia y la siguiente, refleja la Soberanía de Dios en la salvación. El atributo de la soberanía de Dios, pone en problemas a mucha gente y a muchos cristianos. *Pero la soberanía de Dios es crucial porque se enseña en la Biblia y porque es la base para una vida en Dios.* Debemos leer la Palabra de Dios y oír al Espíritu de Dios, para que nos enseñen lo que necesitamos saber acerca de la soberanía de Dios.

Mientras buscaba en las Escrituras una definición concisa de la soberanía divina, me sorprendí al aprender que la definición no se encontraba en el Nuevo Testamento, ni en la pluma del apóstol Pablo, ni la teníamos en Moisés en su Ley y tampoco en alguno de esos grandes profetas como Isaías o Jeremías. La definición más clara de la soberanía de Dios, viene de los labios de Nabucodonosor, el rey de Babilonia. Allí no encontramos un reconocimiento de la soberanía de Dios expresado de malas ganas, sino una expresión de adoración y alabanza:

“Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano y le diga: ¿Qué haces?” (Daniel 4: 34-35).

Este reconocimiento de la soberanía de Dios, está hecho por un hombre que sabe más de la soberanía humana que cualquier americano. Entre los reyes de la historia, este rey es “**el rey de reyes**” (Daniel 2: 37). Él es la “**cabeza de oro**” (Daniel 2: 38). Al comparar el resto de los imperios del mundo con este reino, los primeros son descritos como ‘inferiores’ (ver 2: 39-43). Cuando Daniel le habló a Beltsasar del reino de su padre, Nabucodonosor, describió la extensión de sus dominios:

“El Altísimo Dios, oh rey, dio a Nabucodonosor tu padre el reino y la grandeza, la gloria y la majestad. Y por la grandeza que le dio, todos los pueblos, naciones y lenguas temblaban y temían delante de él. A quien quería mataba, y a quien quería daba vida; engrandecía a quien quería, y a quien quería humillaba” (Daniel 5: 18-19).

En nuestro mundo, no tenemos un líder político que ni siquiera se aproxime a la clase de soberanía humana que vemos en Nabucodonosor. El oficio de Presidente de los Estados Unidos, es una posición de gran poder; pero no es un ejemplo de soberanía. El ex Presidente Richard Nixon, no se vio libre para conducir al país como él quería. Su rol en la conspiración Watergate, le costó su estada en la Casa Blanca. Los presidentes pueden ser criticados (y removidos de su cargo), por conductas sexuales o morales inadecuadas. Ciertamente, no están en condición de cobrar todas sus cuentas, crear cualquier programa que deseen o señalar algún subalterno que les place.

Nabucodonosor fue un hombre de un gran poder militar y político. Gobernó la nación (Babilonia) con muñeca de hierro y Babilonia dominó todos los poderes del mundo de aquellos días. Era el comandante que derrotó y destruyó Jerusalén y quien llevó cautivos a Babilonia, a la mayoría de los judíos. El pueblo de Judá parecía insignificante e impotente frente a este gran hombre, Nabucodonosor y en realidad lo eran. Pero el Dios de los judíos es el Único Dios verdadero y grande. Dios quiso demostrar Su soberanía en la historia y sobre todas las naciones de la tierra, trayendo a un sumiso Nabucodonosor a arrodillarse frente a Él y adorarle.

Esta lección estará enfocada en Daniel 2-4; tres Capítulos que describen los tres eventos que llevaron a Nabucodonosor a arrodillarse con sumisión ante el Dios de los judíos. Veremos de estos tres eventos, cómo Dios demostró Su soberanía sobre las naciones de la tierra y también veremos cómo Dios es soberano en la historia.

Daniel 2: El Sueño de Nabucodonosor y una Revelación Divina

Como resultado de la persistente rebelión de Israel en contra de Dios y su fracaso en seguir las advertencias de los profetas, Dios levanta a Babilonia para derrotar y destruir a Jerusalén a través de una serie de campañas militares:

“De ocho años era Joaquín cuando comenzó a reinar, y reinó tres meses y diez días en Jerusalén; e hizo lo malo ante los ojos de Jehová. A la vuelta del año el rey Nabucodonosor envió y lo hizo llevar a Babilonia, juntamente con los objetos preciosos de la casa de Jehová, y constituyó a Sedequías su hermano por rey sobre Judá y Jerusalén. De veintiún años era sedequías cuando comenzó a reinar, y once años reinó en Jerusalén. E hizo lo malo ante los ojos de Jehová su Dios, y no se humilló delante del profeta Jeremías, que le hablaba de parte de Jehová. Se rebeló asimismo contra Nabucodonosor, al cual había jurado por Dios; y endureció su cerviz, y obstinó su corazón para no volverse a Jehová el Dios de Israel. También todos los principales sacerdotes, y el pueblo, aumentaron la iniquidad, siguiendo todas las abominaciones de las naciones, y contaminando la casa de Jehová, la cual él había santificado en Jerusalén. Y Jehová el Dios de sus padres envió constantemente palabra a ellos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su habitación. Mas ellos hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, hasta que subió la ira de Jehová contra su pueblo, y no hubo ya remedio. Por lo cual trajo contra ellos al rey de los caldeos, que mató a espada a sus jóvenes en la casa de su santuario, sin perdonar joven ni doncella, anciano ni decrepito; todos los entregó en sus manos. Asimismo todos los utensilios de la casa de Dios, grandes y chicos, los tesoros de la casa de Jehová, y los tesoros de la casa del rey y de sus príncipes, todo lo llevó a Babilonia. Y quemaron la casa de Dios, y rompieron el muro de Jerusalén, y consumieron a fuego todos sus palacios, y destruyeron todos sus objetos deseables. Los que escaparon de la espada fueron llevados cautivos a Babilonia, y fueron siervos de él y de sus hijos, hasta que vino el reino de los persas; para que se cumpliese la palabra de Jehová por boca de Jeremías, hasta que la

tierra hubo gozado de reposo; porque todo el tiempo de su asolamiento reposó, hasta que los setenta años fueron cumplidos” (2 Crónicas 36:9-21; ver también Jeremías 25:1-14; 29:15-20).

En uno de los primeros ataques sobre Jerusalén, Daniel fue llevado cautivo (Daniel 1:1-7), Daniel y sus tres amigos reconocieron que su cautiverio fue el juicio de Dios a la nación, por su pecado y sabían que después de 70 años, Dios restauraría nuevamente al pueblo a su tierra (ver Daniel 9:1-2). Se comprometieron a mantenerse puros de la idolatría de Babilonia y no se alimentaron de las provisiones normales de comida para los cautivos (Daniel 1:8-16). Así fue que estos cuatro jóvenes se distinguieron de los demás por su sabiduría y Daniel también era capaz de interpretar sueños y visiones (1:17-21).

Una noche, Nabucodonosor tuvo un sueño que no comprendió y que le provocó mucha desazón. Cuando convocó a los hombres sabios de la tierra, deseaba tener la certeza que la interpretación que le dieran fuera genuina, por lo que lo primero que hizo fue que ellos le contaran el sueño y después que le dieran su interpretación. La respuesta de sus sabios, es importante:

“Los caldeos respondieron delante del rey, y dijeron: No hay hombre sobre la tierra que pueda declarar el asunto del rey; además de esto, ningún rey, príncipe ni señor preguntó cosa semejante a ningún mago ni astrólogo ni caldeo. Porque el asunto que el rey demanda es difícil, *y no hay quien lo pueda declarar al rey, salvo los dioses cuya morada no es con **la carne***. Por esto el rey con ira con gran enojo mandó que matasen a todos los sabios de Babilonia. Y se publicó un edicto de que los sabios fueran llevados a la muerte; y buscaron a Daniel y a sus compañeros para matarlos” (Daniel 2:10-13; énfasis del autor).

¡Cómo le gusta a Dios revelar Su soberanía en contraste con las debilidades y las limitaciones del hombre! El rey desconocía el significado de su sueño y los sabios de la tierra sabían que era humanamente imposible saber lo que el rey había soñado. Les estaba solicitando a hombres algo, que sólo **‘dioses’** podrían satisfacer. Eso era tarea para los **‘dioses’**. El rey estaba llevando su soberanía demasiado lejos al pedir a hombres algo que sólo podían hacer los **‘dioses’**. Pero Daniel era un siervo del Dios Más Alto, el Dios soberano del universo. Su Dios podía revelar el sueño y su significado.

Daniel fue puesto en una situación en la cual debía actuar, pues todos los sabios estaban condenados a morir. En primer lugar, Daniel y sus tres amigos comenzaron a orar para que Dios les revelara el sueño y su significado. Todo esto está directamente relacionado con los versículos 17-21 del Capítulo 1. Daniel alabó al Dios soberano y después le oró pidiéndole la revelación del sueño:

“Entonces el secreto fue revelado a Daniel en visión de noche, por lo cual bendijo Daniel al Dios del Cielo. Y Daniel habló y dijo: Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría. Él muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes; da la sabiduría a los sabios, y la ciencia a los entendidos. Él revela lo profundo y lo escondido; conoce lo que está en tinieblas, y con él mora la luz. A ti, oh Dios de mis padres, te doy gracias y te alabo, porque me has dado sabiduría y fuerza, y ahora me has revelado lo que te pedimos; pues nos has dado a conocer el asunto del rey” (Daniel 2:19-23).

El sueño no sólo fue producto de la sabiduría de Daniel; fue revelado por Dios (2:28). Entonces Daniel le revela el sueño a Nabucodonosor, junto con su significado:

“Tú, oh re, veías, y he aquí una gran imagen. Esta imagen, que era muy grande, y cuya gloria era muy sublime, estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible. La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido. Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tambo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra. Este es el sueño; también la interpretación de él diremos en presencia del rey. *Tú, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad. Y dondequiera que habitan hijos de hombres, bestias del campo y aves del cielo, él los ha entregado en tu mano, y te ha dado el dominio sobre todo; tú eres aquella cabeza de oro. Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo; y luego un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda la tierra. Y el cuarto reino será fuerte como hierro; y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará todo. Y lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; mas habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste hierro mezclado con barro cocido. Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido, el reino será en parte fuerte, y en parte frágil. Así como viste el hierro mezclado con barro, se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro. Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre, de la manera que viste que del monte fue cortada una piedra, no con mano, la cual desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de acontecer en lo por venir; y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación. Entonces el rey Nabucodonosor se postró sobre su rostro y se humilló ante Daniel, y mandó que le ofreciesen presentes e incienso. El rey habló a Daniel y le dijo: Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio” (Daniel 2:31-47; énfasis del autor).*

Las palabras del rey indican su reconocimiento que el Dios de Daniel es un Dios soberano. El ‘dios’ de Daniel no sólo es ‘Dios’, sino el **“Dios de los dioses”**. Él es el Dios que es soberano no sólo sobre los poderes celestiales, sino que también sobre los poderes terrenales. Y también se refiere a Dios como **“el Señor de los reyes”**.

Además, Nabucodonosor alaba al Dios de Daniel por ser el **“que revela los misterios”**. El Dios de Daniel le permitió conocer el sueño del rey y su interpretación. Pero se ve más involucrado por el tema del sueño. Este, según lo revelado e interpretado por Daniel, se trataba acerca del reino de Nabucodonosor y de otros reinos que le seguirían. El suyo era el más grande de estos reinos; pero era que sin embargo, no continuaría. Otros reinos inferiores le seguirían. Al final, se construiría un reino eterno que de alguna forma, sería construido sobre las cenizas de todos los anteriores. La **“cabeza de oro”** era grande; pero **“la piedra cortada no por mano”** (2:34-35; 44-45) era mayor. El reino de Nabucodonosor era grande; pero el reino del futuro era uno que **“permanecería para siempre”** (2:44).

Nabucodonosor reconoció que su reino era inferior al reino eterno que se establecería más adelante y que él era inferior a aquella **“piedra”** que establecería ese reino. También tomó conciencia que el Dios que había revelado ese reino futuro, era el Dios soberano de la historia. Sólo ese Dios podía revelar futuros reyes y reinos, pues sólo un Dios que controla la historia

puede predecir esa historia con siglos de anterioridad.

“He aquí se cumplieron las cosas primeras, y yo anuncio cosas nuevas; antes que salgan a luz, yo os las haré notorias” (Isaías 42:9).

“Te lo dije ya hace tiempo; antes que sucediera te lo advertí, para que no dijeras: Mi ídolo lo hizo, mis imágenes de escultura y de fundición mandaron estas cosas” (Isaías 48:5).

Al parecer, Nabucodonosor reconoció que sólo un Dios que es soberano sobre la historia, puede predecir esa historia antes que los hechos ocurran. Pero hay más todavía de lo que debe aprender acerca de la soberanía divina.

Daniel 3: La Imagen de Nabucodonosor y los Tres Amigos de Daniel

Al parecer, el hecho que Nabucodonosor fuera **“la cabeza de oro”**, tal como se le reveló en el Capítulo 2, se le fue a la cabeza. Al parecer el rey sólo se preocupó de su grandeza y no de la grandeza de Dios y del reino que se establecería sobre la tierra. Hizo una imagen de oro y ordenó a todos que debían postrarse ante ella y adorarla (2:1-6). Todos los que escuchaban la señal de la música, se postraban adorando a la imagen, excepto aquellos judíos fieles como los tres amigos de Daniel, quienes fueron acusados ante Nabucodonosor (2:7-12). En un impulso de rabia, Nabucodonosor convocó a los tres jóvenes y les dio una última oportunidad para aplacar su ira (2:13-15). Su declaración final, determina que se origine otra instancia para que aprenda una nueva lección relacionada con la soberanía de Dios:

“Habló Nabucodonosor y les dijo: ¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que vosotros no honráis a mi dios ni adoráis la estatua de oro que he levantado? Ahora, pues, ¿estáis dispuestos para que al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, os postréis u adoréis la estatua que he hecho? Porque si no la adorareis, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiendo; *¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos?* (Daniel 3:14-15; énfasis del autor).

Aparentemente, Nabucodonosor había olvidado que su soberanía era relativa y que había sido divinamente concedida. Entre los hombres, Nabucodonosor no tenía a nadie superior a él ni siquiera igual a él. Como rey de Babilonia, su poder no podía ser desafiado por nadie. Pero cuando erigió la estatua dorada y ordenó a los hombres a dorarla, traspasó más allá de los límites de autoridad que Dios le ha dado a los hombres. Si no estaba buscando la adoración de sí mismo *como un dios*, ciertamente estaba obligando a los hombres de todas las naciones a adorar a sus dioses. Al parecer, estaba uniendo su grandeza y su poder con sus dioses. Al hacerlo, negaba al Único y verdadero Dios, el Dios de Israel, el Dios a quien previamente había reconocido como el **“Dios de los dioses”** y el **“Señor de los reyes”** (2:47), Mientras que los tres amigos de Daniel, deseaban obedecer a Nabucodonosor como el rey a quien Dios les había puesto como autoridad, no estaban dispuestos a adorar a sus dioses o a él como dios. Debían obedecer al Único Dios verdadero, incluso si ello significaba desobedecer a un rey tan poderoso como Nabucodonosor.

“Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo: No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librára. Y si no, sepas, oh rey, que *no*

serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (Daniel 3:16-18; énfasis del autor).

La respuesta de Sadrac, Mesac y Abed-nego a Nabucodonosor es instructivo concerniente a la soberanía de Dios y a la sumisión. Cuando deciden desobedecerle a este rey, lo hacen como un acto de sumisión a Aquel que tiene la soberanía absoluta, el Dios de Israel. E incluso cuando deben **“obedecer a Dios y no al hombre”** (ver Hechos 5:29), se dirigen al rey con el debido respeto. Su respuesta a Nabucodonosor, revela la profundidad de la comprensión que tenían de la soberanía de su Dios. Sus palabras expresan la confianza que tenían en la soberanía absoluta de Dios. Él es capaz de hacer todo lo que desee. Él no considera las órdenes de los hombres; hace según le plazca:

“Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho” (Salmo 115:3)

“Porque yo sé que Jehová es grande, y el Señor nuestro, mayor que todos los dioses. Todo lo que Jehová quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos” (Salmo 135:5-6)

Debido a que la soberanía de Dios es capaz de hacer lo que le plazca, estos tres siervos de Dios no dicen lo que Él hará. Esto es un asunto de Su voluntad. Él hará con ellos lo que le plazca. Están convencidos que Él puede liberarlos y lo hará. Los liberará de la mano de Nabucodonosor; pero esta liberación puede ser de distintas maneras. Los puede liberar de ser echados en el horno. Los puede liberar de adentro del horno (y lo hace). O los puede liberar a través de la muerte, resucitándoles en el día postrer. Cómo lo hará, ellos no lo saben. Su liberación está dentro del propósito soberano de Dios y ellos no hacen esfuerzo alguno por decir qué método empleará Dios. Eso es asunto de Dios, pues Él es soberano.

Nabucodonosor se encolerizó con la respuesta de estos tres hombres que se atrevieron a desafiar su decreto ‘soberano’. Ordenó a sus siervos a calentar el horno siete veces más que lo habitual y arrojar en él a los tres hombres (3:19-20). El fuego era tan intenso que los siervos del rey que estaban a cargo, murieron a causa del calor. Una vez que los tres hombres estuvieron dentro del horno, lo que el rey vio cuando miró adentro, lo asombró completamente:

“Entonces el rey Nabucodonosor se espantó, y se levantó apresuradamente y dijo a los de su consejo: ¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego? Ellos respondieron al rey: Es verdad, oh rey. Y él dijo: He aquí yo ve cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses” (Daniel 3:24-25)

¿Ordenaría Nabucodonosor a estos hebreos inclinarse ante su imagen dorada y adorar a sus dioses? La cuarta persona en el horno junto a los tres hombres arrojados a él, ¡apareció como uno de los dioses! Obviamente, el ‘Dios’ de estos tres hombres, era más grande que los dioses de Nabucodonosor. ¿Qué **“dios será aquel que os libre de mis manos?”** (3:15). Su Dios, el Dios de los judíos, los liberó.

Al ver la mano de Dios libertar a los tres hombres que él había intentado intimidar con su poder, Nabucodonosor ordenó que los sacaran del horno. Cuando salieron de allí, observó que no estaban heridos ni afectados en absoluto por el fuego. El intenso calor y las llamas que

aniquilaron a los siervos del rey (3:22), ni siquiera quemaron un cabello de estos tres hebreos. Ni siquiera tenían olor a humo. Ahora, Nabucodonosor habla del **“dios”** de los hebreos (ver versículo 15), como **“el Más Grande”** y como **“el Señor de los reyes”** (2:47).

“Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea el Dios de ellos, de Sadra, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, y que no cumplieron el edicto del rey, y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios. Por lo tanto, decreto que todo pueblo, nación o lengua que dijere blasfemia contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, sea descuartizado, y su casa convertida en muladar; por cuanto no hay dios que pueda librar como éste” (Daniel 3:28-29)

Daniel 4: De Caviar a Hierba

El Capítulo 4 de Daniel, es el evento de la coronación final en el trato de Dios con Nabucodonosor, el rey de Babilonia. Observarán que este Capítulo es narrado en parte por el mismo rey Nabucodonosor (ver versículos 1-18). Él confiesa su arrogancia y orgullo y su humillación por la soberana mano de Dios. El Capítulo comienza con la alabanza de Nabucodonosor al Dios soberano de Israel:

“Nabucodonosor rey, a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. Conviene que yo declare las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo. ¡Cuán grandes son sus señales, y cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno, y su señorío de generación en generación” (Daniel 4:1-3)

La ‘caída’ de Nabucodonosor toma lugar después que fue advertido de su humillación por Dios en un sueño que lo espantó (4:5). Todos los sabios de Babilonia fueron incapaces de interpretar el sueño, incluso después de haberseles relatado (4:7). Cuando Daniel fue llevado delante del rey, Nabucodonosor describió su visión:

“Estas fueron las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama: Me parecía ver en medio de la tierra un árbol, cuya altura era grande. Crecía este árbol, y se hacía fuerte, y su copa llegaba hasta el cielo, y se le alcanzaba a ver desde todos los confines de la tierra. Su follaje era hermoso y su fruto abundante, y había en él alimento para todos. Debajo de él se ponían a la sombra las bestias del campo, y en sus ramas hacían morada las aves del cielo, y se mantenía de él toda carne. Vi en las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama, que he aquí un vigilante y santo descendía del cielo. Y clamaba fuertemente y decía así: Derribad el árbol, y cortad sus ramas, quitadle el follaje, y dispersad su fruto; váyanse las bestias que están debajo de él, y las aves de sus ramas. Mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro y de bronce entre la hierba del campo; sea mojado con el rocío del cielo, y con las bestias sea su parte entre la hierba de la tierra. Su corazón de hombre sea cambiado, y le sea dado corazón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos. La sentencia es por decreto de los vigilantes, y por dicho de los santos la resolución, para que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da, y constituye sobre él al más bajo de los hombres. Yo el rey Nabucodonosor he visto este sueño. Tú, pues, Beltsasar, dirás la interpretación de él, porque todos los sabios de mi reino no han podido mostrarme su interpretación; mas tú puedes, porque mora en ti el espíritu de los dioses santos” (Daniel 4:10:18).

Cuando Daniel oyó el sueño que el rey había tenido, se sintió muy preocupado también, pues reconoció que su visión era una advertencia al rey de sobre una sentencia humillante que Dios haría sobre él en el futuro. Está claro que Daniel era sumiso con el rey y desea lo mejor para él. No se deleita en lo malo que le pueda suceder. Nabucodonosor anima a Daniel a hablar libremente acerca del significado de esta visión. Entonces, Daniel procede a informarle al rey acerca del sueño. El gran árbol que vio el rey, le representaba a él, el gran rey de Babilonia. Su tamaño y fuerza y las criaturas que le sustentaban, todas ellas simbolizaban el poder y la majestad de su reino. Estas imágenes hablaban de la 'soberanía' sobre la tierra:

“...tú mismo eres, oh rey, que creciste y te hiciste fuerte, pues creció tu grandeza y ha llegado hasta el cielo, y tu dominio hasta los confines de la tierra” (Daniel 4:22).

Fue evidente para el rey después que Daniel le alarmó sobre este sueño, que había en él un mensaje de advertencia, la amenaza de una caída dramática:

“Y en cuanto a lo que vio el rey, un vigilante y santo que descendía del cielo y decía: Cortad el árbol y destruidlo; mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro y de bronce en la hierba del campo; y sea mojado con el rocío del cielo, y con las bestias del campo sea su parte, hasta que pasen sobre él siete tiempos; esta es la interpretación, oh rey, y la sentencia del Altísimo, que ha venido sobre mi señor el rey: Que te echarán de entre los hombres, y con las bestias del campo será tu morada y con hierba del campo te apacentarán como a los bueyes, y con el rocío del cielo serás bañado; y siete tiempos pasarán sobre ti...” (Daniel 4:23-25).

De la misma manera como la posición de grandeza del rey le fue dada por Dios, también se le quitaría y de este modo el rey sería humillado durante siete años. La majestad y el esplendor que alguna vez fue el gozo del rey, serían ahora cambiados por la humillación de tener la apariencia y conducta de una bestia. Todo esto tendría que haber sido para el bien del rey, para enseñarle la humildad. Debía aprender que la soberanía humana es otorgada a los hombres por medio de la soberanía divina:

“...hasta que conozcas que el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere” (Daniel 25b).

Cualquiera fuera el tipo de soberanía que tuviera el rey de Babilonia, era una soberanía limitada y delegada. La posición y el poder del rey no se debía a su grandeza, sino que más bien a la grandeza de Dios quien le dio su posición de poder.

En esta palabra de advertencia, también había un mensaje doble de esperanza. *Primero*, al rey se le dijo cómo podía evitar el destino sobre el cual se le advertía en el sueño:

“Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: tus pecados redime con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias para con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad” (Daniel 4:27).

La instrucción es apenas diferente de aquella que dieron a la nación de Israel, los profetas Amós y Miqueas:

“Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas. Y si me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni miraré a las ofrendas de paz de vuestros animales engordados. Quitá de mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus instrumentos. Pero corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo” (Amós 5:21-24).

“Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miqueas 6:8).

A la nación de Israel se le prometió que sería soberana por sobre las naciones del mundo (Génesis 18:17-19; 22:17-24; 24:60; 27:29; Deuteronomio 15:6; 28:7-14; ver también Isaías 66). A Nabucodonosor se le dio poder (también a Israel) de manera que pudiera liberar a los oprimidos y cuidar a los más necesitados. En su vanidad y orgullo, Nabucodonosor se fue por el camino del mundo, usando su poder para oprimir a los más débiles, más que ayudarlos. Si se hubiera arrepentido de su orgullo y hubiera usado el poder dado por Dios, tal como él le advirtió, entonces no habría necesidad de humillarse, que era una advertencia del sueño. Si se hubiera arrepentido y hubiera regido correctamente, hubiera evitado que Dios lo castigara.

Hay un *segundo* mensaje de esperanza. Aún si Nabucodonosor ignorara esta advertencia e incluso si se humillara al convertirse en una bestia, esto era sólo temporal —por siete años. Esta humillación produciría el fruto del arrepentimiento y por lo tanto, se restauraría la soberanía que el rey tuvo antes. A Nabucodonosor se le ofreció la esperanza de la restauración si se arrepentía —en ese momento de la advertencia o después de haberse humillado.

Podemos deducir de la propia confesión de Nabucodonosor, que no prestó oído a la advertencia que Dios le dio por medio del sueño y de la interpretación de Daniel. Un año más tarde, neciamente se envaneció de su soberanía como si fuera él el responsable de su éxito. Como resultado, el sueño se hizo realidad:

“Al cabo de doce meses, paseando en el palacio real de Babilonia, habló el rey y dijo: ¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad? Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando vino una voz del cielo: A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino ha sido quitado de ti; y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu habitación, y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere. En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fue echado de entre los hombres; y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves” (Daniel 4:29-33).

No conozco humillación más grande que la que tuvo que pasar este gran rey ni hombre alguno que haya tenido que pasar por algo parecido. Algunos todavía intentan encontrar una instancia en la historia en la que haya ocurrido algo igual, como si el encontrar una situación similar nos asegurase de la verdad de la descripción bíblica. (¡También tratan de encontrar a un hombre que fuera tragado por un pez grande!) Me inclino a pensar que este ha sido un fenómeno único, de un solo tiempo, que señala la intervención de Dios en la historia humana. Es difícil comprender la dolencia exacta, porque la descripción de Nabucodonosor, es narrada en términos que hablan de su apariencia y no de la enfermedad que tenía realmente. No se trata que le crecieran plumas,

sino que su cabello había crecido tanto y tan desordenado que aparentemente parecía que tenía en vez de cabello, un frondoso plumaje. Sus uñas no eran garras de ave, sino que estaban tan largas que parecían garras. Y encima de todo esto, el rey comía pasto, *igual* que el ganado y obviamente estaba con su mente perturbada.

Cualquiera haya sido la dolencia del rey, cumple con el propósito divino en el marco de tiempo exacto que se había señalado —siete años. El rey dirigió su vista hacia el cielo y su sanidad fue restaurada. Inmediatamente alabó al Dios Altísimo. Confesó que sólo Él era el soberano y que Él hace lo que desea hacer, de manera que nadie debería atreverse a desafiar Sus obras (versículos 34-35).

Conclusión

Hemos estado considerando la soberanía de Dios según se enseña en los Capítulos 2-4 del Libro de Daniel. La soberanía de Dios fue una verdad que los judíos desobedientes en Babilonia necesitaban comprender y también es una verdad que se necesita comprender desesperadamente en nuestros días. Consideremos cómo la soberanía de Dios relacionada con los judíos en el cautiverio en Babilonia y más tarde, cómo la soberanía de Dios es aplicada a nosotros en el día de hoy.

Dios es soberano sobre los gobiernos seculares. A través de la historia de Israel, Dios usó a las naciones paganas para cumplir Sus propósitos. Dios usó a Egipto para preservar y proliferar a la nación de Israel durante 400 años antes que poseyeran la tierra prometida. Dios usó el endurecido corazón de Faraón para desplegar Su grandeza y poder. Usó a las naciones vecinas para castigar a Israel cuando la nación cayó en pecado y en desobediencia. Usó a las naciones de Asiria y Babilonia para conducir a los judíos al cautiverio. Incluso Nabucodonosor fue llamado “**el siervo**” de Dios (Jeremías 25:9; 27:6; 43:10). El saqueo de Judá y de Jerusalén, no fue por casualidad; no fue sólo el destino. Fue la obra adicional del plan y propósito del Dios soberano de Israel para lograr Sus propósitos, para cumplir con Sus promesas y profecías.

La soberanía de Dios fue importante para los judíos, como lo es para nosotros, porque es la base de nuestra seguridad que las profecías de Dios con respecto a Su futuro reino serán cumplidas. La visión que Dios le dio a Nabucodonosor en el Capítulo 2, fue de la venida del reino eterno en el cual Cristo, “**la piedra cortada sin manos**”, sería establecido. Debería ser establecido aboliendo los actuales reinos de los hombres. Sólo un Dios soberano es el tema principal de Daniel. Este es un libro de historia y profecía. La soberanía de Dios es demostrada en las porciones históricas. En las porciones proféticas, la soberanía de Dios no es sólo demostrada, sino que es asumida. El Dios que se ha mostrado a Sí mismo soberano sobre las naciones, es el Dios que promete establecer Su reino sobre todas las naciones.

Aquí tenemos una lección que debemos aprender y recordar constantemente en nuestro siglo veinte. Vivimos días de caos y de cambios. La Unión Soviética, se ha disuelto frente a nuestros ojos. La Muralla de Berlín ha sido demolida. Las naciones se encuentran en diferentes guerras civiles y miles de vidas inocentes están siendo sacrificadas en el lugar al que miremos, aparentemente sin ayuda alguna. Los cristianos se estremecen cuando un demócrata es elegido para asumir el más alto de los cargos de la tierra. Es como si no se creyera en la soberanía de Dios.

Nuestro problema no es nuevo. El problema es asumir que Dios no tiene el poder suficiente para trabajar en Su plan y propósitos donde el poder está en manos de los paganos. Este fue el error de Abraham que lo indujo a mentir acerca de la identidad de su esposa, haciéndola pasar por su hermana:

“Dijo también Abimelec a Abraham: ¿Qué pensabas, para que hicieras esto? Y Abraham respondió: *Porque dije para mí: Ciertamente no hay temor de Dios en este lugar, y me matarán por causa de mi mujer.* Y a la verdad también es mi hermana, hija de mi padre, mas no hija de mi madre, y la tomé por mujer” (Génesis 20: 10-12; énfasis del autor).

Dios no sólo usó a Nabucodonosor para castigar a Su pueblo. Prácticamente Él hizo que este rey pagano se arrodillara frente a Él. Dios ‘sometió’ a este rey a Sí mismo. Dios lo llevó a la fe. Esta nación de Israel debía ser **“luz para los gentiles”**. Debían proclamar el evangelio de Jesucristo a los gentiles, pues la salvación concedida por Dios, no era sólo para los judíos. Se rehusaron a hacerlo, por lo que Dios originó la evangelización de los gentiles a través de los incrédulos y de la rebelión de los judíos. El pecado de la nación les llevó a ser subyugados y cautivados en Babilonia. Allí, santos de Dios como Daniel, fueron testigos del Dios de Israel e incluso este rey soberano llegó a doblar sus rodillas delante de Dios, alabándole y adorándole. Dios no es soberano solamente entre Su pueblo y en la tierra de Canaán, ¡sino que en toda la tierra y asimismo en el cielo!

Esto debe significar que Dios es soberano en las decisiones del Presidente de los Estados Unidos, sobre las leyes aceptadas por el Congreso e incluso sobre las decisiones tomadas por la Corte Suprema. Dios es soberano incluso sobre el Servicio de Impuestos Internos. Dios es soberano sobre reyes y reinos. Si esto es verdad, entonces debemos creer que cada rey, cada persona en posición de tener poder político, está allí por designación divina (ver Romanos 13: 1-2). Esto significa que a todas nuestras autoridades les debemos nuestro respeto, nuestra obediencia y nuestros impuestos, a no ser que en forma específica alguna de estas instancias nos insten a desobedecer a Dios (Romanos 13: 1-7). Esto significa que las leyes, decisiones y decretos que formulan —incluso aquellas que castigan o persiguen a los santos— tienen un propósito divino. Es posible que sea necesario desobedecer a nuestros gobernantes, como sucedió con Daniel y sus tres amigos; pero sólo en caso que al obedecer a los gobernantes signifique desobedecer a Dios. En el caos y maldad de nuestros días, no perdamos de vista el hecho que Dios es soberano en la historia y soberano incluso sobre los poderes paganos.

La soberanía de Dios es una verdad que no se aprende rápida o fácilmente. La soberanía de Dios está claramente revelada en las Escrituras; pero con frecuencia es necesario pasar por una secuencia de circunstancias adversas antes que se haga parte de nuestro pensamiento y de nuestra conducta. En estos tres Capítulos (2-4) de Daniel, Dios convence a Nabucodonosor progresivamente de Su soberanía. Nabucodonosor profesó creer en la soberanía de Dios en el Capítulo 2, después que su sueño fue revelado e interpretado por Daniel. Pero en el Capítulo 3, vemos que el rey intenta obligar a quienes están bajo su autoridad a adorar un ídolo, una afrenta al Dios soberano de Israel. Cuando Dios libera a Sadrac, Mesac y a Abed-nego del horno ardiente, nuevamente Nabucodonosor proclama que Dios es soberano. Pero en el Capítulo 4, vemos a este mismo rey exaltándose a sí mismo lleno de orgullo y a Dios teniendo que humillarlo durante siete años de enfermedad.

En el Capítulo 2, Nabucodonosor vio la relación de la soberanía de Dios con la futura historia del mundo. En el Capítulo 3, se le mostró al rey la relación entre la soberanía de Dios y su poder

para decretar leyes y castigar a los hombres. Ahora, en el Capítulo 4, el rey Nabucodonosor comienza a ver cómo la soberanía de Dios está relacionada con sus actitudes personales y con sus actos como rey de Babilonia. El rey comenzó a ver su posición y su poder como una medida de grandeza personal. Fue anulado con poder y orgullo. Aparentemente, comenzó a abusar con su poder, tomando ventaja de los débiles y de los vulnerables más que usar su poder para protegerles y proveerles lo que necesitaban. Dios les enseñó a Nabucodonosor que su posición y poder eran dados por Él y eran una manifestación de Su grandeza —y no del hombre. Realmente, Dios levanta **“a los que Él quiere”** y **“constituye sobre Él al más bajo de los hombres”** (Daniel 4:17). El poder y la posición, son privilegios otorgados por Dios; también son una mayordomía de los cuales no debemos enorgullecernos, sino que usarlos para beneficio de los demás.

Hoy día, muchos desean ser líderes por razones similares a las que tenía Nabucodonosor. Desean gobernar. No desean servir a los demás, sino ser servidos. No son distintos a los discípulos durante el ministerio inicial de nuestro Señor. No son diferentes a muchos cristianos de hoy, que buscan el liderazgo, no para servir sino para tener un status y ser servidos. Aquellos que tienen cargos de poder y prestigio, deben estar atentos con el orgullo, debiendo recordárseles siempre que ese liderazgo es tanto concedido por Dios como una manifestación de Su grandeza —no nuestros.

A menos que pensemos que el rey Nabucodonosor era diferente a como somos nosotros, debemos considerar que en nuestros días, los individuos buscan ser soberanos. Desean ser autónomos e independientes, capitanes de sus propias almas, maestros de sí mismos. Tal vez, en nuestros días más que en cualquier otra época, prevalece el individualismo. Esta es la época del ‘yo’, como lo anticiparon las Escrituras (2ª Timoteo 3:1, 2a). Un amigo me entregó un folleto para un seminario que promete enseñar los diez pasos para el éxito. Cada uno de los pasos, está dominado por la palabra ‘yo’. Nosotros, al igual que Nabucodonosor y como su predecesor y el nuestro, Satanás, deseamos ser ‘dioses’. Deseamos destronar al Dios Único y Verdadero y entronarnos a nosotros mismos. Permitamos que Nabucodonosor sea nuestro profesor y humildemente doblemos nuestra rodilla ante Él —de quien, a través de quien y para quien son todas las cosas:

“Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Romanos 11:36).

Apéndice

Textos

Sobre la Soberanía de Dios en La BIBLIA

- Génesis 50:20
- Éxodo 18:11
- Deuteronomio 4:39
- 1 Samuel 2:1-10
- 2 Reyes 19:15
- 1 Crónicas 29:11-12
- 2 Crónicas 20:5-6
- Job 9:12; 12:13-25; 23:13; 33:12-13; 41:11; 42:2

- Salmos 2 (todo); 22:27-28; 37:23; 75:6-8; 76:10; 95:3-5; 103:19; 115:3*; 135:5-18 (5-6)
 - Proverbios 16:1-5, 9, 33; 19:21; 20:24; 21:1
 - Eclesiastés 3:14; 9:1
 - Isaías 14:24-27; 40:12-15, 18, 22, 25; 44:6, 24-28; 45:5, 7, 9-13; 46:9-11
 - Jeremías 18:6; 32:17-23, 27; 50:44
 - Lamentaciones 5:19
 - Daniel 2:21, 37-38; 4:17, 32, 34-35; 5:18; 6:26; 7:27
 - Mateo 11:25-26; 20:1-16
 - Juan 19:11
 - Hechos 2:22-24; 4:24-28; 17:26
 - Romanos 8:28; 11:36; 14:11
 - Efesios 1:11; 4:6
 - Filipenses 2:9-11
 - Colosenses 1:16-17
 - 1ª Timoteo 6:15
 - Hebreos 1:3
 - Santiago 4:12
 - Apocalipsis 1:5-6
-

⁴⁹ Richard L. Strauss, *The Joy of Knowing God* (Neptune, New Jersey: Loizeaux Brothers, 1984), p. 118.

⁵⁰ Ibid., p. 114.

⁵¹ A.W. Tozer, *The Knowledge of the Holy* (San Francisco: Harper & Row, Publishers, 1961), p. 115.

⁵² Ibid., p. 116.

⁵³ A.W. Pink, *The Attributes of God* (Swengel, Pa.: Reiner Publications, 1968), p. 27.

⁵⁴ Ibid., p. 25.

⁵⁵ Ibid., pp. 23, 24.

⁵⁶ Richard Strauss, *The Joy of Knowing God*, pp. 114-115.

La Soberanía de Dios en la Salvación (Romanos 9:1-24)

Introducción

Al acercarse el tiempo en que mi seminario de entrenamiento llegaba a su fin, tenía que pensar en lo que haría después de la graduación y dónde desarrollaría aquello que deseaba hacer. En mi mente había determinado que Houston, Texas, era uno de los lugares donde no deseaba ir. Aunque siempre decía que Houston estaba fuera de mi planes, de alguna manera pensé seriamente que no consideraría ninguna solicitud que viniera de allí. En ese tiempo, internamente saqué a Houston de la lista negra que había hecho en mi corazón: “Está bien, Dios. Incluso consideraré Houston”, suspiré. Esa noche, un grupo de Houston me telefoneó, a quienes nunca había contactado. Aún cuando consideré la oportunidad de ministrar allí, debo admitir que sentí bastante alivio cuando no se materializó.

Aunque nos gusta creer que estamos completamente sometidos a la soberanía de Dios, virtualmente todos tenemos algunas áreas que conciente o inconcientemente hemos rodeado con una reja, como si Dios pudiera ser ‘soberano’ sólo en algunas áreas de nuestra vida y no en otras. La mayoría de los cristianos profesan creer en la soberanía de Dios, pero se rehúsan a concederle que obre en algunas áreas. Generalmente, la muerte es asignada a la categoría de la soberanía de dios, pues no tenemos control alguna sobre ella. Los desastres son considerados materia de la soberanía divina sobre los cuales incluso los incrédulos se refieren a ellos, como ‘obras de Dios’.

La mayoría del evangelicalismo se rehúsan a otorgar su obra a la soberanía de Dios cuando llegan a la salvación de los pecadores, aunque ese rechazo podría cambiar el hecho de Su soberanía. Están deseando conceder a Dios la gran parte del crédito por el trabajo de Cristo en la cruz y la del Espíritu Santo, en llevar a los hombres a la fe. Pero no admiten que Dios está en completo control (pues esto es precisamente la soberanía —el completo control) de la salvación de los pecadores perdidos. Aunque asintamos que los hombres tienen un rol en este proceso, está absolutamente claro que Dios tiene el control, el completo control del proceso.

Este debate sobre la relación entre el rol que tiene Dios en la salvación y el que tiene el hombre, puede parecer como que está reservado sólo para los académicos. Pero esto no es verdad, pues la soberanía de Dios en la salvación es un doctrina demasiado importante, como lo señaló Martín Lutero:

“Por lo tanto, para el cristiano no es irreverente, inquisitivo o trivial, sino que útil y necesario determinar si la voluntad se involucra algo o nada en los asuntos relacionados con la salvación eterna... Si desconocemos estas cosas, no sabremos nada del resto de los asuntos cristianos, y serán peores que cualquier pagano... Por lo tanto, cualquiera que no las conoce, puede confesar que no es un cristiano. Pues si ignoro lo que puedo hacer, cómo hacerlo y cuán lejos puedo llegar en mi relación con Dios, será igualmente incierto y desconocido lo que Dios puede hacer conmigo, cuánto puede hacer Él por mí y cuán lejos puede llegar en relación conmigo... Y cuando la obra y el poder de Dios son desconocidos por mí, no puedo alabarlos, adorarlos, agradecerles y

servirle, por cuanto desconozco lo que debo atribuirme a mí mismo y lo que debo atribuirle a Dios. Por lo tanto, nos corresponde a nosotros saber distinguir con certeza entre el poder de Dios el nuestro. Entre la obra de Dios y la nuestra, si deseamos vivir una vida en Él”⁵⁷

¿Qué significa cuando decimos que Dios es *soberano* en la salvación? Charles H. Spurgeon lo ha señalado, al igual que puede ser señalado por los hombres:

“Primero, entonces, la Soberanía Divina Ejemplificada en la Salvación. Si cualquier hombre es salvo, lo es por la gracia divina y sólo por la gracia divina; la razón de su salvación no se encuentra en él, sino en Dios. No somos salvos como resultado de algo que hagamos o que deseemos, sino que haremos y desearemos como resultado de la buena voluntad de Dios y de la obra de Su gracia en nuestros corazones. Ningún pecador puede obstruir a Dios; es decir, el hombre no puede adelantársele, no puede anticipársele. Dios está siempre primero en la salvación. Él está antes que nuestras convicciones, antes que nuestros deseos, antes que nuestros temores y esperanza. Todo lo que es bueno en nosotros o lo será bueno, está precedido por la gracia de Dios y es el efecto de una causa divina en ella”⁵⁸

“Nuevamente, la gracia de Dios es *soberana*. Lo que significa que Dios tiene el derecho absoluto de otorgar esa gracia donde Él quiera y para quitarla cuando Él quiera. No está limitado a darla a algún hombre determinado y menos a todos los hombres; si Él determina otorgarla a alguien en especial y no a otro, Su respuesta es: **“¿Es tu ojo ruin porque el mío es malo? ¿No puedo hacer lo que yo deseo? Tendré misericordia con el que tendré misericordia”**”⁵⁹

Las Escrituras dicen lo mismo, enfática y claramente:

“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:44).

“Y dijo: Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre” (Juan 6:65).

“Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna” (Hechos 13:48).

“Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía” (Hechos 16:14).

“Porque, ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque del, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Hechos 11:34-36).

“Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloríese en el Señor” (1ª Corintios 30:31).

“...porque estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la

perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6).

“Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:5).

“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Hebreos 12:2).

Aquellos que son salvos, los son porque Dios les ha elegido para salvación. El Espíritu Santo ha dado vida a un espíritu muerto y comprensión a una mente cegada por el pecado y por Satanás. Los que son salvos pueden decir que han elegido a Dios; pero sólo después que Dios les ha elegido para salvación:

“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, él os lo dé” (Juan 15:16).

El otro lado de la ecuación, también es verdad. Aquellos que están perdidos eternamente, lo son porque Dios no los eligió para salvación:

“Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí. Y dijo: Anda, y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad” (Isaías 6:8-10).

“Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella? También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo. Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida de Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13:3-8).

“La bestia que has visto, era, y no es; y está para subir del abismo e ir a perdición; y los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos desde la fundación del mundo en el libro de la vida, se asombrarán viendo la bestia que era y no es, y será” (Apocalipsis 17:8).

Se debe comprender bien lo que aquí se dice. Para ser salvos, los hombres deben confiar en Jesucristo, como la provisión de Dios para salvar a los pecadores que estaban perdidos. Y cuando lo hacen, es porque Dios les ha dado el corazón para hacerlo. *Hombres que han ejercitado la fe fuera del corazón, Dios les ha hecho creer:*

“Y circuncidará Jehová tu Dios t corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a

Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas” (Deuteronomio 30:6).

“Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo” (Jeremías 31:33).

De la misma manera, cuando los hombres están eternamente perdidos, se debe a que han elegido rechazar la revelación de Dios (Romanos 1:8ss) y Su provisión para la salvación en Jesucristo. ¿Por qué los pecadores se van al infierno? Mueren porque no han elegido a Dios. También porque Dios no les ha elegido para rescatarlos de su pecado y de su rebelión. En términos más simples, los hombres no sólo van al infierno porque Dios lo ha decretado, sino porque lo merecen (ver Apocalipsis 16:4-7).⁶⁰

Muchos textos como los citados anteriormente, reflejan claramente que la salvación no es obra nuestra, sino de Dios y que nosotros no contribuimos en nada a lo que Él todavía no nos ha dado mediante Su gracia. En esta lección, prestaremos nuestra atención que establece con mayor fuerza que los ya leídos, la soberanía de Dios en la salvación. La soberanía de Dios en la salvación, se puede inferir de varios textos bíblicos y se establece claramente en otros. Pero el Capítulo 9 de Romanos, está dedicado a establecer la soberanía de Dios en la salvación. Es el tema del texto y la conclusión de todo el Capítulo. No está simplemente implícita o levemente señalada; sino que es declarada, probada e incluso defendida en contra de las objeciones populares de esta verdad. Es por esta razón, que veremos la inspirada lógica de Pablo a través de los primeros 24 versículos de Romanos 9.

La Deplorable Promesa de Israel (Romanos 9:1-5)

“Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón, Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, bendito por los siglos. Amén”

En los primeros ocho Capítulos del Libro de Romanos, Pablo establece la explicación más detallada y racional del evangelio de Jesucristo. Entre Romanos 1:18-3:20, Pablo establece la doctrina de la depravación humana —esa condición pecadora y caída de todo ser humano, sin excepción— que ubica a los pecadores bajo la sentencia de la condenación divina, sin esperanza de salvación aparte de la intervención divina. Entre Romanos 3:21-5_21, Pablo explica la provisión divina en la los pecadores pueden ser justificados por fe en Cristo. En los Capítulos 6-8, Pablo habla de las implicaciones presentes y futuras de esta justificación por fe.

Hasta ahora, Pablo ha hablado tanto de judíos como gentiles como los receptores de la justificación por fe. En los Capítulos 9-11, demuestra que la incredulidad de los judíos y la salvación de los gentiles, no son evidencias de un error de la Palabra de Dios, sino más bien a un cumplimiento inesperado; pero preciso, de Su Palabra. En el Capítulo 9, Pablo da a conocer que *la doctrina de la elección es una manifestación de la soberanía de Dios en la salvación* y que explica la incredulidad de muchos judíos y también la conversión de muchos gentiles. Para

decirlo con simplicidad, aquellos muchos judíos (y gentiles) que han rechazado la obra de Jesucristo y que por lo tanto, están perdidos eternamente, son una ilustración de la soberanía de Dios en la salvación. Y aquellos gentiles (y judíos) que han llegado a la fe en Jesús, como el Mesías prometido, son salvos por la obra externa de la soberanía de Dios en la salvación.

Dos Observaciones Muy Importantes

Antes de considerar los detalles de este pasaje, se deben considerar dos observaciones muy importantes concernientes al texto como un todo. Estas observaciones son necesarias, debido a aquellos que no quieren reconocer la soberanía de Dios en la salvación (incluyendo especialmente la doctrina de la elección). Evitan evitar el tema, insistiendo que Pablo está hablando aquí de una elección corporativa y no individual, y que esta elección no está dirigida a la salvación o al tormento eterno, sino más bien a ciertas bendiciones. El texto nos obliga fuertemente a diferir con este punto de vista y a oponernos.

Primero, deberíamos observar que los versículos 1-5, reforzados por los versículos 22-23, insisten que se trata de la salvación y de nada menos. En términos simples, Pablo está hablando acerca del cielo y del infierno, quienes van allá y porqué. Pablo está muy desesperado porque sus hermanos israelitas están perdidos y bajo la condenación divina. ¿Por qué entonces dice que desea ser maldito, separado de Cristo, a favor de sus hermanos (Romanos 9:3)? La curación no debe ser más grave que la enfermedad y es así que vemos que la enfermedad es la de los condenados eternos.

Segundo, observamos que el texto no se trata acerca de una salvación colectiva, sino que de una individual. Decir que la salvación es colectiva, es no comprender que esto es precisamente lo que el pasaje rechaza. Los judíos amaban la doctrina de la elección, porque aplicaban equivocadamente la elección corporativa a la descendencia de Abraham.⁶¹ Creían que ellos eran los elegidos de Dios y todo el resto los no elegidos. Creían que todos los judíos irían al cielo y todos los gentiles al infierno. A unos pocos gentiles que primero tendrían que hacerse prosélitos, se les podría otorgar la bendición de irse al cielo. La elección, vista de esta forma, era un deleite para los judíos. Pero esta no es la elección que enseña la Palabra de Dios.

Esta es exactamente la clase de 'elección' a la que Pablo se opone. En Romanos 9, Pablo prueba que la elección de Dios no es corporativa y que no todos los descendientes físicos de Abraham y de Jacob (también llamado Israel), eran receptores de las prometidas bendiciones de Dios. El fallo de la nación de Israel con relación al Mesías, no fue un error de la Palabra de Dios, sino el de aquellos que presumieron que las benditas promesas de Dios, eran colectivas —con lo que se incluían en ellas a todos los judíos y excluían a todos los gentiles. Por lo tanto, en Romanos 9:6-18, Pablo cita tres ilustraciones de la elección individual de Dios: Isaac y no Ismael (9:6-9); Jacob y no Esaú (9:10-13) y Moisés y no el Faraón (9:14-18).

De acuerdo a lo que Pablo dice, el problema de la incredulidad judía (en Jesús como el Mesías) y de la creencia de los gentiles no se debe considerar como que si las promesas de Dios hubieran fracasado. Más bien, la bendición de salvación de Dios jamás se ha concedido sobre la base de lo que son o hacen los hombres. *La salvación siempre ha sido sobre la base de la elección divina.* Tampoco son elegidas las personas que son 'merecedores', porque las que 'no lo merecen', no lo son. Los que han sido elegidos, son los que no son merecedores de haberlo sido, los que cuya salvación se debe solamente a la soberana gracia de Dios. En este Capítulo de Romanos, Pablo

insiste en que *Dios por último determina el destino eterno de los hombres*. Sólo aquellos que Él ha escogido le escogerán a Él. Aquellos a quienes Él ha rechazado, le rechazarán persistentemente. Dios elige a algunos para ser salvos y ordena la condenación eterna para el resto. En Romanos 9, Pablo no sólo demuestra la verdad de esta afirmación a partir del Antiguo Testamento; también manifiesta las objeciones que la doctrina de la elección provoca. Entonces las responde de un modo que defiende la doctrina de la soberanía de Dios en la salvación.

En los versículos 15, Pablo revela lo que su corazón siente con relación a sus hermanos israelitas. No escribe como un traidor a su nación, sino como un verdadero patriota. Él ama a sus hermanos israelitas y si pudiera, estaría dispuesto a sacrificar su vida por su salvación. Escribe con un corazón quebrantado y con un deseo sincero de ver a su pueblo salvo.

La condición espiritual deplorable de la nación de Israel, no se debe a una falta de exposición a Dios, sino que más bien es a pesar de los privilegios espirituales no paralelos que Dios se prodiga con los judíos. Su incredulidad, a pesar de tantos privilegios que Dios les ha otorgado, les separó de Él. Consideremos algunos de estos privilegios:

- (1) Su adopción como hijos (su llamado a ejercitar que la soberanía de Dios gobierna sobre la tierra —Éxodo 4:22-23; 2 Samuel 7:12-6; Salmo 2:1-9; comparar con Romanos 8:18-25).
- (2) La gloria (la revelación de la gloria de Dios a los israelitas —Éxodo 40:34-35; 1 Reyes 8:10-11).
- (3) Los pactos (Génesis 12:1-3; 17:2; Deuteronomio 28-31).
- (4) La entrega de la Ley (Éxodo 20ss; Deuteronomio 5ss; Salmo 147:19).
- (5) El servicio del templo (Deuteronomio 7:6; 14:1ss; Hebreos 9:1-10).
- (6) Las promesas de Dios (Hechos 2:39; 13:32-33; Gálatas 3:13-22; Efesios 2:12).
- (7) Los patriarcas (Deuteronomio 7:8; 10:15; Hechos 3:13; Romanos 11:28).
- (8) Los judíos (específicamente la tribu de Judá) son el pueblo del cual saldrá el Mesías (Génesis 12:1-3; 2 Samuel 7:14; Mateo 1:1-16; Lucas 1:26-33).

A pesar de sus tantos privilegios, la condición de Israel ilustra un principio muy relacionado con la doctrina de la soberanía de Dios en la salvación o, más sencillo, la elección divina: *La salvación de Dios no está dirigida hacia los privilegiados, a quienes podríamos juzgar merecedores de la salvación, sino a aquellas almas patéticas que no son merecedoras de la salvación, a quienes el mundo incrédulo considera no merecedores de ella.*

Los escribas y los fariseos no podían comprender la razón porqué Jesús les asociaba con los **'pecadores'**. La respuesta de nuestro Señor, no era la que querían oír:

“Y Leví le hizo gran banquete en su casa; y había mucha compañía de publicanos y de otros que estaban a la mesa con ellos. Y los escribas y los fariseos murmuraban contra los discípulos, diciendo: ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores? Respondiendo Jesús, les dijo: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Lucas 5:29-32).

Las palabras de Pablo a los cristianos corintios, tampoco adulan a los santos, pues enfatizan que la salvación es el resultado de la elección de Dios y que aquellos que Él elige no son los que nosotros esperaríamos:

“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil de mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia. Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor” (1ª Corintios 1:26-32).

En este texto se dicen dos cosas que debiera evitar que un cristiano se enorgullezca o crea que él tiene algo que ver en su salvación. *Primero*, es Dios quien lo ha hecho todo. Es **‘por Su obra’** que alguien es salvo (versículo 30). Es Él quien nos ha elegido (primero), no nosotros que le hayamos escogido a Él (Juan 15:16). *Segundo*, no nos atrevamos a jactarnos en nosotros mismos como cristianos, porque por lo general la gente que Dios elige es aquella que ha sido necia, débil y deshonesto (versículos 27-28). Si alguien se jacta en su salvación, se debe jactar en el Señor, pues la salvación es del Señor.

El error del judaísmo es haber pretendido que al haber tomado parte de los privilegios nacionales de Israel (los que se detallan en los versículos 4-5), les asegura de tomar parte en forma individual de la bendición de la salvación eterna. Juan el Bautista, atacó este error en los primeros tiempos del Evangelio:

“Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aún de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego” (Mateo 3:8-10).

La salvación no está determinada por sus ancestros o por su raza; no está determinada sobre la base de algún privilegio que hayamos recibido. La salvación está basada solamente en la elección individual de Dios, que resulta en tener fe en Jesucristo, para el perdón de los pecados y el don de la vida eterna.

Hay quienes asumen erróneamente que el crecer en un hogar cristiano, les asegura la bendición de la salvación. Existen privilegios en el hecho de ser parte de una familia cristiana (ver 1ª Corintios 7:12-14); pero no hay seguridad en que por el hecho de haber crecido en una familia cristiana, le haga salvo. Muchos padres cristianos se sienten culpables si sus hijos no creen en Cristo; pero ellos no tienen control alguno sobre este asunto. Todo lo que pueden hacer es vivir su fe en obediencia a las Escrituras en el contexto familiar y reconocer que la salvación es del Señor. El crecimiento en medio de cristianos, no es garantía de salvación, de la misma manera

que crecer en un ambiente pagano no le condena a uno a ser un incrédulo. De la misma forma como no debemos enorgullecernos de nuestra propia salvación, o de la de alguien más, tampoco debemos culparnos a nosotros mismos cuando aquellos que amamos rechazan el evangelio que nosotros hemos abrazado.

¿Salió Algo Mal en el Plan? (Romanos 9:6-13)

“No que la palabra de Dios haya fallado; porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos; sino: En Isaac te será llamada descendencia. Esto es: no los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes. Porque la palabra de la promesa es esta: Por este tiempo vendré, y Sara tendrá un hijo. Y no sólo esto, sin también cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre. (pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí”

Isaac, no Ismael (Romanos 9:6-9)

Una primera mirada, nos sugiere que algo ha ido mal. Si muchos judíos están rechazando a Jesús como el Mesías y muchos gentiles están llegando a Él por medio de la fe, ¿no es lo contrario de lo que Dios prometió? ¿Ha ido algo mal en el plan de Dios? Con más precisión, ¿han fallado las promesas de Dios? ¿Ha fallado la Palabra de Dios (versículo 6)? Pablo nos informa inmediatamente que no ha habido falla alguna en la Palabra de Dios. Está pronto a probar que la Palabra se ha cumplido en lo que respecta a los judíos y gentiles. El plan de Dios de la salvación de los hombres, se está cumpliendo no como lo esperaríamos nosotros (ver Romanos 11:33-35); sino como lo ha prometido Dios.

La doctrina de la elección divina es la única explicación adecuada para el alejamiento de los judíos incrédulos y para el acercamiento a la fe de los gentiles. Esto es importante para nosotros, porque en el análisis final, la última explicación para los no creyentes y la fe, es la elección divina. ¿Cómo podemos explicar la incredulidad y el consiguiente juicio de los hombres? La respuesta tiene dos caras. *Primero*, los hombres se pierden porque no han elegido aceptar la provisión de salvación de Dios, en Jesucristo. *Segundo*, están perdidos porque Dios no los ha escogido. En Romanos 9, el énfasis de Pablo está puesto en esta segunda razón.

El error de los judíos, que todos los judíos son elegidos y por lo tanto deben ser salvos, estaba basado en su errada suposición que todos los israelitas son escogidos por Dios, el verdadero Dios de Israel. Los judíos conjeturaron que debido a que eran descendientes físicos de Abraham, se les garantizaba un lugar en el reino de Dios. Pablo corrige este concepto errado, informándonos que sólo por el hecho de ser descendiente de Jacob (o Israel), él o ella no es necesariamente un israelita verdadero.⁶² Tampoco todos los hijos de Abraham son ‘hijos de Dios’.

Si al ser un descendiente físico de Abraham no es la base de nuestra entrada a las bendiciones de la salvación, ¿qué determina quién recibe estas bendiciones? La respuesta es simple: la

elección divina. Los ‘hijos de Dios’ son los ‘hijos de la promesa’ (9:8). Dios prometió a Abraham que tendría un hijo y que aún teniéndolo, las promesas de Dios se cumplirían. Ismael no fue aquel hijo. Ismael fue el resultado de los esfuerzos de Abraham y Sara de concebir un hijo por métodos que no eran los que Dios pretendía —una esposa y madre subrogante, Agar. De estos dos ‘hijos’ de Abraham, sólo uno era el hijo de la promesa —Isaac. Y, por lo tanto, no todos los descendientes de Abraham eran los receptores de las bendiciones prometidas por Dios. Dios eligió a Isaac y rechazó a Ismael. ¿Falló la Palabra de Dios porque eligió a Isaac y rechazó a Ismael? De ninguna manera, porque la promesa de Dios sólo le fue dada a Isaac.

Jacob y no Esaú (Romanos 9:10-13)

Algunos podrán objetar que el principio de la elección difícilmente se puede establecer en la evidencia de la elección que Dios hizo por Isaac y de Su rechazo a Ismael. Después de todo, estos hijos tuvieron al mismo padre; pero a distintas madres y la madre de Ismael era una concubina. No nos sorprende porqué Ismael fue rechazado e Isaac elegido. Por lo tanto, Pablo señala su segunda ilustración de la elección. La elección de Dios por Jacob y su rechazo a Esaú (versículos 10-13). Estos dos hijos nacieron de los mismos padres e incluso son el producto de la misma unión. Eran mellizos. No hay dos hermanos que pudieran ser más parecidos y aún así, Dios rechazó a uno y escogió al otro.

La elección de Dios de Jacob y no de Esaú, es contraria a todo lo que pudiéramos esperar. Por costumbre, el hijo que nacía primero, recibía la primogenitura y aún así Dios indicó Su elección por el hijo más joven de Rebeca, antes que Jacob y Esaú nacieran:

“Y oró Isaac a Jehová por su mujer, que era estéril; y lo aceptó Jehová, y concibió Rebeca su mujer. Y los hijos luchaban dentro de ella; y dijo: Si es así, ¿para qué vivo yo? Y fue a consultar a Jehová; y le respondió Jehová: Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas; el un pueblo será más fuerte que el otro pueblo, y el mayor servirá al menor” (Génesis 25:21-23).

Dios señaló Su elección por Jacob por sobre Esaú antes de su nacimiento, sin considerar las obras que cualquiera de ellos hiciera. Algunos insisten en que Dios elige a quien eligen, porque Él sabe de antemano quién le elegirá a Él. Suponen que Dios elige a aquellos que beneficiarán Su obra. Con mucha frecuencia escucho a gente comentar qué dinámica cristiana convendría para que alguien se salvara. Deberían considerar las palabras de Pablo que indican que la elección que Dios hizo por Jacob por sobre Esaú se hizo sin tomar en cuenta lo que podrían hacer, aparte de sus obras. No es que Dios ignorara lo que estos dos harían; más bien Su elección se hizo sin considerar sus obras. Su elección fue una declaración y una demostración de Su soberanía:

“... (pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor” (Romanos 9:11-12).

No debemos dejar de notar que cuando Dios eligió a Jacob por sobre Esaú, lo hizo a pesar de la fuerte preferencia que Isaac tenía por Esaú (era Rebeca quien favorecía a Jacob, mientras que Isaac prefería a Esaú, Génesis 27). Antes de comenzar, Jacob fue la elección de Dios y Esaú fue rechazado. Al finalizar, Jacob fue el hijo que recibió las bendiciones de Dios y no Esaú. Para que

no pensemos que la elección de Dios por Jacob no incluyera también el rechazo por Esaú, Pablo nos recuerda:

“Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí” (Romanos 9:13).

La soberanía de Dios es demostrada en la elección que hizo de Jacob y el rechazo de Esaú.

Moisés y no Faraón (Romanos 9:14-18)

“¿Qué, pues, diremos? ¿Qué hay injusticia en Dios? En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra. De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece”

Pablo emite una pregunta que espera una respuesta negativa: “**¿Qué hay injusticia en Dios?**” Si dudamos en la respuesta que se espera (el texto griego lo expresa claramente), la respuesta de Pablo saca toda duda: “**En ninguna manera**”. Prefiero la antigua traducción de la versión King James: “**¡Que Dios no lo permita!**” Por supuesto, que Dios está libre de acusación alguna por injusticia. Si esta pregunta presupone una respuesta, también presupone la razón de formular esta pregunta. Pablo está enseñando la elección divina. Dios elige a uno y rechaza a otro y cuando Él elige a alguien para salvación, siempre lo hace sobre la base de la gracia, concedida por Su elección soberana y no sobre la base de las obras. Si Pablo no estuviera enseñando la doctrina de la elección, la pregunta sería inapropiada y ni siquiera merecería una respuesta. Pero Pablo estaba enseñando la elección, que es la razón por la que formula la pregunta sobre la justicia.

¿Cómo entonces puede Dios decidir salvar a un hombre y endurecer a otro sin ser acusado de injusticia? La respuesta es muy sencilla: gracia. La salvación es un asunto de la gracia soberana divina, concedida sobre aquellos que Dios elige como sus receptores. La gracia es algo maravilloso que Dios concede a los pecadores culpables que no son merecedores de las bendiciones de Dios. La justicia está relacionada con lo que la gente recibe lo que merece. Es injusticia cuando un hombre trabaja para su empleador y no se le paga. Es injusticia cuando un criminal culpable no recibe su castigo. Dios no es injusto al condenar a pecadores al tormento eterno, porque están obteniendo precisamente lo que merecen. Más aún, Dios no es injusto cuando salva a gente. El castigo para los pecadores a quienes Dios ha salvado, ha sido cargado por el Señor Jesucristo, quien murió en lugar del pecador, trayendo sobre Sí la ira de Dios. Por lo tanto, Dios es justo al condenar a los hombres a cargar la penalidad que merecen y es justo al salvar a los hombres, cuya penalidad ha cargado Cristo.

“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar

en este tiempo su justicia, a fin de que él sea justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:21-26).

Observen el tono de las palabras de Pablo en Romanos 9:14-18. No son apologéticas. Pablo no está dudando en la respuesta. Es valiente y está confiado. Se irrita ante la posibilidad que alguien pudiera sugerir que Dios es injusto con respecto a la elección. No tiene interés en defender a Dios, sino más bien en declarar la soberanía de Dios.

Dios no es injusto en la salvación de los pecadores que merecen la ira eterna de Dios (versículos 15-16). Tampoco es injusto en la condenación de pecadores como el Faraón, cuyo corazón fue endurecido por Dios (versículos 17-18). Moisés y el Faraón son más contemporáneos que se encontraron cara a cara durante el éxodo. Moisés fue el hombre que se ve que estuvo muy próximo a ser Faraón de Egipto. Dios envió fuera a Moisés, indicándole que debía guiar a Su pueblo fuera de los límites de Egipto. Y Dios señaló a Faraón para ser el que se rehusaría a dejar salir al pueblo fuera de los límites de Egipto y cuya resistencia proveería la oportunidad para que se manifestara el poder de Dios, en toda la tierra.

A través de Moisés, Dios desplegó Su gracia. Cuando Dios comenzó a revelar Su gloria a Moisés en Éxodo 13 (cuyo clímax se encuentra en el Capítulo 34), Él declaró que Su misericordia sería otorgada soberanamente a quienes Él quisiera. La razón por la que alguna persona recibió Su gracia, no debía encontrarse en la persona, la receptora de Sus bendiciones, sino en Dios, el que bendice. La gracia es un don no merecido y por lo tanto, debe ser concedido soberanamente, pues nunca seremos merecedores de ella. Si alguien pudiera ser merecedor del favor de Dios (algo que nadie puede), las bendiciones de Dios no serían entregadas sobre la base de la gracia, sino de las obras. Pero por cuanto nadie es merecedor del favor divino, cada una de las bendiciones de Dios es otorgada sobre la base de la gracia, sin otro factor de decisión que la soberana elección de Dios.

Dios habló directamente a Moisés (versículo 15) e indirectamente con el Faraón (a través de Moisés y de las Escrituras) (versículo 17). El Faraón también fue elegido; pero para un rol y destino muy diferentes. Él fue considerado para que el poder de Dios pudiera ser demostrado debido a su oposición contumaz. La victoria de Dios sobre el Faraón, por medio de las plagas y después por medio de la separación del Mar Rojo, fue ampliamente proclamada (ver Éxodo 15:14-16). Dios fue glorificado a través del endurecimiento del corazón del Faraón, de la misma manera que fue glorificado a través de Moisés.

Aquí tenemos una verdad muy importante, que al parecer desconocen varios cristianos. Aparentemente, muchos piensan que Dios sufre un tipo de derrota cuando los pecadores no se arrepienten y no tienen fe en Él. Suponen que Dios sólo es glorificado a través de la salvación de los perdidos y no en la condenación de los pecadores que se resisten tozudamente. De hecho, Dios es glorificado a través de la salvación de los pecadores y de la condenación de los mismos. Dios revela Su misericordia al salvar a los pecadores y Su poder triunfando sobre quienes se oponen a Él. Dios no es avergonzado por quienes lo rechazan. Él no ‘necesita’ salvar hombres para ser glorificados por ellos.

Otra Objeción (Romanos 9:19-23)

“Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? Porque ¿quién ha resistido a su voluntad? Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra? ¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria”

Hay una respuesta para esta pregunta; pero Pablo no la responderá hasta que no haya señalado un punto de mucha importancia. El versículo 19, no es sólo una pregunta; es un insulto porque pone en duda la integridad de Dios. En realidad es una acusación en contra de Dios. No espera recibir una respuesta; da la impresión que al formular la pregunta, Dios será silenciado.

En este Capítulo, Pablo ha estado enseñando la soberanía de Dios. Siglos antes que Pablo viviera, Dios llevó hasta Sus rodillas a un rey babilónico. Este gran rey aprendió algunas lecciones muy importantes acerca de la soberanía. Lo primero que aprendió Nabucodonosor, fue que aunque Dios concede a los hombres cierto grado de soberanía sobre la tierra (ver Daniel 2:37, 9:18ss.), en última instancia, sólo Él es soberano:

“Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces? En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, y la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí, y mis gobernadores y mis consejeros me buscaron; y fui restablecido en mi reino, y mayor grandeza me fue añadida. Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia” (Daniel 4:34-37).

Para la respuesta de Pablo en Romanos 9:2'-21, es esencialmente importante lo que se lee en Daniel 4:35:

“...y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?” (Daniel 4:35).

Soberanía significa que aquel que es soberano está en completo control de todo, está por sobre todo cuestionamiento que pueda hacer algún subordinado. Pablo es muy sensible a este hecho y por lo tanto, reaccionan en forma inmediata, censurando la actitud del que pregunta. ¿Quién es el hombre para cuestionar a Dios? Dios es el Creador y es Su prerrogativa que los hombres usen Su creación de alguna forma. Él elige. Los hombres son Su creación y ellos no tienen derecho alguno a cuestionar a su Creador. Si Dios elige uno de sus vasos para que le dé gloria siendo un vaso preparado para destrucción, es Su derecho. Si Dios elige recibir gloria haciendo que otro vaso sea de misericordia, un vaso que Él salvará, también es Su prerrogativa.

El poder de Dios está demostrado por el derramamiento de Su ira sobre los pecadores, como lo fue durante el Éxodo. La misericordia y la gracia de Dios se demuestran por el derramamiento de Su gracia sobre pecadores que no la merecen, salvándolos a pesar de su pecado. Su atraso en destruir **“los vasos de la ira”**, es a propósito, permitiéndole tiempo para demostrar Su gracia a

“**los vasos de misericordia**”. Y estos “**vasos de misericordia**” incluyen a algunos que eran judíos y otros, gentiles.

Gentiles y No Sólo Judíos (Romanos 9:24-29)

Siempre me asombro la lentitud con que los discípulos (¡y yo también!) comprendieron las enseñanzas del Señor. Incluso después de la muerte, del entierro, de la resurrección y de la ascensión de nuestro Señor, vemos que los apóstoles fueron lentos a abrazar las enseñanzas del Antiguo Testamento y de Jesús, en el Libro de los Hechos. En Hechos 1:8, Jesús les dijo:

“Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8).

Esto no fue sino una repetición de lo que Jesús ya les había ordenado a Sus discípulos antes de Su muerte:

“Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, *id, y haced discípulos a todas las naciones*, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:18-20; énfasis del autor).

¿Se dispusieron los discípulos a evangelizar en forma inmediata a los gentiles en el Libro de los Hechos? Ciertamente, no. En realidad, se resistieron. La evangelización de los gentiles se produjo a pesar de los apóstoles, más que debido a ellos —otra evidencia de la soberanía de Dios en la salvación. Tuvo que producirse una intensa persecución para dispersar a los judíos desde Jerusalén (Hechos 8:1ss.). Pedro tuvo que tener una visión dramática y reiterada para que fuera a la casa de Cornelio, un gentil, para predicar el evangelio (ver Hechos 10:1ss.). Y cuando la palabra alcanzó los oídos de los líderes judíos de la iglesia de Jerusalén, Pedro fue llamado y censurado por predicarle a los gentiles (Hechos 11:1-3).

El argumento de Pedro fue muy apremiante. Tuvieron que admitir que Dios también tenía la intención de salvar a los gentiles; pero observen lo que hicieron cuando oyeron esto —nada:

“Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo. Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios? Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: **¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida! Ahora bien, los que habían sido esparcidos a causa de la persecución, que hubo con motivo de Esteban, pasaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, no hablando a nadie la palabra, sino sólo a los judíos.** Pero había entre ellos unos varones de Chipre y de Cirene, los cuales, cuando entraron en Antioquía, hablaron también a los griegos, anunciando el evangelio del Señor Jesús. Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor” (Hechos 11:15-21)

Si no hubiera sido por ese grupo anónimo de judíos helénicos, que no sabían nada mejor que compartir su fe con los gentiles, la iglesia gentil de Antioquía jamás se hubiera establecido (humanamente hablando, por supuesto).

Cuando llegamos al versículo 24 de Romanos 9, Pablo desea que sus lectores comprendan que la salvación de muchos gentiles y la incredulidad de muchos judíos, no debieran sorprendernos. Ahora, él se refiere al Antiguo Testamento para demostrar que lejos de que las promesas habían fracasado por la fe de los gentiles y por la incredulidad de los judíos, Sus promesas han sido cumplidas:

“...y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria, a los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros, no sólo de los judíos, sino también de los gentiles? Como también en Oseas dice: Llamaré pueblo al que no era mi pueblo, y a la no amada, amada. Y en el lugar donde se les dijo: Vosotros no sois pueblo mío, allí serán llamados hijos del Dios viviente. También Isaías clama tocante a Israel: Si fuere el número de los hijos de Israel como la arena del mar, tan sólo el remanente será salvo; porque el Señor ejecutará su sentencia sobre la tierra en justicia y con prontitud. Y como antes dijo Isaías: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado descendencia, como Sodoma habríamos venido a ser, y a Gomorra seríamos semejantes. ¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, es decir, la justicia que es por fe; mas Israel, que iba tras una ley de justicia que es por fe; mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ellas no por fe, sino como por obras de la ley, pues tropezaron en la piedra de tropiezo, como está escrito: He aquí pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de caída; y el que creyere en él, no será avergonzado” (Romanos 9:23-33).

Conclusión

Todos los que Dios elige para ser salvos, son pecadores perdidos, muertos en sus iniquidades y pecados, cautivos no sólo en sus propios pecados, sino que en Satanás mismo, sin ninguna diferencia con aquellos que han pasado una eternidad en el infierno (ver Efesios 2:1-3). Aquellos que Dios salva, no le buscan a Él; son salvos sin considerar si habían buscado lo justo (Romanos 9:30-33). No son salvos por lo que son, por lo que serán o por lo que podrían ser (Romanos 9:11). Han sido escogidos y salvados, no por alguna decisión que hayan hecho; más bien la decisión de confiar en Dios es el resultado de Su obra y no de la del hombre (Juan 1:12; Hechos 13:48; 16:14; Filipenses 1:29; 2:12-13). A través de Su Espíritu, Dios regenera al que está muerto en sus transgresiones y pecados, dándole tanto vida como fe de manera que el individuo es ahora atraído a Él (Juan 6:44) y expresa su fe en Jesucristo para su salvación; una fe que también viene de Dios (Efesios 2:8-9; 1ª Corintios 4:7); es así que la salvación es considerada como la obra de la soberanía de Dios —no de los hombres (Romanos 9:11, 15-16; 11:36; 1ª Corintios 1:30-31; Hebreos 12:2).

¿Se afligen algunos porque Dios elige a algunos y a otros no? ¡No debieran! Cuando Dios elige salvar a alguien, ese alguien nunca lo hubiera elegido a Él. Michael Horton lo describe así:

“Esencialmente, la elección es un acto en el que Dios toma la decisión por nosotros; una decisión que nunca la habríamos hecho por Él”⁶³

Debiéramos estar agradecidos que Dios elige a algunos para ser salvos; de otra forma, nadie podría haber sido salvo. Si Dios miró hacia abajo al corredor del tiempo y eligiera a aquellos que lo hubieran elegido a Él, no hubiera podido elegir a nadie, pues nadie lo hubiera elegido a Él. (ver Romanos 3: 10-18).

Si Dios hubiera elegido a aquellos que eran merecedores de Su salvación, no hubiera elegido a nadie. La elección es la prerrogativa de un Dios soberano de elegir a algunos. La elección está basada solamente en la gracia de Dios y no en nuestros propios méritos. *La elección es la obra externa de la gracia y el único medio por el cual los pecadores pueden ser salvos.* No es una doctrina que deba angustiarnos, sino una doctrina en la cual deberíamos gozarnos. Es la base de la gratitud y de la adoración. Tal como Pablo lo expresó en el Capítulo 12:

“Así que, hermanos, os ruego *por las misericordias de Dios*, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12: 1-2; énfasis del autor).

La conclusión de los Capítulos 9-11 de Romanos, es no escatimar el reconocimiento de la soberanía de Dios, sino una adoración gozosa de Su soberanía:

“¡Oh, profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque, ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Romanos 11: 33-36)

La soberanía de Dios es un incentivo para orar por la salvación de los perdidos y una fuente de consuelo cuando alguien rechaza Su ofrecimiento de salvación en Cristo. El saber que Dios es soberano en la salvación, es un gran incentivo para ser testigo, porque sé que Dios cumplirá Su propósito. A pesar de mis fracasos al presentar el evangelio y de la ceguera de aquellos a quien se les predica, Dios es el Único que salva. Mi tarea y la suya en la evangelización, jamás es en vano. Incluso cuando los hombres rechazan el evangelio, Dios es glorificado en la predicación de Su evangelio, crean o no los hombres en esa palabra. Él es glorificado tanto por la salvación de los pecadores como por el castigo eterno de los pecadores.

Por último, los hombres no son salvos porque los hayamos convencido o incluso porque decidieron (ellos primero) creer en Dios. Los hombres son salvos porque Dios los ha elegido, los ha iluminado mediante Su Espíritu para que comprendan el evangelio y los ha llamado eficazmente abriéndoles sus corazones para que respondan al evangelio. ¿A quién consideraría usted que tiene el control del destino eterno de los hombres, a hombres pecadores o a un Dios amante, misericordioso y soberano? ¿A quién clamaría para la salvación de los hombres? Él es un Dios que nos ama y que se deleita en contestar nuestras oraciones. Regocijémonos en que la salvación de nuestros seres queridos está en Sus manos y que podemos suplicarle que los salve. Y cuando nuestros seres queridos rechazan el evangelio, sabemos que Él es capaz de salvarlos. Cuando nuestros seres queridos mueren sin haber llegado a tener fe, sabemos que esto no toma a Dios por sorpresa, sino que es parte de Su gran y eterno plan.

A menudo en nuestra presentación del evangelio, temo que no representamos completamente a Dios y degradamos Su gloria en el cuadro que mostramos a los perdidos. El evangelio no debe ser visto como a Dios suplicando y argumentando desesperadamente para que le elijan. El evangelio es un mandato y así lo debemos proclamar a los pecadores perdidos. Sabemos que no podemos convencer a los hombres de su pecado o hacer que se vuelvan a Cristo; pero Dios puede y lo hace con todos los que Él a elegido. Nunca retratemos a un Dios débil, dependiente de las decisiones de los hombres; más bien debemos proclamar al verdadero Dios, que siempre consigue lo que se propone.

No nos asombra que el evangelio es ofensivo para los pecadores perdidos que quieren pensar que son 'víctimas de su destino', los 'capitanes de sus almas'. No tenemos el control. Los hombres perdidos son pecadores, que han ofendido al Dios recto y santo y que están destinados al infierno eterno. No pueden hacer nada para salvarse a sí mismos. Deben reconocer sus pecados y someterse a la misericordia de Dios para hacerse merecedores en la sangre vertida de Jesucristo, quien pagó la pena por los pecados de los hombres y que ofreció a los pecadores no merecedores, Su justicia. El evangelio es una oferta gloriosa para los pecadores perdidos, quienes saben que no pueden hacer nada por salvarse a sí mismos. El evangelio es una ofensa para los que se creen justos por sí mismos, quienes piensan que pueden salvarse a sí mismos, por sus propios méritos.

¿Ha reconocido usted su pecado y su culpa? ¿Se ha sometido al Dios soberano del universo y ha aceptado Su provisión para su salvación? Yo no puedo convencerlo o convertirlo. Le puedo decir que por sus pecados merece una eternidad en el infierno y que Dios, por Su gracia, ha enviado a Su Hijo Jesucristo, para tomar el lugar del pecador y darle a los hombres Su justicia. Él ha prometido que Su Espíritu convencerá a los pecadores perdidos de su pecado, de Su justicia y del juicio eterno. ¿Se someterá usted a Dios aceptando Su forma de salvación, la única manera de salvación? Oro para que lo haga.

¿Cuál es la Relación entre Regeneración y Creer?

Considere estos pensamientos en la relación entre la regeneración y creer:

Todos los hombres están muertos en sus transgresiones y pecados, indiferentes frente a Dios e incapaces de hacer algo para cambiar su condición (ver Efesios 2: 1-3). Los que están muertos en sus transgresiones y pecados, no comprenden a Dios; no tienen en consideración el evangelio ni buscan a Dios. Están destinados a enfrentarse con la ira de Dios, apartados desesperanzadamente de la intervención de la gracia divina.

La regeneración es la obra sobrenatural de Dios, que da vida a los hombres muertos (Efesios 2: 5; Tito 3: 5).

La fe es un don que da Dios a quienes Su Espíritu Santo ha regenerado, permitiendo así que los elegidos por Él respondan al evangelio, confiando en Jesucristo para su salvación (Efesios 2: 8-9).

La regeneración precede al creer. La regeneración es la obra del Espíritu Santo, mediante la cual concede vida al que está espiritualmente muerto. Esta nueva vida es expresada por la fe en la persona y en la obra de Jesucristo. Dios es el que la inicia —la causa inicial— y por lo tanto, la fe del hombre es el resultado de la obra de Dios en el hombre.

Esto significa que la salvación es, por último, obra de Dios. Él es el que la inicia y nosotros respondemos (ver 1ª Juan 4:19). Él es el autor y el que perfeccionador de nuestra fe (Hebreos 12:1-2). Él completará lo que ha comenzado en nosotros (Filipenses 1:6). En consecuencia, vemos que Dios se describe como la fe de los hombres (Hechos 13:48; 16:14).

La otra visión (la incorrecta), es que el hombre actúa primero, confiando en Dios y después Dios responde concediéndole la salvación, en respuesta a la fe del hombre. En este caso, el hombre es la primera causa. El problema con este punto de vista es que se contradice con las Escrituras. Niega la soberanía de Dios y niega la depravación del hombre. ¿Cómo puede un hombre muerto, que odia a Dios y no le busca, repentinamente y por propia iniciativa volverse a Dios con fe? (ver Romanos 3:9-18).

Objeciones a la Soberanía Divina

Existen muchas objeciones a la soberanía divina. Veamos algunas de ellas y ofreceremos respuestas bíblicas:

La elección de Dios está basada en Su preconocimiento [presciencia] y este preconocimiento es el conocimiento de Dios de antemano, de quiénes le elegirán. (Se basan en pasajes como Romanos 8:29, como prueba).

(1) El conocimiento previo se refiere a veces al conocimiento previo que se tiene de alguien. En las Escrituras también se usa como una elección hecha de antemano. Y 'conocer', a veces se usa como 'elegir' (Génesis 18:19, ver nota marginal; Jeremías 1:5) y 'conocer de antemano', a veces significa 'elegir antes de tiempo'. En Romanos 11:2 y 1ª Pedro 1:20, 'conocer de antemano' no puede significar simplemente 'conocer antes de tiempo'. Debe significar: 'elegido o seleccionado antes de tiempo'.

(2) Si la elección que hizo Dios de aquellos a quienes Él quería salvar estuviera basada en su conocimiento previo de aquellos que lo elegirían a Él, nadie sería salvo debido a la depravación del hombre (ver Juan 6:37, 44; Romanos 3:9-18). Nadie elegiría a Dios a no ser que Él nos elija primero, regenerándonos y dándonos la fe para responder al evangelio.

(3) Si la elección de Dios estuviera determinada por haberlo elegido a Él nosotros, seríamos los iniciadores de la salvación y Dios quien respondería a ella. Esto contradice a las Escrituras (Hebreos 12:1-2; Filipenses 1:6; etc.) y es inconsistente tanto con la soberanía de Dios como con la naturaleza de la gracia.

(4) Las Escrituras enseñan que Dios es el que inicia la fe y la salvación y no los hombres (Juan 6:44; Hechos 13:48; 16:13; ver también Deuteronomio 30:6; Jeremías 31:31-34).

Y, ¿qué de aquellos textos que llaman al hombre a creer y aquellos que hablan de la elección que hacen los hombres como si fueran Dios?

(1) Los hombres son llamados a arrepentirse y a creer en Jesucristo, para salvarse. Los hombres son salvos por su fe. Todos los que vinieron a Él, los que proclaman el nombre del Señor, serán salvos (Juan 6:37; Romanos 10:13). Pero esta respuesta que es necesaria que los hombres manifiesten, es el *resultado* de la obra salvadora y soberana de Dios y no *su causa* (Juan 1:12).

La soberanía divina impide o excluye la responsabilidad humana.

(1) De ninguna manera. La soberanía divina es la base de la responsabilidad humana.

“Muchos han dicho neciamente que es bastante imposible demostrar dónde termina la soberanía de Dios y dónde comienza la responsabilidad de las criaturas. *Aquí* es donde comienza la responsabilidad humana: en la disposición soberana del Creador. ¡Con respecto a Su soberanía, no existe y jamás existirá un fin!⁶⁴

“Dios es un caballero y no fuerza a nadie a venir a Él”

(1) Esta declaración expresa una visión retorcida de la soberanía de Dios y de la depravación del hombre. Si Dios no interviniera y no obviara nuestra enfermedad letal de pecado y rebeldía, nadie sería jamás salvo. El evangelio es imposible para el hombre, separado de la intervención divina y la habilitación que Él nos concede. Cuando Dios nos salva, Él permite que los muertos vivan; Él elimina nuestra ceguera espiritual, dándonos visión; Él abre nuestro corazón para responder y Él nos da una nueva naturaleza que es la que Dios desea. Si técnicamente es incorrecto decir que Dios pasa por encima de nuestra voluntad, ciertamente Él cambia nuestra naturaleza y nuestra voluntad.

Sugerencias y Aplicaciones de la Soberanía Divina en la Salvación

El tema de la soberanía de Dios en la salvación, es vitalmente importante:

“Por lo tanto, no es irreverente, inquisitivo o trivial, sino necesaria para los cristianos averiguar si la voluntad [humana] tiene alguna acción o no en los asuntos relacionados con la salvación eterna... Si no sabemos estas cosas, no sabremos absolutamente nada de lo que debemos conocer como cristianos y seremos peores que cualquier incrédulo... Por lo tanto, que todo aquel que no esté de acuerdo con esto, que confiese que no es un cristiano. Pues si ignora lo que puedo hacer y cuánto puedo hacer con respecto a Dios, será igualmente incierto y desconocido para mí lo que Él puede hacer en mí y cuánto puede hacer en mí... Pero cuando desconozco la obra y el poder de Dios, soy incapaz de adorarle, alabarle, agradecerle y servirle, por cuanto no sé cuánto debo atribuir de mi vida a mí mismo o cuánto a Él. Por lo tanto, nos compete a nosotros tener una certeza en saber las diferencias entre el poder de Dios y el nuestro, entre la obra de Dios y la nuestra, si es que deseamos vivir una vida en Él”⁶⁵

La soberanía es diametralmente opuesta a todo lo natural y caído que hay en nosotros y es completamente consecuente con lo que la Biblia enseña. Los hombres, en forma natural,

rechazan la soberanía de Dios y la reciben sólo en forma sobrenatural. ¿Se resiste usted a ella? No deberíamos sorprendernos. La doctrina de la soberanía de Dios es una doctrina en la que nadie creería en forma natural a no ser que las Escrituras la enseñen claramente y sin que el Espíritu de Dios cambie nuestros corazones para abrazarla. ¿Desea conocer la verdad de este asunto? Estudie las Escrituras y pídale a Dios que le dé comprensión.

“La razón por la que la gente se opone a ella [la elección], se debe a que desean que Dios se cualquier cosa, excepto Dios. Él puede ser un siquiatra cósmico, un pastor útil, un líder, un maestro, cualquier cosa... pero no Dios. Por una razón muy simple —ellos quieren ser Dios”⁶⁶

“Si despreciamos a Dios por amarnos antes que nosotros le amemos a Él, es una actitud egocéntrica”⁶⁷

Rechazar o resistir la soberanía de Dios en la salvación, es un asunto muy serio:

“Esta doctrina [la soberanía de Dios], demuestra la irracionalidad y la espantosa maldad de su rechazo de corazón a poseer la soberanía de Dios en este asunto. Demuestra que usted desconoce que *Dios es Dios*. Si supiera esto, estaría internamente muy quieto y en silencio; humilde y calmadamente se postraría en el polvo delante de un Dios soberano y sería para usted una razón suficiente.

Al objetar y pelear con respecto a la justicia de las leyes de Dios, a Sus amenazas y a las dispensaciones soberanas que Él le concede a usted y a otros, se está oponiendo a Su *divinidad*; muestra así su ignorancia con relación a Su grandeza y excelencia divinas y que usted no soporta que Él es el que debe recibir la honra divina. Su mente se opone a la soberanía de Dios, a partir de pensamientos tan bajos y ruines que no tiene conciencia de cuán peligrosa puede ser su conducta y de cuánta audacia tiene siendo una criatura que contiene con el Hacedor”⁶⁸

En la Biblia, la soberanía de Dios no es una verdad negativa, una doctrina problemática que en lo posible debiéramos evitar; es una doctrina positiva que nos anima, nos consuela y nos motiva.

El señor Spurgeon se refirió correctamente en su sermón basado en Mateo 20:15: “No existe atributo más consolador para Sus hijos que la Soberanía de Dios. Bajo las circunstancias más adversas, en los desafíos más severos, ellos creen que la Soberanía ordenó su aflicción, que la Soberanía los domina y que la Soberanía los santificará a todos. No existe otra cosa por la que Sus hijos deban contender más que la doctrina de su Maestro de la creación —la Majestad de Dios sobre toda la obra de Sus manos— el Trono de Dios y Su derecho a sentarse en aquel Trono. Por otra parte, no existe doctrina más odiada por los mundanos, no existe otra verdad de la cual hayan hecho un juego, como la grande, estupenda; pero más verdadera que la doctrina de la Soberanía del infinito Jehová. Los hombres aceptarán que Dios esté en todas partes, excepto en Su trono. Le permitirán estar en los lugares en que se le adore con palabras de moda y exuberantes. Le permitirán estar en donde se dan las limosnas para que Él las conceda y entregue Su gracia. Le permitirán sostener la tierra y sus pilares, o las luces del cielo, o regir sobre las olas del océano; pero cuando Dios asciende a Su trono, entonces Sus criaturas hacen rechinar sus dientes y cuando proclamamos a un Dios *entronado* y Su derecho a hacer como Él quiere con lo que es Suyo, a disponer de Sus criaturas de la forma como *Él* quiere, sin consultarles, entonces es cuando somos silbados y detestados y entonces es cuando los hombres se vuelven sordos, pues Dios en Su trono no es el Dios que aman. Pero a nosotros nos encanta

predicar sobre el Dios que está en Su trono. Es en el Dios sentado en Su trono en quien confiamos”⁶⁹

Preguntas para Examinar con Relación a la Soberanía de Dios en la Salvación

¿Por qué cree que los hombres se resisten o rechazan la doctrina de la soberanía de Dios en la Salvación? ¿Por qué los cristianos resisten o rechazan la soberanía de Dios en la salvación, en circunstancias que la aceptan en otros ámbitos?

¿Cuál es la relación entre la soberanía de Dios en la salvación y la gracia? ¿Entre la soberanía de Dios en la salvación y la depravación humana? ¿Por qué la gracia de Dios debe ser una gracia soberana?

¿Cómo afecta al evangelio la soberanía de Dios en la salvación? ¿Cómo afecta al evangelio la depravación del hombre y su resistencia a la soberanía de Dios en la Salvación? [En otras palabras, ¿cómo podría obtener el evangelio el hombre natural o no salvo de otra forma?]

¿Cómo cree que le ayudó a Pablo (tal como está descrita en Hechos 9, 22, 26) su conversión a tratar el tema de la soberanía de Dios en la salvación?

¿Cómo debiera afectar nuestras oraciones por los que están perdidos, el punto de vista bíblico de la soberanía de Dios en la salvación? ¿Nuestra motivación por la evangelización? ¿Nuestros métodos de evangelización? ¿El mensaje que proclamamos en la evangelización?

La soberanía de Dios en la salvación, ¿significa que usted sea uno de los no elegidos y que podría no serlo incluso deseándolo? ¿Significa que nunca podremos saber si somos salvos, por cuanto la salvación depende de Dios y no de nosotros?

Citas Citables

“Las Escrituras dan muchos ejemplos de la libertad de Dios en la gracia selectiva. Cerca de un estanque en Jerusalén, se reunía “una multitud de enfermos, ciegos, cojos y parálíticos” (Juan 3:5). Así, Cristo se hace lugar entre la gente y se acerca a un hombre —sólo una persona— y le sana de su parálisis. Ahora bien, debemos comprender que este era un lugar habitual para mucha gente que tenían la esperanza en que cada día era su día para que se hiciera el milagro. Podríamos pensar que había algún tipo de turno para ser sanado; pero Jesús sólo trató de sanar ese día, a una sola persona. ¿Por qué no los sanó a todos? Podría haberlo hecho; tenía el poder. Pero no lo hizo. Sin embargo, sigo oyendo en cuán injusto fue que Jesús sanara a sólo un hombre que estaba cerca del estanque ese día. ¿Por qué la elección tiene que ser diferente en el ámbito de nuestra salvación?”⁷⁰

“En la elección, llegamos hasta el Dios de Abraham, Isaac y Jacob; el Dios del desierto; el Dios de la encarnación, de la muerte y de la resurrección de Cristo; el Dios que es todo menos una deidad frustrada que ‘no tiene otras manos, sino las nuestras’ y debe caminar por los suelos del cielo mientras hace sonar sus dedos esperando que los hombres ‘le permitan hacer como Él quiere’. Este es el Dios que es todo *menos* un copiloto. **‘Dios resiste a los soberbios, y da gracias a los humildes’** (Santiago 4:6)”⁷¹

“Podrían estar pensando: ‘Elección y evangelismo —¿en el mismo saco? ¡Se me ha dicho que son mutuamente excluyentes! Pero honestamente puedo decir que el evangelismo nunca significó lo que realmente es después de haber comprendido la elección. Compartir la fe con los no creyentes, ha llegado a ser una carga para muchos y también lo fue para mí, hasta que esta verdad cambió mi manera de pensar. La elección cambia nuestro evangelismo en tres niveles: nuestro mensaje, nuestros métodos y nuestra motivación”⁷²

“Pero puede ser objetada. ¿No leemos una y otra vez en las Escrituras cómo los hombres desafiaron a Dios, resistieron Su voluntad, quebrantaron Sus mandamientos, no consideraron Sus advertencias y se volvieron sordos a todas Sus exhortaciones? Ciertamente lo hemos leído. ¿Y esto anula todo lo que hemos dicho antes? Si es así, entonces ciertamente la Biblia se contradice a sí misma. Pero esto no puede ser. A lo que se refiere el que objeta, es simplemente la maldad del hombre hacia la palabra **externa** de Dios, mientras que lo que hemos mencionado antes es lo que Dios se *ha propuesto a Sí mismo*. La regla de conducta que Él nos ha dado, está perfectamente incumplida por todos nosotros; Sus propios ‘consejos’ eternos se han cumplido hasta en los detalles más mínimos”⁷³

“Estando infinitamente elevado por sobre la criatura más alta, Él es el Altísimo, Señor de los cielos y de la tierra. Sin estar sujeto a nadie, absolutamente independiente; Dios obra como Él quiere y sólo como Él quiere y siempre como Él quiere. Nadie puede obstruirlo; nadie puede esconderse de Él. Es así que Su propia Palabra lo declara expresamente: **“Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero”** (Isaías 46:10); **“...y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano...”** (Daniel 4:35b). La soberanía divina significa que Dios es Dios tanto de hecho como de nombre, que Él es el que está en el Trono del universo, dirigiendo todas las cosas, obrando en todas las cosas **“según el designio de su voluntad”** (Efesios 4:11b)”⁷⁴

“Esta doctrina [la soberanía de Dios], demuestra la irracionalidad y la espantosa maldad de su rechazo de corazón a poseer la soberanía de Dios en este asunto. Demuestra que usted desconoce que *Dios es Dios*. Si supiera esto, estaría internamente muy quieto y en silencio; humilde y calmadamente se postraría en el polvo delante de un Dios soberano y sería para usted una razón suficiente.

Lo más insanamente osado que un hombre puede hacer, lo más excesivamente necio que un puede hacer, la cosa más desesperadamente malvado que un hombre puede hacer, es replicarle a Dios, entrar en controversias con Dios, criticar a Dios, condenar a Dios. Pero eso es lo mucha gente está haciendo”⁷⁵

“¿Qué somos todos nosotros? Viles —el mejor de nosotros, no es más que un repugnante pecador. Es posible que aún no estemos conscientes de ello; pero es verdad. Nuestras vidas han sido penetradas una y otra vez por el pecado. Aún así usted pretende estar ante la presencia de este Dios Santo, en cuya presencia los serafines se cubren sus rostros y sus pies, conteniendo con Él sugiriéndole lo que debe hacer; entra en controversia con Él, le critica las cosas que Él ha hecho y que ha resuelto que son las que deben ser y murmura contra Dios”⁷⁶

“Él es... un Ser de sabiduría infinita. Miramos hacia los cielos estrellados que están sobre nuestras cabezas, miramos esos hermosos mundos de luz que repletan los cielos en la noche.

Pensamos en las cosas que nos abruma por su inmensidad y en la increíble velocidad de sus movimientos al cruzar el espacio y mientras los observamos, como si fuésemos sabios, exclamamos: ‘Oh, Dios, qué Ser de más infinita sabiduría y majestad eres, que puedes guiar esos mundos inconcebiblemente enormes mientras cruzan el espacio con tal increíble velocidad’”

“Y aún así, muchos de ustedes que está aquí esta noche, no dudan mirar al Dios infinito quien hizo estas magníficas esferas de luz, que guían a todo el universo en su curso maravilloso, estupendo y que nos deja perplejos, ¿e intentan decirle lo que debe hacer! Necios, ¿estáis locos? Ningún paciente de algún manicomio haría algo más insano que eso. ‘¿Quiénes sois?’ El hombre más sabio de la tierra, no es más que un niño; el filósofo más sabio no sabe tanto; el hombre de ciencia más grande no sabe casi nada. Lo que sabe es casi nada comparado con lo que no sabe. Lo que sabe, incluso acerca del universo material, es como nada comparado con lo que no sabe”⁷⁷

“Supongamos que algunos niños de trece o catorce años, deben tomar un libro de filosofía que trata el último producto del mejor pensamiento filosófico de hoy día y comienza a criticarlo, página por página. ¿Qué pensaríamos? ¿Nos detendríamos a mirar al niño y decir con admiración ilimitada: ‘Qué muchacho tan inteligente’? No, diríamos: ‘¡Qué idiota más vanidoso este muchacho, que se atreve a su edad a criticar el mejor pensamiento filosófico de nuestros días!’ Pero no es tan idiota como usted o como yo cuando intentamos criticar a un Dios infinitamente sabio, pues somos mucho menos que niños comparados con el Dios infinito.

El filósofo más profundo de nuestros días, no es sino un niño comparado con el Dios Infinito. E incluso ustedes, que no tienen en absoluto alguna pretensión de ser filósofos, toman el Libro de Dios, ustedes como niños, como infantes, toman este Libro que representa la mejor sabiduría de Dios, se sientan, vuelven las páginas una a una y pretenden criticarlo y la gente se para a vuestro lado con admiración y dicen: ‘¡Qué conocimientos!’ Pero los ángeles miran hacia abajo y dicen: ‘¡Qué necio!’ Y, ¿qué dice Dios? **“Oh, hombre, ¿quién eres que altercas con Dios? El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos”** (Salmo 2: 4)”⁷⁸

“Nunca se le ha ocurrido a alguien que incluso Dios podía por alguna posibilidad, saber más que ellos. Tampoco se me ocurrió a mí durante años en los cuales yo era un universalista. Pensaba que todos los hombres al final, serían salvos. Eran un universalista porque tenía un argumento para la salvación última de todos los hombres, al que pensaba jamás podrían destruir. Pensaba que si yo no tenía una respuesta, porque nadie la tenía. Por lo tanto, desafié a cualquiera a responderme ese argumento. Iba dando vueltas por allí con mi preciosa y altiva cabeza, diciendo: ‘He encontrado una razón incontestable para el universalismo’. Pensé que era un universalista para siempre y que cualquiera que no lo fuera, era porque no estaba en sus cabales.

Un día se me ocurrió que un Dios infinitamente sabio, podía saber más que yo. Lo que nunca se me había ocurrido pensar antes. También pensé que era bastante posible que un Dios de infinita sabiduría podría tener miles de buenas razones para hacer alguna cosa mientras que yo, en mi infinita necedad, ni siquiera tenía una. Y fue entonces cuando mi querido y acariciado universalismo, se transformó en humo.

Si aceptamos y comprendemos el pensamiento que es posible que un Dios infinitamente sabio sabe más que nosotros y que Dios en su infinita sabiduría pudiera tener mil buenas razones para

hacer algo en circunstancias que nosotros no tenemos ni siquiera una, habremos aprendido una de las verdades teológicas más grandes del día —una que resolverá muchos de los problemas de la Biblia que nos dejan perplejos.

Los hombres pretenden tener una sabiduría infinita y fantasean que pueden hacer uso de ella de acuerdo a las capacidades limitadas de sus mentes. Pero debido a que son incapaces de llegar a esa sabiduría infinita en sus mentes estrechas, dicen: ‘No creo que es Libro sea la Palabra de Dios, porque no hay nada en él que me impida comprender su filosofía’. ¿Por qué tenemos que comprender su filosofía? ¿Quiénes somos? ¿Cuál es el tamaño de nuestras mentes? ¿Por cuánto tiempo la hemos tenido? ¿Por cuánto tiempo la mantendremos? ¿Quién nos la dio?”⁷⁹

“No es de nuestra incumbencia conocer la filosofía de las cosas; no es de nuestra incumbencia conocer la razón de las cosas. Sí lo es oír lo que Dios tiene que decir y cuando lo dice, creer en ello, ya sea que comprendamos Su filosofía o no”⁸⁰

“Existe una clase más de hombres que altercan con Dios; los hombres que en vez de aceptar a Jesucristo como su Salvador y rendirse ante él como Señor y Maestro, confesándose abiertamente frente a él de la misma manera que lo hacen frente al mundo, están dando excusas por no hacerlo. Jesús dice en Juan 6:37: **“Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera”**. Dios dice en Apocalipsis 22:17: **“...y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”**. Cualquiera puede ir a Cristo y cualquiera que lo hace, será recibido y será salvo. Pero muchos de ustedes, en lugar de ir, dan excusas para no hacerlo. En toda excusa que se haga para no hacerlo, estará entrando en controversia con Dios, estará condenando a Dios, quien le está invitando. No podemos esgrimir alguna excusa por no ir y aceptar a Dios, que no esté condenando a Dios. Cada excusa que cualquier mortal haga para no aceptar a Cristo, en su último análisis, condena a Dios”⁸¹

⁵⁷ Martín Lutero, *The Bondage of the Will* (Philadelphia: Westminster, 1975), p. 117, de acuerdo a lo citado por Michael Scott Horton, *Putting Back Into Grace* (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1991), p. 60.

⁵⁸ Charles Haddon Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, vol. 4 (mensaje predicado el 1º Agosto de 1858, en el Music Hall, Royal Surrey Gardens, de acuerdo a lo citado por Warren Wiersbe, *Classic Sermons on the Sovereignty of God* (Grand Rapids: Kregel Publications, 1994), pp. 114-115.

⁵⁹ Spurgeon, de acuerdo a lo citado por Wiersbe, pp. 116-117

⁶⁰ También debemos recordar que Satanás tiene su parte en la incredulidad de los perdidos, pues él está siempre intentando apartar a los hombres del evangelio (Marcos 4:3-4, 13-14), engeuecer a los hombres frente al evangelio (2ª Corintios 4:3-4) y también por corromper y distorsionar el evangelio (2ª Corintios 11:14; 13-15).

⁶¹ Juan Bautista reconoció y consignó el error, cuando les dijo a los escribas y a los fariseos: “...y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo

que Dios puede levantar hijos a Abraham aún de estas piedras” (Mateo 3:9).

⁶² En ningún otro lugar, Pablo explica que un verdadero israelita es un hijo de Dios por fe en Cristo, ya sea judío o gentil (ver Romanos 4:16-17; Gálatas 6:16). A propósito, en Romanos 4, Pablo señala que Abraham era en realidad un gentil (incircunciso) cuando llegó a ser un creyente (ver 4:10-12).

⁶³ Michael Scott Horton, *Putting Amazing Back Into Grace*, p. 45.

⁶⁴ A.W. Pink, *The Attributes of God*, p. 29.

⁶⁵ Martín Lutero, *The Bondage of the Will* (Philadelphia: Westminster, 1975), p. 117, según cita de Michael Scott Horton, *Putting Amazing Back Into Grace* (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1991), p. 60.

⁶⁶ D. James Kennedy, *Truths That Transform* (Old Tappan, NJ: Revell, 1974), según cita de Michael S. Horton, *Putting Amazing Back Into Grace* (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1991), p. 43.

⁶⁷ Michael Horton, p. 45.

⁶⁸ Jonathan Edwards, tomado de *The Words of Jonathan Edwards* (vol. 2, 1976), publicado por Banner of Truth Trust, según cita de Warren Wiersbe, *Classic Sermons on The Sovereignty of God* (Grand Rapids: Kregel Publications, 1994), p.107.

⁶⁹ A.W. Pink, *The Attributes of God*, p. 27.

⁷⁰ Horton, p. 59.

⁷¹ Michael Horton, *Putting The Amazing Back Into Grace*, pp. 58-59.

⁷² Horton, p. 66.

⁷³ Pink, p. 25.

⁷⁴ Pink, p. 27.

⁷⁵ Torrey, Wiersby, p. 45.

⁷⁶ Torrey, p. 47.

⁷⁷ Torrey, p. 48.

⁷⁸ Torrey, p. 49.

79 Torrey, p. 57.

80 Torrey, p. 58.

81 Torrey, p. 58.

[Previous Page](#)

[TOC](#)

[Next Page](#)

La Cercanía de Dios (Éxodo 33:1-16; 34:8-10; Deuteronomio 4:1-7)

Introducción

Es interesante comprobar que un gran número de libros escritos sobre los atributos de Dios, hablan poco o nada sobre el tema de la omnipresencia de Dios. A.W. Tozer comenta la omnipresencia de Dios:

“Pocas verdades se enseñan en las Escrituras con más claridad que la doctrina de la omnipresencia divina. Aquellos pasajes que apoyan esta verdad, son tan claras que requerirían un esfuerzo considerable para comprenderlos. Declaran que Dios es inminente en Su creación, que no existe lugar en el cielo, en la tierra o en el infierno donde el hombre pueda esconderse de Su presencia. Enseñan que Dios está al mismo tiempo, lejos y cerca y que en Él los hombres se mueven, viven y tienen su ser”⁸²

¿Desafiarían los cristianos que creen en la Biblia, la verdad que Dios es omnipresente? Y me temo que aún cuando creemos que esta doctrina es verdad en las Escrituras, no la vemos tan verdadera en nuestra vida; una verdad que se aplica a nuestra forma de vida. ¡Pero afecta nuestra vida diaria! He considerado el tema de la omnipresencia de Dios, como “La Cercanía de Dios”, pues como veremos pronto, la cercanía de Dios es una de las máximas aspiraciones del cristiano —el bien más grande. Esta verdad impacta enormemente nuestras actitudes y acciones. Consideremos entonces, la cercanía de Dios, la presencia constante de Dios en nuestras vidas.

La Caída del Hombre: La Cercanía Perdida (Génesis 3:6-10)

“Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y el árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella. Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales. Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire de día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto. Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú? Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí” (Génesis 3:6-10).

Pareciera ser que antes de la caída de Adán y Eva, ellos gozaban del privilegio de disfrutar una íntima relación y comunión con Dios. Desde el versículo 8, podemos inferir que Dios caminaba diariamente por el jardín y que Adán y Eva disfrutaban de ese momento con Él. Pero cuando eligieron confiar en el diablo en vez de Dios y desobedecer el mandato de Dios, pecaron. Su pecado originó la separación de Dios y temerle. Se escondieron de Él. El pecado da como resultado una separación de Dios:

“He aquí que no se ha acertado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para

oir; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Isaías 59: 1-2).

El resto de la Biblia trata del plan y el propósito de Dios hacia el pecado del hombre de manera que éste pueda una vez más, disfrutar de Su compañía y de Su presencia. En Génesis 3: 15, se registra la primera promesa de salvación de la Biblia:

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”

El resto de la Biblia es la historia de cómo Dios cumple esta promesa de salvación de manera que el hombre pecador pueda nuevamente estar cerca de un Dios santo.

El Éxodo y la Cercanía de Dios⁸³

El éxodo no fue sólo esa época cuando Dios liberó a los israelitas cautivos de su esclavitud de Egipto. Fue una época en la que Dios mismo se apartó de todos los demás ‘dioses’ (especialmente de los dioses de Egipto) y en la que apartó a los israelitas de los egipcios (Éxodo 9: 4-6; 11: 7). Dios separó a Su pueblo Israel de los egipcios, por medio de las plagas; pero más importante aún, distinguió a Israel por Su presencia:

“Y Moisés respondió: Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí. ¿Y en qué se conocerá aquí que he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra?” (Éxodo 33: 15-16).

“Porque, ¡qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos?” (Deuteronomio 4: 7).

Y así fue que Dios estuvo cerca de Su pueblo Israel. El gran dilema fue que los israelitas eran un pueblo testarudo y pecador. Su presencia como un Dios santo, se convertiría en algo peligroso porque Su santidad requería estar cerca del pecado:

“Jehová dijo a Moisés: Anda, sube de aquí, tú y el pueblo que sacaste de la tierra de Egipto, a la tierra de la cual juré a Abraham, Isaac y Jacob, diciendo: A tu descendencia la daré; y yo enviaré delante de ti el ángel, y echaré fuera al cananeo y al amorreo, al heteo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo (a la tierra que fluye leche y miel); pero yo no subiré en medio de ti, porque eres pueblo de dura cerviz, no sea que te consuma en el camino. Y oyendo el pueblo esta mala noticia, vistieron luto, y ninguno se puso sus atavíos. Porque Jehová había dicho a Moisés: Di a los hijos de Israel: Vosotros sois pueblo de dura cerviz; en un momento subiré en medio de ti, y te consumiré. Quitate, pues, ahora tus atavíos, para que yo sepa lo que te he de hacer” (Éxodo 33: 1-5).

Dios prometió asegurarse que Israel poseyera la prometida tierra de Canáan; pero no prometió que estaría presente entre Su pueblo. Este pueblo pecador, simplemente no podía sobrevivir en la presencia de un Dios santo. Sin embargo, Moisés no podía conformarse con nada más que no fuera que Dios morara en medio de Su pueblo. Esto diferenciaba a Israel del resto de las

naciones⁸⁴. Observen cómo Moisés le ruega a Dios, rechazando la promesa de la presencia personal de Dios ante él y cómo presiona para que la presencia de Dios esté entre Su pueblo, Israel:

“Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo. Y él dijo: Mi presencia irá contigo, y te daré descanso. Y Moisés respondió: Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí. ¿Y en qué se conocerá aquí que he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra?” (Éxodo 33: 13-16).

Si el problema de la presencia de Dios estaba enraizado en la naturaleza pecadora de los israelitas, la solución debía encontrarse en el carácter de Dios. Dios no es sólo santo. También es misericordioso y perdonador. Aquí estaba la clave que buscaba Moisés y Dios la manifestó delante suyo cuando Él le manifestó Su gloria en la montaña:

“Y Jehová descendió en la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación. Entonces Moisés, apresurándose, bajó la cabeza hacia el suelo y adoró. Y dijo: Si ahora, Señor, he hallado gracia en tus ojos, vaya ahora el Señor en medio de nosotros; porque es un pueblo de dura cerviz; y perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado, y tómanos por tu heredad” (Éxodo 34: 5-9).

Había una sola manera en que un pueblo pecador pudiera morar en la presencia de Dios y esta era Su gracia. Dios podía morar en medio de un pueblo pecador, porque Él es un Dios que perdona el pecado. Todavía no estaba claro con exactitud, cómo se efectuaría este perdón; pero el pacto mosaico lo presagiaba (ver Colosenses 2: 16-17). La Ley de Moisés definió tanto lo que le agradaba o no le agradaba a Dios; lo que era limpio y lo que no lo era (o lo corrupto) para la nación. Era imposible evitar la corrupción; pero la Ley también proveyó para la transgresión del hombre de la Ley. El pacto mosaico introdujo el tabernáculo y el sistema sacrificial, mediante el cual Dios podía morar en medio de un pueblo pecador al estar separado de ellos por las barreras del tabernáculo. A sólo ciertos israelitas (los sacerdotes levíticos), se les permitía acercarse a Dios en el desarrollo de los ritos religiosos de la nación. La presencia de Dios se manifestaba en el Lugar Santísimo, donde a los hombres se les impedía acudir, caso contrario, morían. Y a los hombres se les informó que sólo por medio del derramamiento de sangre podían acercarse a su Dios en adoración. Todo este sistema, presagiaba la venida del Mesías, el “Cordero de Dios”, quien cargaría los pecados del mundo y cuya sangre derramada limpiaría a los hombres de sus pecados.

La Cercanía de Dios en los Salmos y en los Profetas

A pesar de la distancia que debían mantener los israelitas de su Dios bajo la Ley, el pueblo de Dios esperaba un día en el futuro en el que pudieran sostener una comunión íntima con Él. Esto estaba simbólicamente representado por una comida, anticipada por primera vez en el Éxodo y de lo cual después frecuentemente narrado en los Salmos:

“Y subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno. Mas no extendió su mano sobre los príncipes de los hijos de Israel; y vieron a Dios, y comieron y bebieron” (Éxodo 24:9-11).

“Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa de Jehová moraré por largos días” (Salmo 23:5-6).

“Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo” (Salmo 27:4).

Sería errado concluir que gozar en la presencia de Dios, sea sólo una esperanza futura para el santo del Antiguo Testamento. El Salmo 73 habla de la presencia de Dios en medio de la aflicción. Asaf, después de sufrir una agonía considerable por la prosperidad de los impíos y por el sufrimiento de los santos (así lo suponía), llegó a comprender que la última bendición en la vida, no es la prosperidad o la ausencia de dolor, sino la presencia de Dios ya sea que ésta se nos haga real en medio de la pobreza o del dolor:

“¿A quién tengo yo en los cielos sino a tí? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre. Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán; tú destruirás a todo aquel que de ti se aparta. Pero en cuanto a mí, *el acercarme a Dios* es el bien; he puesto en Jehová el Señor mi esperanza, para contar todas tus obras” (Salmo 73:25-28; énfasis del autor).

El Salmo 139 es la expresión de David de su gozo en la presencia de Dios en su vida. Es uno de los grandes salmos y uno en el cual también encontramos consuelo:

“Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú as conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda. Detrás y delante me rodeaste, y sobre mí pusiste tu mano. Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender. ¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aún allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aún la noche resplandecerá alrededor de mí. Aún las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz. Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien. No fue encubierto de ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas. ¡Cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos! ¡Cuán grande es la suma de ellos! Si los enumero, se multiplican más que la arena; despierto, y aún estoy contigo. De cierto, oh Dios, harás morir al impío; apartaos, pues, de mí, hombres sanguinarios. Porque blasfemias dicen ellos contra ti; tus enemigos toman en vano tu nombre. ¿No odio, oh Jehová, a los que te aborrecen, y me enardezco contra tus enemigos? Los aborrezco por completo; los tengo por

enemigos. Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Salmo 139: 1-24).

Los profetas hablaron del tiempo cuando Dios se acercaría a Su pueblo para rescatarlos de sus pecados y para morar con ellos en una comunión íntima. Los profetas expusieron la hipocresía de aquellos israelitas que fingían estar cerca de Dios; pero cuyos corazones estaban muy distantes:

“Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo *se acerca a mí* con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado” (Isaías 29: 13; énfasis del autor).

No era suficiente la rectitud ceremonial. Los hombres no experimentarían la cercanía de Dios hasta que comprendieran la verdadera religión. *La verdadera religión es poseer y practicar el carácter de Dios, vivir el carácter de Dios en nuestra conducta*; más que repetir rituales o hacer profesiones sin significado:

“Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado. Que me busquen cada día, y quieran saber mis caminos, como gente que hubiese hecho justicia, y que no hubiese dejado la ley de su Dios; me piden justos juicios, y quieren *acercarse a Dios*. ¿Por qué, dicen, ayunamos, y no hiciste caso: humillamos a nuestras almas, y no te diste por entendido? He aquí que en el día de vuestro ayuno buscáis vuestro propio gusto, y oprimís a todos vuestros trabajadores. He aquí que para contiendas y debates ayunáis, y para herir con el puño inicualemente; no ayunéis como hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto. ¿Es tal el ayuno que yo escogí, que el día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como junco, y haga cama de cilicio y de ceniza? ¿Llamaréis esto ayuno, y día agradable a Jehová? ¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano? Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto; e irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia. Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá él: Heme aquí. Si quitares de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador, y el hablar vanidad; y si dieres tu pan al hambriento, y saciares el alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía. Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan. Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas; los cimientos de generación y generación levantarás, y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar” (Isaías 58: 1-12; énfasis del autor).

Los profetas advirtieron que si el pueblo de Dios no se arrepentía, profesando y practicando la verdadera justicia, verían que Dios se les acercaría más para juzgarlos que para salvarlos:

“*Y vendré a vosotros para juicio; y seré pronto testigo contra los hechiceros y adúlteros, contra los que juran mentira, y los que defraudan en su salario al jornalero, a la viuda y al huérfano, y los que hacen injusticia al extranjero, no teniendo temor de mí, dice Jehová de los ejércitos*” (Malaquías 3: 5; énfasis del autor).

Dios está siempre cerca en el sentido que Él ve y oye lo que los hombres hacen y Él se mostrará

hacia ellos consecuentemente:

“¿*Soy yo Dios de cerca solamente*, dice Jehová, y no Dios desde muy lejos? ¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra? Yo he oído lo que aquellos profetas dijeron, profetizando mentira en mi nombre, diciendo: Soñé, soñé. ¿Hasta cuando estará esto en el corazón de los profetas que profetizan mentira, y que profetizan el engaño de su corazón? ¿No piensan cómo hacen que mi pueblo se olvide de mi nombre con sus sueños que cada uno cuenta a su compañero, al modo que sus padres se olvidaron de mi nombre por Baal” (Jeremías 23:23-27; énfasis del autor).

Aquellos que ‘no se acerca’ a Dios por fe, serán condenados:

“No escuchó la voz, ni recibió la corrección; no confió en Jehová, *no se acercó a su Dios*” (Sofonías 3:3; énfasis del autor).

A quienes se arrepientan y confíen en el Mesías que viene de Dios, se les prometió un Dios que estaría cerca, que moraría en medio de la Nueva Jerusalén:

“En derredor tendrá dieciocho mil cañas. Y el nombre de la ciudad desde aquel día será Jehová-sama⁸⁵” (Ezequiel 48:35).

La Cercanía de Dios en los Evangelios

Dios se acercó a los hombres, en la encarnación. Jehová se acercó para salvar a Su pueblo en la persona del Señor Jesucristo. En cumplimiento de la profecía de Isaías 7:14, Su nombre era Emanuel, cuyo significado es: ‘Dios con nosotros’ (Mateo 1:23). Los escritores del Nuevo Testamento, dejaron claramente establecido que *Jesús era Dios que se acercó a salvar* (ver Marcos 5:17; Lucas 4:28-29). En la cruz del Calvario, la multitud gritó: “¡Fuera con éste...!”. Se sentían más cómodos con un asesino que con el Príncipe de la Vida (Lucas 23:18).

La Cercanía de Dios en las Epístolas

El escritor de la epístola a los Hebreos, es el que establece la gran superioridad de la obra de Cristo en los sacrificios del Antiguo Testamento. El sistema del Antiguo Testamento no podía remover el pecado del hombre, haciéndole apropiado para entrar en la presencia del Dios santo. Es la sangre derramada de Jesucristo la que provee el perdón de los pecados permitiendo que el hombre entre a la presencia de Dios con confianza:

“*Acerquémonos*, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16; énfasis del autor).

“...(pues nada perfeccionó la ley), y de la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos *acercamos a Dios*” (Hebreos 7:19; énfasis del autor).

“Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él *se acercan a Dios*, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25; énfasis del autor).

“Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos *a los que se acercan*” (Hebreos 10: 1; énfasis del autor).

“Así, que, hermanos teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, *acerquémonos* con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura” (Hebreos 10: 19-22; énfasis del autor).

La sangre de Cristo no sólo es el remedio para el pecado del hombre, permitiéndole “acercarse” a Dios; también lo es para las relaciones entre los hombres, sacando de una vez y por todas, las barreras entre los santos:

“Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Ero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, ara crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y VINO Y ANUNCIÓ LAS BUENAS NUEVAS DE PAZ A VOSOTROS QUE ESTABAIS LEJOS, Y A LOS QUE ESTABAN CERCA; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos sin conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2: 11-22).

El cielo no es tanto el lugar donde los santos se complacen a sí mismos en las bendiciones de Dios, sino que el lugar donde los santos se gozan de la presencia de Dios:

“Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Apocalipsis 21: 2-3).

“Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes” (Apocalipsis 22: 3-5)

El infierno, por otra parte, es el lugar donde los hombres están eternamente separados de la presencia de Dios:

“Métete en la peña, escóndete en el polvo, de la presencia temible de Jehová, y del resplandor de su majestad” (Isaías 2: 10).

“Y se meterán en las cavernas de las peñas y en las aberturas de la tierra, por la presencia temible de Jehová, y por el resplandor de su majestad, cuando él se levante para castigar la tierra. Aquel día arrojará el hombre a los topos y murciélagos sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que le hicieron para que adorase, y se meterá en las hendiduras de las rocas y en las cavernas de las peñas, por la presencia formidable de Jehová, y por el resplandor de su majestad, cuando se levante para castigar la tierra” (Isaías 2: 19-2).

“...los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (1ª Tesalonicenses 1:9).

“Y los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre la peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado; ¿y quién podrá sostenerse en pie?” (Apocalipsis 6: 15-17).

“T vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él, y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20: 11-15).

Principios Concernientes a la Omnipresencia

Aún cuando no sea un estudio exhaustivo de la doctrina de la divina omnipresencia, podemos hacer un resumen de algunos principios enseñados en las Escrituras sobre esta importante y consoladora doctrina:

(1) Dios es omnipresente en Su creación, pues Él siempre sabe todo lo que pasa en cualquier lugar. Él está constantemente conciente de la injusticia, del pecado, de la fidelidad. Sus ojos están siempre observando; Sus oídos (antropomórficamente hablando – hablando de Dios en términos humanos), están siempre atentos a los lamentos de los hombres, especialmente al de los oprimidos y a los penitentes (2 Crónicas 16:8; Salmo 34:15; Proverbios 5:21; Amós 9:8; Zacarías 4:10; 1ª Pedro 3:12).

(2) Dios elige soberanamente a algunos para la salvación eterna, lo cual les acercan a Él más que a otros y así diferencia a los Cristianos de los incrédulos. (Números 16:5; Salmo 65:4; Éxodo 33:16; Deuteronomio 4:7; Proverbios 18:24).

(3) La presencia de Dios no está sólo entre Su pueblo; ahora está en Su pueblo, a través del ministerio del Espíritu Santo. (Salmo 139:7; Juan 14:17-18, 23; 16:7-15). A menudo me ha llamado la atención cómo Jesús pudo decirle a Sus discípulos que era mejor para Él separarse de ellos (Juan 16:7). Finalmente he comenzado a

comprender la razón. Mientras estaba en la tierra, en Su cuerpo físico, nuestro Señor estaba presente entre Su pueblo, especialmente entre Sus discípulos. Pero cuando el Señor ascendió al cielo, Él envió a Su Santo Espíritu a morar en Su pueblo, de manera que Él está siempre en la presencia de todo creyente, no importando lo que él o ella sean. Es el Espíritu Santo de Dios el que transfiere la presencia de Dios en Su pueblo.

(4) Dios está en nuestra presencia a través de Su Palabra.

Porque *muy cerca de ti* está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas” (Deuteronomio 30:14; énfasis del autor).

“*Cercano estás tú, oh Jehová, y todos tus mandamientos son verdad*” (Salmo 119:151; énfasis del autor).

(5) Dios está siempre presente entre Sus elegidos. (Salmo 139:7-12). Él nunca nos abandonará o se olvidará de nosotros (Hebreos 13:5).

(6) Dios está especialmente cerca nuestro en ciertas épocas. Él está siempre cerca nuestro en ‘tiempos de necesidad’ (Hebreos 4:16)⁸⁶. Está cerca cuando confesamos y abandonamos nuestros pecados (Salmo 76:7; Isaías 59:2; 2ª Corintios 6:16-18). Él está cerca de los que tienen el corazón quebrantado (Salmo 34:18; comparar Mateo 5:3ss.; 2ª Corintios 7:6). Él está con nosotros (aunque seamos dos o tres), cuando ejercitamos la disciplina de la iglesia en Su nombre (Mateo 18:20). Está con nosotros cuando somos disciplinados por Él como un Padre que nos ama (ver Hebreos 12:3-13), Él está con nosotros cuando le llamamos en verdad (Salmo 145:18). Él está cerca cuando le consideramos santo (Levítico 10:3). Él está cerca de nosotros cuando ‘nos acercamos’ a Él (Santiago 4:8).

Conclusión

Implicancias Prácticas de la Cercanía de Dios

Nuestro estudio nos lleva a ponderar varias áreas de aplicación. *Primero*, me gustaría hacerles una pregunta que les animo a contestarla honestamente en vuestro corazón y alma: *¿Creen que la cercanía de Dios es su mejor bien?* Si no es así, están siguiendo una meta que es menos que buena. Moisés fue un hombre que tuvo la relación más íntima con Dios entre todos los israelitas (ver Éxodo 33:11) y aún así, no se sentía feliz. Deseaba conocer a Dios aún más íntimamente, estar incluso más cerca de Él (ver Éxodo 33:17-18). Examinemos nuestros corazones para ver si deseamos estar cerca de Él. Si no tenemos el deseo de estar cerca de Él, no debe sorprendernos el no tener anhelo por el cielo. Si no deseamos la cercanía de Dios, nuestros deseos están —al menos— distorsionados y probablemente son destructivos.

Segundo, permítanme formularles otra pregunta: Asumiendo que desean la cercanía de Dios acerca de la cual nos habla la Biblia, *¿en este momento, sienten la cercanía de Dios?* Si no es así, el problema es en realidad muy simple —el pecado. El pecado separa a los hombres de Dios. Puede ser que no esté gozando la cercanía de Dios porque es un pecador perdido, condenado a la eterna separación de Dios, separado de Su gracia. En Jesucristo, Dios se acerca a los hombres

para revelarse a Sí mismo y para proveer un medio por el cual se puede subsanar el problema del pecado y se puede restablecer la comunión entre Él y los hombres. Él, el Hijo de Dios sin pecado, cargó el castigo del pecado; el castigo por sus pecados. Al recibir el don divino del perdón y de la vida eterna en Cristo, puede usted llegar a ser hijo de Dios y disfrutar por toda la eternidad la bendición de estar cerca del corazón de Dios.

Si es usted un genuino creyente en Jesucristo y aún así no siente 'la cercanía de Dios', su problema también está enraizado en el pecado. La solución para este dilema es simple: arrepíentase. Estas palabras, escritas para la iglesia complaciente y carente de amor de Laodicea, expresa la invitación que ofrece nuestro Señor a todos los que han confiado en Él y se han vuelto fríos, que han crecido separados de Él. Estas palabras son el ofrecimiento de una comunión íntima —la cercanía con Dios— para todos los que se arrepienten y regresan a Cristo como su primer amor:

“Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestidas blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (Apocalipsis 3: 14: 22).

A través de los años, he observado que muchos cristianos han abrazado falsos estándares para determinar la presencia de Dios en sus vidas. Muchos predicadores en la televisión (y otros), enseñan que la prueba de la espiritualidad y de la presencia de Dios en sus vidas, es la salud, la riqueza y el éxito en la vida. Nuestro estudio debe haber indicado otros. Dios está cerca del corazón quebrantado y no necesariamente cerca de la gente linda cuyas vidas parecen estar tan 'bendecidas'.

Me acuerdo de las historias de Moisés y de Elías, cuyas experiencias no he comparado nunca. Creo que existe una lección para nosotros de la vida de Elías después que huyó de Jezabel y buscó a Dios y se aseguró de Su presencia en el Monte de Horeb, donde Moisés tuvo aquel encuentro con Dios tan dramático:

“Entonces envió Jezabel a Elías un mensajero, diciendo: Así me hagan los dioses, y aún me añadan, si mañana a estas horas yo no he puesto tu persona como la de uno de ellos. Viendo, pues, el peligro, se levantó y se fue para salvar su vida, y vino a Beerseba, que está en Judá, y dejó allí a su criado. Y él se fue por el desierto un día de camino, y vino y se sentó debajo de un enebro; y deseando morir, dijo: Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres. Y echándose debajo del enebro, se quedó dormido; y he aquí luego un ángel le tocó, y le dijo: Levántate, come. Entonces él miró, y he aquí a su cabecera una torta cocida sobre las ascuas, y una vasija de agua; y comió y bebió, y volvió a dormirse. Y volviendo el ángel de Jehová la segunda vez, lo tocó, diciendo: Levántate y come, porque largo camino te resta. Se levantó, pues, y comió y bebió; y fortalecido con aquella comida caminó cuarenta días

y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios. Y allí se metió en una cueva, donde pasó la noche. Y vino a él palabra de Jehová, el cual le dijo: ¿Qué haces aquí, Elías? Él respondió: He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, ha derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida. Él le dijo: Sal fuera, y ponte en el monte delante de Jehová. Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento que rompía los montes, y quebraba las peñas delante de Jehová; pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado. Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso a la puerta de la cueva. Y he aquí vino a él una voz, diciendo: ¿Qué haces aquí, Elías? Él respondió: He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida” (1 Reyes 19:2-14).

Elías había sido instruido por Dios simplemente para informar al rey que la sequía muy pronto acabaría, porque faltaba poco para que lloviera (1 Reyes 18:1). Aparentemente, Elías había pensado por sí mismo en la gran confrontación en el Monte Carmelo.

Fue un dramático despliegue del poder y de la presencia de Dios; pero fracasó completamente en su intención de hacer que el pueblo de Israel se arrepintiera. Elías estaba desolado. Deseaba morir. No era mejor que sus padres, los profetas que le habían precedido.

He hablado sobre este texto varias veces; pero de alguna manera siempre he omitido el hecho claro que Elías terminó en el monte de Horeb, ‘el monte de Dios’ (1 Reyes 19:8). Fortalecido por la comida que le proveyó el ángel de Jehová (19:5-8), Elías se dirigió al monte de Horeb. ¿Deseaba Elías que se repitieran los hechos de Éxodo 19:16-20? Pareciera ser que sí:

“Aconteció que al tercer día, cuando vino la mañana, vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y sonido de bocina muy fuerte; y se estremeció todo el pueblo que estaba en el campamento. Y Moisés sacó del campamento al pueblo para recibir a Dios; y se detuvieron al pie del monte. Todo el monte Sinaí humeaba, porque Jehová había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera. El sonido de la bocina iba aumentando en extremo; Moisés hablaba, y Dios le respondía con voz tronante. Y descendió Jehová sobre el monte Sinaí, sobre la cumbre del monte; y llamó Jehová a Moisés a la cumbre del monte, y Moisés subió” (Éxodo 19:16:20).

Moisés y los israelitas, tuvieron una visión espectacular de la gloria de Dios, cuando Él la manifestó desde la cima del monte santo. Pareciera ser que Elías deseaba reproducir esta experiencia para su propia reafirmación:

“Él le dijo: Sal fuera, y ponte en el monte delante de Jehová. Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento que rompía los montes, y quebraba las peñas delante de Jehová; pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado. Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso a la puerta de la cueva. Y he aquí vino a él una voz, diciendo: ¿Qué haces aquí, Elías?” (1 Reyes 19:11-13).

Pienso que Elías creyó que si sólo pudiera llegar a aquel monte santo y reproducir la experiencia de Moisés, se vería sumergido en la presencia de Dios de una manera espectacular. Pero aunque Elías vio alguna de las cosas que Moisés había visto, Dios no estaba en ninguno de estos eventos dramáticos. La presencia de Dios le fue revelada en un silbo apacible y delicado. Ocasionalmente, Dios puede revelarse a Sí mismo como lo hizo a Moisés; pero con mayor frecuencia se nos hace presente como lo hizo a David (en el Salmo 119) y a Asaf (en el Salmo 73). Se nos presentará en los tiempos difíciles de nuestra vida y en formas que no podemos necesariamente anticipar. Aprendamos a gozarnos en la presencia de Dios en maneras tranquilas, poco pretenciosas, diferentes a lo que podríamos desear —algo dramático y excitante.

Finalmente, la (omni)presencia de Dios debiera inspirarnos a ‘practicar la presencia de Dios’. Debo admitir que con bastante frecuencia he oído esta expresión; pero nunca he comprendido verdaderamente qué significa ‘practicar la presencia de Dios’. Así como ahora comprendo la enseñanza de Pablo sobre este asunto, practicar la presencia de Dios es vivir cada día como si Dios estuviera presente —¡y lo está! La vida de Pablo fue vivida delante de Dios y vista constantemente vista como si estuviera siendo atestiguada por nuestro Señor (sin mencionar a otros). Recordemos que nuestra conducta, nuestro testimonio y nuestro servicio, siempre están delante de Él, que siempre está presente (Jeremías 17:16; Juan:48; 2ª Corintios 2; 17; 4:2; 7:12; 8:21; 12:19).

Y miremos a ese día cuando nuestro Señor regrese a esta tierra para derrotar y destruir a Sus enemigos y llevarnos a vivir por siempre en la presencia de Dios, como decimos continuamente.

“Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien...” (Salmo 73:28a).

⁸² A.W. Tozer, *The Knowledge of the Holy* (San Francisco: Harper and Row, Publishers, 1961), p. 80.

⁸³ Ver específicamente Éxodo 3:5, 12, 17:7; 19:22; 24:2; 33:1-16; 34:8-17; Números 1:51; 3:10, 38; 17:13; 18:3-4; Deuteronomio 4:1-7; 5:27.

⁸⁴ No puedo dejar de maravillarme ante la tenacidad de Moisés en su petición de que Dios estuviera presente entre Su pueblo. Con tanta frecuencia, Dios es sólo un medio para llegar al final. Para Moisés, Dios era el final. Moisés no deseaba las bendiciones de Dios, sin Él, pues en su mente, la última bendición para el pueblo de Dios, era que moraran en Su presencia.

⁸⁵ Jerusalén-sama, quiere decir: *Jehová allí*.

⁸⁶ Observen las instancias en el Libro de los Hechos cuando nuestro Señor (o un ángel), se aparece al apóstol Pablo para animarlo y darle fuerzas (por ejemplo, Hechos 27:23-26).

La Inmutabilidad de Dios

Introducción

Después de haber decidido cambiar su automóvil, una familia conocida finalmente determinó que lo mejor era comprar un mini-van nuevo. Aunque era bastante caro, planificaron cuidarlo bien y hacerlo durar varios años. Aunque era nuevo, decidieron hacer un viaje. La serpentina que dirige todo desde motor y del alternador a la bomba de agua, se rompió y el auto se calentó demasiado. Se preguntaban cuánto daño podría haber ocasionado el exceso de calor y no fui capaz de darles mucho ánimo. El vendedor les aseguró que si cambiaban la pieza dañada, el automóvil quedaría perfecto. Camino a casa, después de un picnic de la iglesia, se vieron envueltos en una tormenta y con precipitación de granizo que tenían un tamaño de una pelota de golf, lo que le dio al automóvil una apariencia totalmente diferente —llena de hoyos. Pocos días después, mientras se dirigían al centro de la ciudad, alguien los embistió por la parte trasera, dañando aún más el mini-van. Mi amigo me contó que habían llegado al punto que ni siquiera lo lavaban.

El automóvil ‘nuevo’ de mi amigo, en un corto tiempo se hizo viejo. El tiempo hace que todo cambie rápidamente. Con mayor frecuencia, el cambio es una realidad desagradable de la vida que nos gustaría evitar si pudiésemos. Recientemente, estuve con personas que formaban parte de uno de los primeros directorios de nuestra iglesia. ¡Qué impresionante cómo han cambiado algunos de ellos! Algunos ya no tienen lo que tenían y otros tenemos mucho más de lo que teníamos entonces. Una mirada a un mapa mundial, revela la existencia de naciones que ni se concebían veinte años atrás. Los cambios recientes de la antigua Unión Soviética, llegaron repentina e inesperadamente.

Tal vez, la tecnología ha visto la mayor cantidad de cambios dramáticos en los últimos tiempos. Los computadores, que alguna vez soñé con tener, ahora se ven en las ventas de garajes y salen de allí, casi como una tentación aún cuando el precio puede ser menos de diez dólares. El computador en el cual estoy escribiendo este mensaje, es 50 veces más rápido que el primer IBM que usé, que costó el doble que el actual. Las cosas cambian tan rápidamente que no podemos confiar más en un periódico diario que en las noticias que salen minuto a minuto; debemos tener programas de noticias a lo largo de todo el día. Un agricultor, con quien me encontré recientemente, tiene un terminal de computación en la mesa de su cocina, conectado todo el día para poder mantenerse al día.

Algunos cambios son bienvenidos, otros no. Un gran consuelo para los cristianos que viven en estos tiempos turbulentos y problemáticos, es la confianza que tenemos en que Dios no cambia. Los teólogos se refieren a este atributo de Dios, como ‘la inmutabilidad de Dios’. *Dios no cambia*. Esta verdad se ve varias veces en las Escrituras e incluso en los himnos que cantamos en la iglesia. Reflexionemos en este gran atributo de Dios, antes de considerar las aplicaciones de esta verdad a nuestras vidas.

Dios No Cambia

“Además, el que es la Gloria de Israel no mentirá, ni se arrepentirá, porque no es hombre para que se arrepienta” (1 Samuel 15:29).

Saúl ha llegado a ser el rey de Israel. Como tal, debía guiar a los israelitas a la batalla en contra de los amalecitas. Fue instruido por Dios de destruir completamente al rey y a toda criatura viviente, hombre, mujer, niño e incluso a todo el ganado (1 Samuel 15:2-3). Saúl obedeció las instrucciones de Dios parcialmente, permitiendo que el rey viviera y dejándose para él lo mejor del ganado (versículos 7-9). Simplemente, Saúl no tomó en serio la Palabra de Dios. Como resultado, Dios le quitó el reinado (versículos 22-26). Entonces, Saúl le rogó desesperadamente a Samuel, esperando que Dios le devolviera el reino; en vez de ello, Samuel pronunció las palabras del versículo 29. Samuel le dice a Saúl, que Dios, la Gloria de Israel, no era un hombre. Pero como el Dios inmutable, no puede y no alterará Su palabra o cambiará Su opinión para revertir las consecuencias que recién Él pronunciado por el pecado de Saúl.

Saúl, al igual que muchos en el día de hoy, voluntariamente desobedeció la Palabra de Dios esperando que de alguna manera Él no haría como había dicho. Saúl tenía en muy poca consideración la Palabra de Dios y no veía cuán serio es Dios con relación a la desobediencia a Su Palabra. Esperaba que Dios también hubiera tomado ligeramente Su Palabra, revirtiendo la sentencia que había pronunciado al pecador. *Dios siempre toma muy en serio Su Palabra*. No sólo espera y necesita que la obedezcamos. Ciertamente, Él sostendrá Su Palabra, con relación al castigo que merecen quienes la desconocen. Dios, porque es Dios, es inmutable y podemos estar seguros que Él mantendrá Su Palabra. Todo lo creado, está sujeto a cambio, excepto el Creador, pues Él, como Dios, no cambiará:

“Mas tú, Jehová, permanecerás para siempre, y tu memoria de generación en generación”
(Salmo 102:12)

“Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerán; como un vestido los mudarás, y serán mudados; *pero tú eres el mismo*; y tus años no se acabarán. Los hijos de tus siervos habitarán seguros, y su descendencia será establecida delante de ti” (Salmo 102:25-28; énfasis del autor).

“*Porque yo Jehová no cambio*; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos” (Malaquías 3:6; énfasis del autor).

En Malaquías, el profeta está advirtiendo a la nación de Israel de la venida de la ira de Dios. Habla tanto de Juan el Bautista y de Jesús, el Mesías (3:1). El día de Su venida será un día de ira y también será un día de liberación y de salvación. Nadie podrá soportar el día de Su venida, apartados de la gracia divina (versículo 2) y aún así, de alguna manera Israel será purificada y sus sacrificios y adoración serán gratos a Dios (versículos 3-4). Dios acercará a Su pueblo para juzgarlo (versículo 6). En medio de estas palabras de advertencia y consuelo, Jehová habla de Su inmutabilidad, siendo ésta la razón por la cual el pueblo no fue consumido en el juicio divino (versículo 6).

Qué ironía cuando comparamos este texto con 1 Samuel 15:29. La ‘esperanza’ de Samuel estaba en la posibilidad que Dios pudiera cambiar y no llevar a cabo las consecuencias del pecado de Saúl. La profecía de Malaquías, nos dice todo lo contrario. Al igual que Saúl, Israel ha pecado y el

juicio divino es una realidad. La inmutabilidad de Dios significa que Dios seguirá con el juicio. También significa que Dios seguirá adelante con Su promesa de salvación. ¿Cómo se puede encontrar consuelo y estar seguros de la salvación si también se nos asegura que seremos juzgados? La respuesta es simple cuando se observa desde la perspectiva de la cruz de Cristo. El juicio cierto de Dios, cayó sobre Su Hijo Jesucristo y así, por tener fe en Él, los hombres son salvos de sus pecados y de la ira de Dios. Nuestra esperanza no está en desear que Dios no siga adelante castigando el pecado; nuestra esperanza está en la certeza que en Cristo, Él ha juzgado el pecado de la carne, una vez y para siempre, de manera que seamos salvos. La inmutabilidad de Dios es una parte importante de nuestra esperanza, pues Él que prometió juzgar el pecado, es el mismo Dios que prometió salvarnos de nuestros pecados, juzgando el pecado en la persona y en la obra de Jesucristo, Su Hijo.

“Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe. Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos. No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas” (Hebreos 13:7-9).

El libro de Hebreos fue escrito para los santos judíos que estaban comenzando a sufrir persecuciones, probablemente de sus hermanos judíos no creyentes. Estaban siendo tentados a renunciar a su fe en Cristo y abrazar nuevamente el judaísmo. El autor de esta epístola, ha demostrado reiteradamente que el antiguo pacto mosaico nunca intentó salvarles, sino prepararles para el nuevo pacto que se había cumplido en Cristo. Este nuevo pacto es “mejor”, palabra clave en Hebreos y no debe olvidarse para regresar al antiguo. Estos santos son exhortados a persistir en su fe, incluso en medio de la persecución. La exhortación a seguir los pasos de los hombres de fe a través de quienes llegaron a la salvación, es seguida inmediatamente por este que recuerda la inmutabilidad de Jesucristo:

“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8)

Esta declaración es muy importante, pues es una demanda de deidad. Sólo Dios es inmutable; sólo Él puede no cambiar y no cambia. Sólo Dios es inmutable; sólo Él no puede cambiar y no cambia. La razón del autor al decirnos que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y para siempre, es para recordarnos que Él es Dios. ¡No debe maravillarnos que Su sacrificio es superior a cualquiera de los sacrificios que vemos en el Antiguo Testamento! También es un incentivo para la fe. En quién mejor para depositar nuestra salvación y nuestro bienestar eterno que en Aquel que no sólo es Dios, sino que tampoco puede cambiar y no cambia. Nuestro destino eterno no podría estar en mejores manos.

“Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17).

Al igual que el escritor a los Hebreos, Santiago escribe a aquellos que están sufriendo por su fe. Les instruye que deben regocijarse cuando se ven envueltos en problemas, sabiendo que eso está divinamente establecido para reforzar nuestra fe, al generar paciencia (Santiago 1:2-4; comparar con Romanos 5:3-5). Si carecemos de sabiduría para saber cómo responder a los desafíos de la vida, sólo debemos pedírsela a Dios. No debemos nadar en la duda, pues en este caso seríamos personas inestables integralmente (versículos 6-8). Quienes perseveran en los

desafíos, una vez que estos hayan pasado, recibirán la corona de la vida (versículo 12).

Mientras Dios nos prueba con los desafíos y tribulaciones, Él nunca nos tienta a caer en el pecado. Esa tentación viene de otra fuente. Tanto el mundo como el diablo, ciertamente se proponen alejarnos de Dios; pero también debemos ver dentro de nosotros mismos para encontrar una explicación a nuestros pecados. Un hombre que es tentado, después sus pecados lo tientan, porque ha dado rienda a sus propias lujurias. Ciertamente no debemos culpar a Dios (versículos 13-15). Dios no es la fuente del mal, sino la fuente de todo lo bueno. Todo lo bueno viene de Dios, como un don. Dios es un don. Sólo las cosas buenas tienen su origen en Dios. Él es inmutable; podemos decir que esto es una regla y que no hay excepciones a la regla. El Dios que es bueno y la fuente de todo eso que es bueno, es consecuentemente bueno para quienes son Suyos (versículo 17; ver también Romanos 8:28).

En estos cuatro textos, dos de los cuales vienen del Antiguo Testamento y dos del Nuevo, vemos que la inmutabilidad de Dios es enseñada claramente en la Biblia y que es una verdad intensamente práctica. Antes de considerar las implicaciones prácticas de la inmutabilidad de Dios, veamos brevemente dos circunstancias en las cuales se podría concluir erróneamente que Dios no es inmutable.

Varias veces, las Escrituras hablan que Dios ‘se arrepiente’ o que ‘cambia de parecer’ (ver Génesis 6:5-6; Éxodo 32:14; Jonás 3:10; 2 Samuel 24:16). ¿Creen ustedes que estos textos restan nuestra confianza en la inmutabilidad de Dios? ¡Por cierto que no! *Primero*, debemos aclarar el significado de ‘inmutabilidad’. La inmutabilidad se aplica a la naturaleza de Dios. Él es siempre Dios y Él es siempre poderoso. Dios nunca dejará de cumplir Su voluntad por causa a un cambio en Su poder para cumplir Sus propósitos. *Segundo*, Dios es inmutable con respecto a su carácter o atributos:

“...Dios es inmutable en Sus atributos. Cualquiera hayan sido los atributos de Dios antes que el universo fuera llamado a existir, son exactamente los mismos hoy y serán para siempre. Necesariamente, pues son la perfección misma, las cualidades esenciales de Su ser. *Semper idem* (siempre los mismos) está escrito en cada uno de ellos. Su poder es imbatible, Su sabiduría no puede disminuir, Su santidad es inmaculada: Los atributos de Dios no pueden cambiar más que si la deidad dejara de ser. Su veracidad es inmutable, pues Su Palabra “permanece en los cielos” (Salmo 119).

Su amor es eterno: “Con amor eterno te he amado” (Jeremías 31:3) y: “...como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Juan 131).

Su misericordia no cesa, pues es “eterna” (Salmo 100:5)”⁸⁷

Cuando Jonás protestó por el trato que Dios le daba a los ninivitas, declaró claramente que Dios no estaba actuando inconsecuentemente con Su carácter, sino más bien Él estaba actuando previsiblemente. Jonás intentó huir de la presencia de Dios en un intento inútil para impedir que Dios actuara consecuentemente con Su carácter.

“Pero Jonás se apesadumbró en extremo, y se enojó. Y oró a Jehová y dijo: Ahora, oh Jehová, ¿no es esto lo que yo decía estando aún en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis; porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande

misericordia, y que te arrepientes del mal” (Jonás 4: 1-2).

Cuando Dios “se arrepintió del mal que había declarado que le haría a los ninivitas”, Dios no sólo estaba actuando consecuentemente con Su carácter. También estaba actuando consecuentemente con Su Palabra:

“En un instante hablaré contra pueblos y contra reinos, para arrancar, y derribar, y destruir. Pero si esos pueblos se convirtieren de su maldad contra la cual hablé, yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles” (Jeremías 18: 7-8).

Esta esperanza fue la que hizo que el rey de Nínive se arrepintiera, junto con el resto de la ciudad (Jonás 3: 5-9). Las acciones de Dios son predecibles porque Él es inmutable. Esta era la esperanza del arrepentimiento del rey de Nínive y el temor del profeta de corazón pagano, Jonás.

Tercero, Los propósitos y las promesas de Dios son inmutables (ver Romanos 11: 29).⁸⁸ Dios termina lo que comienza. Esto fue la base de la apelación que hizo Moisés a Dios, en Éxodo 32 (versículos 11-14). Aquí, las acciones de Dios en respuesta a la apelación de Moisés, no fueron una contradicción a Su inmutabilidad; sino un trabajo accesorio de esa inmutabilidad.

Las variadas dispensaciones que vemos en la Biblia⁸⁹, no son una contradicción a la inmutabilidad de Dios. La inmutabilidad de Dios, no le impide incorporar diferentes economías en Su plan global de redención. En Romanos 9-11, el apóstol Pablo muestra cómo toda la historia es una parte del plan eterno y único de Dios. La caída de la nación de Israel y la salvación de los gentiles, eran parte de este plan. Con frecuencia las Escrituras del Antiguo Testamento hablan de estos asuntos, aún cuando los judíos no estaban dispuestos a oír o a aprender. Muy pronto en Su ministerio terrenal, Jesús le recordó a sus hermanos judíos, el propósito de Dios de bendecir a los gentiles tanto como a los judíos, consecuentemente con el pacto abrahámico (Génesis 12: 1-3) y muchos otros textos (ver Lucas 4: 16-27; Romanos 9: 11).

Pedro y la Inmutabilidad de Dios

A medida que consideraba el tema de la inmutabilidad de Dios, me impresionó el énfasis que pone Pedro en esta realidad. La inmutabilidad de Dios hace permeable su pensamiento y es la base de casi todo lo que Pedro enseña. En primer lugar, encontramos esta doctrina en el sermón de Pedro en Pentecostés, registrado en Hechos 2. Pedro estaba proclamando la resurrección de Jesucristo de los muertos, no sólo como un hecho histórico del cual fueron testigos los apóstoles, sino que también como el cumplimiento de las Escrituras (ver Hechos 2: 22-35). También argumenta que la resurrección de nuestro Señor fue una necesidad teológica y práctica, lo que emana de la doctrina de la inmutabilidad de Dios.

“Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella, porque David dice de él: Veía al Señor siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Por lo cual mi CORAZÓN se alegró, y se gozó mi lengua, y aún mi carne descansará

en esperanza; porque no dejarás mi alma en el Hades. Ni permitirás que tu Santo vea CORRUPCIÓN” (Hechos 2:22-27).

Pedro sostiene “que era imposible” que nuestro Señor no se levantara de los muertos (versículo 24). ¿Por qué? Después, Pedro cita el Salmo 16:8-11, donde la profecía señala: “Ni permitirás que tu Santo vea corrupción”. La corrupción es un cambio de estado, un cambio descendente. Por cuanto Jesús es Dios y Dios no puede cambiar, Dios no puede corromperse. No fue imposible que Jesús se levantara de los muertos, como alguien podría deducir. Más bien, era imposible que no se levantara, por cuanto Él es inmutable y la corrupción implica un cambio. Podemos suponer que la tumba de Lázaro, después de tres días, hedía; pero no había olor alguno en la tumba donde yació Jesús. Era imposible para Él que se corrompiera. La resurrección de nuestro Señor fue una necesidad teológica.

En la primera Epístola de Pedro, son muy importantes la inmutabilidad de Dios y Sus obras. En 1ª Pedro 1:3-9, Pedro habla de nuestra salvación, más bien como algo incorruptible más que corruptible. Habla de nuestra herencia incorruptible (versículo 4) y también nuestra fe (versículo 7). En los versículos 18-19, Pedro considera la sangra derramada de nuestro Señor, como algo precioso, porque es incorruptible. La expiación mediante la cual ganamos nuestra salvación, fue a través de un sacrificio incorruptible, de modo que nuestra salvación es igualmente incorruptible. En los versículos 22-25, Pedro sigue explicando que la Palabra de Dios es imperecible. Es esta Palabra que sirvió como una semilla incorruptible mediante la cual fuimos engendrados. Por cuanto nuestro nacimiento se origina en una semilla incorruptible, no sólo la Palabra es incorruptible, sino que también nuestra vida y nuestro amor, que nace de la Palabra. Finalmente, e 1ª Pedro 5:4, Pedro habla a los ancianos de su recompensa: “la corona incorruptible de gloria”. Nuestra salvación es segura porque es incorruptible. Por lo tanto nuestra salvación, al igual que Dios, es inmutable.

Conclusión

La inmutabilidad de Dios está lejos de ser tan sólo una observación teológica o una verdad hipotética. Es una verdad que transforma vidas, de lo cual podemos concluir varias implicaciones para nuestras vidas.

(1) La inmutabilidad de Dios tiene una tremenda implicancia con relación a la Biblia, la Palabra de Dios J.I. Packer, en su excelente libro *Knowing God* [Conociendo a Dios], incluye un capítulo sobre la inmutabilidad de Dios, en el cual enfatiza la importancia de este atributo en nuestras vidas como Cristianos:

“¿Dónde está el sentido de distancia y de diferencia, entonces, entre los creyentes en la Biblia y nosotros? Está excluida. ¿En qué terreno? En los terrenos que Dios no cambia. Comunión con Él, fe en Su Palabra, vivir por fe, vivir basados en las promesas de Dios, son esencialmente las mismas realidades para nosotros en el día de hoy tanto como lo fueron para los creyentes en tiempos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Este pensamiento trae consuelo a medida que nos adentramos en las perplejidades de cada día: en medio de todos los cambios e incertidumbres de la vida en la edad nuclear.. Dios y Su Cristo, permanecen iguales —todopoderosos para salvar. Pero el pensamiento también nos trae un desafío. Si nuestro Dios es el mismo Dios que tuvieron los creyentes del Nuevo Testamento, ¿cómo podemos justificarnos de contentarnos con una experiencia de comunión con él y con un nivel de conducta cristiana, tan inferior a la que tenían

ellos? *Si Dios es el mismo, no es un tema que alguno de nosotros esté en condiciones de eludir*⁹⁰

La inmutabilidad de Dios está muy relacionada con la inmutabilidad de la Palabra de Dios (Mateo 24:35; 1ª Pedro 1:22-25), lo que significa que Su Palabra nunca está obsoleta, jamás es irrelevante para nuestras vidas en estos tiempos.

(2) La inmutabilidad de Dios es seguridad para los Cristianos. La seguridad provee estabilidad y confianza en tiempos de incertidumbre y en circunstancias que nos parecen amenazantes. Debido a que nuestro Dios no cambia, Sus promesas y Su propósitos son seguros; no pueden fallar y no fallarán. Tenemos un sacrificio incorruptible, el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo, quien ha cumplido con una redención eterna para todos quienes le reciben (1ª Pedro 1:3-9, 17-21; Hebreos 9:12). Tenemos “un reino incommovible” (Hebreos 12:28). Tenemos un Sumo Sacerdote que “permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable” (Hebreos 7:24). Nuestra esperanza y confianza no es “la incertidumbre de las riquezas”, sino más bien “en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos” (1ª Timoteo 6:17). El profeta Isaías, contrastó “la creación cambiante con el Creador que no cambia”, como un aliciente a la resistencia y a la fidelidad, incluso en los días negros de la historia (Isaías 50:7-51:16).

(3) La inmutabilidad de Dios es un estándar para los cristianos. Como “hijos de Dios”, debemos emular a Dios, reflejarlo a Él en nuestras vidas (de lo cual hablaremos en un momento), también existe la necesidad que nosotros no cambiemos. No debemos permitir que el mundo nos cambie haciendo que nos transformemos en su molde ateo (Romanos 12:1-2). No debemos cambiar perdiendo nuestro corazón y abandonando nuestra confesión de fe (ver Hebreos 6:11-20; 10:19-25, 32-39). No debemos cambiar olvidando nuestros compromisos cuando el cumplirlos tenga un costo demasiado alto para nosotros (Salmo 15:4).

(4) La inmutabilidad de Dios es también una advertencia asombrosa de que Dios cumplirá Su Palabra con respecto al juicio del pecado. La inmutabilidad de Dios no es sólo una seguridad que consuela con respecto a las bendiciones que Dios ha prometido; también es una advertencia seria de que Él cumplirá Su Palabra con respecto al juicio del pecado. Cuando Dios le habló a Judá con relación al juicio que vendría sobre los pueblos por sus pecados, Él habló de un juicio cierto, que no cambiaría porque Él no cambiaría de opinión:

“Porque así dijo Jehová: Toda la tierra será assolada; pero no la destruiré del todo. Por esto se enlutará la tierra, y los cielos arriba se oscurecerán, porque hablé, lo pensé, y no me arrepentí, ni desistiré de ello” (Jeremías 4:27-28).

En Jeremías 18:7-8, Dios prometió que Él se arrepentiría del desastre que pronunció en contra de una nación malvada, si se arrepentían. Aquí en Jeremías 4, Dios señala que el juicio del cual habla, es irreversible. Hay un tiempo para el arrepentimiento y durante ese tiempo los hombres pueden arrepentirse con la seguridad que Dios les perdonará sus pecados. En Jeremías 4, Dios conmina a Judá a arrepentirse (ver versículo 14); pero fue ignorado y por lo tanto, el juicio vendrá. Una vez que ha pasado el tiempo del arrepentimiento, es seguro que vendrá la ira de Dios. Desde esta perspectiva, Dios no se arrepentirá del juicio que ha anunciado por medio de Sus profetas. Este fue el caso en los días de Noé. El evangelio fue proclamado por más de 100 años; pero una vez que Dios cerró la puerta del arca, ya había terminado el tiempo del

arrepentimiento y había llegado el tiempo del juicio. Ciertamente, Dios no “cambiará” con respecto al juicio, una vez que ha concluido el tiempo para el arrepentimiento. No se equivoque confiando la gracia y la misericordia de Dios al darse demasiado tiempo para arrepentirse como una evidencia de apatía divina y de que Dios no juzgará a los hombres por sus pecados. *El juicio es cierto y seguro para los pecadores que se rebelan en contra de Dios.*

“Aquí hay terror para los impíos. Aquellos que desafían a Dios, que quebrantan Su ley, no se preocupan de Su gloria, sino que viven su vida como si Él no existiera, pensando que en el último día cuando lloren pidiendo misericordia, Dios alterará Su voluntad, revocará Su palabra y rescindiré de sus espantosas amenazas. No, Él ha declarado: “Pues también yo procederé con furor; no perdonaré mi ojo, ni tendré misericordia; y gritarán a mis oídos con gran voz, y no los oiré” (Ezequiel 8: 18). Dios no se negará a Sí mismo para gratificar sus concupiscencias. Dios es santo y por lo tanto, invariable. Por lo tanto, Dios odia el pecado, lo odia eternamente. Y por eso la eternidad del castigo para todos quienes mueren en sus pecados”.

La inmutabilidad divina, al igual que la nube que se interpuso entre los israelitas y el ejército egipcio, tiene un lado oscuro como uno claro. Asegura la ejecución de Sus amenazas tanto como el desarrollo de Sus promesas y destruye la esperanza que acarician los impíos, que Él será indulgente hacia Sus frágiles y erradas criaturas y que estos serán tratados con mucha más liviandad que como lo declara Su propia Palabra. Nos oponemos a estas presuntuosas y falsas especulaciones. La verdad solemne es que Dios es invariable en veracidad y propósito, en lealtad y justicia (J. Dick, 1850).⁹¹

(5) Con frecuencia los impíos hacen mal uso de la inmutabilidad de Dios, haciendo de ella un pretexto para vivir en el pecado sin temer el castigo. Los hombres y mujeres pecadores a menudo abusan de la inmutabilidad de Dios. El Dios inmutable es Uno que es el sostenedor de todas las cosas. Por supuesto, todas las cosas permanecen desde la fundación del mundo (Colosenses 1: 16-17; ver también 2ª Pedro 3:3-4). La constancia del mundo en el cual vivimos, es un asunto de la gracia común y esta constancia testifica Su bondad y gracia. Los no creyentes malinterpretan la consistencia del orden de la creación, haciendo de ella ‘una prueba’ de que Dios no juzgará al mundo por su pecado (2ª Pedro 3:3-4). Entonces, ¿cómo podemos estar seguros de Su juicio? (1) Porque la Palabra de Dios nos advierte del juicio y la Palabra de Dios, al igual que Dios, no cambia. (2) Porque la historia de la Biblia está llena de ejemplos de la intervención de Dios en la historia humana juzgando sus pecados. Este juicio tiene a veces una forma espectacular, tal como lo vemos en el diluvio (Génesis 6-7) o en la destrucción de Sodoma y Gomorra (Génesis 19). Otras veces, el juicio es retrasado de manera que los hombres puedan arrepentirse y ser salvos. Y otras veces, el juicio de Dios llega en una forma en que no se le reconoce como un juicio divino. Este es el caso en Romanos 1: 18-32. La ira de Dios es evidente al permitirle a los hombres sufrir la degradación y la corrupción del pecado de manera que se contaminan tanto en el cuerpo como en la mente. Él juzga a los pecadores permitiéndoles persistir en su pecado sin interrupción divina, cosechando así el torbellino de consecuencias por su pecado. En el día de hoy, en nuestra cultura muchos consideran la inmoralidad, la perversión y los pensamientos torcidos, como progreso, como una bendición. Pero debemos considerarlos por lo que son —juicio divino— una pequeña muestra de lo que vendrá.

(6) El Dios inmutable es el único medio por el cual los hombres pecadores pueden ser cambiados para poder entrar en las eternas bendiciones de Dios. Mientras Dios no cambia, los hombres pecadores deben cambiar para entrar el reino de Dios. Este ‘cambio’ va de un hombre que es un vil pecador, que merece la eterna ira de Dios, a un pecador perdonado, que ahora está vestido

en la justicia de Dios, por medio de su fe en Cristo. *Es Dios quien provee los medios mediante los cuales los pecadores pueden cambiar transformándose en una nueva creación, perdonado, justificado, teniendo una esperanza no perecible. Lo que se requiere de los hombres, es que se arrepientan, dejar de pensar y actuar como lo hicieron alguna vez, reconociendo sus pecados y confiar en Jesucristo.*

No son las buenas obras que hacen los hombres, las que ganan el favor de Dios. Más bien, es la buena obra que Dios cumple en nuestras vidas, el resultado de Su bondad y de Su gracia. El único cambio que Dios aceptará, es el cambio que Él produce en y a través nuestro, por medio de la obra de Cristo y del Espíritu Santo. No hay mayor espanto que saber que somos pecadores y que Dios no sólo odia el pecado, sino que Él ciertamente juzgará a los pecadores. *Para los pecadores no hay consuelo que pueda encontrarse en la inmutabilidad de Dios. Pero para aquellos que han confiado en la provisión de Dios para los pecadores, no hay mayor consuelo que saber que Dios nos ha elegido, nos ha llamado y nos ha prometido la salvación eterna que no cambia.*

⁸⁷ Arthur W. Pink, *Gleanings of the Godhead* (Chicago: Moody Press, 1975), pp. 35-36.

⁸⁸ Algunos de los propósitos de Dios son temporales y transitorios. El pacto mosaico, por ejemplo, fue una provisión transitoria que no alteró en modo alguno o dejó de lado, el eterno pacto de Dios con Abraham (ver Gálatas 3:17).

⁸⁹ Debemos decir que incluso los no-dispensacionistas creen en las dispensaciones que existen en ciertas distinciones en el programa de Dios a través del curso de la historia bíblica. El desacuerdo se origina en el hecho de tales diferencias; pero en la interpretación de estas diferencias. Como regla, los dispensacionistas tienden a enfatizar las diferencias mientras que los teólogos del pacto, enfatizan la unidad de todo el plan que abarca todas las dispensaciones.

⁹⁰ J.I. Packer, *Knowing God*, (Downers Grove: Inter-Varsity Press, 1973), p. 72

⁹¹ Arthur W. Pink, *Gleanings in the Godhead* (Chicago: Moody Press, 1975), p.37.

[Previous Page](#)

[TOC](#)

[Next Page](#)

El Gozo de Dios

Introducción

Debo confesar que nunca he considerado mucho aquella ‘cara sonriente’ que vemos en algunas pegatinas y en cartas. En particular, nunca he considerado aquella ‘cara sonriente’ como un logo o un símbolo cristiano. Lamentablemente, si se conociera la verdad, mucha gente piensa de Dios como alguien con el ceño fruncido. Dios odia el pecado y si comprendo correctamente las Escrituras, incluso Él odia a los pecadores. Él es un Dios de ira que está enojado con los pecadores. Pero esta es sólo una de las emociones de Dios; sólo un aspecto de Su personalidad. Dios es también un Dios que encuentra un gran placer en Sus criaturas y en Su creación. Nuestro Dios es tanto gozoso como la fuente de nuestro gozo. Cuán agradecidos deberíamos estar por este atributo de nuestro gran Dios.

En la medida que uno lee los numerosos trabajos que existen sobre los atributos de Dios, el tema del “gozo del Señor”, con frecuencia no se encuentra. Por alguna razón, “el gozo del Señor” parece ser un aspecto de la naturaleza y personalidad de Dios tratado con negligencia. Años atrás, uno de mis profesores del seminario, nos hizo prestar atención sobre este asunto, al referirse a 1^a Timoteo 1:

“...conociendo esto, que la ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, para los fornicarios, para los sodomitas, para los secuestradores, para los mentirosos y perjuros, y para cuanto se oponga a la sana doctrina, según el glorioso evangelio *del Dios bendito*, que a mí me ha sido encomendado” (1^a Timoteo 1:9-11; énfasis del autor).

La palabra *bendito* usada aquí por Pablo, es el mismo término que empleó nuestro Señor en el Sermón del Monte, que es “bendito” en la Versión King James, la Nueva Versión King James, la NIV y la NASB. La versión J.B. Phillips y otras pocas, describen a este término como “feliz”.

Desafortunadamente, la palabra ‘feliz’ ha sido redefinida y tan trivializada en nuestra cultura que no debe sorprendernos que dudemos emplearla con referencia a los cristianos o con nuestro Dios. Aún así, creo que debemos redefinirla e intentar darle el verdadero sentido al término. Sin embargo, ahora estaremos más a salvo usar el término ‘gozo’, término usado con mayor frecuencia con relación a Dios y a los cristianos. En Nehemías, encontramos esta declaración familiar:

“...porque el gozo de Jehová es vuestra fuerza” (Nehemías 8:10).

Con referencia al gozo señalado en esta cita, siempre pensé que tenía relación *al gozo que Dios da*, y así es. Ahora pienso que esto no nos dice mucho. También es *el gozo que tiene y experimenta Dios*. Dios nos da gozo porque Él es alegre. Él es la fuente del gozo, de la misma manera que Él es la fuente del amor, de la verdad, de la misericordia, etc. El gozo es tanto una descripción de Dios como una descripción de lo que Él entrega.

Comenzaremos investigando las Escrituras en búsqueda de evidencias del deleite y del placer de Dios (Su gozo). A continuación consideraremos el gozo de nuestro Señor Jesucristo, retratado en las profecías del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento. Finalmente, intentaremos mostrar cómo “el gozo de Jehová” puede impactar la vida de los hombres, especialmente con aquellos que son verdaderos creyentes en Jesucristo. Que esta lección sea una reflexión del gozo de Dios y una fuente de verdadero gozo para cada uno de nosotros.

El Gozo de Dios el Padre

Algunos podrán decir que estoy exagerando; pero pareciera ser que Dios tuvo placer —gozo— en Su creación. Reiteradamente, en Génesis encontramos la expresión “Y vio Dios que era bueno” (ver versículos 4, 10, 12, 17, 21, 25, 31). Creo que Moisés nos cuenta del gozo de Dios, indicándonos una y otra vez que Dios vio que Su creación era buena. Cuando alguien nos sirve un trozo de pastel casero y exclamamos: ‘¡Está muy bueno!’, estamos expresando no sólo nuestra aprobación, sino nuestro placer. A menudo, cuando yo ‘creo’ algo en mi garaje, me veo a mí mismo yendo varias veces a contemplarlo en los días siguientes a mi creación, obteniendo placer en lo que he hecho. Al parecer, el Padre sintió placer por lo que Sus manos habían hecho. Cuando el hombre peca, el gozo de Dios se torna en pena:

“Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo Jehová: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo; pues me arrepiento de haberlos hecho” (Génesis 6:5-7).

La creación de Dios entra en el gozo de su Creador:

“Por tanto, los habitantes de los fines de la tierra temen de tus maravillas. Tú haces alegrar las salidas de la mañana y de la tarde” Salmo 65:8).

“Se visten de manadas los llanos, y los valles se cubren de grano; dan voces de júbilo, y aún cantan” (Salmo 65:13).

“Regocíjese el capo, y todo lo que en él está; entonces todos los árboles del bosque rebosarán de contento” (Salmo 96:12).

“Los ríos batan las manos, los montes todos hagan regocijo” (Salmo 98:8).

Dios el Padre siente placer al elegir o seleccionar. Dios se deleitó en la nación de Israel, seleccionando a este pueblo como el objeto de Sus bendiciones, tal como se deleitaría con Israel como objeto de Su ira (Deuteronomio 28:63), no por causa a que Él se deleite con la muerte de los hombres, incluso los más perversos (Ezequiel 18:23; , 32; 33:11), sino debido a que Dios disciplina a Sus ‘hijos’ para conducirlos a la santidad (ver Proverbios 3:12; Hebreos 12:3-10).

Asimismo Dios tuvo placer al hacer a David, rey de Israel y después al rescatarlo del peligro:

“Y me sacó a lugar espacioso; me libró, porque se agradó de mí” (2 Samuel 22:20).

“Jehová tu Dios sea bendito, que se agradó de ti para ponerte en el trono de Israel; porque Jehová ha amado siempre a Israel, te ha puesto por rey, para que hagas derecho y justicia” (1 Rey 10:9).

El Gozo de Jesús, el Mesías Prometido

De acuerdo al profeta Isaías, el Mesías prometido es Aquel en quien el Padre se contenta (42:1). Él es descrito como Aquel que “le hará entender diligente en el temor de Jehová” (11:3). Y él es Aquel que será caracterizado por el gozo, un gozo que sobrepasará a todo el gozo de Sus hermanos:

“Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; centro de justicia es el cetro de tu reino. Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros” (Salmo 45:6-7).

El escritor a los Hebreos habla del Señor Jesús como alguien que fue motivado para desarrollar Su obra en la cruz del Calvario, por el gozo en el que Él entraría por Su expiación sacrificial:

“Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar” (Hebreos 12:1-3).

Jesús les dijo a Sus discípulos que tendrían un gran gozo. El gozo que experimentarían era primero y principalmente Su gozo, uno en el cual ellos también entrarían.

“Estas cosas s he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Juan 15:11).

“Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos” (Juan 17:13).

En Mateo 25, Jesús contó una parábola que tiene mucho que enseñarnos acerca del gozo:

“Porque el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos. Y el que había recibido cinco talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos. Asimismo el que había recibido dos, ganó también otros dos. Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos. Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos. Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; *entra en el gozo de tu señor.*”

Llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos. Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; *entra en el gozo de tu señor*. Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo: *Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste*; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo. Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. Porque al que tiene le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aún lo que tiene le será quitado. Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 25:14-30; énfasis del autor).

Esta parábola tiene mucho que enseñarnos acerca del servicio cristiano. Debemos concluir que de estos tres siervos, sólo los dos primeros eran creyentes verdaderos. El tercer siervo fue echado a las tinieblas de afuera, un lugar donde habrá llanto y crujir de dientes (versículo 30). Los dos primeros siervos eran buenos y fieles y el tercero infiel y malvado. Para mí es interesante e instructivo considerar esta historia desde la perspectiva del gozo.

Los primeros dos siervos eran fieles y su recompensa fue “entrar en el gozo” de su maestro. ¿No indican estas palabras que su maestro era alegre y que estos siervos entrarían en el gozo junto con él? El maestro era alegre (o estaría alegre) y sus siervos fieles también lo serían. El “señor” en esta historia representa con mucha certeza a nuestro Señor y los “siervos” fieles, a Sus seguidores. Las bendiciones del señor y de sus siervos, se resumen en la palabra “gozo”.

El tercer siervo, me fascina. En el pasado, siempre me fijé en lo que este siervo malvado y perezoso no hizo. En esta oportunidad, estoy especialmente interesado en la razón por la que este siervo no hizo lo que debió haber hecho. Este siervo, ¿fue flojo porque no trabajó para ganar algo para su maestro? Pensó de su maestro como alguien que esperaba algún beneficio sin haber hecho ninguna provisión.

“Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste” (Mateo 25:24).

La evaluación del siervo por parte de su maestro, fue mala. Es verdad que Jesús juzga a este hombre en base a la visión que de él tiene su maestro; pero de todos modos es una percepción mala. Dios no es un maestro cruel que espera que saquemos beneficios donde Él no ha provisto nada. Él se relaciona con nosotros por gracia. Él nos da los medios para que hagamos aquello que Él espera y requiere de nosotros. Podemos cumplir con nuestras responsabilidades hacia Él, sólo por Su gracia. Por eso es que sólo nos podemos gloriar en Él y no en lo que hemos hecho. Este siervo era malo porque no vio en su maestro la gracia ni (me atrevo a decir) su gozo. La recompensa de los siervos fieles, fue entrar al gozo de su señor. El maestro tenía gozo. Los siervos fieles entrarían en ese gozo. Y los hombres malvados no tienen en absoluto ni un poco del gozo de Dios. ¿Cuántos de nosotros tienen esta misma visión distorsionada de Dios, demandando un maestro esclavizado y no un maestro gozoso en cuyo gozo también podemos entrar? Y el servicio que Él requiere de nosotros incluso ahora, es llegar a ser gozosos y no malhumorados.

Lucas 15 es otro ejemplo de la disposición alegre de nuestro Dios. El gozo de Dios (frente al arrepentimiento y a la salvación de los pecadores), contrasta con el malhumor de los escribas y de los fariseos y de sus murmuraciones por la asociación de nuestro Señor con los recolectores de impuestos (15: 1-2). En respuesta, Jesús cuenta dos parábolas, las que señalan el gozo de Dios frente al encuentro de quien estaba perdido:

“Entonces él les refirió esta parábola, diciendo: ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: *Gozaos conmigo*, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. *Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente*, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento. ¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, diciendo: *Gozaos conmigo*, porque he encontrado la dracma que había perdido. *Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente*” (Lucas 15:3-10; énfasis del autor).

En ambas historias, algo estaba perdido, fue buscado y encontrado. Cuando se recuperó el objeto perdido, el que buscaba se alegró e invitó a otros a unirse a la celebración por lo recuperado. Los ítemes perdidos —una oveja y una moneda— fueron encontrados porque su dueño los buscó.

Jesús señala claramente que estas dos historias son comprendidas por la ilustración que nos dan de Su búsqueda por los pecadores y de su gozo en su salvación. Se esperaba que otros también se gozaran con nuestro Señor por el hecho que pecadores perdidos estaban llegando a la fe en Él y ‘encontrados’ en Él. Los escribas y fariseos no podían entrar en este gozo, porque todavía estaban perdidos y no deseaban ser encontrados. Estaban enojados por la manifestación de gracia que Jesús hacía por estos pecadores, sin tener merecimiento alguno. Ellos no querían este tipo de gente en ‘su’ reino.

Las palabras que el Señor habló aquí, me son muy familiares; pero de alguna manera no las he tomado con la necesaria seriedad. Siempre pensé que Jesús decía que eran los ángeles los que se regocijaban con la salvación de los perdidos. Sin duda que los ángeles se regocian; pero este no es el énfasis que el texto sugiere. En la primera historia, Jesús dice que hubo “gozo en el cielo” por uno que se arrepentía (versículo 7). En la segunda historia, Jesús declaró que había “gozo en presencia de los ángeles”. No sólo los ángeles se regocian; ellos se regocian junto con Dios. Dios se está gozando en el cielo y en la presencia de los ángeles. La sugerencia de las palabras de nuestro Señor, es que debido al gozo de Dios por la salvación de un pecador perdido, los ángeles también se gozan. En palabras de Jesús, en Mateo 25: “entra al gozo de tu Señor”. Por lo tanto, el hecho de que los escribas y fariseos no se gozaran, es un problema serio. No están en armonía con el cielo y más aún, con Dios. ¿Porqué? Porque no creen que son pecadores y no desean la gracia de Dios. No se consideran como ciudadanos que han entrado al reino de Dios, en la misma forma que los que cobran impuestos. De hecho, no están salvos en absoluto. Al igual que el siervo malo de Mateo 25, son incrédulos que apenas piensan en el Maestro y que no comparten Su reino ni Su gozo.

La última mitad de Lucas 15, es la historia del hijo pródigo, que sigue enfatizando el dramático contraste entre Dios y las huestes celestiales con los escribas y fariseos incrédulos. El hijo

pródigo se arrepiente y regresa donde su padre. El padre se alegra y hace un llamado para que se celebre el acontecimiento. ¿Se alegra el hermano mayor por su hermano perdido que ha regresado? ¡Lo más seguro que no! Está enojado con su hermano y también con su padre. No puede comprender por qué no se le ha permitido celebrar. Rebalsa de auto-justicia más que gratitud y gozo, que debiera caracterizar la responsabilidad del pecador frente a la gracia de Dios, tanto en su vida como en la vida de los demás. El padre del hijo pródigo, nuevamente retrata el gozo del Padre Celestial frente al arrepentimiento y a la conversión de los pecadores perdidos.

El Espíritu Santo y el Gozo

Para que no pensemos que el gozo o ‘felicidad’ sólo es un atributo del Padre y del Hijo, permítanme llamar vuestra atención a estos versículos que enlaza el gozo del creyente con el Espíritu Santo:

“Y los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo” (Hechos 13:52)

“...porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17).

“Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Romanos 15:13).

“Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo” (1ª Tesalonicenses 1-6).

El Espíritu Santo es el medio por el cual el gozo de nuestro Señor, el gozo de nuestro Maestro, es entregado al creyente. La presencia y el ministerio del Espíritu Santo, produce gozo en la vida del cristiano. De estos versículos, podemos inferir que aquellos que no son cristianos, en quienes no mora el Espíritu Santo, no experimentan el gozo de Dios. Esto es ciertamente así, en el caso de los escribas y fariseos descritos en Lucas 15 y en cualquier otra parte de los evangelios.

Conclusión

Dios es un Dios de gozo, un ‘Dios feliz’, si pudiéramos decirlo así. Él se goza en Su creación y en forma especial se goza en la salvación de los pecadores perdidos. Si somos hijos de Dios, entonces estamos sintonizados con Su personalidad y con Su corazón y es así que nos caracterizamos también con el gozo. Este gozo viene de Dios y es entregado a través del Espíritu Santo, a cada cristiano. “El gozo del Señor” debería caracterizar nuestro servicio y nuestra adoración. Es un gozo que será mucho mayor en el cielo, un gozo en el cual entraremos allá en el cielo. Para los cristianos, el gozo no es una opción, pues se nos ha ordenado a experimentar y a expresar gozo, como cristianos.

“Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de nosotros” (Mateo 5:12).

“Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros

nombres están escritos en los cielos” (Lucas 10:20).

“Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega” (Juan 4:36).

“De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Juan 16:20).

“También vosotros ahora tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo” (Juan 16:22).

“Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran” (Romanos 12:15).

“Y otra vez dice: Alegraos, gentiles, con su pueblo” (Romanos 15:10).

“De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan” (1ª Corintios 12:26).

“...no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad” (1ª Corintios 13:6).

“Por lo demás, hermanos, tened gozo, perfeccionaos, consolaos, sed de un mismo sentir, y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros” (2ª Corintios 13:11).

“Porque está escrito: Regocíjate, oh estéril, tú que no das a luz; prorrumpes en júbilo y clamas, tú que no tienes dolores de parto; porque más son los hijos de la desolada, que de la que tiene marido” (Gálatas 4:27).

“¿Qué, pues? Que no obstante, de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún” (Filipenses 1:18).

“Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros. Y asimismo gozaos y regocijaos también vosotros conmigo” (Filipenses 2:17).

“Por lo demás, hermanos, gozaos en el Señor. A mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es seguro” (Filipenses 3:1).

“Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocíjate!” (Filipenses 4:4).

“Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia” (Colosenses 1:24)

“Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios” (1ª Tesalonicenses 3:9).

“Estad siempre gozosos” (1ª Tesalonicenses 5:16).

“En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas” (1ª Pedro 1:6).

“...a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso” (1ª Pedro 1:8).

“...sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría” (1ª Pedro 4:13).

“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado” (Apocalipsis 19:7).

Podrán pensar que la falta de gozo es uno de los males menores; pero no es así. Dios habló del pecado de Israel como uno evidente por la falta de gozo:

“Y vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te perseguirán, y te alcanzarán hasta que perezcas; por cuanto no habrás atendido a la voz de Jehová tu Dios, para guardar sus mandamientos y sus estatutos, que él te mandó; y serán en ti por señal y por maravilla, y en tu descendencia para siempre. Por cuanto serviste a Jehová tu Dios con alegría y con gozo de corazón, por la abundancia de todas las cosas, servirás, por tanto, a tus enemigos que enviare Jehová contra ti, con hambre y con sed y con desnudez, y con falta de todas las cosas; y él pondrá yugo de hierro sobre tu cuello, hasta destruirte” (Deuteronomio 28:45-48).

La falta de un corazón alegre fue la fuente del pecado de Israel y del juicio divino. La carencia de gozo conduce al pecado. Y a la inversa, el pecado conduce a la falta de gozo:

“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me echés de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente. Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti” (Salmo 51:10-13).

Además, vemos que el gozo es la motivación para el testimonio y el servicio de los cristianos. Con demasiada frecuencia intentamos motivar a los cristianos para que den testimonio, haciéndoles sentirse culpables. Este texto señala que “el gozo de tu salvación” actúa como el motivador de nuestro servicio y no la culpa ni el temor. “El gozo de nuestro Jehová es nuestra fuerza” (Nehemías 8:10). El Espíritu de Dios y la Palabra de Dios, son dos medios esenciales mediante los cuales el gozo del Señor llega a los hombres (ver Salmo 119:111; Jeremías 15:16; versículos sobre el Espíritu Santo y el gozo, que citamos anteriormente).

No prestamos un buen servicio a Dios y a los demás cuando retratamos a Dios de una forma tal que calza con una percepción falsa del siervo malo de Mateo 25. Este siervo temía a su maestro; pero más que estar pronto a servir a su maestro, su temor le originaba una respuesta opuesta. Dios siente placer y siente gran gozo en Su creación, incluyendo la nueva condición de los creyentes en Jesucristo. También se deleita en el crecimiento y santidad de Su pueblo.

El gozo es una fuente tremenda de orientación y guía con relación a la ‘voluntad de Dios’. Muchos piensan y hablan de la ‘voluntad de Dios’ como un gran misterio, difícil de discernir e incluso difícil de defender. Pero la Biblia no se refiere así de la voluntad de Dios. En Romanos 7, Pablo no dijo que la voluntad de Dios era difícil de conocer; dijo que era imposible de hacer. Él sabía lo que era correcto; sencillamente no lo hacía. Él sabía lo que estaba mal; aún así persistía en hacerlo. No es el conocimiento de la voluntad de Dios lo difícil, sino hacerla.

Si desean conocer la voluntad de Dios, acérquese a las decisiones que debe tomar en la vida, por este estándar: ¿Qué agrada a Dios, qué le proporciona gozo y qué le produce tristeza?

“Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables” (2ª Corintios 5:9).

“Comprobando lo que es agradable al Señor” (Efesios 5:10).

“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén (Hebreos 13:20-21).

La Biblia no deja dudas acerca de lo que a Dios le complace y lo que no. Dios se deleita en Su pueblo (Salmo 149:4). Encuentra gozo en la rectitud (1 Crónicas 29:17) y lealtad (Oseas 6:6) y amor que no muere (Miqueas 7:18). Él se complace con la naturaleza amorosa y con la justicia (Jeremías 9:24). Se goza en los “hijos” a quienes disciplina (Proverbios 3:12; ver Hebreos 12:3-13). Él ama el peso justo (Proverbios 11:1) y a los perfectos de camino (Proverbios 11:20). Siente placer con aquellos que hacen la verdad (Proverbios 12:22). Dios no se goza en los rituales religiosos, divorciados del vivir en santidad (Salmo 51:16-17; ver también los versículos 18 y 19). Por aquellas cosas que nos impresionan, Dios no siente placer, tales como la fuerza de un caballo o las piernas de un hombre (Salmo 147:10-11). No encuentra gozo en los necios (Eclesiastés 5:4) o en la muerte de los malvados (Ezequiel 18:23), 32; 33:11).

Observen cuidadosamente que la forma del mundo de la palabra ‘gozo’, no es el mismo gozo que poseen los cristianos. Ambos ‘gozos’ son muy diferentes. De hecho, el cristiano puede distinguirse del no creyente por aquellas cosas que son la fuente de nuestro gozo. Los hombres malos se deleitan en sus abominaciones (Isaías 66:3) y eligen aquello en lo que Dios no se goza (Isaías 65:12; 66:4). No se deleitan en la Palabra de Dios (Jeremías 6:10). Se gozan con un ladrón y con los adúlteros (Salmo 50:18) y en la maldad (2ª Tesalonicenses 2:12).

El hijo de Dios tiene una fuente de placer o gozo, muy diferente. Su gozo está en el Señor (Salmo 37:4; 43:4), de Su Palabra (Salmo 1:2; 112:1; 119:16, 24, 70, 77, 92, 143, 174). Tiene gozo haciendo la voluntad de Dios (Salmo 40:8) y en la oración (Salmo 147:1). Elige aquello que complace a Dios (Isaías 56:4). Se regocija en la justicia (Proverbios 21:15). Su deleite no es personal, egoísta; no está en los placeres sensuales; sino que encuentra placer en Dios:

“Si retrajerés del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de Jehová lo ha hablado” (Isaías 58:13-14).

Al parecer, muchos no cristianos piensan que llegar a Cristo equivale a poner un final a los placeres y el comienzo de una vida opaca y sin alegrías. El término 'puritano' está lejos de ser hoy día, un cumplido, porque se piensa que los puritanos son gente del pasado que supo lo que era el placer. Esta caracterización de los puritanos, simplemente no es verdadera.⁹² Nada podría estar más lejos de la verdad. *No existe gozo como el conocer a Dios y servirle; ningún gozo como saber que nuestros pecados están perdonados y que estamos bien con Dios por medio de la sangre derramada de Jesucristo.* No existe gozo que soporte el dolor, el sufrimiento y la persecución, como el gozo del cristiano, cuya esperanza y gozo están en el Señor y no en nuestras circunstancias.

El autor John Piper, recientemente ha tocado el tema del placer de una forma muy refrescante, que recomiendo a los lectores. A su primer libro, titulado *Desiring God: The Meditations of a Christian Hedonist*, le siguió el libro titulado *The Pleasures of God*, enfocado en los atributos de Dios. Recientemente, ha escrito otro libro, llamado *Let the Nations be Glad: The Supremacy of God in Missions*. A veces, Piper tiende a hacer un contraste entre el placer y el gozo, cuando en realidad deben considerarse juntas. Nuestro deber debería ser nuestro deleite.

Piper señala algo muy importante acerca del gozo o del placer. Insiste en que no está mal que un cristiano sienta placer o que lo busque; sólo está mal cuando se busca el placer en el lugar equivocado. Busquemos el gozo en Dios, sirviéndole y adorándole. El gozo del Señor es nuestra fuerza.

⁹² Para comprender a los puritanos, les recomiendo el excelente libro de J.I. Packer *A Quest For Godliness*, estudio de los puritanos que corrige muchos conceptos errados contemporáneos (Wheaton: Crossway Books, 1990). También recomiendo *Worldly Saints*, subtítulo "Los Puritanos tal cual fueron", de Leland Ryken (Grand Rapids: Academie Books, 1986).

[Previous Page](#)

[TOC](#)

[Next Page](#)

La Invisibilidad de Dios (Génesis 32:22-30; Éxodo 24:9-11; 1ª Timoteo 1:17)

Introducción

Encontramos poco sobre el tema de la invisibilidad de Dios entre los libros sobre Sus atributos. Algunos podrán razonar que la invisibilidad de Dios es obvia. Debido a que no podemos ver a Dios, ¿porqué intentar probar que Él es invisible? Otros podrán mirar la invisibilidad de Dios como un problema, algo confuso, incluso tal vez como un obstáculo a la fe y a la vida en Dios. Pero no lo es, simplemente. Debiéramos acordarnos de las palabras de Jesús con relación a Su partida de la tierra y por tanto, a Su invisibilidad, mientras comenzamos nuestro estudio:

“No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14:18-21).

“Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; por si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me verán más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado” (Juan 16:7-11).

“Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque yo voy al Padre” (Juan 16:16).

Podemos suponer erróneamente que Jesús está diciendo a Sus discípulos que ahora lo ven; pero por poco tiempo. Estará invisible durante tres días y después nuevamente estará visible después de Su resurrección. No creo que Él esté diciendo esto. Jesús está diciendo que Sus discípulos en ese momento lo ven físicamente; pero después de Su muerte, entierro, ascensión y la llegada del Espíritu Santo prometido, ellos le “verán” de una forma mucho más clara. Les hablará clara y abiertamente y comprenderán (algo que no fue así durante el tiempo de Sus enseñanzas mientras estuvo en la tierra —ver Mateo 15:17; 16:11; Lucas 2:50; 9:45; Juan 10:6; 20:9). Y mientras Él esté invisible para el mundo después de Su ascensión, Él se mostrará en forma muy evidente a quienes creen en él. Estos sentirán Su presencia con más certeza y Él ya no morará *entre* ellos sino *en* ellos. La presencia ‘invisible’ de nuestro Señor es mejor que lo fue Su presencia visible. Tenemos un gran privilegio al conocer a Dios en forma más íntima después de la muerte, resurrección y ascensión de nuestro Señor.

Algunos podrán creer que la Biblia se contradice con relación a la invisibilidad de Dios. Algunos textos expresen claramente que Dios es invisible y que no puede ser visto:

“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:8).

“Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos, Amén” (1ª Timoteo 1:17).

Pero también hay textos en los que los hombres declaran haber visto a Dios:

“Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel; porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma” (Génesis 32:30).

“Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero. Y él volvía al campamento; pero el joven Josué hijo de Nun, su servidor, nunca se apartaba de en medio del tabernáculo” (Éxodo 33:11).

“...y lo dirán a los habitantes de esta tierra, los cuales han oído que tú, oh Jehová, estabas en medio de este pueblo, que cara a cara aparecías tú, oh Jehová, y que tu nube estaba sobre ellos, y que de día ibas delante de ellos en columna de nube, y de noche en columna de fuego” (Números 14:14).

¿Deberían los cristianos bajar las manos con desesperación? Como algunos escépticos dicen, ¿está la Biblia ‘llena de errores e inconsistencias’? Comenzaremos con las aparentes contradicciones. Después consideraremos la invisibilidad de Dios y la encarnación visible del Señor Jesucristo. Finalmente, veremos algunas de las numerosas implicancias de la doctrina de la invisibilidad de Dios.

Considerando las Aparentes Contradicciones

A la luz de lo que nos dicen algunos textos de que Dios es invisible y otros textos que Dios ha sido visto por los hombres, apliquemos a continuación verdades bíblicas para que nos ayuden a resolver estas contradicciones aparentes.

(1) Dios no tiene una forma física.

“...y habló Jehová con vosotros de en medio del fuego; oísteis la voz de sus palabras, mas a excepción de oír la voz, ninguna figura visteis” (Deuteronomio 4:12)”

“También el Padre que me envió ha dado testimonio de mí. Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto” (Juan 5:37).

Tanto el Antiguo y el Nuevo Testamento, nos indican que Dios no tiene forma; esto es que Dios no tiene un cuerpo físico.

(2) Dios es espíritu.

La razón de esto la explica nuestro Señor en Sus palabras dirigidas a la mujer junto al pozo:

“Dios es espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren” (Juan

4:24).

Esta mujer se refirió a la disputa entre los judíos y los samaritanos sobre el lugar donde Dios debía ser adorado. Los judíos adoraban a Dios en Jerusalén y Jesús pudo haberla corregido señalándole esto. Pero no lo hizo. Jesús le informó que debido a Su encarnación, la adoración no sería nunca más lo mismo. Específicamente, la adoración no sería nunca más restringida a un solo lugar. Los hombres adoraban a Dios en Jerusalén porque ese era el lugar que había elegido Dios para morar. Pero cuando Dios se vistió de humanidad en la encarnación (la venida de Cristo a la tierra), Dios quiso morar no sólo *entre* Su pueblo, sino que *en* Su pueblo. Cuando Jesús ascendió al cielo y el Espíritu Santo vino a morar dentro de la iglesia, ésta podía ya adorar a Dios en cualquier lugar, porque la presencia de Dios entre los hombres es espiritual y no física. Dios es espíritu, por lo que no está restringido a un lugar y tampoco la adoración está restringida a uno. Dios es invisible porque Él es espíritu y no carne.

(3) Cuando Dios se les aparece a los hombres, se aparece en una gran variedad de ‘formas’.

Podríamos pensar que esta aseveración se contradice con lo que se ha dicho previamente; pero no es así. Dios no tiene una forma física; pero en la Biblia leemos que se les aparece a los hombres en variadas formas. Estas ‘formas’ son tanto vagas como variadas. Cuando Dios se les aparece a los hombres, algunas veces las descripciones de Su apariencia son vagas. En Génesis 32, leemos el acontecimiento de un lucha muy extraña. De la descripción del ‘hombre’ con quien peleó Jacob, no podríamos deducir que era otro hombre:

“Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba. Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba. Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob respondió: No te dejaré, si no me bendices. Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob. Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido. Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Declárame ahora tu nombre. Y el varón respondió: ¿Por qué me preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel; porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma” (Génesis 33:24-30).

¿Qué provocó el cambio en la mente de Jacob para constatar que ese ‘hombre’ no era otro que Dios mismo? No pareciera ser que se tratara de algo inusual en la apariencia de esta persona. Ciertamente, pareciera ser que tampoco se debió al infinito poder de ese varón. La única indicación que nos dice que este ser era Dios, está contenida en las palabras que le dijo a Jacob:

“Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido. Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Declárame ahora tu nombre. Y el varón respondió: ¿Por qué me preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí” (Génesis 33:28-29).

Casi puedo ver las ruedas de la mente de Jacob, comenzando a girar: “¿Cuándo luché con Dios? Y, ¿cómo puede ‘bendecirme’ esta persona; pero no decirme su nombre?” Repentinamente, lo supo. Había estando luchando con Dios. Aquí había algo sobre lo cual podría meditar durante mucho tiempo. ¿Cómo había estando luchando con Dios?

Como estamos estudiando la invisibilidad de Dios, es importante observar que cuando Dios se le apareció a Jacob, de la manera que lo hizo, Su apariencia fue la de un hombre. No se hace mención alguna de vestimentas blancas brillantes o de una luz brillante. No hubiéramos sabido que se trataba de Dios por Su apariencia. Pero por las palabras que Dios dijo, Su identidad se nos hace evidente.

Otras apariencias o manifestaciones de Dios a los hombres son más espectaculares y muestran más Su majestad y Su gloria. Sin embargo, las ‘descripciones’ de Dios cuando apareció, están lejos de lo que se detalla:

“Y subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno. Mas no extendió su mano sobre los príncipes de los hijos de Israel; y vieron a Dios, y comieron y bebieron” (Éxodo 24:9-11).

En realidad este es un incidente inusual escondido en medio del libro de Éxodo. Setenta y cuatro hombres vieron a Dios y comieron una comida festiva en Su presencia. No hay duda que se trata de Dios y que todos estos hombres le vieron de algún modo. Lo maravilloso es que vivieron para contarlo. Pero si alguien debiera describir a Dios sólo basándose en esta descripción, en un encuentro muy inusual con Dios, ¿cuánto sabríamos de Su apariencia? Lo único que nos dice este texto es que cuando vieron a Dios, vieron sus pies (versículo 10). Se nos dice más de lo que estaba debajo de Sus pies que cualquier otra cosa. Ciertamente es una descripción muy vaga. Es posible que Dios haya estado visible; pero ciertamente no completo.

Uno de los principales textos del Antiguo Testamento que describe la apariencia de Dios a los hombres, lo encontramos en los primeros capítulos del libro de Isaías:

“En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo;: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dijo: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos. Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas” (Isaías 6:1-6).

Con toda seguridad Isaías vio al Dios de Israel y esto tuvo un gran impacto sobre él. Pero, ¿qué sabemos de la apariencia de Dios a partir de este pasaje? ¿Cómo podríamos describir a Dios basados en la descripción que hace de Él Isaías? Isaías mismo habla más de la apariencia de los ángeles que de la apariencia de Dios. Él estaba sentado en un trono y vestía un manto. Los ángeles no proclamaron sobre la apariencia de Dios, sino cómo se veía. Proclamaron el carácter de Dios. Hablaron de Su santidad y de Su gloria. El impacto sobre Isaías fue una toma de conciencia máxima de su propia maldad como un pecador. Esta revelación del carácter de Dios, provocó en Isaías una visión de cuánto había caído de la gloria de Dios. En la medida que Isaías creció en el conocimiento del carácter de Dios, creció en el conocimiento de sí mismo. Lo que Isaías vio de sí mismo, no era lindo.

(4) Sería fatal ver el ‘rostro’ de Dios.

En aquellas instancias en las que se dice que los hombre vieron a Dios, se expresa sorpresa por haber vivido para contarlo. Jacob se maravilló al ver que su vida había sido preservada (Génesis 32:30). Moisés notó que Dios “no extendió Su mano” en contra de los 74 hombres que se dice que habían visto al Dios de Israel (Éxodo 24:10-11). Dios informó a Moisés que él no podría verlo y vivir (Éxodo 33:20). Cuando Gedeón tomó conciencia de haber visto “al ángel de Dios cara a cara” (Jueces 13:21-21), se le aseguró que no moriría (versículo 23). Manoa y su mujer, quienes se convertirían en los padres de Sansón, se asombraron de no haber muerto por haber visto a Dios como “el ángel del Señor” (Jueces 13:21-23). Al parecer Pablo está diciendo que los hombres no pueden ver a Dios y vivir cuando declara que Dios mora en “la luz inaccesible” (1ª Timoteo 6:16). Acercarse a Dios es igual a dibujar cerca de un horno encendido a altas temperaturas. Es peligroso para la salud de quien lo hace (ver también Éxodo 33:2-5).

(5) Existe una diferencia entre ver a Dios ‘cara a cara’ y ‘ver la cara de Dios’.

La expresión ‘cara a cara’ es en sentido figurado. En las Escrituras está claro que ver a Dios ‘cara a cara’, no es lo mismo que ver el rostro de Dios. Consideremos el ejemplo de Moisés, cuando en la primera parte de Éxodo 33, se dice que él ha hablado con Dios “cara a cara”:

“Cuando Moisés entraba en el tabernáculo, la columna de nube descendía y se ponía a la puerta del tabernáculo, y Jehová hablaba con Moisés. Y viendo todo el pueblo la columna de nube que estaba a la puerta del tabernáculo, se levantaba cada uno a la puerta de su tienda y adoraba. Y *hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero*. Y él volvía al campamento; pero el joven Josué hijo de Nun, su servidor, nunca se apartaba de en medio del tabernáculo” (Éxodo 33:9:11; énfasis del autor).

Lo importante de este texto, no es que Moisés en realidad viera el rostro de Dios, sino que hablaba con Él *íntimamente*. Esto se aclara notablemente en los versículos que siguen:

“Él entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Y le respondió: Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente. Dijo más: *No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá*. Y dijo aún Jehová: He aquí un lugar junto a mí, y tú estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; *mas no se verá mi rostro*” (Éxodo 33:18-23; énfasis del autor).

Dios le habló a Moisés “cara a cara”; pero no le permitió “ver Su rostro”. Por lo tanto, ver a Dios “cara a cara”, no es lo mismo que ver el rostro de Dios. Hablar “cara a cara”, significa hablar con alguien sobre una base personal e íntima, de la forma en que un amigo le habla a otro amigo. Encontramos algo similar en Números 14:

“Pero Moisés respondió a Jehová: Lo oirán luego los egipcios, porque de en medio de ellos sacaste a este a este pueblo con tu poder; y lo dirán a los habitantes de esta tierra, los cuales han oído que tú, oh Jehová, estabas en medio de este pueblo, *que cara a cara aparecías tú, oh Jehová, y que tu nube estaba sobre ellos, y que de día ibas delante de ellos en columna de nube, y de noche en columna de fuego*” (Números 14:13-14; énfasis del autor).

Dios fue visto “cara a cara” por los israelitas. En el contexto, esto significa que Dios hizo conocer Su presencia a los israelitas, por medio de la nube que les conducía y que llegó a ser una columna de fuego por la noche. No significa que Dios tiene ojos físicos y que los israelitas vieron esos ojos. La presencia de Dios estaba con Su pueblo y Él hizo que esa presencia se conociera. Pero nadie en ninguna parte vio el rostro de Dios, porque Dios no tiene rostro. Dios es Espíritu y no carne. Es invisible a los hombres, porque Él no tiene cuerpo y se hace visible a los hombres por varios medios. Aparece como un hombre, que era el ángel de Jehová. Se hizo conocer a Sí mismo por medio de una nube y bajo varias otras apariencias; pero ninguna de ellas fue una revelación completa. Y no hubo ninguna ocasión en la que los hombres vieron el rostro de Dios.

La Invisibilidad y la Apariencia de Jesucristo

Lo mismo que vemos en el Antiguo Testamento con relación a la invisibilidad de Dios y Su aparición a los hombres, surgen nuevamente en el Nuevo Testamento, con la apariencia de Jesucristo. Jesús es el único que ha visto al Padre y que ahora habla por Él:

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual. Siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (Hebreos 1: 1-3a)

“Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución. , ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimiento del Espíritu Santo según su voluntad” (Hebreos 2: 1-4).

“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha hecho conocer” (Juan 1: 18).

“No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios; éste ha visto al Padre” (Juan 6: 46)

“Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre” (Juan 8: 38).

Jesús estuvo con el Padre desde el principio (Juan 1: 1-2). Sólo Él ha visto verdaderamente al Padre (6: 46). Él habló de aquellas cosas que vio cuando estaba con el Padre (8: 38). Él es la revelación última y completa a los hombres (Hebreos 1: 1-3a). Haríamos bien en atender lo que Él ha hablado y lo que ha sido registrado por aquellos que lo vieron, cuya confiabilidad como testigos fue confirmada por las señales y maravillas que Dios hizo a través de ellos (Hebreos 2: 1-4).

Jesús se vistió de carne humana y sin disminuir Su deidad:

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14).

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:5-8).

“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2:14-15).

Este cuerpo de carne, en el cual fue puesto el Señor con toda Su deidad, no fue hecho tan atractivo para que hombres y mujeres no fueran atraídos hacia Él de una forma carnal, como lo señala Isaías:

“¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová? Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos” (Isaías 53:1-2).

Cuando los discípulos finalmente concluyeron que Jesús era en realidad el Mesías prometido por Dios, el Hijo de Dios, Jesús le dijo a Simón Pedro, el interlocutor de los discípulos, que sería bendecido porque no había llegado a esa conclusión a través de “carne y sangre”:

“Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mateo 16:17).

Jesús era reconocido espiritualmente a través de medios espirituales. No era una deducción humana sino una revelación divina que permitió a los discípulos “ver” que Jesús era el Mesías prometido del Antiguo Testamento, a quien los judíos buscaban pero que no veían.

Aún cuando Dios apareció ante los hombre en carne humana, los hombre no lo “veían” y no lo podían “ver” como tal, sin la obra divina en sus corazones:

“Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis” (Juan 6:36).

“...para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane. Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él. Con todo eso, aún de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga” (Juan 12:38-42).

“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero. Escrito está en los profetas; Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí. No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios; éste ha visto al Padre. De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna” (Juan 6:44-47).

“Y dijo: Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre” (Juan 6:65).

Para los incrédulos, el ver no era creer. Ellos vieron varias señales y maravillas; pero esto no los convenció de que Jesús era el Mesías. En vez de ello, pedían más y más señales:

“Entonces respondieron algunos de los escribas y de los fariseos, diciendo: Maestro, deseamos ver de ti señal. Él respondió y les dijo: La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches” (Mateo 12:38-40).

No fue por falta de evidencia que los hombres se negaron a creer en Jesús como el Mesías de Dios. Sus corazones estaban tan endurecidos que incluso negaron la evidencia que era irrefutable (Juan 9:18). Cuando Lázaro resucitó de los muertos, los judíos no podían negarlo y, por lo tanto, quisieron asesinarlo (Juan 11:47-53). El rechazo a la evidencia los hizo aún más culpables:

“Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi padre” (Juan 15:24).

Incluso aquellos que creyeron en Jesús, no vieron toda Su gloria. La gloria estaba velada en Su encarnación (Filipenses 2:6-7). Sólo ocasionalmente hubo rasgos de esta mayor gloria revelada a algunos de Sus seguidores. En la transfiguración, por un momento se reveló algo de esta gloria futura del Señor, ante los ojos de Pedro, Jacobo y Juan:

“Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él” (Mateo 17:1-3).

Pero aparentemente, esta gloria es mucho menor que la gran gloria que aún deberá ser revelada a los seguidores de nuestro Señor en el reino de Dios. Jesús, en Su gran oración sacerdotal, oró para que Sus discípulos vieran esta gloria:

“Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (Juan 17:24).

Debemos tener conciencia que mientras nuestro Señor vino a manifestar la presencia de Dios entre los hombres, Él no ha sido visto completamente. Verlo completamente, contemplar Su

‘rostro’ es algo que todavía estamos buscando:

“Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido” (1ª Corintios 13:12).

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1ª Juan 3:2).

Debemos hacer una observación final con relación a la ‘visibilidad’ de Dios en la persona de Jesucristo. Él fue visible en la carne durante un período de tiempo muy corto. Desde Su resurrección y ascensión, Jesús ya no fue visible para los hombres. Jesús le dijo a Sus discípulos que regresaría al Padre y que esto significaría que ya no le verían más. Sin embargo, esta invisibilidad del Señor Jesús sostenía la promesa de muchos beneficios:

“Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque yo voy al Padre. Entonces se dijeron algunos de sus discípulos unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Todavía un poco y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; y, porque yo voy al Padre? Decían, pues: ¿Qué quiere decir con: Todavía un poco? No entendemos lo que habla. Jesús conoció que querían preguntarle, y les dijo: ¿Preguntáis entre vosotros acerca de esto que dije: Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis? De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo” (Juan 16:7-21).

Los beneficios de la ausencia física de Jesús y de Su llegada y presencia a través del Espíritu Santo (como está descrito en los versículos anteriores), pueden resumirse en las siguientes frases:

(1) La ausencia física de Jesús, origina el envío del Espíritu Santo quien será nuestro Consolador y morará con nosotros para siempre. (14:16).

(2) El mundo no puede ver o conocer al Espíritu Santo; pero nosotros sí. (14:17).

(3) Aunque Jesús habitó entre los hombres durante Su vida terrenal, ahora Él mora dentro de cada creyente por medio del Espíritu Santo. (14:17).

(4) El Espíritu Santo traerá consigo una intimidad con Dios aún más grande de lo que jamás ha

experimentado el hombre. (14:20).

(5) El Espíritu Santo es “el Espíritu de verdad”. (14:17). Él no sólo convocará la presencia de Cristo en los santos y revelará a Su iglesia todo lo que necesitamos saber de Dios (16:12-15). Él convencerá a los pecadores de las verdades que son esenciales para su salvación. (16:8-11).

Aún cuando el mundo ya no ‘verá’ más a Jesús en Su cuerpo físico, Él será ‘visto’ por Sus santos. Este ‘ver’, no es físico ni ‘verlo’ literalmente. ‘Vemos’ a Jesús por fe, estando seguros que Él está con nosotros y en nosotros (14:19; 16:16)

Conclusión

El Dios que es Espíritu y que, por lo tanto, es invisible, ha querido por gracia manifestarse a los hombres en varias formas a través de la historia. Finalmente, Dios se reveló completamente en Jesucristo (Hebreos 1:1-3a; 2:1-4). Adoramos a un Dios que no podemos ver, a un Dios que es invisible. Esta verdad pareciera ser como un ‘mosquito’ teológico; una verdad eclipsada por muchos más ‘camellos’ teológicos prácticos. Pero la doctrina de la invisibilidad de Dios es una verdad con muchas implicaciones y aplicaciones muy significativas. Al concluir, me gustaría señalar algunas ramificaciones prácticas de la invisibilidad de Dios.

(1) La invisibilidad de Dios está unida en forma inseparable a nuestra fe, a nuestra esperanza y a nuestro amor. La fe, la esperanza y el amor, son tres temas fundamentales de la Biblia. Pablo habla de ellos en 1ª Corintios 13:13. Observen cómo los escritores del Nuevo Testamento unen cada uno de estos tres elementos importantes de nuestra fe y de nuestra vida cristiana a la invisibilidad de Dios.

“Es pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Porque por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos. Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía. (Hebreos 11:1-3).

“Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardemos” (Romanos 8:24-25).

“... a quien amáis sin haber visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso” (1ª Pedro 1:8).

(2) La invisibilidad de Dios, uno de los atributos de Dios, es un atributo fundamental de muchas de las bendiciones que tenemos como cristianos. Por cuanto ya hemos desglosado esta verdad en el mensaje, ciertamente parece reiterativo. La invisibilidad de Dios no es una obligación que debiéramos buscar para negar o superar. En palabras de Jesús: “Os conviene que yo me vaya...” (Juan 16:7). Él no está menos presente entre nosotros por el hecho que se haya ido y que sea físicamente visible. Está más presente a través de Su Espíritu, a quien Él nos envió. El Espíritu Santo convoca la presencia de Cristo. El Espíritu Santo mora en el individuo y por tanto, en la iglesia. El Espíritu Santo inspiró a los apóstoles para recordar y después registrar las palabras y enseñanzas de nuestro Señor. El Espíritu Santo regenera y convierte a los no creyentes e ilumina

y le da poder a los creyentes. Por Su invisibilidad, no somos espiritualmente más pobres, sino más ricos debido a Su invisibilidad.

(3) La invisibilidad de Dios, también puede ser un problema para los santos. Desafortunadamente, los cristianos no siempre aceptan los beneficios que tenemos por la presencia invisible de la presencia con nosotros de nuestro Señor a través del Espíritu Santo. Existen ocasiones en que queremos tener la seguridad de que Él está con nosotros. Cuando perdemos la visión (disculpen el juego de palabras) de los beneficios de la invisibilidad de Dios, comenzamos a buscarle en medios visibles. Podemos vernos inclinados a 'mirar las cosas exteriormente' (2ª Corintios 10:7), más que enfocarnos en los cosas que no se ven, las cosas invisibles que son eternas:

“Por tanto no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2ª Corintios 4:16-18).

Peor aún, es posible que nos veamos tentados a probar a Dios, demandando que Él pruebe Su presencia ejecutando algún milagro visible, como lo hicieron los israelitas en el desierto (Éxodo 8:1-7; Números 14:1-25). Esto es exactamente el llamado que hiciera Moisés a los israelitas en el sentido que no lo hicieran (Deuteronomio 6:16). Esto es también lo que Satanás trató de hacer al tentar a nuestro Señor (Mateo 4:5-7). Y es lo que Pablo solicitó a los cristianos no hacer (1ª Corintios 10:9).

(4) La invisibilidad de Dios nos indica que miremos las cosas que son invisibles y no las que lo son. Tengo amigos que son ciegos. Debido a su ceguera no pueden confiar en la visión; en vez de ello, deben confiar más en los otros sentidos. La invisibilidad de Dios (lo que causa nuestro andar espiritual y nuestros conflictos), significa que debemos confiar más en nuestros sentidos que en nuestra visión física. En palabras de Pablo, debemos “caminar por fe y no por vista” (2ª Corintios 5:7). El escritor a los Hebreos señala la relación entre la fe y lo que no se ve:

“Es pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Porque por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos. Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía. (Hebreos 11:1-3).

“Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe” (Hebreos 11:7)

“Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra” (Hebreos 11:13).

¿En qué, entonces, basamos nuestra fe si no es por vista? *Basamos nuestra fe en la Palabra de Dios.* Esta es la forma que siempre se pensó que fuera. Es a la Palabra de Dios, que Adán y Eva decidieron desobedecer. Confiaron en una serpiente más que en Dios, y comieron el fruto

prohibido porque parecía ser bueno. Como resultado, sus ojos fueron abiertos; pero lo que ‘vieron’, no fue bueno (Génesis 3:1-7).

Las espectaculares evidencias visibles de la presencia de Dios en el Monte Sinaí, no fueron una revelación de la forma de Dios. Los israelitas deseaban ‘ver’ a su Dios; por eso hicieron una imagen dorada que representaba a Dios en la forma de un becerro de oro. Dios, sin embargo, quería representarse a Sí mismo a través de Su Palabra. Fue la Palabra de Dios la que se grabó en piedra y no Su imagen física. Fue la posesión de la Palabra de Dios que distinguió a los israelitas por sobre todas las naciones y Dios confirmó Su Palabra con las obras poderosas que Él ejecutó en la visión de ellos (Deuteronomio 4:1-8). Las cosas de las cuales fueron testigo los israelitas en el Monte Sinaí, fueron hechas para que el pueblo pudiera creer y obedecer la Palabra de Dios (Deuteronomio 4:9-18). Dios castigó a los israelitas por haber desobedecido a Su Palabra, a pesar de las evidencias visibles de Su presencia y del poder y de la verdad de Su Palabra (Números 14:22).

Aunque muy interesante, no fue sólo la revelación de Dios que demostró Su poder y Su presencia. No fue sólo que la gloria de Dios se acercara lo suficiente como para que muriera el que se acercara demasiado. También fue el *oir* la Palabra de Dios. Dios se manifestó a Sí mismo a través de Su Palabra y los israelitas temieron de Su Palabra —e hicieron bien de acuerdo a las palabras de Dios:

“...conforme a todo lo que pediste a Jehová tu Dios en Horeb el día de la asamblea, diciendo: No vuelva yo a oír la voz de Jehová mi Dios, ni vea yo más este gran fuego, para que no muera. Y Jehová me dijo: Han hablado bien en lo que han dicho” (Deuteronomio 18:16-17).

En el contexto de estos dos versículos, Dios está advirtiendo a Su pueblo acerca del peligro de falsos profetas y también está prometiendo la venida de alguien quien, al igual que Moisés, revelará la Palabra de Dios a los hombres. Esta persona no es otra que nuestro Señor Jesucristo. Él es “la Palabra (Verbo)” (Juan 1:1-2), la revelación completa y final a los hombres a quién deberíamos prestar atención (Hebreos 1:1-3a; 2:1-4). Cuando los tres discípulos, Pedro, Jacobo y Juan vieron una demostración de la gloria de nuestro Señor en la transfiguración, fue por un propósito; un propósito que Dios les indicó claramente:

“Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, otra para Elías: Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; *a él oíd*” (Mateo 17:1-5; énfasis del autor).

La gloria de Dios fue revelada en el Monte Sinaí para que los israelitas tomaran en serio la Palabra de Dios. La gloria de nuestro Señor, le fue revelada a Pedro, Jacobo y Juan, para que tomaran en serio las palabras de Jesús. Y así lo hicieron:

“Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz

que decía: Este es mi Hijo amado, en él tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo. Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profecía de las Escrituras es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2ª Pedro 1:16-21).

Cuando el Señor Jesús se acercó al tiempo de Su muerte, resurrección y ascensión, comenzó a hablarle en forma más abierta a Sus discípulos acerca de aquellas cosas que serían cruciales para ellos en los días de Su ausencia e invisibilidad. Esto lo vemos especialmente en el Sermón del Aposento Alto y en la oración sacerdotal de nuestro Señor en Juan 14-17. El Señor Jesús habla constantemente de Su Palabra y de Su Espíritu Santo. A través de estas cosas, nuestro Señor morará en Sus santos. Y ellos morarán en Él en la manera que moren en Su Palabra. Dios se ha revelado a Sí mismo en Su Palabra inspirada e infalible. Aquí está la base de nuestra fe. Aquí están los medios mediante los cuales los hombres serán salvos. Aquí están los medios mediante los cuales los creyentes crecerán. Aquí están los estándares de nuestra conducta y la luz que guiará nuestros pasos. *Por medio de Su Palabra y a través de Su Espíritu, Dios está presente y es conocible en este mundo en donde los hombres no le ven.*

Es la Palabra de Dios que nos hace ver no las cosas que se ven, sino aquellas que no lo son (2ª Corintios 17-18). Cuando ejecutamos actos de servicio y de adoración, no debemos hacerlo por los hombres, no debemos hacerlo para buscar su aprobación o sus aplausos; más bien debemos hacerlo para servirle a Él, el invisible.:

“Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público. Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mateo 6:2-6).

El Dios invisible, el Dios “que está en secreto”, nos insta a ejecutar nuestras acciones de justicia en una forma consecuente con Su invisibilidad. Para servir a Dios, no debemos pretender hacerlo desde una plataforma pública, sino actuar en cuanto a nuestra adoración y servicio, lo más secretamente posible, sabiendo que Dios que está “en secreto”, ve lo que estamos haciendo y nos recompensará en Su tiempo.

Nuestras acciones espirituales involucran mucho más que lo que se ve (Efesios 6:10-12). De igual manera, la provisión de Dios para nuestra protección también es invisible, a no ser que nuestros ojos sean milagrosamente abiertos para ver lo invisible:

“Tenía el rey de Siria guerra contra Israel, y consultando con sus siervos, dijo: En tal y tal lugar estará mi campamento. Y el varón de Dios envió a decir al rey de Israel: Mira que no pases por tal lugar, porque los sirios van allí. Entonces el rey de Israel envió a aquel lugar que el varón de Dios había dicho; y así lo hizo una y otra vez con el fin de cuidarse. Y el corazón del rey de Siria,

se turbó por esto; y llamando a sus siervos, les dijo: ¿No me declararéis vosotros quién de los nuestros es del rey de Israel? Entonces uno de los siervos dijo: No, rey señor mío, sino que el profeta Eliseo está en Israel, el cual declara al rey de Israel las palabras que tú hablas en tu cámara más secreta. Y él dijo: Id, y mirad dónde está, para que yo envíe a prenderlo. Y le fue dicho: He aquí que él está en Dotán. Entonces envió el rey allá gente de a caballo, y carros, y un gran ejército, los cuales vinieron de noche, y sitiaron la ciudad. Y se levantó de mañana y salió el que servía al varón de Dios, y he aquí el ejército que tenía sitiada la ciudad, con gente de a caballo y carros. Entonces su criado le dijo: ¡Ah, señor mío! ¿qué haremos? Él le dijo: No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos. Y oró Eliseo, y dijo: Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo. Y luego que los sirios descendieron a él, oró Eliseo a Jehová, y dijo: Te ruego que hieras con ceguera a esta gente. Y los hirió con ceguera, conforme a la petición de Eliseo. Después les dijo Eliseo: No es este el camino, ni es esta la ciudad; seguidme, y yo os guiaré al hombre que buscáis. Y los guió a Samaria. Y cuando llegaron a Samaria, dijo Eliseo: Jehová, abre los ojos de éstos, para que vean. Y Jehová abrió sus ojos, y miraron, y se hallaban en medio de Samaria. Cuando el rey de Israel los hubo visto, dijo a Eliseo: ¿Los mataré, padre mío? Él le respondió: No los mates. ¿Matarías tú a los que tomaste cautivos con tu espada y con tu arco? Pon delante de ellos pan y agua, para que coman y beban, y vuelvan a sus señores. Entonces se les preparó una gran comida; y cuando habían comido y bebido, los envió, y ellos se volvieron a su señor. Y nunca más vinieron bandas armadas de Siria a la tierra de Israel” (2 Reyes 6:8-23).

Nuestra adoración debe considerar los ángeles invisibles que están presentes, observando aprendiendo (1ª Corintios 11:10). A las mujeres se les advierte de no poner tanto énfasis en su apariencia externa; más bien deben dar prioridad a su ser interno escondido:

“Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa. Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos” (1ª Pedro 3:1-5).

Lo que no se ve, juega una parte muy importante en la vida del cristiano, cuyo Dios no puede ser visto por ojo humano, sino con los ojos de la fe.

(5) La invisibilidad de Dios se hace visible a través de Su iglesia y de Sus santos. ¿Cómo se manifiesta Dios a aquellos que no creen? En Romanos 1, Pablo nos dice que Dios se revela a través de Su creación:

“Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Romanos 1:20).

Dios también se hace visible a los hombres a través de la iglesia, el cuerpo de Cristo. Lo que Dios comenzó a hacer y a enseñar por medio de Su Hijo, continúa haciéndolo y enseñándolo a través

de Su iglesia (Hechos 1:1ss.). La iglesia es Su cuerpo y Su medio para trabajar y llevar testigos a los hombres en este mundo:

“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1ª Pedro 2:9).

Es nuestro llamado y nuestro privilegio manifestar las excelencias de Dios a este mundo perdido y moribundo.

(6) La invisibilidad de Dios es una de las barreras insuperables entre el no creyente y la fe en Dios. Muchos suponen que ver es creer. Ellos, al igual que Tomás el incrédulo, se niegan a creer en lo que no ven (ver Juan 20:25). El hecho es que ver nunca es una base suficiente para la fe, pues la fe tiene sus raíces en una convicción relacionada con lo que no se ve (Hebreos 11:1-2). Los judíos vieron a Jesús quien manifestó a Dios a los hombres —Dios encarnado. Entre más señales veían, más pedían (Mateo 12:38-45). Sólo cuando Dios abre los ojos espirituales de los no creyentes, ellos serán capaces de ‘ver’ al que es invisible.

Mientras consideraba el tema de la invisibilidad de Dios y sus implicaciones para los perdidos, mi mente se volvió al encuentro de Jesús con Nicodemo, en Juan 3:

“Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque *nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.* Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que *el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.* Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. *No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu.* Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto? De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales? Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:1-15; énfasis del autor).

Como judío, Nicodemo era un hombre cuya vida obró en base de lo que veía. El judaísmo estaba obsesionada con los rituales externos y visibles de la justicia. No le dio la importancia debida a los asuntos del corazón, a lo que no se veía (ver Lucas 16:15). En base a las señales y maravillas de Jesús, Nicodemo tuvo que admitir que Jesús estaba muy cerca de Dios. Pero Jesús presionó a este maestro de los judíos a ir más allá de lo visible —a lo invisible. La salvación no se trata de lo que se ve, sino de lo que no se ve. La concepción de un niño no se ve; pero con el tiempo los resultados de ese acto se hacen evidentes con el nacimiento del niño. Lo mismo sucede con la salvación. *La salvación no es el resultado del esfuerzo del hombre; sino el resultado de la obra invisible de Dios* (ver Juan 1:12-13).

Jesús relacionó esta obra de Dios milagrosa; pero invisible a los efectos del viento. Nadie nunca, ha visto al viento; pero asimismo, nadie cuestiona su existencia. Sabemos que el viento está presente porque podemos ver sus efectos. Lo mismo sucede con el Espíritu Santo. No podemos ver al Espíritu Santo; pero podemos ver las evidencias de Su obra en la vida de los hombres, hombres como Pedro y Pablo y —si ustedes han nacido de nuevo como hijos de Dios— como usted. Este maestro de las Escrituras debería haber sabido de sus estudios sobre ellas, que las obras externas de los hombres no les salvan, sino la renovación interna del Espíritu Santo, una obra invisible, cuyos efectos pronto se harán evidentes.

Es posible que estemos pensando que es prominente maestro de Israel, debiera saber más; pero antes que nos pongamos demasiado exigentes, consideremos este asunto a luz de nuestro propio pensamiento y práctica. ¿Somos culpables de implicar (si no establecer) que la gente se salva por llenar un formulario, alzar sus manos, ir al frente o por ser bautizados? Seamos muy claros que la obra de la salvación es la obra invisible del Dios invisible, cuyos efectos son visibles.

Con frecuencia oigo hablar a los cristianos en el sentido que si sus amigos y familiares no creyentes creerían si sólo Dios se les revelara de alguna forma espectacular. Simplemente, esto no es así. ¿Cuánto más habría hecho el Señor Jesús para probar que Él era el Mesías, el Hijo de Dios? Como Jesús lo dijo, sólo aquellos a quienes el Señor atrae hacia Sí, creerán. Para aquellos de nosotros que tienen una confianza indebida en nuestras habilidades apologéticas, en nuestra habilidad de convencer a hombres y mujeres fieles, les recordaría que es la Palabra de Dios y es el Espíritu de Dios que convence y convierte a los hombres. No nos engañemos a nosotros mismos pensando en que si habláramos claramente del evangelio o que si forzáramos más a los hombres, ellos creerían. Esto es signo de ignorar la doctrina de la depravación de los hombres, la invisibilidad de Dios y de la inhabilidad de todos para ‘ver’ a Dios separado del alumbramiento divino.

Como cristianos, es nuestra responsabilidad hablar y ver es la obra de Dios:

“Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas a sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena todo” (Efesios 1:15-23).

Que Dios abra nuestros ojos espirituales para ver las cosas maravillosas que Él tiene para nosotros:

“Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen. Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno

de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria. Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aún lo profundo de Dios” (1ª Corintios 2:6-10).

[Previous Page](#)

[TOC](#)

[Next Page](#)

El Dios Perdonador

Introducción

Uno de los pasajes más fascinantes de las Escrituras en el Nuevo Testamento, es la descripción de la aparición después de la resurrección a los dos discípulos en el camino a Emaús. En ese viaje, nuestro Señor enseñó a estos hombres el estudio bíblico más excitante de todos los tiempos. En ese viaje, nuestro Señor habló estas palabras a aquellos dos hombres:

“Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lucas 24:25-27).

“Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas” (Lucas 24:44-48).

¡Cómo nos hubiera gustado haber estado allí cuando nuestro Señor enseñó esta lección. Por lo menos nos gustaría que este estudio estuviera registrado en las Escrituras ⁹³. Incluso de las pocas palabras que Lucas ha registrado, tenemos algunas verdades importantes. *Primero*, se nos dice que los sufrimientos de Jesús y Su gloria son temas que reiteradamente están presentes en el Antiguo Testamento y que están señalados por Pedro en otros pasajes (ver 1ª Pedro 1:10-12). *Segundo*, aprendemos que Jesús enseñó a Sus discípulos acerca de Su sufrimiento y de Su gloria, desde el principio de la Biblia hasta los hechos de Su muerte, entierro y resurrección. *Tercero*, observen que lo que Jesús enseñó a los discípulos es, en esencia, el evangelio. La base del “arrepentimiento para el perdón de pecados”, que debía ser proclamada (al igual que el evangelio) “a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (versículo 47), es el sufrimiento, muerte y resurrección de nuestro Señor.

Nuestro tema para esta lección es el perdón de Dios, o en términos de los atributos de Dios, “el Dios perdonador”. Intentaremos seguir el modelo de nuestro Señor, al considerar el Dios que perdona. En primer lugar, demostramos que Dios se caracteriza por ser un Dios que perdona. A continuación, comenzando en el primer Libro de la Biblia, demostraremos cómo el propósito de Dios de perdonar los pecados, se ha cumplido en Cristo.

En esta lección, hay más citas bíblicas y con menos comentarios e interpretaciones, porque la Biblia es muy clara en este tema del perdón de los pecados (como en muchas otras materias) y deseo que la Escritura hable por sí misma. *Les hago un llamado a leer las Escrituras cuidadosamente para que puedan recoger la preciosa historia del Dios perdonador, quien ha cumplido “el perdón de los pecados” por medio del sacrificio de Jesucristo.*

Dios es un Dios Perdonador

En forma reiterativa en las Escrituras, Dios está representado como el Dios que perdona los pecados:

“Y Jehová descendió en la nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34:5-7).

“No quisieron oír, ni se acordaron de tus maravillas que habías hecho con ellos; antes endurecieron su cerviz, y en su rebelión pensaron poner caudillo para volverse a su servidumbre. Pero tú eres Dios que perdona, clemente y piadoso, tardo para la ira, y grande en misericordia, porque no los abandonaste” (Nehemías 9:17).

“Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador, y grande en misericordia para con todos los que te invocan” (Salmo 86:5).

“Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado” (Salmo 139:4).

“De Jehová nuestro Dios es el tener y misericordia y el perdonar, aunque contra él nos hemos rebelado” (Daniel 9:9).

El Pecado es un Problema Serio para Todos

El perdón de los pecados es muy importante porque todos son pecadores y las consecuencias del pecado, son devastadoras:

“Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase. Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2:15-17).

“Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida” (Génesis 3:22-24).

“...el alma que pecare, esa morirá” (Ezequiel 18:4b).

“...por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

“Por tanto, como el pecado entró al mundo por un hombre [Adán], y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5: 12; comentario en paréntesis del autor).

“Porque la paga del pecado es muerte...” (Romanos 6:23a).

“Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado” — “¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?” (Romanos 7: 14, 24).

“Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó a los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron a los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20: 12-15).

Dios: La Única Esperanza de Perdón para el Hombre

Desde el primer pecado de la especie humana —el pecado de Adán y Eva— está muy claro que sólo Dios puede perdonar los pecados. Las palabras de la maldición que Dios expresó en el Jardín del Edén, implican que Él daría la solución al problema del pecado del Hombre, a través de la simiente de Eva, que derrotaría a Satanás.

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Génesis 3: 15).

Esta es la primera profecía relacionada a la salvación del hombre por medio del perdón de pecados y de la derrota de Satanás. Ya habla del Mesías que vendría, quien sería la simiente de la mujer (humano) y quien derrotaría a Satanás, haciéndose daño a Sí mismo.

Más tarde, Dios aclaró que la “simiente” de la mujer sería la simiente de Abraham y que a través de esta simiente serían benditas todas las naciones de la tierra (Génesis 12: 1-3). A través del nieto de Abraham, Jacob (llamado más tarde Israel), se formó la nación de Israel. Los israelitas fueron a Egipto durante la vida de José y permanecieron allí por alrededor de 400 años, hasta que Dios sacó a los israelitas de la esclavitud de Egipto, conduciéndoles a la tierra prometida de Canaán. Dios hizo un pacto con la nación de Israel, entregándoles la Ley del Monte Sinaí. Durante la ausencia de Moisés, los israelitas cometieron un gran pecado en contra de Dios, confeccionando un becerro de oro y alabándolo como su “dios” (Éxodo 32). Sólo después de la intercesión de Moisés, Dios aceptó seguir en medio de este pueblo mientras entraban a la tierra prometida. Cuando Moisés quiso conocer a Dios en forma más íntima, viéndole Su gloria, Dios le reveló lo siguiente de Sí mismo:

“Él entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Y le respondió: Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente” (Éxodo 33: 18-19).

“Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34:6-7).

De este pasaje surgen varios hechos muy importantes. *Primero*, el perdón es la obra externa de la compasión y de la gracia de Dios. El Dios que “perdona la iniquidad” (34:7), es el Dios que es “fuerte, misericordioso y piadoso; tarde para la ira, y grande en misericordia y verdad” (34:6). El perdón es un asunto de la gracia divina. *Segundo*, por cuanto el perdón de Dios es un asunto de gracia, es un don de la gracia soberana de Dios. Dios da el perdón a quienes Él elige para ser perdonados. Nadie es digno de esta gracia y por lo tanto, nadie tiene derecho a reclamar la gracia de Dios, manifestada en el perdón de los pecados. Dios dijo a Moisés: “...y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente” (33:19). Dios perdona a quienes Él elige para ser perdonados. El perdón es algo que nosotros, como pecadores, no tenemos derecho a esperar ni a exigir. *Tercero*, la gracia de Dios sobre los pecadores perdonados, de ninguna manera deja de lado la justicia de Dios la que requiere el castigo de los pecadores:

“Que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y *que de ningún modo tendrá por inocente al malvado*; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34:7; énfasis del autor).

Algunos piensan que tienen sobre sí la gracia cuando pasan por alto su pecado —cuando simplemente rechazan reconocerlo. Muchos padres piensan que tienen sobre sí la gracia al no castigar a los hijos por su desobediencia. *La gracia de Dios no deja de lado el castigo por los pecados; éstos fueron sustituidos por Aquel que fue castigado por ellos*. Incluso en esta época temprana de la historia de la relación de Dios con Su pueblo, Él deja muy claro que Su gracia no significa que tendrá sobre el pecado una visión liviana. Dios tiene una relación muy severa hacia el pecado. Cuán Él perdona al hombre por su pecado, de todos modos lo castiga. El castigo del pecado, como veremos, es llevado por el Señor Jesucristo en vez del pecador.

Finalmente, observen que el perdón de los pecados en ninguna manera nos exime de obligación alguna del objeto de la gracia de Dios, de obedecerle. Basado en la auto-revelación de Dios de Su gloria y en la declaraciones de Su gracia y de la compasión por la que Él perdona los pecados, Moisés hace un llamado a Dios por los israelitas:

“Y dijo: Si, ahora, Señor, he hallado gracia en tus ojos, vaya ahora el Señor en medio de nosotros; porque es un pueblo de dura cerviz; y perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado, y tómanos por tu heredad” (Éxodo 34:9).

Moisés ruega por el perdón divino para su pueblo y recibe la certeza de que Dios estará en medio de Su pueblo, conduciéndolos a la tierra de Canaán. Pero inmediatamente vemos que la abundancia de perdón es una obligación a vivir de acuerdo al pacto que Dios ha establecido con Su pueblo:

“Y él contestó: He aquí, yo hago pacto delante de todo tu pueblo; haré maravillas que no han

sido hechas en toda la tierra, ni en nación alguna, y verá todo el pueblo en medio del cual estás tú, la obra de Jehová; porque será cosa tremenda la que yo haré contigo. Guarda lo que yo te mando hoy; he aquí que yo echo de delante de tu presencia al amorreo, al cananeo, al heteo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo. Guárdate de hacer alianza con los moradores de la tierra donde has de entrar, para que no sean tropezadero en medio de ti. Derribaréis sus altares, y quebraréis sus estatuas, y cortaréis sus imágenes de Asera. Porque no te has de inclinar a ningún otro dios, pues Jehová, cuyo nombre es Celoso, celoso es. Por tanto, no harás alianza con los moradores de aquella tierra; porque fornicarán en os de sus dioses, y ofrecerán sacrificios a sus dioses, y te invitarán, y comerás de sus sacrificios; o tomando de sus hijas para tus hijos, y fornicando sus hijas en pos de sus dioses, harán fornicar también a tus hijos en pos de los dioses de ellas. No te harás dioses de fundición” (Éxodo 34:10-17; ver también versículos 18-26).

Formar parte del pueblo de Dios y que Él more en medio vuestro, requiere que haya una solución para el pecado. También establece un estándar de justicia, que es útil para definir qué es el pecado. Es así que encontramos una declaración de los términos del pacto de Moisés entregada en forma inmediata después de la petición de Moisés por gracia y perdón para su pueblo. Son los verdaderos mandamientos que Dios establece en Éxodo 34:10-26, que se resumen en los diez mandamientos y que muy pronto los israelitas comenzaron a no tomarlos en consideración y a rebelarse en su contra, como veremos luego.

Si el pecado no debe ser mirado en menos y debe castigarse, ¿cómo puede cumplirse? Bajo la Ley del Antiguo Testamento, los hombres podían ofrecer sacrificios a Dios por sus pecados. En particular, el Día de la Expiación que era la ocasión cuando los pecados de la nación de Israel del año anterior, eran sometidos al perdón:

“Y esto tendréis por estatuto perpetuo: En el mes séptimo, a los diez días del mes, afligiréis vuestras almas, y ninguna obra haréis, ni el natural ni el extranjero que mora entre vosotros. Porque en este día se hará expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová. Día de reposo es para vosotros, y afligiréis vuestras almas; es estatuto perpetuo. Hará la expiación el sacerdote que fuere ungido y consagrado para ser sacerdote en lugar de su padre; y se vestirá las vestiduras de lino, las vestiduras sagradas. Y hará la expiación por el santuario santo, y el tabernáculo de reunión; también hará expiación por el altar, por los sacerdotes y por todo el pueblo de la congregación. Y esto tendréis como estatuto perpetuo, para hacer expiación una vez al año por todos los pecados de Israel. Y Moisés lo hizo como Jehová lo mandó” (Levítico 16:29-34).

El Día de la Expiación, en realidad no eliminaba el pecado; simplemente hacía que estuviera lejos del juicio divino. Si tuviéramos que comparar los pecados de Israel con una deuda financiera, el sacrificio ofrecido en el Día de la Expiación no eliminaba la deuda; sólo pagaba los intereses correspondientes al año anterior. El pecado no se eliminaba; se postergaba por otro año. Año tras año, la deuda aumentaba. Alguien, de alguna manera, debía pagar por el pecado. Y así tendría que ser.

La nación de Israel, rápidamente comenzó a pecar en contra de Dios, desobedeciendo Su pacto. Una y otra vez, los israelitas pagaron, y una y otra vez, Dios por medio de Su gracia perdonó a este pueblo voluntarioso y desobediente (ver Deuteronomio 1-3; Nehemías 9:6-38; Salmo 78; Daniel 9:4-15). Finalmente, a la primera generación se le prohibió entrar a la tierra prometida. Murieron en el desierto y sus hijos e hijas entraron a la tierra, lo que se nos narra en el inicio del Libro de Deuteronomio. El Pacto Mosaico se reitera una vez más; los diez mandamientos se

repite en Deuteronomio 5. Pero aquí no hay señal de optimismo. El problema que subraya la rebelión de Israel es *la condición de los corazones* de los israelitas:

“¿Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre! (Deuteronomio 5:29).

“Pero hasta hoy Jehová no os ha dado corazón para entender, no ojos para ver, ni oídos para oír” (Deuteronomio 29:4).

En Deuteronomio, está claro que los israelitas no guardarían el pacto de Dios y que la nación experimentaría “la maldición” que se lee en el libro, especialmente en el Capítulo 28. A pesar de su desobediencia, aún hay esperanzas para la nación porque Dios es un Dios perdonador y Su perdón no está basado en que el hombre lo merezca o lo amerite. En consecuencia, Moisés le dice al pueblo que después que hayan sido dispersados de la tierra prometida y que vivan en cautiverio entre las naciones, Dios cumplirá Sus promesas y bendecirá a la nación:

“Sucederá que cuando hubieren venido sobre ti todas estas cosas, la bendición y la maldición que he puesto delante de ti, y te arrepintieres en medio de todas las naciones adonde te hubiere arrojado Jehová tu Dios, y te convirtieres a Jehová tu Dios, y obedecieres la voz conforme a todo lo que yo te mando hoy, tú y tus hijos, con todo tu corazón y con toda tu alma, entonces Jehová hará volver a tus cautivos, y tendrá misericordia de ti, y volverá a recogerte de entre todos los pueblos adonde te hubiere esparcido Jehová tu Dios. Aún cuando tus desterrados estuvieren en las partes más lejanas que hay debajo del cielo, de allí te recogerá Jehová tu Dios, y de allí te tomará, y te hará volver Jehová tu Dios a la tierra que heredaron tus padres, y será tuya; y te hará bien, y te multiplicará más que a tus padres” (Deuteronomio 30:1-5).

Dios promete derramar Sus promesas sobre Su pueblo cuando se hayan arrepentido y se hayan vuelto a Él. Continúa, indicando que el arrepentimiento de los israelitas es el resultado de Su obra en sus corazones, dándoles un nuevo corazón y una nueva alma, que buscan agradecerle y que aman guardar Sus mandamientos:

“Y circuncidará Jehová tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas. Y pondrá Jehová tu Dios todas estas maldiciones sobre tus enemigos, y sobre tus aborrecedores que te persiguieron. Y tú volverás, y oirás la voz de Jehová, y pondrás por ora todos sus mandamientos que yo te ordeno hoy. Y te hará Jehová tu Dios abundar en toda obra de tus manos, en el fruto de tu tierra, para bien; porque Jehová volverá a gozarse sobre ti para bien, de la manera que se gozó sobre tus padres, cuando obedecieres a la voz de Jehová tu Dios, para guardar sus mandamientos y sus estatutos escritos en este libro de la ley; cuando te convirtieres a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma” (Deuteronomio 30:6-10).

“Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos. No está en el cielo, para que no digas: ¿Quién subirá por nosotros al cielo, y nos lo traerá y nos lo hará oír para que lo cumplamos? Ni está al otro lado del mar, para que no digas: ¿Quién pasará por nosotros el mar, para que nos lo traiga y nos lo haga oír, a fin de que lo cumplamos? Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas” (Deuteronomio 30:11-14; énfasis del autor).

¿Cómo es posible que Moisés dijera que la Ley “no es demasiado difícil para ti, ni está lejos” (versículo 11), especialmente si se compara esta frase con las últimas palabras de Josué, escritas un poco después?:

“Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad; y quitad de entre vosotros los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río, y en Egipto; y servid a Jehová. Y si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová. Entonces el pueblo respondió y dijo: Nunca tal acontezca, que dejemos a Jehová para servir a otros dioses; porque Jehová nuestro Dios es el que nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre; el que ha hecho estas grandes señales, y nos ha guardado por todo el camino por donde hemos andado, y en todos los pueblos por entre los cuales pasamos. Y Jehová arrojó de delante de nosotros a todos los pueblos, y al amorreo que habitaba en la tierra; nosotros, pues, también serviremos a Jehová, porque él es nuestro Dios. Entonces Josué dijo al pueblo: No podréis servir a Jehová, porque él es Dios santo, y Dios celoso; no sufrirá vuestras rebeliones y vuestros pecados. Si dejareis a Jehová y sirviereis a dioses ajenos, él se volverá y os hará mal, y os consumirá, después que os ha hecho bien. El pueblo entonces dijo a Josué: No, sino que a Jehová serviremos. Y Josué respondió al pueblo: Vosotros sois testigos contra vosotros mismos, de que habéis elegido a Jehová para servirle. Y ellos respondieron: Testigos somos. Quitad, pues, ahora los dioses ajenos que están entre vosotros, e inclinad vuestro corazón a Jehová Dios de Israel. Y el pueblo respondió a Josué: A Jehová nuestro Dios serviremos, y su voz obedeceremos. Entonces Josué hizo pacto con el pueblo el mismo día, y les dio estatutos y leyes en Siquem. Y escribió Josué estas palabras en el libro de la ley de Dios; y tomando una gran piedra, la levantó allí debajo de la encina que estaba junto al santuario de Jehová. Y dijo Josué a todo el pueblo: He aquí esta piedra nos servirá de testigo, porque ella ha oído todas las palabras que Jehová nos ha hablado; será, pues, testigo contra vosotros, para que no mintáis contra vuestro Dios. Y envió Josué al pueblo, cada uno a su posesión” (Josué 24: 14-28; énfasis del autor).

Parece extraño que Josué inste a los israelitas a elegir servir a Jehová y después, cuando el pueblo decide hacerlo, les dice que hacerlo es imposible. Qué extraño hacer que los israelitas se sometían al Pacto Mosaico y después decirles que es imposible hacerlo. Sus palabras dirigidas al pueblo de Israel, parecen ser como si elegir seguir a Dios, es algo suicida. ¿Cómo podemos encuadrar las palabras de Moisés en Deuteronomio 30: 11-14 con las palabras de Josué en Josué 24: 19:27?

Sólo tenemos que mirar un poco más adelante en el Libro de Deuteronomio ⁹⁴. Ya hemos visto en Deuteronomio 5: 29 y 29: 4 que el problema yace en el corazón. Los israelitas necesitaban un corazón inclinado hacia Dios, un corazón que amara Sus mandamientos y que se deleitara obedeciéndolos. Los israelitas necesitaban un corazón que pudiera ver más allá de los mandamientos: los principios sobre los cuales estaban basados y hacer suyos todo lo que involucra la Ley ⁹⁵. En Deuteronomio 30, Dios mira hacia un tiempo distante mucho más allá del corredor de la historia; un tiempo en que las naciones experimentarán la maldición de la Ley y serán echados de la tierra y hechos cautivos en otra tierra distante:

“Y Jehová te esparcirá por todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo; y allí servirás a dioses ajenos que no conociste tú ni tus padres, al leño y a la piedra. Y ni aún entre estas naciones descansarás, ni la planta de tu pie tendrá reposo; pues allí te dará

Jehová corazón temeroso, y desfallecimiento de ojos, y tristeza de alma; y tendrás tu vida como algo que pende delante de ti, y estarás temeroso de noche y de día, y no tendrás seguridad de tu vida. Por la mañana dirás: ¡Qué diera que fuese la tarde! y a la tarde dirás: ¡Quién diera que fuese la mañana! por el miedo de tu corazón con que estarás amedrentad, y por lo que verán tus ojos. Y Jehová te hará volver a Egipto en naves, por el camino del cual te ha dicho: Nunca más volverás; y allí seréis vendidos a vuestros enemigos por esclavos y por esclavas, y no habrá quien os compre” (Deuteronomio 28:64-68).

Será un tiempo cuando todo el pueblo de Israel se arrepentirá y se volverá a Jehová su Dios (Deuteronomio 30:1-2). El arrepentimiento de Israel no se origina en “este pueblo obstinado y duro de cerviz” (compare con Éxodo 32:9). Más bien, es el *resultado de la obra que Dios ha hecho en ellos, dándoles un corazón nuevo y una alma nueva que le buscan y le sirven.*

“Y circuncidará Jehová tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas” (Deuteronomio 30:6).

Al mirar cuidadosamente las palabras en Deuteronomio 30:11, deberíamos hacer una observación muy importante:

“Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos. No está en el cielo, para que no digas: ¿Quién subirá por nosotros al cielo, y nos lo traerá y nos lo hará oír para que lo cumplamos? Ni está al otro lado del mar, para que no digas: ¿Quién pasará por nosotros el mar, para que nos lo traiga y nos lo haga oír, a fin de que lo cumplamos? Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas” (Deuteronomio 30:11-14; énfasis del autor).

El mandamiento es un mandamiento —no diez o más. Este único mandamiento está siendo ordenado y este único mandamiento no es tan difícil. ¿Cuál es este único mandamiento? En efecto, es “convertirse a Jehová tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma” (Deuteronomio 30:10). Si se pudiera resumir la Ley en un solo mandamiento, ¿cuál sería? La respuesta la tenemos en las Escrituras:

“Entonces los fariseos, oyendo que había hecho callar a los saduceos, se juntaron a una. Y uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó por tentarle, diciendo: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas” (Mateo 22:34-40; énfasis del autor).

Para los hombres, es imposible guardar los mandamientos de la Ley para evitar el pecado o para traer sobre ellos el perdón de los pecados. Esto es lo que Josué les dice a los israelitas a quienes está abandonando debido a su muerte ya próxima. La historia ha demostrado que el pueblo de Dios no puede cumplir con la Ley. Si creen que guardar la Ley les traerá bendiciones de Dios y la seguridad del perdón de Dios, están equivocados. El guardar la Ley, sólo prueba que los hombres son pecadores culpables, merecedores de la muerte:

“Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser

humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3: 19-20).

El único mandamiento que Dios tiene para los hombres es que deben amar a Dios con todo su corazón, alma, mente y fuerza. ¿Por qué este mandamiento no es difícil? No es porque los hombres son capaces de hacer esto por sí mismos. Es porque es imposible para ellos y de esta forma Dios cumplirá Su obra en ellos:

“Y circuncidará Jehová tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, a fin de que vivas” (Deuteronomio 30:6).

Pablo enfatiza esto en Romanos 10:

“Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree. Porque de la justicia que es por la ley Moisés escribe así: El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas, Pero la justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo); o, ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Romanos 10:4-10).

La razón de ser de este mandamiento es fácil porque Dios ha provisto para nosotros el perdón de los pecados; Él es el que permite que los hombres le amen con todo su corazón, alma, mente y fuerza. Es fácil porque todo lo que necesitamos hacer, es creer en Él por fe e, ¡incluso la fe viene de Dios!

Debido a que el perdón de pecados no era algo que los hombres pudieran hacer, los hombres de Dios miraron hacia delante a ese día en que Dios cumpliría Su obra, como lo vemos en los Salmos:

“De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo. Señor, oye mi voz; estén atentos tus oídos a la voz de mi súplica. Jah, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado. Esperé yo a Jehová, esperó mi alma; en su palabra he esperado. Mi alma espera a Jehová más que los centinelas a la mañana, más que los vigilantes a la mañana. Espere Israel a Jehová, porque en Jehová hay misericordia, y abundante redención con él; y él redimirá a Israel de todos sus pecados” (Salmo 130:1-8; ver también el Salmo 86).

En el Libro de Deuteronomio, Dios anticipó las consecuencias de alejarse de Dios y en no cumplir con Su pacto. Dios anticipó la derrota de los israelitas y que sus enemigos los sacarían de su tierra, llevándolos en cautiverio a una tierra lejana (Deuteronomio 28:58-68). Después, Dios habló de la liberación de los israelitas, después que Él les diera un corazón nuevo (Deuteronomio 30:1-6). Cuando los judíos estuvieron cautivos en Babilonia, los profetas oraron y profetizaron con relación al día en que Dios cumpliría con el Pacto de Abraham. Pronto se hizo claro que esto no se llevaría a cabo al final de los 70 años de cautiverio de Judá en Babilonia. Fue revelado mediante una profecía:

“He aquí que vienen días, dice Jehová, en que sembraré la casa de Israel y la casa de Judá de simiente de animal. Y así como tuve cuidado de ellos ara arrancar y derribar, y trastornar y perder y afligir, tendré cuidado de ellos para edificar y plantar, dice Jehová. En aquellos días no dirán más: Los padres comieron las uvas agrias y los dientes de los hijos tienen la dentera, sino que cada cual morirá por su propia maldad; los dientes de todo hombre que comiere las uvas agrias, tendrán dentera. He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley ens u mente, y la escribiré en su corazón.

93 De hecho, está registrado en las Escrituras; pero viene de los lápices inspirados de los autores del Nuevo Testamento. Encontramos mucho material de nuestro Señor en las predicaciones de Pedro en el Libro de los Hechos y mucho más en los escritores de hombres como Pablo.

94 Si tuviéramos que abandonar nuestro estudio progresivo de las Escrituras, nos iríamos derecho a Romanos 10, donde Pablo cita Deuteronomio 30. Pero deberemos buscar en Deuteronomio mismo la respuesta.

95 Esto es lo que el salmista busca y que es evidente en el Salmo 119.

[Previous Page](#)

[TOC](#)

[Next Page](#)

La Verdad de Dios

Introducción

Justo antes de rendirse ante la presión de la muchedumbre y de ordenar la crucifixión de nuestro Señor Jesucristo, Pilato hizo una de las preguntas más trágicas de la Biblia:

“Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad, oye mi voz. Le dijo Pilato: ¿Qué es la verdad? Y cuando hubo dicho esto, salió otra vez a los judíos, y les dijo: Yo no hallo en él ningún delito” (Juan 18:37-38).

Debido a que la pregunta de Pilato es una respuesta a las palabras de nuestro Señor, es mucho más perturbadora. Cuando Pilato le preguntó a Jesús si Él era un rey, Jesús dijo que lo era. Él no podía responder de otra forma debido a Su naturaleza. Jesús “era la verdad” (ver Juan 14:6) y no podía responder a la pregunta de Pilato sin decir la verdad. Pero Jesús continuó diciendo que Sus exigencias, que estaban en la verdad, no serían aceptadas por aquellos que “no eran de la verdad”. Los que “eran de la verdad”, oirían Su voz y le recibirían como su Rey.

La respuesta de Pilato, es perturbadora. Estaba actuando como el juez que debía emitir su juicio sobre nuestro Señor. ¿Era Jesús un revolucionario peligroso que intentaba negar las reglas romanas y establecer Su propio reino? El juicio debía ser consecuente con la verdad:

“Estas son las cosas que habéis de hacer: Hablad verdad cada cual con su prójimo. Juzgad según la verdad y lo conducente a la paz en vuestras pruebas” (Zacarías 8:16).

Qué triste es oír que el mismo juez desdeña la verdad. Peor aún, aunque él tuvo conciencia de la inocencia de Jesús, le permitió a la muchedumbre crucificar a nuestro Señor. Su juicio ciertamente, no estuvo de acuerdo a la verdad.

Las palabras de Pilato demuestran que él no era “de la verdad”. Observen que él no pregunta: “¿Cuál es la verdad? Si hubiera hecho esta pregunta, habría indicado un deseo de conocer la verdad y habría actuado de acuerdo a ella. En vez de ello, su pregunta: “¿Qué es la verdad?”. Indica su cinismo. Al parecer, Pilato duda que alguien puede conocer la verdad, incluso saber si la verdad existe. Para Pilato, la verdad era cualquier cosa que alguien quería creer que era verdad. Jesús creía que Él era un Rey; los escribas y fariseos proclamaban que Él era un fraude, un traidor, una amenaza tanto para el judaísmo como para Roma. Pilato dudaba que la verdad pudiera ser conocida o que si realmente tenía alguna importancia.

Desearíamos que la visión que Pilato tenía de la ‘verdad’ fuera sólo suya, o por lo menos que estuviera limitada a la gente de sus días y a su cultura. Lamentablemente, debemos reconocer que también es el punto de vista en nuestra época. Recientemente, he estado leyendo sobre el tema de la ‘verdad’ y lo que he encontrado está muy lejos de darnos ánimo. David Wells ha escrito un libro excelente: *No Hay Lugar para la Verdad*, subtítulo: *Lo que le ha Sucedido a la Teología Evangélica*. Otra obra excelente es el libro titulado *Hecho en América: La Forma del*

Evangelismo Americano Moderno ⁹⁶ de Michael Scott Horton, del cual he citado varias citas muy perturbadoras. Horton nos recuerda que el mundo secular ha llegado a creer más en la ciencia que en las Escrituras cuando se trata de discernir cuál es la verdad; pero la ciencia nunca podrá cumplir con la tarea de dar respuesta a las preguntas más profundas, por lo que los hombres necesitan saber cuál es la verdad:

“Sir John Eccles, ganador del Premio Nobel, pionero en la investigación del cerebro, observa que la ciencia, al tratar de contestar preguntas más allá de su competencia, se reduce a la superstición. “La ciencia”, dice, “es incapaz de explicar la existencia de cada uno de nosotros como un ser único, como tampoco puede responder a preguntas fundamentales como: ¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Cómo llegué a este lugar y en este tiempo? ¿Qué sucede después de la muerte? Todas estas son misterios que están más allá de la ciencia”. Con la llegada del Siglo de las Luces, la ciencia desplazó al cristianismo como la autoridad intelectual; pero cuando la ciencia fue incapaz de proveer respuestas adecuadas, el relativismo reemplazó a la ciencia” ⁹⁷.

El relativismo ahora ha reemplazado al absolutismo el que tiene sus raíces en la confianza relacionada con nuestra habilidad de conocer la verdad a partir de las Escrituras. Este relativismo es especialmente evidente en el ámbito de la educación.

“El propósito de la educación actual”, dice Bloom, “no pretende hacer escolares, sino proveerles una virtud moral: la apertura. Hay una cosa de la cual los profesores pueden tener la certeza absoluta”, según Bloom, “casi todos los estudiantes al entrar a la universidad, creen, o dicen creer, que la verdad es relativa”. Los estudiantes “tienen causas sin contenido. La razón ha sido reemplazada por un compromiso descuidado, por un sentimentalismo de mala calidad y por una conciencia en alza”. ¿Es que no podemos decir lo mismo de nuestra subcultura evangélica contemporánea? ⁹⁸

“En la entrada de la universidad”, escribe Bloom, “está escrito de muchas formas y en varios idiomas, lo siguiente: “La verdad no existe —al menos aquí”“ En una cultura narcisista, “la verdad ha dado lugar a la credibilidad, a declaraciones que suenan autoritativas sin tener ninguna información de autoridad” ⁹⁹

E.D. Hirsch, Jr., se refiere a la educación pública actual, como: “Educación estilo cafetería”. “Ya no existe una aceptación generalizada de conocimientos o creencias. En los actuales catálogos para seminarios y universidades evangélicas, podemos descubrir una similitud estremecedora con la “educación estilo cafetería”. Si los evangélicos no son capaces de alcanzar un ánimo común en las convicciones y defenderlas, ¿cómo podemos criticar al mundo por hacer lo mismo? Recuerden la observación de Marty acerca de los evangélicos que ‘llegan y eligen verdades como si estuvieran en la fila de la cafetería’ ¹⁰⁰

No debe sorprendernos que el mundo secular haya alcanzado un punto de desesperación al conocer la verdad, o incluso si es que existe algo tan universal, como la verdad inmutable. Pero Horton señala la trágica verdad a la que incluso los evangélicos han sucumbido bajo las presiones culturales —que ahora ven la verdad en la misma forma relativa que lo hace el mundo secular.

Francis A. Schaeffer, señaló: “T.H. Huxley habló como un profeta ...cuando dijo que llegaría el día en que la fe se separaría de todo hecho, y la fe seguiría triunfadora para siempre” Después de

todo, esto es lo Immanuel Kant propuso y en los que Soren Kierkegaard trabajó... el famoso salto de la fe. Schaeffer continúa: “Aquí es donde no sólo los teólogos liberales obran, sino que también los evangélicos, los teólogos ortodoxos que comienzan a suavizar el tono de la verdad, la verdad proposicional de las Escrituras, dadas a nosotros por Dios” ¹⁰¹

La mayoría de los estudiantes de las universidades evangélicas y de los s de seminarios —más de la mitad, de acuerdo a James Davison Hunter— creen que “la Biblia es la Palabra inspirada de Dios, sin errores en sus enseñanzas; pero no deben tomarse siempre en forma literal en las declaraciones relacionadas con asuntos de ciencia, reportajes históricos, etc.”. Más aún, “No se puede hablar de la verdad última *per se*, sólo de la verdad última para cada creyente. En otras palabras, la mayoría de los estudiantes en instituciones evangélicas ya han aceptado el relativismo de su cultura y con ello, la concesión liberal y neo-ortodoxa de que la fe en Cristo es un asunto espiritual que no depende de los hechos históricos externos y objetivos” ¹⁰²

La Reforma ocurrió porque un puñado de hombres buenos estaba firmemente convencido que la Palabra de Dios es la verdad y que las visiones de los individuos, de las culturas e incluso de la iglesia, no pueden y no deben profesar o practicar ninguna otra ‘verdad’ que no pueda defenderse con las Escrituras. La predicación debilitada y desvirtuada tan típica de nuestro tiempo, también fue la norma en los días previos a la Reforma. La paráfrasis de Horton de Lutero y Calvino, y su referencia a la evaluación de Calvino sobre la predicación de sus días, son simpáticas:

“Martín Lutero y Juan Calvino, lo pusieron en estas palabras: ‘La Biblia en sí misma, no es ambigua acerca de estos temas que estamos discutiendo —¡la iglesia lo es!’ Mal dispuestos a ser vulnerables a la peligrosa enseñanza de la Escritura, la iglesia se rehusó a tomar decisiones teológicas —hasta que la Reforma no les dio otra opción. De hecho, al final de la Reforma, existían doce escuelas de pensamiento teológico compitiendo en la Universidad de París. Calvino dijo: ‘Rara vez un ministro se subió al púlpito a enseñar... No, ¿qué sermón se podía escuchar del que las pobres viudas podían deducir más antojos que los que podían idear al lado de sus fogones en sus casas, en un mes?’” ¹⁰³

Necesitamos otra Reforma. Necesitamos un compromiso renovado hacia la verdad tal como lo encontramos en las Escrituras y tan resumido como se encuentra en las proposiciones teológicas y doctrinarias. *La verdad encuentra su origen en Dios, en Su encarnación en Jesucristo y en su manifestación actual en la Palabra escrita de Dios en la Biblia.* Nuestra lección considerará el hecho que la verdad sólo viene de Dios, porque Dios es verdad y la fuente de toda verdad.

La Verdad de Dios y la Caída del Hombre

Siempre he pensado que el tema fundamental sobre el cual yace la caída del hombre en el Jardín del Edén, fue la autoridad. La autoridad desempeña un rol importante en la caída y tanto en la creación (1ª Corintios 11:7-10) como en la caída (1ª Timoteo 2:9-15), sirven como la base de los principios de autoridad de Dios en el Nuevo Testamento. La ‘cadena de mando’ de Dios, estuvo claramente invertida en la caída, pues la criatura (la serpiente) condujo a la mujer y la mujer condujo al hombre. Sin embargo, ahora veo que *el tema fundamental en la caída del hombre en el Jardín del Edén (para Eva por lo menos) ¹⁰⁴, fue el tema de la verdad. ¿Quién decía la verdad, Dios o Satanás? ¿A quién se le debía creer? ¿A quién se le debía obedecer? Las respuestas a estas preguntas dependen de quién se piensa que está diciendo la verdad.*

¡Qué increíble que Eva le creyera a una serpiente y no a Dios! En el primer capítulo del Libro de Génesis, la narración de la creación es dada con la reiteración de la expresión: “Y Dios dijo...”, seguido por: “y fue así” (o palabras similares):

“Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así” (Génesis 1:9).

Satanás tomó la forma de una serpiente, un ser creado. Comenzó cuestionando el mandamiento de Dios, con relación a comer los frutos de los árboles del jardín. Distorsionó el mandamiento y al hacerlo implicó que Dios estaba reteniendo más de lo deseable. Por inferencia, formuló una pregunta concerniente a la bondad de Dios. ‘¿Cómo podía Dios ser bueno y retener tanto de lo que es bueno?’ Finalmente, virtualmente dice que Dios es un mentiroso al asegurarle a Eva: “No moriréis” (Génesis 3:4). Y así Eva debe elegir a quién creer —quién está diciendo la verdad. Eva hizo la elección equivocada. *Dios es la fuente de verdad; Satanás es la fuente de la mentira y el engaño.*

Encontramos en el principio de la Biblia una lección que debemos aprender. *Dios es verdad y Él siempre habla de la verdad. Satanás es un mentiroso en quien podemos descansar para mentir.* Satanás es el gran engañador, quien desde el Jardín del Edén en adelante ha estado buscando la forma de conducir a hombres y mujeres por el mal camino, alejándolos de la verdad y engañándolos para que crean en sus mentiras.

La Ley del Antiguo Testamento y la Verdad de Dios

En el Antiguo Testamento, rara vez Dios habla a los hombres en voz alta y personal. Cuando habló, el tiempo comprobó que Sus promesas eran verdaderas y confiables. Abraham y Sara tuvieron un hijo a avanzada edad, tal como Dios lo había dicho (Génesis 12:1-3; 13:16; 15:1-6; 17:1-8; 18:9-15; 21:1-5). Israel estuvo 400 años en cautiverio egipcio, tal como Dios se lo indicó a Abram (Génesis 15:13-14; Éxodo 12:40-41).

Poco tiempo después que la nación de Israel atravesó el Mar Rojo, Dios les dio la Ley. Esta Ley fue revelada a los hombres, como la verdad de Dios. La respuesta del hombre a esta verdad era un asunto de vida y muerte (ver Deuteronomio 30:15, 19). Cuando Dios le reveló Su gloria a Moisés, proclamó que Él era la fuente abundante de la verdad:

“Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad” (Deuteronomio 34:6).

Es así, que cuando la Ley fue dada por intermedio de Moisés, fue dada como una verdad de Dios y esta es la forma como la vieron los judíos que creían en Dios:

“Tu justicia es justicia eterna, y tu ley es verdad” (Salmo 119:142).

“Cercano estás tú, oh Jehová, y todos tus mandamientos son verdad” (Salmo 119:151).

“La suma de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia” (Salmo 119:160).

La Ley de Dios es Su verdad revelada a Su pueblo. Los profetas fueron enviados por Dios, no sólo para dar una mayor revelación concerniente a eventos futuros, sino para interpretar la Ley y mostrar a los hombres cómo debía aplicarse la Ley. Satanás, el gran engañador, también tuvo su vocero, los falsos profetas, que buscaron alejar el pueblo de Dios de la verdad que provenía de la Palabra de Dios. Moisés advirtió a los israelitas acerca de tales falsos profetas. De hecho, señaló que la respuesta de los israelitas a los falsos profetas era una prueba de su amor por Dios:

“Cuando se levantara en medio de ti profeta, o soñador de sueños, y te anunciare señal o prodigios, y si se cumpliera la señal o prodigio que él te anunció, diciendo: Vamos en pos de dioses ajenos, que no conociste, y sirvámosles; no darás oído a las palabras de tal profeta, ni al tal soñador de sueños; porque Jehová vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Jehová vuestro Dios con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma. En pos de Jehová vuestro Dios, andaréis; a él temeréis, guardaréis su voz, a él serviréis, y a él seguiréis. Tal profeta o soñador de sueños ha de ser muerto, por cuanto aconsejó rebelión contra Jehová vuestro Dios que te sacó de tierra de Egipto y te rescató de casa de servidumbre, y trató de apartarte del camino por el cual Jehová tu Dios te mandó que anduvieses; y así quitarás el mal de en medio de ti” (Deuteronomio 13: 1-5).

Se asumió que algunos falsos profetas tenían la habilidad de desarrollar falsas señales y maravillas. De esto se podría concluir que el profeta debía ser un vocero enviado por Dios; pero Moisés señala que no es necesariamente así. Un profeta no sólo debe ser capaz de cumplir lo que promete, sino que su revelación debe estar conforme a la Ley que Dios ha revelado recientemente. Los profetas pueden en realidad dar nuevas revelaciones; pero siempre deben estar de acuerdo con lo que Dios ya ha revelado. De hecho, la Ley provee los márgenes del programa de Dios para la historia y los últimos profetas simplemente agregaban los detalles. Si la palabra de un profeta se contradecía con la Ley, era un falso profeta y debía ser sometido a muerte. Ningún profeta que aparta a los hombres de amar y servir a Dios, es un profeta verdadero i ningún israelita verdadero se atreverá a ver que aquel profeta merece la muerte. Aquellos que verdaderamente aman a Dios con todo su corazón y alma, odiarán la falsedad. El amor por Dios significa odiar el mal (ver Romanos 12:9).

Un poco después, en el Libro de Deuteronomio, Moisés tiene más que decir acerca de los profetas. Dios ha revelado la verdad por medio de Moisés, el gran profeta a través del cual fue entregada la Ley; pero Dios debía revelar cosas aún más sorprendentes a través del Mesías, un profeta como Moisés, quien aún tendría que llegar:

“Porque estas naciones que vas a heredar, a agoreros y adivinos oyen; mas a ti no te ha permitido esto Jehová tu Dios. Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis; conforme a todo lo que pediste a Jehová tu Dios en Horeb el día de la asamblea, diciendo: No vuelva yo a oír la voz de Jehová mi Dios, ni vea yo más este gran fuego, para que no muera. Y Jehová me dijo: Han hablado bien en lo que han dicho. Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare. Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta. El profeta que tuviere la presunción de hablar palabra en mi nombre, a quien yo no le haya mandado habar, o que hablare en nombre de dioses ajenos, el tal profeta morirá. Y si dijeres en tu corazón: ¿Cómo conoceremos la palabra que Jehová no ha hablado? ; si el profeta hablare en nombre de Jehová, y no se cumpliera lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado, con presunción la habló el tal profeta; no

tengas temor de él” (Deuteronomio 18:14-22).

La palabra clave en este pasaje, es *oir*. Los paganos *oyen* a los falsos profetas y ellos son alejados de Dios. El pueblo de Dios no deben *oir* a estos falsos mensajeros. Y, ¿cómo puede el pueblo de Dios saber la diferencia entre lo falso y lo verdadero? En los versículos 21 y 22, Moisés dice que la prueba para un profeta es si sus palabras se cumplen. Aquellos cuyas profecías no se hacen realidad, son falsos profetas. Si las palabras de un profeta llegan a ser verdad, esto no prueba que es un profeta verdadero, pues sus palabras deben ser consecuentes con la revelación de la verdad de Dios en la Ley (Deuteronomio 13:1-5).

La persona central de este pasaje es nuestro Señor Jesucristo. Su venida es predicha al unírsele a Él con Moisés, Su predecesor. De la misma manera que Moisés fue a través de quien Dios reveló Su Ley y a través de quien Él estableció Su Pacto (mosaico), Dios hablará por medio del Mesías, quien introducirá e implementará el Nuevo Pacto. Él es Aquel que es más grande que Moisés. Cuando Él aparece, levantado por Dios, el pueblo debe *oirle* a Él.

Este pasaje de Deuteronomio 18, es fascinante. Moisés recuerda a los israelitas de lo que su padre ha pedido en la base del Monte Sinaí. Ellos no sólo estaban asustados al *ver* la gloria de Dios (como está manifestada en el gran fuego, 18:16), incluso estaban asustados al *oir* a Dios. Las palabras de Dios en realidad, ¡fueron poderosas y asombraron a Su pueblo! Solicitaron que ellos no oyeran hablar a Dios y que Moisés fuera Su intercesor. Que permitiera que Moisés le hable a Dios cara a cara y que después les dijera lo que él había oído. Me asombra que Dios haya ordenado a Su pueblo formular esta solicitud (ver 18:17) y que después procediera a hablar de la venida de uno como Moisés, que hablaría en Su nombre y a quien los hombres deberían oír. (Deuteronomio 18:15, 19).

El comentario más amplio de Deuteronomio, ayuda a explicar esta profecía citada en los versículos 15-19. En Deuteronomio 18:15-19, Moisés se está refiriendo a los eventos descritos en Éxodo 20:18-18, las cosas de la historia de Israel que Moisés recordó a la segunda generación de israelitas en Deuteronomio 5:23-27. Pero en ambos textos, nada se dice de un “profeta como Moisés”, a quien Dios levantaría. Y aún así, Moisés señala que Dios le ha hablado de Él en aquel tiempo (Deuteronomio 18:16-19). Aquí tenemos otro ejemplo de la revelación progresiva, incluso en el Pentateuco (los primeros cinco libros de la Biblia). Las palabras de Moisés en el Capítulo 18, arrojaron mucha luz en lo que leemos en Deuteronomio 5:29 y más tarde, en el Capítulo 30, versículos 1-6. Es el Señor Jesucristo, el “profeta como Moisés”, el que “circuncidará los corazones” del pueblo de Dios y quien les dará un corazón para temerle y obedecerle Sus mandamientos. Esto lo veremos cumplido a medida que leamos el resto del Antiguo Testamento y enfocamos nuestra atención en la venida de Jesús como el Mesías prometido en el Nuevo Testamento.

Jesucristo, la Verdad del Dios Encarnado

Mientras nos aproximamos a la presentación formal del Señor Jesús en los Evangelios, tengamos en mente varias consideraciones relacionadas con el Mesías, que tanto Moisés como otros profetas del Antiguo Testamento señalaron que describirían a Aquel que Dios levantaría como el “profeta como Moisés”:

(1) Él sería un profeta (Deuteronomio 18:15)

- (2) Él sería un profeta como Moisés (Deuteronomio 18: 15)
- (3) Lo levantará Dios de entre ustedes (Deuteronomio 18: 15)
- (4) Él sería un mediador entre los hombres y Dios, hablándoles de Dios, de lo que había oído mientras estaba en la presencia de Dios (18:16-18)
- (5) Le daría al pueblo de Dios un corazón nuevo, que amaría y obedecería a Dios (Deuteronomio 5:29; 29:4; 30:1-6)
- (6) Él no aboliría la Ley, sino que más bien la escribiría en el corazón de los hombres (5:29; 29:4; 30:1-6; Jeremías 31:31-34)
- (7) Introduciría e implementaría un pacto con Dios (Éxodo 23:19ss., Jeremías 31:31-34)
- (8) Los hombres le reconocerían por el hecho que todo lo que Él dijera se haría realidad —por señales y maravillas hechas por Sus manos (Deuteronomio 18:21-22)
- (9) Él era a quien los hombres debían oír (18: 15, 19).

El Señor Jesús cumplió perfectamente todos estos requerimientos proféticos. Consideremos alguno de los paralelos que hace el Nuevo Testamento entre el Señor Jesús y Moisés:

- (1) Moisés fue divinamente librado de la muerte en su infancia, al igual que el Señor Jesús (Éxodo 2: 1-10; Mateo 2: 1-15)
- (2) Ambos fueron sacados desde Egipto (Éxodo 12-14; Mateo 2: 13-15)
- (3) Moisés subió a un monte y recibió la Ley, enseñando después al pueblo su significado (Éxodo 18: 19-20); Jesús también subió a un monte y enseñó el significado de la Ley (Mateo 5: 7)
- (4) Por medio de Moisés, Dios les dio pan para comer a los israelitas; Jesús habló tanto del pan como del agua, que darían la vida eterna e hizo la señal de alimentar a los 5.000 (Éxodo 15: 17; Juan 4: 1-14; 6: 1-14) ¹⁰⁵. Cuando Moisés bajó del monte, su rostro brillaba con la gloria de Dios (Éxodo 34:29-35)); cuando Jesús estaba en el monte de la transfiguración, todo Su cuerpo brillaba con la gloria de Dios (Mateo 17:2). En el monte de la transfiguración, ¿quién otro debería aparecer sino Moisés y Elías? (Mateo 17:3).

Consideremos otros detalles en la manera en que el Señor claramente cumplió la profecía de Deuteronomio 18. Moisés le contó al pueblo que cuando un profeta como él apareciera, Él sería levantado por Dios. Los acontecimientos del milagroso nacimiento virginal del Señor, nos deja claro que Jesús fue levantado por Dios. El apóstol Juan quiere hacernos saber que Jesús es la verdad enviada por Dios:

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio

con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella. Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios. Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo. Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. Pues la ley por medio de Moisés fue dada; pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:1-18)..

Jesús es la Palabra de Dios, la Palabra que existió con Dios desde la eternidad pasada y que después fue enviada por Dios a los hombres. Él es el Creador de todas las cosas. Él es la fuente de vida. Él es la “luz”. Veo que esa “luz” es un símbolo de la verdad. Juan el Bautista, no era la “luz”, sino un testigo al hecho de que Jesucristo era la “luz” del mundo. Los hombres no recibieron a Jesús como la verdad, porque Su “luz” (Su verdad) revelaba su personalidad. Los pecadores aman la oscuridad (el error, lo que es falso), porque suponen que ello esconde su pecado. Aún cuando Él hizo el mundo, el mundo no le reconoce, porque los hombres son malvados y desdennan la luz de la verdad, que revela nuestro pecado. Es al Señor Jesús a quien testifica Juan, quien personificó “la gracia y la verdad”. Aunque ningún hombre ha visto alguna vez a Dios, Él se apareció encarnado, en la persona de Su Hijo, Jesucristo. Es Él que explica o revela al Padre a los hombres.

Cuando Jesús se salió de Su camino para pasar por Samaria (Juan 4:3-4), se encontró con una mujer junto al pozo donde Él se había detenido a descansar y a refrescarse. Le habló a la mujer acerca del “agua viva”; pero ella no le comprendió y tampoco se dio cuenta de quién era Él. Y después, Jesús dijo estas palabras:

“Jesús le dijo: Vé, llama a tu marido, y ven acá. Respondió la mujer y dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad. Le dijo la mujer: Señor, me parece que tú eres profeta” (Lucas 4:16-19).

¿Qué fue lo que hizo que esta mujer viera a Jesús de otra forma? ¿Por qué ahora percibió que Él era un profeta? Porque Jesús le dijo algo que Él, como extranjero, era imposible que supiera. Él sabía la verdad acerca de ella, toda la verdad fea y sórdida. El Profeta habló de la verdad acerca de ella. Jesús, razonó correctamente, era un profeta. Y sí lo era; el Profeta.

Un poco más tarde en Su conversación con esta “mujer junto al pozo”, Jesús habló de la verdad:

“Mas la hora viene, ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren” (Juan 4:23-24).

Jesús le dijo a esta mujer que Dios estaba buscando “verdaderos adoradores”. Los verdaderos adoradores deben adorar al Padre “en espíritu y en verdad”. Dios es Espíritu y Él es verdad. Dios necesita que la adoración de los hombres sea compatible con Su naturaleza. Por tanto, los hombres deben adorar a Dios en el Espíritu Santo y de acuerdo a la verdad. Y, por cuanto Jesús es el Hijo de Dios, por cuanto es divino, Él como Dios, es también la verdad:

“Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6).

Nadie puede ir al Padre —para adorarle o para salvación— si no es a través de Jesucristo, quien es la Verdad del Dios Encarnado.

De la misma manera que Moisés le habló a los israelitas comunicándoles que había oído de Dios mientras estaba en Su presencia, nuestro Señor Jesús es el Único que ha estado con Dios en Su Presencia y es Él quien le habla a los hombres de lo que Él ha aprendido del Padre:

“Entonces le dijeron: ¿Tú quién eres? Entonces Jesús les dijo: Lo que desde el principio os he dicho. Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo. Pero no entendieron que les hablaba del Padre. Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo. Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada. Hablando él de estas cosas, muchos creyeron en él. Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres? Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres. Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros. Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre. Respondieron y le dijeron: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si fuéis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais. Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios; no hizo esto Abraham. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Entonces le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios. Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira. Y a mí, porque digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros me redarguye de pecado? Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis? El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios” (Juan 8:25-47).

La parte central de este mensaje es el concepto de la verdad. Jesús es hijo de Su Padre. Por naturaleza, Él es la verdad y por lo tanto sólo habla la verdad. Quienes se oponen a Él, tienen como padre al diablo. El diablo es un mentiroso y en él no hay verdad, por lo que están predispuestos a la mentira y no a la verdad. Se oponen a Jesús, porque Él habla la verdad y

desdeñan esa verdad. Las obras de Jesús, acreditan Sus palabras que son palabras de Su Padre y completamente consecuentes con la Ley. Él no vino a desechar la Ley o a anularla, sino a cumplirla (Mateo 5:17).

Así como Moisés dio los mandamientos de Dios, de igual manera Jesús dio mandamientos:

“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que son mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:34-35; comparar con Mateo 28:20).

“Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado” (Juan 15:12).

Jesús le dijo a Sus discípulos que después que Él se fuera, vendría a través de Su Espíritu, el Espíritu a quien Él identificó como “el Espíritu de verdad” (ver Juan 14:17; 15:26; 16:13).

Los escritores del Nuevo Testamento, sin duda alguna, declaran que Jesús es la fuente de la verdad; por lo tanto, el evangelio es la verdad, la verdad que los hombres deben oír o desdeñar, con peligro eterno:

“Mas él dijo: No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que hablo palabras de verdad y de cordura” (Hechos 26:25).

“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad” (Romanos 1:18).

“...ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén” (Romanos 1:25).

“...vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia” (Romanos 2:7-8).

“Verdad os digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo” (Romanos 9:1).

“Pues os digo, recibios los unos a los otros, como también Cristo vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres” (Romanos 15:8).

“Por la verdad de Cristo que está en mí, que no se me impedirá esta mi gloria, en las regiones de Acaya” (2ª Corintios 11:10).

“...a los cuales ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del evangelio permaneciese con vosotros” (Gálatas 2:5).

“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y

habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Efesios 1:13).

“Si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Cristo Jesús” (Efesios 4:21).

“A causa de la esperanza que os está guardada en los cielos, de la cual ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio, que ha llegado hasta vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad” (Colosenses 1:5).

“A fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia. Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2ª Tesalonicenses 2:12-13).

Conclusión

Dios es la fuente de toda verdad. Su Hijo Jesucristo, personificó la verdad. ¿Qué tiene todo esto que ver con nosotros? Moisés nos dijo hace ya mucho tiempo:

“Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis; conforme a todo lo que pediste a Jehová tu Dios en Horeb el día de la asamblea, diciendo: No vuelva yo a oír la voz de Jehová mi Dios, ni vea yo más este gran fuego, para que no muera. Y Jehová me dijo: Han hablado bien en lo que han dicho. Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare. *Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta*” (Deuteronomio 18:15-19; énfasis del autor).

Dios levantó un profeta como Moisés. Este “profeta” es el Mesías, el Señor Jesucristo. Las implicaciones de esto son claras y simples: *Debemos oírle a Él*. Y si no lo hacemos, cosecharemos las consecuencias que Dios dispondrá para nosotros.

Cuando el Señor Jesús fue transfigurado, Dios estableció claramente a los tres discípulos que fueron testigos de este evento, lo que para ellos significaba:

“Y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió, y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; *a él oid*” (Mateo 17:2-5; énfasis del autor).

Cuando Jesús estaba preparando a Sus discípulos para Su ausencia, Él les dio un mandamiento relacionado a Su Palabra:

“Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Juan 8:31).

“Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15).

“El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y lo le amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14:21).

“Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él” (Juan 14:23).

“Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Juan 15:10).

El escritor a los Hebreos, señala la importancia de poner atención a la Palabra de Dios, junto con Pedro y Juan:

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (Hebreos 1:1-3a).

“Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad” (Hebreos 2:1-4; énfasis del autor).

“Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo. Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbrá en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones” (2ª Pedro 1:16-19; énfasis del autor).

“Nosotros somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error” (1ª Juan 4:6).

Debemos escuchar a Dios de la manera que Él ha hablado por medio de Su Hijo y como continúa haciéndolo por medio de Su Palabra, la Biblia. Debemos oír porque Dios nos ha instruido para hacerlo. Pero también debemos oír porque tenemos conciencia que la Palabra de Dios, Su verdad, es de vital importancia para cada aspecto de nuestro andar cristiano, día por día. Consideremos algunas formas en que la verdad de la Palabra de Dios, impacta nuestra vida diaria:

(1) La verdad de la Palabra de Dios es el mensaje que debemos creer para ser salvos (Ver Salmo 31:5; 57:3; 61:7; 69:13; Proverbios 15:6; ¹⁰⁶Colosenses 1:5-6; 1ª Timoteo 2:4; 2ª Timoteo 2:5; Hebreos 10:26; Santiago 1:18; 1ª Pedro 1:22).

(2) La verdad de la Palabra de Dios es la base de nuestra fe (Ver Romanos 10:6; Hebreos 11).

(3) La verdad de la Palabra de Dios (del evangelio), es el mensaje que debemos proclamar a los pecadores perdidos, de manera que puedan ser salvos (Romanos 1:16; Gálatas 2:5; Efesios 1:13; 1ª Pedro 1:22-25).

(4) La verdad de la Palabra de Dios es también la base de la condenación a los incrédulos que rechazan la verdad del evangelio (2ª Tesalonicense 2:12-13).

La verdad de la Palabra de Dios es fundamental para nuestra santificación (Juan 17:17; Efesios 4:14-24; 2ª Pedro 1:4).

Permaneciendo en la Palabra de Dios

Permanecer en la Palabra de Dios es de mucha importancia para el discipulado y da como resultado conocer la verdad que nos libera. Debemos estudiar este principio vitalmente importante. Jesús dijo: “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32). La verdad nos hará libres; nos dice cómo podemos ser libres del poder del pecado y del castigo de la muerte. Pero, ¿cómo “conocemos esta verdad”? Permítanme señalar un hecho obvio, pero con frecuencia tomado negligentemente: Juan 8:32 comienza con la palabra “y” que nos indica que Juan 8:32 es *la continuación y la conclusión* de Juan 8:31. Veamos estos dos versículos juntos:

“Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:31-32).

¿Cómo conocemos la verdad? Permaneciendo en la Palabra de nuestro Señor, permaneciendo en las palabras de las Escrituras. Al hacerlo, somos Sus verdaderos discípulos y somos libres. Virtualmente, Pedro dice lo mismo:

“...por medio de las cuales nos has dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2ª Pedro 1:4).

Y Pablo, virtualmente dice lo mismo:

“Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la *vanidad de su mente*, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios *por la ignorancia* que en ellos hay, por la *dureza de su corazón*; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza. Mas vosotros *no habéis aprendido así a Cristo*, si en *verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados*, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el

espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad *de la verdad*” (Efesios 4:17-24; énfasis del autor).

(1) La verdad de la Palabra de Dios describe la vida tal como es. (ver Proverbios 20:14).

(2) La verdad de la Palabra de Dios es el contenido que edifica a los santos (Zacarías 8:16; Efesios 4:15, 24-25).

(3) La verdad de la Palabra de Dios es la base para la adoración y la alabanza (Juan 4:23-24; 1^a Corintios 5:8).

(4) La verdad de la Palabra de Dios es la fuente de la sabiduría (Salmo 119:98-100, 130).

(5) La verdad de la Palabra de Dios es el primer medio por el cual Él nos guía (Salmo 25:5; 19; 26:3; 43:3; 86:11; 119:105).

(6) La verdad de la Palabra de Dios es el arma principal en la guerra espiritual (Salmo 40:10-11; 2^a Corintios 6:7; Efesios 6:14).

(7) La verdad es lo que Dios desean encontrar en nosotros (Salmo 51:6).

(8) La vida cristiana es llamada ‘la vía de la verdad’ (2^a Pedro 2:2). Debemos ‘caminar en la verdad’ (2^a Juan 1:4; 3^a Juan 1:3-4).

(9) No debemos mentir; debemos hablar la verdad (Efesios 4:15).

(10) El Espíritu Santo, que mora en nosotros, es el “Espíritu de verdad” (Juan 14:17; 15-26; 16:13) y mentir o engañar a los santos, es “mentirle al Espíritu Santo” —una ofensa muy seria (Hechos 5:1-11).

(11) La arrogancia es llamada “mentir en contra de la verdad” —es vivir en desacuerdo con la realidad (Santiago 3:14).

(12) La divinidad está muy asociada con el conocimiento de la verdad (Tito 4:3).

(13) La verdad es la base de la unidad de los creyentes —“una fe” (1^a Timoteo 1:1-2).

(14) El conocer la verdad nos libera de las prohibiciones legalistas y nos permite disfrutar la vida más plenamente (1^a Timoteo 4:3).

(15) La iglesia es el “pilar y la tierra de la verdad” (1^a Timoteo 3:5).

Con esto podemos ver que la verdad de la Palabra de Dios es nuestra línea de vida; es vital para nuestra salvación y para nuestro caminar diario. Es el pan de vida para aquellos que comen de él.

Finalmente, consideremos algunas características importantes de la verdad y de su implicancia para nosotros.

La Verdad es Eterna

“Porque ha engrandecido sobre nosotros su misericordia, y la fidelidad de Jehová es para siempre. ¡Aleluya! (Salmo 117:2).

“...para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar” (Mateo 23:35).

La verdad no pasa de moda, no cambia con el tiempo. Los dispensacionalistas en especial, deben ser cuidadosos al no considerar el Antiguo Testamento, incluyendo la Ley, como algo obsoleto, que ya no es aplicable. Los escritores del Nuevo Testamento hacen un gran uso del Antiguo Testamento, incluyendo la Ley (ver por ejemplo, 1ª Corintios 9:8-11; 10:1-13; 14:34; Romanos 15:4). Fue Pablo quien le dijo a Timoteo que “toda la Escritura es inspirada por Dios y útil...” (2ª Timoteo 3:16). La verdad de Dios no está nunca fuera de época. Es tan aplicable a nosotros en el siglo veinte como lo fue para los hombres siglos atrás.

La Verdad es Universal

“Por esto mismo os he enviado a Timoteo, que es mi hijo amado fiel en el Señor, el cual os recordará mi proceder en Cristo, de la manera que enseñé en todas partes y en todas las iglesias” (1ª Corintios 4:17).

Algunos podrían hacernos pensar que Pablo, cuando escribió a los Corintios acerca del rol de las mujeres en la iglesia, sólo estaba hablándole a los santos de aquella cultura, de ese tiempo y lugar. No es lo que Pablo nos dice en el Capítulo 4, versículo 17. Nos dice a los corintios que sus enseñanzas están conforme a su práctica y que es consecuente no importa el lugar dónde fuere. 107

Al haber viajado un poco, a través de los años con la oportunidad de observar algunas iglesias en Europa, Asia y África, no me sorprendió en absoluto ver las enseñanzas, principios y prácticas del Nuevo Testamento, en todas las partes que visité. *La verdad es universal; se aplica en cualquier lugar, en cualquier tiempo y en cualquier grupo de personas.* Cuando escucho enseñanzas o métodos que sólo tienen éxito en ciertos lugares y entre ciertos pueblos, sé que no estoy viendo allí la verdad, sino con una moda pasajera. Un libro que no se vende en las calles de India y sólo en lugares como Dallas del Norte, es un libro que contiene ideas humanas. *La Biblia es aplicable en cualquier lugar, cualquier tiempo y entre cualquier grupo de gente, porque la Biblia es verdad.* Gastamos mucho tiempo y dinero en libros que no tienen mucho que ver con la verdad. 108

La Verdad Viene de Dios

La única verdad absoluta viene de Dios y es conducida a través de la Biblia, la Palabra de Dios.

Se nos dice: “Toda verdad es verdad de Dios”. En un sentido esto es verdad. No existe verdad contraria a Dios o de la cual Dios no sea el autor. Al reconocer esto, *la única verdad que sé que ciertamente es verdad, es la verdad que Dios ha revelado en la Biblia*. Todas las demás ‘verdades’, son verdades aparentes y debo concluir que debido a que no se encuentran en la Biblia, no son esenciales para “vida y la piedad” (2ª Pedro 1:3; ver también 2ª Timoteo 3:16-17). Por lo tanto, estas verdades son secundarias y subordinadas a las verdades bíblicas. Entonces, ¿por qué tantos líderes cristianos hablan de “integrar ciertas teorías seculares con la revelación bíblica”? Especialmente popular, es el concepto de “sicología y teología integradas”. No tomaré parte en este tema. ¿Quién se atrevería a llamar verdades psicológicas a la “verdad”? Y, ¿quién se atrevería a hablar de estas teorías como si fueran a la par con las Escrituras? Es tiempo de subordinar todas las verdades no bíblicas a las verdades de Dios, de la Palabra de Dios.

La Verdad Debe estar Integrada con Nuestras Vidas

La Biblia nos hace un llamado a integrar la teología (la verdad de Dios) y la moral. Existe una unión muy cercana entre la verdad y la moral. *La inmoralidad nos impide ver la verdad. La verdad nos guía hacia la moral*. La verdad y la rectitud están íntimamente entrelazadas. Aquellas verdades que no tienen implicancias prácticas y morales, son de alguna manera sospechosas, pues Dios no nos reveló Su verdad para llenar nuestras libretas de apuntes, ni tampoco nuestras mentes; sino para transformar nuestras vidas (ver Romanos 12:1-2; Efesios 4:17-24).

La Verdad es Infinita

“Porque grande es hasta los cielos tu misericordia, y hasta las nubes tu verdad” (Salmo 57:10).

“Porque más grande que los cielos es tu misericordia, y hasta los cielos tu verdad” (Salmo 108:4).

Esto significa que la búsqueda de la verdad no tiene fin. Significa que nunca conoceremos toda la verdad en esta vida. Sólo raspamos la superficie del vasto océano de verdad, que todavía es desconocido y todavía no ha sido revelado. Pero debemos saber que las verdades que nos son necesarias conocer han sido reveladas y no nos preocupemos del resto. Estas son las verdades que debemos intentar aprender e implementar:

“Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley” (Deuteronomio 29:29).

Debemos intentar aprender aquello que el Señor nuestro Dios, nos ha revelado en forma clara, enfática y reiterada en Su Palabra y no involucrarnos en seguimientos especulativos y teóricos:

“Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida, de las cuales cosas desviándose algunos, se apartaron a vana

palabrería, queriendo ser doctores de la ley, sin entender no lo que hablan ni lo que afirman” (1ª Timoteo 1:5-7).

“Desecha las fábulas profanas y de viejas. Ejercítate para la piedad” (1ª Timoteo 4:7).

“...y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas” (1ª Timoteo 4:4).

“...no atendiendo a fábulas judaicas, ni a mandamientos de hombres que se apartan de la verdad” (Tito 1:14).

La Verdad está Centrada en Cristo

Cuando nos apartamos de Cristo, nos apartamos de la verdad.

“...si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús” (Efesios 4:21).

“Porque quiero que sepáis cuán gran lucha sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca han visto mi rostro; para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Y eso lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas. Porque aunque estoy ausente en cuerpo, no obstante en espíritu estoy con vosotros, gozándome y mirando vuestro buen orden y la firmeza de vuestra fe en Cristo. Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias. Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo” (Colosenses 2:1-8).

La Verdad es Exclusiva

Aquí tenemos una diferencia importante entre el cristianismo y el politeísmo o culturas pluralistas. Otros sistemas religiosos no tienen problemas con la incompatibilidad de la verdad. Suelen abrazar a ‘dioses’ diferentes y permiten al individuo a abrazar cualquier sistema de verdad que él o ella prefiera. *La verdad bíblica, la verdad de Dios, es exclusiva. Es incompatible con cualquier otra verdad que contradiga a las Escrituras.* Es posible que los cristianos estén etiquetados como ‘intolerantes’ por esta convicción; pero no existe otro sistema de verdad.

La Verdad es Doctrinal y Proposicional

Si la Palabra de Dios es la verdad, entonces la verdad puede traducirse en palabras y debe originarse de la Palabra. No nos atrevamos a aprender nuestra ley en forma existencial, separada de la Palabra escrita de Dios. Y no nos atrevamos a desdeñar ni la doctrina ni la teología. La verdad es un sistema; no es sólo una recopilación de hechos al azar.

Consideremos esta ilustración de un hecho contemporáneo. Recientemente, se ha hecho público el caso O.J. Simpson. La gente realmente desea conocer la verdad; desean saber lo que ha pasado. La policía ha reunido una gran cantidad de evidencias, algunas de las cuales serán aceptadas por el juez y otras serán rechazadas. Pero todas estas evidencias no explican lo que realmente sucedió a estos dos seres humanos. La parte acusadora presentará su caso, que ellos dirán al juez que es 'la verdad'. La defensa tomarán las mismas evidencias y darán una explicación completamente diferente; un intento completamente diferente para explicar la verdad de lo que sucedió. Idealmente, uno u otro bando posee la verdad. Pero en realidad, ninguna de las partes tiene la verdad absoluta. La tarea del jurado es determinar, lo mejor que puedan, cuál es la verdad.

La Biblia es algo parecido. No es sólo un listado de los hechos acerca de Dios y de los hombres. Existe un número de enunciados proposicionales; pero éstos deben ser armónicos, juntarse unos con otros de manera que podamos tener un sentido general de los que la Biblia nos enseña. Por lo tanto, la verdad de las Escrituras origina un tipo de doctrina. Existen diferentes posiciones doctrinarias (cada una de las cuales piensa que es la más próxima a la verdad) y es posible que podamos diferir con las conclusiones de otros. Pero no puede pensar o hablar de una verdad que esté separada de la doctrina.

A veces oímos que alguien dice: 'No adoramos la doctrina; adoramos a Jesús'. ¿A qué Jesús adoramos? Recuerde, debe adorar a Dios "en espíritu y verdad" (Juan 4:24). La discusión entre Jesús y la mujer junto al pozo, trató sobre diferencias doctrinarias y Jesús estableció claramente que la doctrina de esta mujer (la doctrina de Samaria), estaba equivocada. Pablo dice que alguien puede llegar predicando a "otro Jesús" (2ª Corintios 11:4). La doctrina describe y define al "Jesús de la Biblia", de manera que podamos adorarlo en Espíritu y verdad. *No podemos tener una verdad separada de la doctrina. Desdeñar la doctrina, no es sólo algo necio, sino peligroso*.

"...para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error" (Efesios 4:14).

"Si esto enseñas a los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo, nutrido con las palabras de la fe de la buena doctrina que has seguido" (1ª Timoteo 4:6).

"Todos los que están bajo el yugo de esclavitud, tengan a sus amos por dignos de todo honor, para que no sea blasfemado el nombre de Dios y la doctrina" (1ª Timoteo 6:1).

"Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad" (1ª Timoteo 6:3).

"Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus concupiscencias" (2ª Timoteo 4:3).

"...retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen" (Tito 1:9).

"Pero tú habla lo que está de acuerdo con la sana doctrina" (Tito 2:1).

“...presentándote tú en todo como ejemplo de buenas obras; en la enseñanza mostrando integridad, seriedad” (Tito 2: 7).

“...no defraudando, sino mostrándose fieles en todo, para que en todo adoren la doctrina de Dios nuestro Salvador” (Tito 2: 10).

La verdad de Dios, revelada en Cristo y en la Palabra escrita de Dios, la Biblia, debe ser una prioridad en nuestras vidas. Por medio de Su gracias, busquemos ser un pueblo de la Palabra, un pueblo que ama la verdad y que escudriña las Escrituras para encontrarla. Y seamos aquellos quienes encarnen la verdad, poniéndola en práctica en nuestra vida diaria, para Su gloria.

⁹⁶ Michael Scott Horton, *Hecho en América: La Forma del Evangelismo Americano Moderado* (Grand Rapids: Baker Book House, 1991).

⁹⁷ Horton, pp. 143-144.

⁹⁸ Horton, p. 145.

⁹⁹ Horton, p. 148.

¹⁰⁰ Horton, pp. 146-147.

¹⁰¹ Horton, pp. 141-142.

¹⁰² Horton, p. 151, citando a James Davison Hunter en su libro *Evangélicos: La Generación que Viene* (Chicago: University of Chicago, 1987), p. 24.

¹⁰³ Horton, pp. 148-149.

¹⁰⁴ Es necesario hacer una diferencia entre Adán y Eva. Eva fue engañada, mientras que Adán no lo fue (1^a Timoteo 2: 14). Eva fue engañada a creer que Satanás decía la verdad y no Dios. Por la otra parte, Adán no fue engañado. Aparece como que desobedeció un tanto más voluntariamente puesto que él creía en Dios; pero de todos modos desobedeció.

¹⁰⁵ Cuando el pueblo fue testigo de la señal de Jesús alimentando a los 5.000, comprendieron que aquello significaba que Jesús era realmente “el profeta que había de venir al mundo” (Juan 6: 14). Ciertamente están pensando en “el profeta” de Deuteronomio 18: 15-18.

¹⁰⁶ ¿No habla este texto de nuestro Señor Jesucristo, el Mesías que debía venir y en quien se unen el amor y la verdad? Y, por lo tanto, es en Él que son expiados nuestros pecados.

¹⁰⁷ Alguna persona ligera de mente, puede dirigirse a 1^a Corintios 9, versículos 19-23.

Permítanme recordarles que Pablo aquí está hablando específicamente de práctica personal con respecto a las libertades cristianas. Pero al llegar a la enseñanza y a la conducta apostólica, Pablo es consecuente.

108 No quiero que se me mal interprete al decir que sólo debemos leer la Biblia, aunque muchos de nosotros podríamos usar más tiempo haciéndolo. Estoy diciendo que los libros que compramos y leemos debieran tratar de temas bíblicos, verdades bíblicas e incluso textos bíblicos. Un libro sobre el matrimonio cristiano con sólo dos o tres referencias bíblicas, difícilmente es un libro sobre el matrimonio cristiano. ¿Dónde podemos aprender la verdad sobre el matrimonio, si no en la Biblia?

[Previous Page](#)

[TOC](#)

[Next Page](#)

El Amor de Dios

Introducción

Para quienes creen que existe un Dios, todos están de acuerdo en una cosa: Dios es amor. ¹⁰⁹ Y el amor de Dios es una verdad bíblica (1ª Juan 4:8). Pero, ¿por qué están todos tan dispuestos en abrazar este atributo y no tantos otros de Sus atributos? Arthur Pink, nos dice:

“Hay muchos que hablan acerca del amor de Dios, que son completamente extraños al amor de Dios. El amor divino comúnmente es considerado como una especie de debilidad amable, una suerte de indulgencia de naturaleza divina; es reducido a un sentimiento de debilidad, entregado frente a las emociones humanas. La verdad es que en esto, como en todas las cosas, nuestros pensamientos necesitan ser formados y regulados por lo que se nos revela en las Escrituras. No hay duda que existe una necesidad urgente para esto no sólo debido a la ignorancia que prevalece en forma tan general; también debido al bajo estado de espiritualidad que en estos tiempos es tan evidente en todas partes entre los que profesan ser cristianos. Cuán poco amor hay por Dios. Una de las razones principales de esto se debe a que nuestros corazones están muy poco ocupados con el maravilloso amor que Él tiene por Su pueblo. Mientras más estemos relacionados con Su amor —su carácter, su plenitud, su capacidad de bendecir— nuestros corazones estarán más dispuestos a llenarse de amor por Él” ¹¹⁰

Es de vital importancia estudiar y aprehender el amor de Dios, por varias razones (¡y muchas más!)

(1) El amor de Dios es ampliamente aceptado; pero mal comprendido. Como se señala, mucha gente cree en un ‘Dios de amor, que obra de acuerdo a la definición que tienen por amor. Esas personas se sentirán choqueadas al verse a sí mismas pasando la eternidad en el infierno, si creen que ‘un Dios de amor no condenará a nadie al infierno’. Pero el error no está únicamente en quienes no creen, pues muchos cristianos también tienen un concepto distorsionado del amor de Dios.

(2) El amor de Dios es la base de los grandes hechos de Dios en la historia. En el Salmo 136, vemos que el amor de Dios se repite después de cada línea del Salmo. El Salmo alaba a Dios por Su misericordia, por dos acciones importantes de la historia: la creación del mundo y la liberación de Israel de su esclavitud en Egipto. Los profetas del Antiguo Testamento, enfatizaron el amor de Dios, durante los oscuros días de Israel durante el cautiverio (Isaías 49:8-16; 63:7; Jeremías 31:3; Oseas 11:1) y el Nuevo Testamento habla del amor de Dios en la persona y obra de Jesucristo (1ª Juan 4:9).

(3) El amor de Dios es la causa, la base y el estándar del amor que se espera que nosotros demos en nuestras vidas como cristianos (Mateo 5:43-48; Juan 15:7-12; 1ª Juan 2:4-11; 13-24; 4:7-11).

(4) Toda la ley del Antiguo Testamento, puede resumirse en términos de amor. Los mandamientos de la Ley, dada al pueblo de Dios, puede resumirse como: *Ama a Dios y ama a tu*

prójimo.

“Entonces los fariseos, oyendo que había hecho callar a los saduceos, se juntaron a una. Y uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó por tentarle, diciendo: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas” (Mateo 22:34-40).

“No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:8-10).

(5) El amor debe ser una meta fundamental en nuestras vidas como cristianos (1ª Corintios 12:31; 14:1; ver 2ª Pedro 1:7, donde el amor es el pináculo de las virtudes cristianas que debe ser buscada).

(6) Es el amor de Cristo el que nos controla (2ª Corintios 5:14).

(7) Aquello que amamos es a lo que intentaremos parecernos, imitar (ver Oseas 9:10).

(8) El amor es uno de los términos y conceptos más importantes en el Nuevo Testamento. Cuando nuestro Señor estaba pronto a ser arrestado y crucificado, habló a Sus discípulos en el lugar que ha sido conocido como el Sermón del Aposento Alto (Juan 13-17), relacionado con las cosas importantes que debían saber a la luz de Su muerte próxima, de Su entierro, resurrección y ascensión. “El amor” es uno de términos más importantes de esta sección:

El amor también es importante en la Epístola de Pablo a los Efesios, al ser mencionado en cada uno de los capítulos. En el Capítulo 1, versículo 4, se menciona el amor primero como la motivación de Dios, al elegirnos Él para nuestra salvación en la eternidad pasada. En el Capítulo 2, Pablo le recuerda a sus lectores que estuvieron muertos en sus transgresiones y pecados y que Dios nos proveyó salvación por Su misericordia y por Su gran amor con el que nos amó (2:4). En el Capítulo 3, Pablo ora para que sus lectores puedan estar “arraigados y cimentados en amor” (3:17) y “conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” (3:19). En el Capítulo 4, hace un llamado a la unidad de los cristianos, en la manera que los cristianos demuestren “mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros” (versículo 2). En el mismo Capítulo, Pablo dice que la iglesia, el cuerpo de Cristo, se construye a sí misma en amor en la medida que los cristianos hablan la verdad en amor (versículos 15-16). En el Capítulo 5, Pablo insta a los creyentes a “andar en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (versículo 2). Los maridos son instruidos a “amar a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (versículo 25). En las palabras que concluyen la Epístola, Pablo escribe:

“Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo con amor inalterable. Amén” (Efesios 6:23-24).

(9) El amor por los demás, es una evidencia de una fe verdadera en Cristo y la ausencia de amor indica una fe falsa. Estas declaraciones, escritas por el apóstol Juan, son un desafío para los cristianos y una seria advertencia que sólo piensan o profesan para ser salvos:

“El que dice que está en luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos” (1ª Juan 2:9-11).

“Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tienen bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?” (1ª Juan 3:14:17).

“Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1ª Juan 4:7-10).

“Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano” (1ª Juan 4:20-21).

El Nuevo Testamento, tiene abundancia de referencias al amor de Dios y la responsabilidad del creyente es demostrar este mismo tipo de amor; las referencias en el Antiguo Testamento, son menores. Esto no sugiere que el Antiguo Testamento evita el tema del amor de Dios, sino que esta materia llega a su completo florecimiento con la llegada de Cristo. Otra razón por la relativa rareza de amor en el Antiguo Testamento, es el error en que incurrieron los traductores de la Biblia. La palabra hebrea *'hesed'*, a menudo se le da la implicancia de “compasión / benevolencia” en el Antiguo Testamento —176 veces— y de “amor inmutable”, sólo 2. Sin embargo, *'hesed'*, es la palabra clave que describe el amor de Dios por el hombre. Por lo tanto, el ‘amor’ es un tema mucho más frecuente en el Antiguo Testamento, aún cuando es posible que no se use la palabra ‘amor’, tal como la conocemos en español.

Características del Amor Divino

El Amor de Dios es Infinito, Sin límite, Insondable

“Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen” (Salmo 103:11).

“De las misericordias de Jehová haré memoria, de las alabanzas de Jehová, conforme a todo lo

que Jehová nos ha dado, y de la grandeza de sus beneficios hacia la casa de Israel, que les ha hecho según sus misericordias, y según la multitud de sus piedades” (Isaías 63:7).

“...para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para seáis llenos de toda la plenitud de Dios” (Efesios 3:17-19; ver también 2:4)

Por toda la eternidad analizaremos el amor de Dios y nunca llegaremos a comprenderlo completamente.

El Amor de Dios es Eterno

“Alabad a Jehová, porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia. Alabad al Dios de los dioses, porque para siempre es su misericordia” (Salmo 136:1-2; ver también versículos 3_26).

“Jehová se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia” (Jeremías 31:3).

El valor de un artículo, está dado en gran manera a su longitud. Por ejemplo, el oro y las piedras preciosas, son más valiosas que la madera o el papel, los que no tienen duración. El amor de Dios, o la misericordia, como se ha traducido el término *'hesed'* en el Salmo 136, es eterno.

El Amor de Dios es Inmutable, No Cambia

Con cuánta rapidez se transforma el 'amor' humano en odio en una corte de divorcio. El amor de Dios no es así. Su amor no cambia. De la misma manera que Dios es inmutable, también Su amor lo es.

“Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo; porque fuerte es como la muerte el amor; duros como el Seol de los celos; sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama. Las muchas aguas no podrán apagar el amor, no lo ahogarán los ríos. Si diese el hombre todos los bienes de su casa por este amor, de cierto lo menospreciarán” (Cantares 8:6-7).

“¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia” (Miqueas 7:18).

“Cumplirás la verdad a Jacob, y a Abraham la misericordia, que juraste a nuestros padres desde tiempos antiguos” (Miqueas 7:20).

“Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17).

El Amor de Dios es Santo

Al igual que Dios, el amor de Dios es Santo. Nos es comunicado a través del Espíritu *Santo*.

“Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5).

El amor de Dios es siempre una expresión de Su santidad. También está dirigido para producir santidad en nosotros. El amor de Dios busca hacernos santos.

“Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Efesios 1:4).

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:25-26).

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:25-26).

“...y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquellos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad” (Hebreos 12:5-10).

Mucha gente piensa que el amor de Dios es tal, que él ‘me acepta tal como soy’. Esto no es verdad. Vamos a Él como lo señala el escritor del himno: “Tal como soy, sin defensa”. Pero Él no puede aceptarnos de este modo. Él nos acepta “en Cristo”, tal como es Cristo. *Dios no puede aceptar nuestro pecado y no lo hará*. Y, por lo tanto, Dios nos disciplina, atrayéndonos hacia Él en amor, lo que nos lleva a la santidad. El amor de Dios no es una garantía de que no sufriremos, es la certeza de que cualquiera que sea nuestro sufrimiento, éste nos va haciendo más santos por un Dios que nos ama. Si fue necesario que Cristo sufriera, para demostrar el amor de Dios por nosotros, ¿por qué tendríamos que pensar que nuestro sufrimiento es incompatible con el amor que Dios nos tiene?

El Amor de Dios es Sacrificial

El amor de Dios no es para que Él se sirva a Sí mismo, si no que es de sacrificio. El amor tiene un alto precio y el que ama es el que voluntariamente pagará el costo.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

“Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13).

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

“Con Cristo estoy crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a si mismo por mí” (Gálatas 2:20).

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a si mismo por ella” (Efesios 5:25).

“En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1ª Juan 4:9-10).

El amor siempre tiene que pagar un precio y el que ‘ama’, con gozo está deseoso de pagar ese precio. Desde la eternidad pasada, Dios pone Su amor en nosotros y se propone salvarnos por medio de la muerte de sacrificio de Su Hijo.

El Amor de Dios es Soberanamente Concedido por la Gracia

El amor de Dios es selectivo. Cuando un hombre decide casarse, elige a la mujer que desea que sea su esposa. La elige de entre las demás, y por sobre las demás. Hace una selección. El amor de Dios es igualmente selectivo. Elige a unos y no a otros:

“Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí” (Romanos 9:13; Malaquías 1:2-3).

“Solamente de tus padres se agradó Jehová para amarlos, y escogió su descendencia después de ellos, a vosotros, de entre todos los pueblos, como en este día” (Deuteronomio 10:15).

“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé” (Juan 15:16).

El amor de Dios no es dado a los hombres porque sean merecedores de ese amor. Él ha escogido amarnos a pesar de nuestra condición miserable:

“No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto Jehová os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado Jehová con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto” (Deuteronomio 7:7-8).

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

Debemos concluir entonces, que el amor es una elección —la elección de Dios. Dios nos escoge amarnos por encima de otros, no debido a algo que hayamos hecho o que haremos, sino simplemente como una elección de Su gracia soberana:

“No que la palabra de Dios haya fallado; porque no todos los que descienden de Israel son israelitas, ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos; sino: En Isaac te será llamada descendencia. Esto es: no los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los que son hijos según la promesa son contados como descendientes. Porque la palabra de la promesa es esta: Por este tiempo vendré, y Sara tendrá un hijo. Y no sólo esto, sino también cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre (pues no habían aún nacido, no habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama). Se le dijo: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí. ¿Qué, pues, diremos? ¿Qué hay injusticia en Dios? En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia” (Romanos 9:6-16).

No existe nada en el objeto de Su amor, que le haga a Dios entregárselo; nada que exista en el hombre puede atraer el amor de Dios. El amor entre los hombres es despertado por algo que tiene el ser amado; pero el amor de Dios es libre, espontáneo, sin requerir alguna evocación o causa. Dios ama a los hombres, porque Él ha decidido amarlos —como lo indica Charles Wesley: “Él nos ha amado, Él nos ha amado, porque nos amaría” (un eco de Deuteronomio 7:8)— y no se puede dar ninguna razón por el amor que Él entrega, sino Su propio y buen placer. El mundo griego y el romano del tiempo del Nuevo Testamento, jamás habían soñado con un amor igual; sus dioses eran con frecuencia adorados con lujuria hacia mujeres; pero nunca con pecadores que se amaran y los escritores del Nuevo Testamento tuvieron que introducir lo que virtualmente era una palabra griega nueva —*agape*— para expresar el amor de Dios, como ellos lo conocían.

111

El Amor de Dios es Personal e Individual

El amor de Dios es un ejercicio de Su misericordia hacia los pecadores como *individuos*. No es una buena voluntad difusa, vaga dirigida hacia nadie en particular; más bien, es una función de poder omnisciente; la naturaleza de este amor es individualizar tanto el objetivo como sus efectos. El propósito de Dios de amar, que está en Él antes de la creación (cf. Efesios 1:4), en primer lugar involucró la elección y la selección de aquellos a quien Él bendeciría y, segundo señalar los beneficios que se les daría y los medios por los cuales éstos les serían entregados. Todo esto estaba asegurado desde el principio. Es así que Pablo escribe a los cristianos de Tesalónica: “Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, *hermanos amados por el Señor*, de que Dios os haya escogido [selección] desde el principio [creación] para salvación [el fin señalado], mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad [el medio por el cual llega la bendición] 112.”

El Amor de Dios es un Atributo Entre Muchos

El amor de Dios es un atributo de Dios entre muchos. El amor de Dios no es la verdad completa acerca de Dios, en lo respecta a la Biblia; en uno de Sus atributos entre muchos. El amor de Dios

está relacionado a los demás:

No es una definición abstracta independiente, sino un resumen, desde el punto de vista del creyente, de toda la revelación que emana de las Escrituras acerca de su Autor. Esta aseveración [Dios es amor], da por sentado todo el resto de los testimonios bíblicos a Dios. El Dios de quien Juan está hablando, es el Dios que hizo el mundo, que lo juzgó por medio del Diluvio, quien llamó a Abraham e hizo de él una nación, quien dispersó a Su pueblo del Antiguo Testamento por medio de la conquista, el cautiverio y el exilio; quien envió a Su Hijo a salvar al mundo; quien desechó al Israel incrédulo y quien muy poco antes que Juan escribiera, destruyó Jerusalén y quien un día juzgará al mundo en justicia. Es el Dios, dice Juan, que es amor. No es posible argumentar que un Dios que es amor, pueda ser también un Dios que condena y castiga al desobedientes; pues es precisamente del Dios que hace esto de quien está hablando Juan. ¹¹³

Aquí es precisamente donde muchos se equivocan. A menudo los hombres razonan así:

(1) Dios es un Dios de amor

(2) Dios es todopoderoso

(3) Por lo tanto, Dios no debe aceptar el sufrimiento y el dolor si Él es tanto amoroso como poderoso.

La lógica falla porque omite otros elementos críticos de la ecuación. Dios también es santo. Odia el pecado. Los hombres son pecadores y hostiles hacia Dios, hacia Su Palabra y a Su modo de ejercer la justicia. El sufrimiento humano nos habla mucho del ser humano, como también de Dios. En el amor, Dios permite la enfermedad y el sufrimiento para notificarnos que algo está mal. Pero lo que está mal, no es Dios; es el hombre pecador y el hombre del mundo que ha sido corrompido por el pecado.

El Amor de Dios es la Fuente del Amor Humano

“Amado, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros” (1ª Juan 4:7-11).

“Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1ª Juan 4:19).

El Amor de Dios se Expresa y se Experimenta en Cristo

En amor, Dios proveyó una cura, una salvación no sólo para los hombres caídos sino que también para toda la creación caída. En amor, Dios envió a Su Hijo a morir en la cruz del Calvario, cargando sobre Sí el pecado del hombre y ofreciendo a los hombres caídos, la justicia de Dios. Aquellos que reciben el don de la salvación en Cristo, se convierten en el objeto especial del amor divino y entonces ellos comienzan a manifestar este amor hacia los demás, que viven

en enfermedad, en dolor y en un mundo caído.

“Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1ª Juan 4:9-10).

El amor de Dios por los pecadores, fue expresado por *el don de Su Hijo que sería su Salvador*. El amor se mide por lo que éste entrega y la medida del amor de Dios es el don de Su Hijo Unigénito que fue hecho hombre y que murió por los pecados y así llegó a ser el mediador que nos puede conducir a Dios. No debe asombrarnos que Pablo hable del amor de Dios, como: “un gran amor” y como: “un amor que excede todo conocimiento” (Efesios 2:4; 3:19). ¿Existió alguna vez una magnificencia de más valor? 114

El Amor de Dios se Evidencia en el Perdón de Pecados

En amor, Dios tiene su evidencia en el perdón de los pecados; pero no es incompatible con el castigo de los pecadores. Algunos piensan erróneamente del amor como algo opuesto al castigo. Creen que aman a sus hijos no castigándolos. Esperan que Dios les bendiga y les haga feliz y se frustran y enojan cuando Dios permite que sufran o sientan dolor. Esto es una evidencia de una definición inadecuada del amor:

“Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! Fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34:6-7).

En Éxodo 34:6-7, la misericordia, compasión y gracia de Dios son evidentes en el perdón de los pecados, que Él manifestó a través del castigo de nuestros pecados. El perdón completo y total de nuestros pecados fue cumplido por nuestro Señor Jesucristo en la cruz del Calvario. Pero, ¿cómo se llevó a cabo este perdón? Se cumplió cuando Dios castigó a Cristo por nuestros pecados:

“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:4-6).

“Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de

Jesús” (Romanos 3:21-26).

“...quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados. Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas” (1ª Pedro 2:24-25).

Algunos se preguntan: “¿Cómo puede un Dios de amor enviar a alguien al infierno?” La verdad es que nuestro Dios de amor envió a Su Hijo al infierno por nuestros pecados, de manera que éstos fueran perdonados y disfrutemos de las bendiciones del cielo, más que sufrir nuestro castigo en el infierno. Aquellos que rechazan el castigo de Dios sobre Su Hijo en lugar nuestro, deben sufrir el castigo por sí mismos. El hecho de que los hombres se vayan al infierno, no es tanto una reflexión sobre el amor de Dios como una reflexión de nuestra aversión hacia el Dios de amor que nos proveyó una vía de escape, que algunos rechazan.

Conclusión

La pregunta principal que debo formularles, es la siguiente: “¿Ha aceptado el don de amor de Dios en la persona de Su Hijo Jesucristo?”. Jesucristo es “el Hijo amado” de Dios, en quien el se complace (Mateo 3:17). Debido a esto, “debemos oírlo” (Mateo 17:5). *Si se acepta la muerte de sacrificio de Jesucristo en la cruz del Calvario como un don de salvación de Dios, se entra en Su amor. Si se rechaza a Jesucristo y se intenta ponerse al frente de Dios en su propia justicia, es oscurecer el amor de Dios y esperar merecidamente el castigo eterno. Sólo aquellos que tienen fe en Jesucristo, pueden experimentar y expresar el amor de Dios.* Aquellos que rechazan el don de Su amor en Cristo, no tienen derecho a reclamar Su amor. El hecho es que ninguno de nosotros puede reclamar Su amor; pero aquellos que son salvos por gracia, lo reciben y dan la gloria y alaban a Dios por Su gracia.

En nuestro testimonio hacia un mundo pecador, perdido y muriéndose, no nos atrevamos a distorsionar el amor de Dios. Dios es Aquel que define el amor y no los hombres. Debemos aceptar el amor de Dios de la manera que Él lo ha definido y expresado. No nos atrevamos a confiar en Dios de acuerdo a las percepciones distorsionadas del amor al que se abrazan los hombres caídos e ignorantes. Debemos tener cuidado en no separar en categorías el amor de Dios y separarlo de Sus otros atributos, o tratar de evangelizar a los hombres haciendo un llamado sólo al amor de Dios. Nuestro Señor no señaló que debíamos depender de la ‘atracción’ de Su amor, sino que indicó que los hombres perdidos debieran sentirse constreñidos por un sentimiento de Su justicia, de su pecado y del juicio que espera por ellos (Juan 16:7-11). *El pecador no debiera sentirse conformado por la certeza del amor de Dios (separado de Cristo), sino que deben recordar que Dios odia a los pecadores:*

“Los insensatos no estarán delante de tus ojos; aborreces a todos los que hacen iniquidad” (Salmo 5:5).

“Jehová prueba al justo; pero al malo y al que ama la violencia, su alma los aborrece” (Salmo 11:5).

“Aborrecí la reunión de los malignos, y con lo impíos nunca me senté” (Salmo 26:5).

Si hemos de disfrutar los beneficios del amor de Dios, no sólo necesitamos abrazarnos a él mediante la fe en Jesucristo, sino que debemos activamente entrar en él llevando una vida consecuente, como un estilo de vida:

“Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Juan 15:9-10).

Que Dios permita que entremos más y más en Su amor y que por lo tanto, lleguemos a ser instrumentos de Su amor para un mundo perdido y sin amor.

¹⁰⁹ Packer define el amor de Dios de esta forma: El amor de Dios es un ejercicio que Dios hace de Su bondad hacia nosotros hombres pecadores quienes al haberse identificado Él mismo con nuestro bienestar, ha dado a Su Hijo para ser nuestro Salvador y que ahora nos conduce a conocerle y a gozarnos en una relación contractual. J.I. Packer, *Knowing God* [Conociendo a Dios] (Downers Grove: InterVarsity Press, 1973), p. 111.

¹¹⁰ Arthur W. Pink, *Gleanings in the Godhead* (Chicago: Moody Press, 1975), p. 72.

¹¹¹ J.I. Packer, *Knowing God*, p.112

¹¹² Ibid, pp. 112, 113.

¹¹³ Ibid., p. 108.

¹¹⁴ Ibid., p. 114.

La Gloria de Dios

Introducción

Uno de los eventos más tristes del Antiguo Testamento, está asociado con el nombre Icabod. Icabod nació cuando su madre oyó que tanto su esposo como su suegro, habían muerto; lo que de inmediato provocó el alumbramiento y después murió. Este evento tan triste sucedió debido a la tragedia que se suscitó en Israel, indirectamente provocando la muerte de Elí, cuando se le informó de la derrota de los israelitas por parte de los filisteos, la captura del arca del pacto y la muerte de sus dos hijos: Ofni y Finees:

“Y su nuera la mujer de Finees, que estaba encinta, cercana al alumbramiento, oyendo el rumor que el arca de Dios había sido tomada, y muertos su suegro y su marido, se inclinó y dio a luz; porque le sobrevinieron sus dolores de repente. Y al tiempo que moría, le decían las que estaban junto a ella: No tengas temor, porque has dado a luz un hijo. Mas ella no respondió, ni se dio por entendida. Y llamó al niño Icabod, diciendo: ¡Traspasada es la gloria de Israel! Por haber sido tomada el arca de Dios, y por la muerte de su suegro y de su marido. Dijo, pues: Traspasada es la gloria de Israel; porque ha sido tomada el arca de Dios” (1 Samuel 4: 19-22).

La trágica ironía de este evento fue que los israelitas se sentían muy animados por la presencia del arca; pero a los filisteos les aterrorizaba:

“Y los filisteos presentaron la batalla a Israel; y trabándose el combate, Israel fue vencido delante de los filisteos, los cuales hirieron en la batalla en el campo como a cuatro mil hombres. Cuando volvió el pueblo al campamento, los ancianos de Israel dijeron: ¿Por qué nos ha herido hoy Jehová delante de los filisteos? Traigamos a nosotros de Silo el arca del pacto de Jehová, para que viniendo entre nosotros nos salve de la mano de nuestros enemigos. Y envió el pueblo a Silo, y trajeron de allá el arca del pacto de Jehová de los ejércitos, que moraba entre los querubines; y los dos hijos de Elí, Ofni y Finees, estaban allí con el arca del pacto de Dios. Aconteció que cuando el arca del pacto de Jehová llegó al campamento, todo Israel gritó con tan grande júbilo que la tierra tembló. Cuando los filisteos oyeron la voz de júbilo, dijeron: ¿Qué voz de gran júbilo es esta en el campamento de los hebreos? Y supieron que el arca de Jehová había sido traída al campamento. Y los filisteos tuvieron miedo, porque decían: Ha venido Dios al campamento. Y dijeron: ¡Ay de nosotros! pues antes de ahora no fue así. ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos libraré de la mano de estos dioses que hirieron a Egipto con toda plaga en el desierto. Esforzaos, oh filisteos, y sed hombres, para que no sirváis a los hebreos, como ellos os han servido a vosotros; sed hombres, y pelead. Pelearon, pues, los filisteos, e Israel fue vencido, y huyeron cada cual a sus tiendas; y fue hecha muy grande mortandad, pues cayeron de Israel treinta mil hombres de a pie. Y el arca de Dios fue tomada, y muertos los dos hijos de Elí, Ofni y Finees” (1 Samuel 4: 2-11).

Anteriormente en la historia de Israel, Sansón había perdido el poder dado por Dios, que ni siquiera él consideró al principio:

“Viendo Dalila que él le había descubierto todo su corazón, envió a llamar a los principales de los

filisteos, diciendo: Venid esta vez, porque él me ha descubierto todo su corazón. Y los principales de los filisteos vinieron a ella, trayendo en su mano el dinero. Y ella hizo que él se durmiese sobre sus rodillas, y llamó a un hombre, quien le rapó las siete guedejas de su cabeza; y ella comenzó a afligirlo, pues su fuerza se apartó de él. Y le dijo: ¡Sansón, los filisteos sobre ti! Y luego que despertó él de su sueño, se dijo: Esta vez saldré como las otras y me escaparé. Pero él no sabía que Jehová ya se había apartado de él. Mas los filisteos le echaron mano, y le sacaron los ojos, y le llevaron a Gaza; y le ataron con cadenas para que moliese en la cárcel” (Jueces 16:18-21).

Encontramos lo mismo descrito en el Nuevo Testamento, en donde los hombres tienen una falsa confianza en la presencia de Dios y en Su poder entre ellos, cuando simplemente no es verdadero:

“Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita” (1ª Timoteo 3:2-5).

“Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti” (Apocalipsis 3:1-3).

“Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete” (Apocalipsis 3:14-19).

Estos son los que creen que la gloria de Dios abandonó la iglesia de nuestro Señor hace ya mucho tiempo en nuestro país y nosotros, al igual que los hombres de la antigüedad, apenas parecen notarlo. A.W. Tozer es uno de aquellos que observó la declinación del cristianismo americano y que habló de ello:

“El mensaje de este libro no nace de estos tiempos, pero es apropiado para ellos. Se origina por una condición que ha existido en la Iglesia durante algunos años y se hace cada día peor. Me refiero a la pérdida del concepto de la majestad de la mente religiosa popular. La Iglesia ha renunciado el alto concepto que de Dios que alguna vez tuvo, sustituyéndolo por uno tan bajo, tan innoble que no corresponde a hombres que piensan y que adoran. La iglesia no lo ha hecho en forma deliberada, sino poco a poco y al hacerlo inconscientemente sólo hace que la situación sea aún más trágica.

La baja visión que se tiene de Dios, que se ve en forma casi universal entre los cristianos, es la causa de males más bajos en todas partes entre nosotros. De este error básico, ha surgido una completa nueva filosofía de la vida cristiana en nuestro pensamiento religioso.

Con la pérdida de nuestro sentido de majestad, ha surgido una pérdida aún más grande del temor religioso y de la conciencia de la divina Presencia. Hemos perdido nuestro espíritu de adoración y nuestra habilidad de retirarnos internamente para encontrarnos con Dios en silencio de adoración. El cristianismo moderno simplemente no está produciendo la clase de cristiano que pueden apreciar o experimentar la vida en el Espíritu. Las palabras “Estad quietos, y sepan que yo soy Dios”, no significan prácticamente nada para la autoconfianza, abundando la adoración en el período medio del siglo veinte.

La pérdida del concepto de la majestad, ha venido justo cuando las fuerzas de religión están haciendo dramáticas ganancias y cuando las iglesias son más poderosas que en cualquier tiempo de los últimos cientos de años. Pero lo alarmante es que nuestras ganancias son en su mayor parte externas y nuestras pérdidas completamente internas. Y puesto que es la *calidad* de nuestra religión la que se ve afectada por las condiciones internas, puede ser que nuestras supuestas ganancias no sean sino pérdidas derramadas en un campo más ancho.

La única forma de recuperar nuestras pérdidas espirituales, es volver a la causa de ellas y hacer las correcciones necesarias que nos garantiza la verdad. La declinación del conocimiento de lo santo, no ha conducido a nuestros problemas. El redescubrimiento de la majestad de Dios, deberá recorrer un largo camino. Es imposible mantener nuestras prácticas morales y nuestras actitudes internas correctas, si nuestra idea de Dios es errónea o inadecuada. Si pudiéramos traer nuevamente el poder espiritual a nuestras vidas, podríamos empezar a pensar de Dios en una forma más cercana a lo que Él es”. ¹¹⁵

J.I. Packer está de acuerdo con esto, en la introducción que escribe de su libro clásico: *Knowing God* (Conociendo a Dios):

“Hace noventa años, C.H. Spurgeon describió la inestabilidad que él vio entonces entre los bautistas sobre las Escrituras, sobre la expiación y sobre el destino de los hombres, como ‘el descenso’; si él pudiera examinar el pensamiento protestante acerca de Dios en estos tiempos, ¡adivino que él hablaría de ‘un picado de nariz!’”. ¹¹⁶

Tozer tiene algunos comentarios muy útiles con relación a lo que podemos hacer para hacer regresar la gloria que se ha apartado. Escuchémosle:

“¿Qué podemos hacer nosotros, simples cristianos, para traer de regreso la gloria que se ha apartado? ¿Existe algún secreto que podamos aprender? ¿Existe alguna fórmula para el reavivamiento personal que podamos aplicar a la situación actual, a nuestra situación propia? La respuesta a estas preguntas, es *sí*:

Aún cuando es posible que la respuesta pueda desilusionar fácilmente a algunas personas, pues no tiene nada de profunda. No traigo ningún criptograma esotérico, tampoco un código místico a ser penosamente descifrado. No hago llamado alguno a alguna ley oculta del inconsciente, ni un conocimiento oculto que se supone que sólo algunos puedan comprender. El secreto es uno

abierto que incluso los viajeros pueden leer. Es simplemente el consejo antiguo y siempre nuevo: *Familiarízate con Dios*. Para recuperar el poder perdido, la iglesia debe ver el cielo abierto y tener una visión transformada de Dios.

Pero el Dios que debemos ver, no es el Dios utilitario que está teniendo tanta popularidad en el día de hoy, cuyo principal clamor hacia el hombre es Su habilidad de llevarles éxito en todo lo que el hombre se propone y que por esta razón está siendo lisonjeando por todos los que desean un favor. El Dios a quien debemos aprender a conocer es la Majestad en los cielos, Dios el Padre Todopoderoso, Hacedor del cielo y de la tierra, el único Dios sabio y Salvador. Él es el que está sentado sobre el círculo de la tierra, quien abre los cielos como quien abre una cortina y los esparce como una tienda en la cual morar, quien creó a las estrellas y las llamó a cada una de ellas por su nombre, por medio de la grandeza de Su poder, quien ve las obras del hombre como vanidad, quien no puso confianza alguna en los príncipes y no pide consejos a los reyes”. ¹¹⁷

Al concluir esta serie, intentaré encontrar una etiqueta que sirva como un resumen bíblico de los atributos de Dios. ¹¹⁸ Entonces, consideraremos la relevancia e importancia de este tema para los hombres y mujeres de hoy.

Resumiendo los Atributos de Dios

Una expresión bíblica que podría abarcar todos los atributos de Dios, se encuentra en la descripción de Moisés con Dios, en Éxodo 33 y 34:

“Y Jehová dijo a Moisés: También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre. Él entonces dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Y le respondió: Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová delante de ti; y tendré misericordia del que tendré misericordia, y seré clemente para con el que seré clemente” (Éxodo 33:17-19).

“Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34:6-7).

Moisés le pidió a Dios que le mostrara Su gloria (33:18). Después de dejar claro que Él no mostraría toda Su gloria a Moisés y que Él era soberano de entregar Su gracia salvadora sobre los hombres, Dios se manifiesta delante de Moisés. No hay descripción alguna sobre lo que se parecía la visión que tuvo Moisés; sólo encontramos el registro de las palabras de Dios a Moisés, palabras que declararon Sus atributos. *Los atributos de Dios son la manifestación de “la gloria de Dios”*.

Un vínculo similar entre los atributos de Dios y la gloria de Dios, encontramos en el primer capítulo de la epístola de Pablo a los Romanos:

“Porque si la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues

Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles” (Romanos 1:18-23).

Dios se reveló a Sí mismo en la naturaleza. En la naturaleza los atributos invisibles de Dios, se despliegan (específicamente, el poder eterno de Dios y Su naturaleza divina, versículo 20). Los hombres cambiaron “la gloria incorruptible de Dios” por la imagen corruptible de los hombres y de otras criaturas de la tierra (versículo 23). Los atributos de Dios son la gloria de Dios y por lo tanto, los hombres se ven obligados a glorificar a Dios como respuesta a la revelación de tales atributos. ¹¹⁹ Los hombres pecadores no glorifican a Dios y en consecuencia, prueban con esto ser pecadores culpables, que están correctamente bajo la condenación divina. Deseo enfatizar que los atributos de Dios y la gloria de Dios están muy asociados, tanto que podemos decir *la gloria de Dios es la suma total de lo es Dios y de quién es Dios está definido por Sus atributos.*

La Relevancia de la Gloria de Dios (Atributos) para los Hombres

Incluso en los círculos cristianos, el estudio de los atributos de Dios es visto como aquello que hacen los teólogos hacen con más o menos relevancia a la gente común en su vida diaria. ¡Qué error! *Nada es más relevante para los cristianos que la gloria de Dios.* Primero consideraremos la gloria de Dios en el Señor Jesucristo. Después, veremos la gloria de Dios y los no creyentes. Finalmente, veremos la gloria de Dios y los cristianos.

La Gloria de Dios en Jesucristo

La gloria de Dios debía aparecer en la persona de nuestro Señor Jesucristo. El profeta Isaías previó esto y habló de ello:

“Pero a pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su CORAZÓN; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane. Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él” (Juan 12:37-41). ¹²⁰

Al nacimiento de nuestro Señor Jesús, encontramos referencias a la gloria de Dios:

“¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lucas 2:14).

“Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel” (Lucas 2:32).

Tanto Juan como el autor de Hebreos, enfatizan que Jesús es la manifestación de la gloria de Dios:

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14).

“...el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (Hebreos 1:3).

Cuando Jesús hizo Su primera señal convirtiendo el agua en vino, Juan vio esto como una manifestación de la gloria de Dios en nuestro Señor Jesucristo:

“Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él” (Juan 2:11).

¿Por qué debemos sorprendernos al saber que la tentación de nuestro Señor involucró el ofrecimiento de Satanás de una ‘gloria’ inferior?

“Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares” (Mateo 4:8-9).

Los discípulos tenían una percepción distorsionada de la gloria de Dios y deseaban ser parte de ella (ver Marcos 10:37). Sólo más tarde comprendieron la gloria de Dios y también el hecho que debemos sufrir con Él para entrar en Su gloria.

Hubo algunos eventos en la vida de Cristo que dan los hombres un atisbo de la gloria completa de Dios. El primero sucedió delante de una multitud:

“Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez. Y la multitud que estaba allí, y había oído la voz, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado” (Juan 12:27-29).

El otro incidente fue la transfiguración de nuestro Señor, con sólo Pedro, Santiago y Juan como testigos:

“Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente. Y he aquí dos varones que hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías; quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de su partida, que iba a Jesús a cumplir en Jerusalén. Y Pedro y los que estaban con él estaban rendidos de sueño; mas permaneciendo despiertos, vieron la gloria de Jesús, y a los dos varones que estaban con él” (Lucas 9:29-32).

En Su oración como sumo sacerdote, registrada en Juan 17, en la que Jesús ora al padre para que lo glorifique (17:5), indica que Él le ha dado a Sus seguidores la gloria que el Padre le dio a Él (versículo 22) y pide que ellos puedan estar con Él para que puedan ver Su gloria (versículo 24). Cuando Jesús resucitó de los muertos, fue *por* (no *para*) la gloria de Dios:

“Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:4).

Su regreso a la tierra, para derrotar a Sus enemigos y establecer Su reino, será en gloria (ver Mateo 16:27; 24:30; 25:31).

La Gloria de Dios y los Incrédulos

Los problemas de los incrédulos es el pecado y sus consecuencias. La gloria de Dios es el estándar mediante el cual se define el pecado y debido a que todos los hombres caen de la gloria de Dios, ellos también están bajo la sentencia de la condenación:

“...por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23).

Aún cuando la creación revela la gloria de Dios (Salmo 19:1-6; Romanos 1:19-20), los incrédulos rechazan este conocimiento, eligiendo en su lugar cambiar la gloria de Dios por la gloria falsa de cosas creadas, incluyendo el hombre mismo (Romanos 1:21-23). Como resultado, el hombre se pone bajo la condenación divina ¹²¹ y llegan a glorificarse en cosas que en verdad son una vergüenza para el hombre (Romanos 1:24-27; Filipenses 3:19).

Para ser salvos, los hombres deben reconocer su pecado, la justicia de Jesucristo y la sentencia a muerte que les espera (ver Juan 16:8-12). Deben confiar en Jesucristo como la provisión de Dios para los pecadores. Él, el Hijo de Dios sin pecado en el lugar que le corresponde al pecador, llevando sobre Sí el castigo por nuestros pecados. Su justicia está disponible para todos aquellos que creen en Él para salvación (Juan 1:12; 3:16, 36; Romanos 3:21-26; 10:9-11). Pero Satanás ha cegado los corazones y las mentes de los incrédulos, de manera que no ven la gloria de Dios en Cristo a través del evangelio (2ª Corintios 4:4). En el análisis final, sólo el Espíritu de Dios puede abrir los ojos de los ciegos para que vean la luz del evangelio glorioso y lleguen a la fe (ver Lucas 4:18-29; Juan 6:65; 8:43-47; Hechos 26:18; 2ª Corintios 4:6; Efesios 1:18).

En los días de la Gran Tribulación, los hombres experimentarán la ira de Dios y se les dará otra oportunidad para darle la gloria a Dios y así evitar el juicio; pero la rechazarán (Apocalipsis 14:6-7; 16:9). Al final, todos los hombres reconocerán que Jesús es el Señor, para la gloria de Dios (Filipenses 2:1); pero no como creyentes adoradores. Al final, pasarán la eternidad separados de la gloria de Dios (2ª Tesalonicenses 1:9).

La Gloria de Dios y el Cristiano

La iglesia juega un rol vital en darle la gloria a Dios:

“...a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén” (Efesios 3:21).

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Efesios 5:25-27).

Cuando se propuso la salvación de los incrédulos, lo hizo para Su propia gloria:

“¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción, y para hacer notorias las riquezas de su gloria, las mostró para con los vasos de misericordia que él preparó de antemano para gloria, a los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros, no sólo de los judíos, sino también de los gentiles?” (Romanos 9:22-24).

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado...” (Efesios 1:3-5).

“Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios. Pues os digo, que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres” (Romanos 15:5-8).

Los cristianos comprenden que su privilegio y llamado es darle la gloria a Dios. El hombre no es el centro del universo espiritual y Dios no es nuestro siervo, a nuestra entera disposición para hacernos sentir bien y alejarnos del dolor. *Dios es el centro del universo y Él hace que todas las cosas marchen para nuestro bien y para Su gloria* (Romanos 8:28). “Todas las cosas”, incluye la persecución, los sufrimientos y las dificultades. ¹²² El cristiano ve que Dios provoca que de nuestro sufrimiento y desafíos, surjan cosas buenas:

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros” (Mateo 5:10-12).

“Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado” (Juan 15:18-21).

“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación

produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:3-5).

“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sin por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Romanos 8:18-23).

“...tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia” (Santiago 1:2-3).

“Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso ¹²³ Espiritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado” (1ª Pedro 4:12-14).

Cualquiera sea el sufrimiento y la aflicción que experimentemos en esta vida, serán nada comparados con la gloria que nos espera:

“Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2ª Corintios 4:16-18).

La gloria de Dios debería ser la meta para todo lo que hacemos y el estándar mediante la cual determinemos lo que debemos hacer y lo que no:

“Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1ª Corintios 10:31).

En este pasaje, Pablo está escribiendo con respecto al ejercicio de nuestras convicciones individuales, personales como cristianos. No está hablando sobre cosas que están claramente ordenadas, sino de aquellas cosas que son permisibles. El estándar mediante el cual determinamos si adoptamos una libertad en particular, no es si podemos adoptarla, incluso si la deseamos, sino si ésta glorifica a Dios. Es así, que aún cuando Pablo tiene el derecho de ser apoyado financieramente como apóstol, él eligió que no sería así en numerosas ocasiones para la promoción del evangelio y por lo tanto, de la gloria de Dios (ver 1ª Corintios 9:1-23).

Mucha gente agoniza para ‘conocer la voluntad de Dios’ y se han escrito muchos libros sobre el tema. Pero la respuesta es muy simple. Dios, ¿ordena o prohíbe algunas cosas? Entonces, conocemos la voluntad de Dios. Es imperativo que leamos nuestras Biblias, que oremos, que testifiquemos y que nos reunamos con otros creyentes para adorar a Dios. La voluntad de Dios es la que nos mantiene alejados de la inmoralidad y que no mintamos. Pero en aquellas áreas supuestamente grises, aquellas áreas en las que Dios no ha dado una orden o una prohibición, sólo debemos formularnos una pregunta: *Esta acción, ¿glorifica a Dios?*

Cuando oramos, el objetivo de nuestras peticiones debería ser la gloria de Dios. No debíamos enfocarnos en que Dios ‘satisfaga nuestras necesidades’, sino en que Dios reciba la gloria. Podemos estar seguros que las oraciones que tengan por objeto glorificar a Dios, son escuchadas con mucha más antelación que aquellas en que se le pide a Dios que satisfaga nuestros deseos egoístas (ver Santiago 4:3).

Finalmente, la gloria de Dios es la clave para comprender el orden que Dios ha establecido para la iglesia. Deberíamos reconocer que la iglesia es fundamental para los propósitos de Dios en esta época, como lo fue Israel en la época del Antiguo Testamento y que lo será nuevamente (ver Romanos 11). La iglesia es el cuerpo de Cristo. A través de Su Espíritu, Cristo mora en Su iglesia y, a través de Su ‘cuerpo’, Cristo continúa obrando en el mundo. Una de las áreas es el ministerio y conducta de las mujeres en la iglesia. Esta sumisión está relacionada con la vestimenta de las mujeres (1ª Timoteo 2: 11-15) y el requerimiento de que ellas ‘permanezcan en silencio’, lo que incluye incluso la formulación de preguntas en las reuniones de la iglesia (1ª Corintios 14:34-36).

No es mi intención convencerles de que estas instrucciones son igualmente aplicables en el día de hoy como lo eran en el primer siglo, aún cuando este es el simple hecho del asunto. El principio de las objeciones a las instrucciones dadas a las mujeres por Pedro y Pablo, vienen de nuestra propia naturaleza pecadora y de la cultura en la que vivimos. Los argumentos en contra de esta enseñanza simple y recta del Nuevo Testamento sobre el ministerio y conducta de la mujer en la iglesia, están basados en un manejo del Nuevo Testamento, que está lejos de ser obligatorio. ¹²⁴

Sea como fuere, es mi deseo señalar en el contexto de este pasaje que la gloria de Dios es una de las claves para comprender por qué se han dado estas instrucciones del Nuevo Testamento para las mujeres. ¹²⁵ Es interesante el problema del pasaje de 1ª Corintios 11 que trata con el aspecto de la gloria de Dios:

“Os alabo, hermanos, porque en todo os acordáis de mí, y retenéis las instrucciones tal como os las entregué. Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo. Todo varón que ora o profetiza con la cabeza cubierta, afrenta su cabeza. Pero toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta, afrenta su cabeza; porque lo mismo es que si se hubiese rapado. Porque si la mujer no se cubre, que se corte también el cabello; y si le es vergonzoso a la mujer cortarse el cabello o raparse, que se cubra. Porque el varón no debe cubrirse la cabeza, pues él es imagen y gloria de Dios; pero la mujer es gloria del varón. Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón, y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón. Por lo cual la mujer debe tener señal de autoridad sobre su cabeza, por causa de los ángeles. Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón; porque así como la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer; pero todo procede de Dios. Juzgad

vosotros mismos: ¿Es propio que la mujer ore a Dios sin cubrirse la cabeza? La naturaleza misma ¿no os enseña que al varón le es deshonoroso dejarse crecer el cabello? Por el contrario, a la mujer dejarse crecer el cabello le es honroso; porque en lugar de velo le es dado el cabello. Con todo eso, si alguno quiere ser contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre, ni las iglesias de Dios” (1ª Corintios 11:2-16).

Aún cuando la exposición de este texto no es mi objetivo, está claro que si bien podemos argumentar sobre algunos detalles de este texto, lo más amplio debe ser aclarado. El principio que rige este pasaje es ‘quién es la cabeza’. La palabra *cabeza* difícilmente podría ser más enfática que en estos versículos. Lo que una mujer hace con relación a su *cabeza* está directamente relacionada al hecho que la Cristo es la *cabeza* de Su iglesia, lo que involucra autoridad; pero involucra mucho más que sólo autoridad. Ser la cabeza de alguien también involucra *gloria*. De esto tratan las instrucciones del Nuevo Testamento dadas a las mujeres. Para una esposa vestirse de un modo tal de atraer sobre ella toda la atención, es igual a darse la gloria a ella misma. Que una mujer tuviera su cabeza descubierta significaba que abiertamente desplegaba su gloria (su cabello es su gloria), en lugar de dar la gloria a su esposo. Que una esposa enseñara o ejercitara autoridad, es tomar el lugar que usurpa la gloria que ella debe otorgar a su esposo. Cuando todo se ha dicho y hecho, los principios que subrayan el ministerio y la conducta de las mujeres en la iglesia, son los de dejar establecido quién es la cabeza y a quién se le debe dar la gloria. Si una mujer desea glorificar a Dios por medio de su conducta, deberá buscar la forma de darle la gloria a su marido más que buscar la gloria para sí misma.

¿Palabras duras? Tal vez; pero estoy convencido que son bíblicas y verdaderas. Pero no piensen que este asunto de la gloria de Dios sólo se aplica a las mujeres. Tampoco el hecho que Cristo sea la cabeza y tampoco Su gloria, son excusa para que los hombres pretendan tener un lugar prominente en la iglesia, pues la preeminencia es completamente referida a la gloria y ésta debe ser de nuestro Señor. Esta es también la razón de por qué encontramos la enseñanza de la pluralidad en las Escrituras. *Existe sólo una ‘Cabeza’ de la iglesia, y esa ‘Cabeza’ es de nuestro Señor Jesucristo* (1ª Corintios 11:3; Efesios 1:22-23; Colosenses 1:18). Y debido a esto, ningún hombre debe buscar preeminencia, pues la gloria es de nuestro Señor:

“Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen. Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Antes, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos; y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí. Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Mateo 23:1-12).

“Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancias deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los

pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria” (1ª Pedro 5:1-4).

Qué maravillosa realidad es la gloria de Dios. La gloria de Dios es nuestra esperanza. La gloria de Dios es nuestra ambición, nuestra motivación, nuestra meta. La gloria de Dios debería gobernar nuestras acciones, nuestras oraciones, nuestras motivaciones, nuestro ministerio. Y, al igual que Moisés, siempre deberíamos buscar ver más de Su gloria a medida que estudiamos Su palabra y desear observar la gloria de Su naturaleza y de Sus atributos. Que este estudio sea sólo el comienzo de una vida en búsqueda de conocer a Dios, de ver y buscar Su gloria. Su gloria es nuestra meta más alta y nuestro mayor bien. ¡A Dios sea la gloria!

“Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová” (Jeremías 9:23-24).

¹¹⁵ A.W. Tozer, *The Knowledge of the Holy* (San Francisco: Harper and Row Publishers, 1961; pp. 6-7.

¹¹⁶ J.I. Packer, *Knowing God* (Downers Grove: InterVarsity Press 1973), p. 7.

¹¹⁷ A.W. Tozer, *The Knowledge of the Holy*, pp. 121-122.

¹¹⁸ El lector debe observar que la expresión “Los Atributos de Dios”, es una etiqueta teológica y no una expresión bíblica. Por lo tanto, debemos tratar de encontrar un término bíblico o una expresión que se refiera a los atributos de Dios.

¹¹⁹ Ver también Juan 1:14, donde la gloria de Dios es explicada con más detalle en términos de dos atributos: la gracia y la verdad.

¹²⁰ El significado de esta declaración de Juan, es que la ceguera de los judíos se explica por la referencia de Isaías 6:9-10. Juan sigue informándonos que la visión que Isaías tenía de Dios, descrita en Isaías 6:1-5, no era sólo una visión de la gloria de Dios el Padre, sino una visión de la gloria de Dios el Hijo. Tal como Jesús le dijo a Sus discípulos: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9).

¹²¹ Herodes es una de las ilustraciones más dramáticas del juicio que cae sobre quienes no le dan la gloria a Dios, sino que buscan glorificarse a sí mismos.

¹²² Por ejemplo, sólo consideremos la vida del apóstol Pablo para ver que la gente espiritual enfrenta la adversidad y el sufrimiento (2ª Corintios 4:7-12; 6:4-10; 11:22-29).

¹²³ ¿No es notable que el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, sea llamado aquí por Pedro, el Espíritu de gloria?

124 Quienes intentan rechazar la enseñanza del Nuevo Testamento relacionada con las mujeres, invariablemente se apoyan en 1ª Corintios 11 y allí hacen algunas cosas extrañas. Más que basar sus conclusiones en los textos claros de las Escrituras, lo hacen en el texto más asombroso. Me gusta lo que B.B. Warfield dijo sobre esto algunos años atrás. Permítanme citarlo: “Frente a estos dos pasajes absolutamente sencillos y enfáticos (1ª Corintios 14:33ss. y 1ª Timoteo 2:11ss.), lo que se dice en 1ª Corintios 11:5 no puede pretender modificarlo o mitigarlo. Lo que realmente se señala en 1ª Corintios 11:5, nadie lo sabe en realidad. Lo que aquí se dice es que toda mujer que esté orando o profetizando sin tener su rostro cubierto, deshonra su cabeza. Pareciera ser justo inferir que si ella ora o profetiza con un velo sobre su cabeza, no deshonraría su cabeza. Y pareciera mucho más aún inferir que ella pueda orar o profetizar apropiadamente, si sólo está con un velo. Estamos recopilando una serie de inferencias. Y no nos han llevado muy lejos. No podemos inferir que será apropiado para ella orar o profetizar en la iglesia si sólo está con su cabeza cubierta. Nada se dice sobre la iglesia en este pasaje o en su contexto. La palabra ‘iglesia’ no se observa sino hasta el versículo 16 y no como una referencia reglamentaria del pasaje, sino sólo como un apoyo para el mandato del pasaje. No existe razón alguna para creer que esa forma de ‘orar o de profetizar’ en la iglesia, es la que se espera. Tampoco existe un ejercicio especial confinada a la iglesia.”

125 B.B. Warfield, “Women Speaking in The Church”, pp. 3-4. [Reimpreso por Calvary Press, tomado de *The Savoir of the World*].

[Previous Page](#)

[TOC](#)